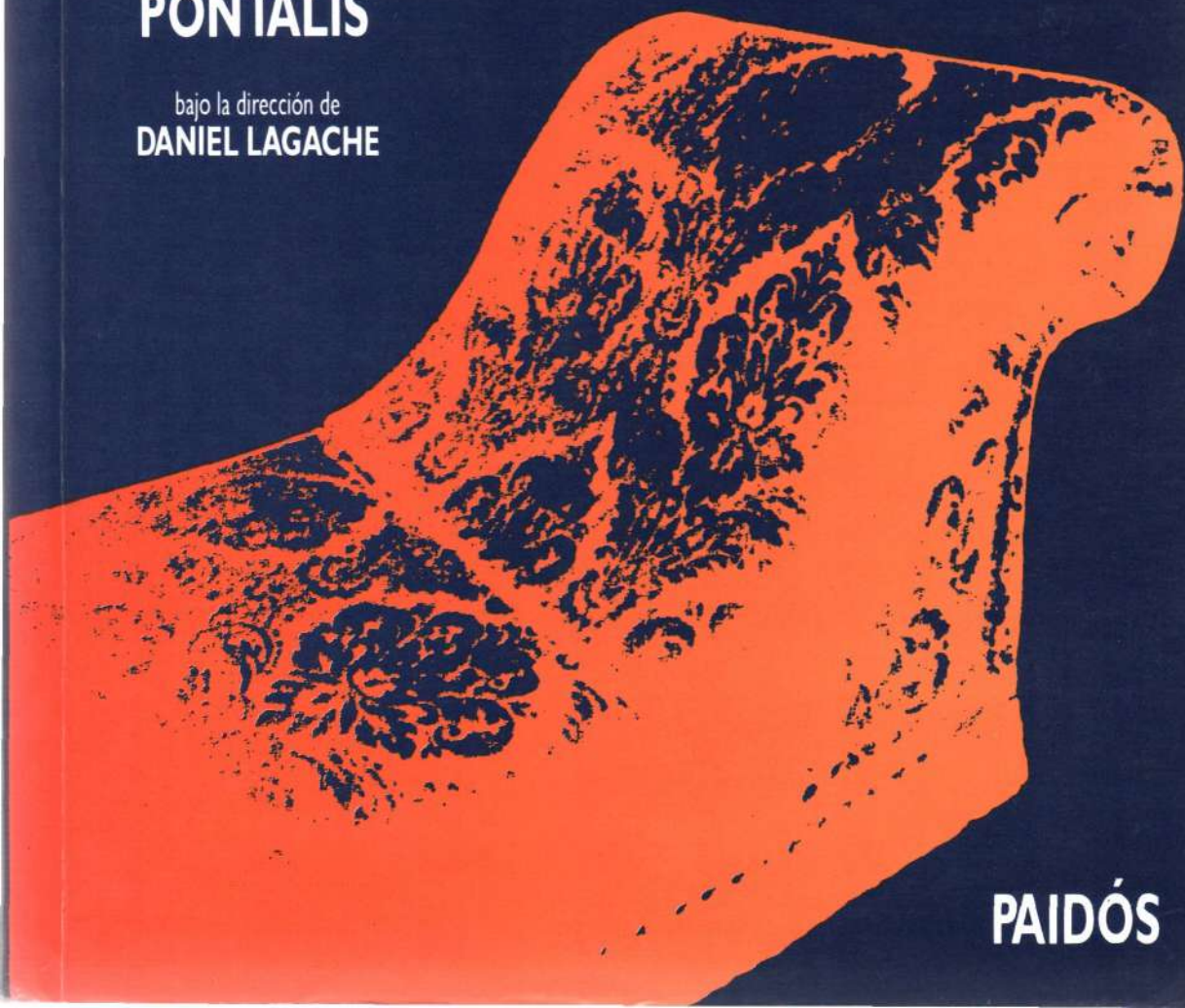


DICCIONARIO DE PSICOANÁLISIS

Jean
LAPLANCHE

Jean-Bertrand
PONTALIS

bajo la dirección de
DANIEL LAGACHE



PAIDÓS

JEAN LAPLANCHE

Jean Laplanche es psicoanalista y director de las colecciones "Bibliothèque de psychanalyse" y "Voix nouvelles en psychanalyse", así como de la nueva traducción al francés de las obras psicoanalíticas completas de Sigmund Freud.

JEAN-BERTRAND PONTALIS

Jean-Bertrand Pontalis, doctor en Psicología, es presidente de la Association Psychanalytique de France y director de la colección "Connaissance de l'inconscient", así como de la *Nouvelle Revue de Psychanalyse*.

DANIEL LAGACHE

Daniel Lagache, profesor honorario de La Sorbona, es director de la colección "Bibliothèque de psychanalyse" y miembro de la Société Française de Psychologie, la Association Psychanalytique de France y la Asociación Internacional de Psicoanálisis.

DICCIONARIO DE **PSICOANÁLISIS**

Jean
LAPLANCHE
Jean-Bertrand
PONTALIS

DICCIONARIO DE PSICOANÁLISIS

bajo la dirección de
DANIEL LAGACHE



PAIDÓS

Buenos Aires
Barcelona
México

Título original: *Vocabulaire de la Psychanalyse*
Publicado en francés por Presses Universitaires de France, París
© 1967 by Presses Universitaires de France, París

Traducción de Fernando Gimeno Cervantes

Cubierta de Julio Vivas

150.195.03 Laplanche, Jean
LAP Diccionario de psicoanálisis / Jean Laplanche y
Jean-Bertrand Pontalis : bajo la dirección de Daniel
Lagache.- 1ª ed. 6ª reimp.- Buenos Aires : Paidós,
2004.
560 p. ; 23x16 cm.- (Lexicón)

ISBN 950-12-7321-0

I. Pontalis, Jean-Bertrand II. Lagache, Daniel, dir.
III. Título 1 Psicoanálisis. Diccionario

1ª edición, 1996
6ª reimpresión, 2004

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

- © 1996 de todas las ediciones en castellano
Ediciones Paidós Ibérica SA
Mariano Cubí 92, Barcelona
- © de esta edición, para Argentina y Uruguay
Editorial Paidós SAICF
Defensa 599, Buenos Aires
e-mail: literaria@editorialpaidos.com.ar
www.paidosargentina.com.ar

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Impreso en Gráfica MPS,
Santiago del Estero 338, Lanús, en mayo de 2004
Tirada: 2000 ejemplares

ISBN 950-12-7321-0

**Edición para comercializar exclusivamente en
Argentina y Uruguay**

ÍNDICE DE MATERIAS

Prólogo a la edición española	VII
Razones e historia de esta obra	IX
Prólogo de la edición francesa	XIII
Agradecimientos	XVII
Referencias y abreviaturas bibliográficas	XIX
<i>Diccionario de Psicoanálisis</i>	1
Bibliografía	477
Índice de voces alemanas	525
Índice alfabético	531

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Me cabe la doble satisfacción de presentar y haber supervisado esta obra ingente de J. Laplanche y J.-B. Pontalis, que supone un instrumento valiosísimo en la difusión del movimiento psicoanalítico. Digo doble satisfacción ya que, por una parte toda mi formación psicoanalítica ha sido hecha en Francia y en lengua francesa, y por otra el poder contribuir a introducir en el mundo de habla castellana este tratado (actualmente sin igual) que viene a cubrir un amplísimo hueco notado, desde hace largo tiempo, por todos los especialistas.

En el mundo hispánico del psicoanálisis y de la psicología en general, se va a producir una reacción de agradecimiento hacia la EDITORIAL LABOR por haber tenido el acierto de brindarle esta creación de espíritu francés, y que deseáramos fuese más frecuente en el campo de las editoriales españolas. Igualmente desearía dejar constancia del ingente trabajo desarrollado por la redacción de la editorial para hallar la equivalencia de las referencias bibliográficas entre las ediciones inglesa y alemana de las obras completas de Freud y la versión castellana.

Por otra parte hay que resaltar y laudar al máximo la tersa y matizada traducción realizada por el Dr. F. Cervantes. Su mérito es mucho mayor puesto que no solamente se trata de una obra en francés, sino que al mismo tiempo es un compendio enciclopédico, en seis idiomas, de los términos fundamentales del lenguaje psicoanalítico. Todas las correspondencias no son siempre unívocas, sino que a veces son equívocas y no utilizadas en la misma forma por todos los autores. Términos tales como *represión*, *instinto*, *pulsión*, son a veces utilizados en lengua francesa de modo ditinto a como lo son en español. Pero el Dr. Cervantes ha salvado con claridad y matizadamente estos escollos.

A D. Ramón Meseguer, Doctor en Filosofía y Psicólogo Clínico, hay que agradecerle su colaboración en el cotejo de textos de Freud, que conoce por su dominio de la lengua alemana y por haber vivido la experiencia analítica.

Merece mención especial el incansable trabajo de revisión, párrafo por párrafo, palabra por palabra, llevado a cabo por Dña. Marta Trepát y por la Srta. Margarita Noguera, del Departamento de Psicología del Servicio Psiquiátrico del Hospital de San Juan de Dios de Barcelona. Sin las reuniones periódicas con las personas precitadas, la revisión de esta obra hubiera carecido de vida y dinamismo.

Deseamos, pues, que esta traducción venga a cumplir uno de los votos de Daniel Lagache, que en su prefacio a este libro señala ya la posibilidad de traducción a otros idiomas de este vocabulario para que sea no solamente «un instrumento de trabajo», sino «un documento de trabajo» para todas aquellas personas interesadas, directa o indirectamente, en el movimiento psicoanalítico.

DR. FERNANDO ANGULO

RAZONES E HISTORIA DE ESTA OBRA

La aversión al psicoanálisis se expresa en ocasiones con ironías respecto a su lenguaje. En realidad, los psicoanalistas no buscan el empleo abusivo o intempestivo de palabras técnicas que oculten la confusión del pensamiento. Pero, como cualquier otra profesión o ciencia, el psicoanálisis precisa disponer de términos propios. Siendo un método de investigación y de tratamiento, una teoría del funcionamiento normal y patológico del aparato psíquico, ¿cómo habría podido formularse la novedad de sus descubrimientos y concepciones sin recurrir a palabras nuevas? Es más, puede decirse que todo descubrimiento científico se forma, no amoldándose al sentido común, sino a pesar o en contra del sentido común; el escándalo provocado por el psicoanálisis se debe menos a la importancia que atribuyó a la sexualidad, que a la introducción de la *fantasía* inconsciente en la teoría del funcionamiento mental del hombre en sus relaciones con el mundo y consigo mismo; el lenguaje usual carece de palabras para designar las estructuras y movimientos psíquicos que, a la luz del sentido común, no existen: ha sido, pues, necesario inventar palabras (entre doscientas y trescientas) cuyo número varía según el rigor de la lectura de los textos y los criterios acerca del carácter técnico de los términos. Aparte la lectura de los trabajos psicoanalíticos, existen muy pocas fuentes para captar el sentido de tales palabras: algunos *vocabularios* que figuran al final de obras didácticas, ciertas definiciones en los diccionarios de psicología y de psicopatología publicados hace veinte o treinta años, pero, prácticamente, casi no existe un instrumento de trabajo especial y completo; la empresa que más se aproxima a este objetivo ha sido el *Handwörterbuch der Psychoanalyse*, del Dr. Richard F. Sterba, cuya redacción se interrumpió, por determinadas circunstancias, en la letra L, y la impresión, en la palabra *Grössenwahn*. «No sé —me escribió el Dr. Richard F. Sterba— si ésta se refiere a mi megalomanía o a la de Hitler»; el Dr. Sterba tuvo la amabilidad de enviarme los cinco fascículos publicados de

dicha obra, rara o imposible de encontrar (Internationale Psychoanalytische Verlag, 1936-1937); citaré también un libro de concepción totalmente distinta, que constituye una compilación alfabética de textos freudianos, traducidos al inglés y publicada por Fodor y Gaynor, en 1950, con un prólogo de Theodor Reik (Fodor N. y Gaynor F., *Freud: Dictionary of Psychoanalysis*, prólogo de Theodor Reik, Nueva York, Philosophical Library, 1950, XII + 208 páginas).

La terminología técnica del psicoanálisis es, en su mayor parte, obra de Freud; y se fue enriqueciendo al mismo tiempo que sus descubrimientos y su pensamiento. A diferencia de lo sucedido en la historia de la psicopatología clásica, Freud tomó pocas palabras del latín y del griego; ciertamente, recurrió a la psicología, a la psicopatología y a la neurofisiología de su época; pero sus palabras y fórmulas las extrajo sobre todo del alemán, utilizando los recursos y facilidades que le proporcionaba su propia lengua. Es por ello que una traducción fiel resulta difícil y la terminología analítica produce entonces una impresión insólita, que la lengua de Freud no produce, al no haberse explotado al máximo los recursos que ofrece la lengua del traductor; en otros casos, es la sencillez de la expresión freudiana lo que hace olvidar su carácter técnico. Pero la verdadera dificultad no es ésta; sólo en un plano secundario es de tipo lingüístico. Si bien Freud, como escritor, se mostró inventivo, cuidó poco la perfección de su vocabulario. Sin enumerar los tipos de dificultades que se presentan, baste decir que en la terminología analítica sucede como en muchas lenguas, en las que no faltan la polisemia y las imbricaciones semánticas; distintas palabras no siempre evocan ideas muy diferentes.

Se lucha, pues, con palabras, pero no por las palabras. Tras éstas hace falta encontrar hechos, ideas, es decir, la organización conceptual del psicoanálisis. Esta tarea resulta laboriosa, tanto por la fértil y prolongada evolución del pensamiento de Freud, como por la extensión de una literatura cuyos títulos llenan ya nueve volúmenes de la bibliografía de Grinstein. Además, al igual que las ideas y juntamente con éstas, las palabras no se limitan a nacer, sino que tienen un destino; algunas caen en desuso o se utilizan cada vez menos, cediendo su frecuencia a otras que responden a nuevas orientaciones de la investigación y de la teoría. Con todo, lo esencial de la terminología freudiana ha resistido el paso del tiempo; las innovaciones, por lo demás poco numerosas, se han introducido sin alterar su organización ni su matiz. Por ello, un diccionario no puede limitarse a dar definiciones que distingan los diversos senti-

dos que han podido poseer los términos psicoanalíticos; es preciso que un comentario, basado en referencias y citas, justifique las conclusiones a que se llega. Un comentario de este tipo implica una amplia consulta de la literatura, pero, sobre todo, el conocimiento de los textos freudianos, ya que en éstos se encuentran las bases de la conceptualización y de la terminología, y las dimensiones que alcanza la literatura psicoanalítica escapan a las posibilidades de un investigador aislado o de un equipo numeroso. Por consiguiente, un diccionario de esta naturaleza no puede basarse en la mera erudición, sino que exige especialistas familiarizados con la experiencia psicoanalítica. Con todo, una orientación que trascienda las palabras para buscar los hechos y las ideas, no debe inducir a caer en un diccionario de conocimientos. En suma, se trata de hacer un censo de los empleos de las palabras, de explicar unos por los otros y señalar las dificultades, sin pretender resolverlas, introduciendo pocas innovaciones, por ejemplo, para proponer traducciones más fieles. El método más conveniente es el histórico-crítico, utilizado ya en el *Vocabulaire technique et critique de la Philosophie*, de André Lalande. Tales eran los criterios iniciales hacia los años 1937 a 1939, cuando se inició el proyecto de un diccionario de psicoanálisis. Los datos recogidos se perdieron; las circunstancias, otras tareas y la falta de documentación, condenaron a aquel proyecto al sueño, si no al abandono; sueño incompleto, en el sentido de que las preocupaciones terminológicas no faltaron en diversos trabajos. Hasta 1958 no se produjo el despertar, siempre en el espíritu histórico-crítico del *Vocabulaire de la Philosophie*, de Lalande, aunque con diferentes modalidades.

Tras algunos tanteos, las necesidades de la obra y el deseo de llevarla a cabo hallaron respuesta en la colaboración de J. Laplanche y J.-B. Pontalis. La consulta de la literatura psicoanalítica y la reflexión sobre los textos, la redacción de los proyectos de artículos, la revisión de estos proyectos y su definitiva puesta a punto, les exigieron casi ocho años de trabajo; trabajo fecundo, ciertamente, pero también apremiante y, en ocasiones, fastidioso. La mayor parte de los proyectos de artículos fueron leídos y discutidos entre nosotros, y yo conservo un vivo recuerdo de la animación de estos coloquios, durante los cuales la buena armonía no impedía las discrepancias de criterio ni un rigor sin concesiones. Sin el esfuerzo de «pioneros», de Laplanche y de Pontalis, el proyecto concebido veinte años antes no habría llegado a convertirse en este libro.

Durante estos años de labor, sobre todo en los últimos, no ha dejado de producirse un cambio de orientación en la obra, lo cual

no es signo de debilidad, sino de vitalidad. Así fue como Laplanche y Pontalis centraron cada vez más sus investigaciones y sus reflexiones en torno a los escritos freudianos, recurriendo de buen grado a los primeros textos psicoanalíticos y al *Proyecto de una psicología científica*, de 1895, que acababa de ser publicado. El hecho de que se conceda la máxima importancia al origen de las ideas y de las palabras, no ha disminuido la preocupación por su destino y su alcance. El *Diccionario de Psicoanálisis* lleva, pues, el sello personal de Laplanche y de Pontalis, sin faltar a los principios que inspiraron el proyecto inicial de una tal obra.

Su finalidad fue y sigue siendo el responder a un deber, a una necesidad sentida por nosotros, reconocida por otros, raramente ignorada. Deseamos que resulte *útil*, que se convierta en instrumento de trabajo para los investigadores, estudiantes de psicoanálisis y otros especialistas, así como para los aficionados. A pesar de haber sido elaborado con esfuerzo y escurpulosidad, los lectores informados, atentos y exigentes descubrirán, sin duda, lagunas y errores de hecho o de interpretación; si estos lectores nos comunican sus críticas, éstas no serán desatendidas, sino acogidas calurosamente y estudiadas con interés. Por lo demás, el objeto, el contenido y la forma de este *Diccionario* no parecen impedir su traducción a otros idiomas. Observaciones, críticas y traducciones responderán a una segunda ambición: que el *Diccionario de Psicoanálisis* no sea tan sólo un «instrumento de trabajo», sino también un «documento de trabajo».

D. L.

PRÓLOGO DE LA EDICIÓN FRANCESA

La presente obra contiene los principales conceptos del psicoanálisis e implica cierto número de opciones:

1.^a En la medida que el psicoanálisis ha renovado la comprensión de la mayoría de los fenómenos psicológicos y psicopatológicos, e incluso del hombre en general, cabría la posibilidad, en un manual alfabético que se propusiera abarcar el conjunto de las aportaciones psicoanalíticas, de tratar, no solamente de la libido y de la transferencia, sino también del amor y del sueño, de la delincuencia o del surrealismo. Pero nuestra intención ha sido del todo distinta: deliberadamente, hemos decidido analizar el aparato conceptual del psicoanálisis, es decir, el conjunto de conceptos que ha ido elaborando para explicar sus descubrimientos específicos. Este *Diccionario* considera, no todo lo que intenta explicar el psicoanálisis, sino más bien lo que le sirve para explicarlo.

2.^a El psicoanálisis nació hace casi tres cuartos de siglo. El «movimiento» psicoanalítico conoció una historia larga y tormentosa; se crearon grupos de analistas en muchos países, donde inevitablemente la diversidad de los factores culturales repercutió sobre las propias concepciones. Más que enumerar la multiplicidad, por lo menos aparente, de los empleos a través del tiempo y del espacio, hemos preferido recoger, en su propia originalidad, los conceptos a menudo desvirtuados y oscurecidos, y conceder por ello una importancia primordial al momento de su descubrimiento.

3.^a Esta decisión nos ha llevado a referirnos esencialmente a la obra fundadora de Sigmund Freud. Una investigación, incluso parcial, efectuada a través de la inmensa literatura psicoanalítica, demuestra hasta qué punto la mayoría de los conceptos utilizados tienen su origen en los escritos freudianos. También en este sentido nuestro *Diccionario* difiere de una obra realizada con fines enciclopédicos.

Esta misma preocupación por encontrar las aportaciones conceptuales fundamentales, hace que se hayan tomado en consideración otros autores además de Freud. Así, para citar sólo un ejemplo, presentamos cierto número de conceptos introducidos por Melanie Klein.

4.^a En el campo de la psicopatología, nuestra elección se ha guiado por tres principios:

- a) Definir los términos creados por el psicoanálisis, tanto si su empleo se ha conservado (por ejemplo: *neurosis de angustia*) como si ha caído en desuso (por ejemplo: *histeria de retención*).
- b) Definir aquellos términos utilizados por el psicoanálisis en una acepción que difiere, o ha podido diferir, de la acepción psiquiátrica generalmente admitida (por ejemplo: *paranoia*, *parafrenia*).
- c) Definir los términos que, si bien tienen la misma acepción en psicoanálisis que en clínica psiquiátrica, poseen un valor axial en la nosografía analítica (por ejemplo: *neurosis*, *psicosis*, *perversión*). Por lo que hemos intentado proporcionar, al menos, unos puntos de referencia al lector poco familiarizado con la clínica.

Los artículos aparecen en orden alfabético. Para señalar las relaciones existentes entre los diferentes conceptos, hemos recurrido a dos signos convencionales: la expresión *véase esta palabra* significa que el tema considerado es también abordado o tratado, con frecuencia de un modo más completo, en el artículo al cual se remite al lector; el asterisco * indica simplemente que el término al cual se aplica se encuentra definido en el *Diccionario*. De este modo deseábamos invitar al lector a establecer, por sí mismo, relaciones significativas entre los conceptos y a orientarse en las redes de asociaciones del lenguaje psicoanalítico. Con ello creemos haber evitado un doble peligro: la arbitrariedad a que podría conducir una clasificación puramente alfabética y el riesgo, más frecuente, del dogmatismo ligado a las exposiciones de tipo hipotético-deductivo. Nuestro deseo es que, así, puedan aparecer series, relaciones internas, «puntos nodales» distintos de aquellos en que se apoyan las descripciones sistemáticas de la doctrina freudiana.

Cada palabra es objeto de una definición y de un comentario. La *definición* intenta recoger su acepción, deducida de su empleo riguroso en la teoría psicoanalítica. El *comentario* representa la

parte crítica y lo esencial de nuestro estudio. El método que en él seguimos podría definirse con tres términos: historia, estructura y problemática. Historia: sin sujetarnos a un orden de presentación rigurosamente cronológico, hemos querido indicar, para cada concepto, sus orígenes y las principales etapas de su evolución. Tal investigación del origen no tiene, a nuestro modo de ver, un interés de simple erudición: sorprende ver cómo los conceptos fundamentales se iluminan, cómo vuelven a aparecer sus aristas vivas, sus contornos, sus articulaciones recíprocas, cuando se confrontan de nuevo con las experiencias que les dieron origen, con los problemas que han jalonado y dirigido su evolución.

Esta investigación histórica, aunque se presenta aisladamente para cada concepto, remite rápidamente a la historia del conjunto del pensamiento psicoanalítico. Por tanto, resulta imprescindible considerar la situación de un determinado elemento en relación con la estructura en que se localiza. A veces, esta función parece fácil de señalar, hallándose explícitamente reconocida en la literatura psicoanalítica. Pero, con frecuencia, las correspondencias, las oposiciones, las relaciones, aun cuando sean indispensables para captar un concepto en su originalidad, tan sólo se hallan implícitas: para citar algunos ejemplos bien elocuentes, la oposición entre «pulsión» e «instinto», necesaria para comprender la teoría psicoanalítica, no se halla formulada en parte alguna de la obra de Freud; la oposición entre «elección objetual anaclítica o de apoyo» y «elección objetual narcisista», si bien es recogida por la mayor parte de los autores, a menudo no la relacionan con lo que la esclarece en Freud: el «apoyo» de las «pulsiones sexuales» en las funciones de «autoconservación»; la articulación entre «narcisismo» y «autoerotismo», indispensable para poder situar estos dos conceptos, perdió rápidamente su original claridad, y esto en el propio Freud. Finalmente, algunos fenómenos estructurales son todavía más desconcertantes: en efecto, en la teoría psicoanalítica no es excepcional que la función de ciertos conceptos o grupos de conceptos se encuentre, en una etapa ulterior, transferida a otros elementos del sistema. Sólo una *interpretación* permitirá hallar de nuevo, a través de tales permutaciones, determinadas estructuras permanentes del pensamiento y de la experiencia psicoanalíticas.

Nuestro comentario intenta, en relación con los principales conceptos, evitar o, por lo menos, esclarecer las ambigüedades y explicitar eventualmente las contradicciones; es raro que éstas no desemboquen en una problemática que puede volver a encontrarse a nivel de la experiencia misma.

Desde un punto de vista más modesto, esta discusión nos permitió poner en evidencia un cierto número de dificultades específicamente terminológicas y establecer algunas propuestas destinadas a fijar la terminología que, muy a menudo, carece de coherencia en lengua francesa.

Al principio de cada capítulo indicamos las *equivalencias* en lengua alemana (*Al.*), francesa (*Fr.*), inglesa (*Ing.*), italiana (*It.*) y portuguesa (*P.*).

Las notas figuran al final de cada voz, y las referencias y abreviaturas bibliográficas en las primeras páginas del libro. Las llamadas a *notas* se señalan por medio de letras griegas; las *referencias*, mediante números entre paréntesis. La bibliografía específica, aparece al final de la obra.

Los pasajes que se citan, así como los títulos de las obras a las que se hace referencia a lo largo del texto, han sido traducidos por los autores.

J. L. y J.-B. P.

AGRADECIMIENTOS

Expresamos nuestro agradecimiento a cuantos han manifestado su interés por esta obra y contribuido a su elaboración.

El *Vocabulaire allemand-anglais*, reeditado en 1943 por Alix STRACHEY, ha sido para nosotros, a pesar de su pequeño tamaño, uno de los instrumentos de trabajo más útiles. Pero, ¿cómo rendir homenaje a la «*Standard Edition des Œuvres Psychologiques Complètes de Sigmund Freud*», traducidas y publicadas bajo la dirección del Prof. James STRACHEY, con la colaboración de Anna FREUD, y la ayuda de Alix STRACHEY y Alan TYSON, sino diciendo el gran interés con que ha sido acogido cada uno de sus volúmenes? Las traducciones y los comentarios, el aparato crítico y los índices hacen de esta gran obra una incomparable fuente de referencias para la investigación.

En lo que respecta a la elección de los equivalentes extranjeros, el *Diccionario de Psicoanálisis* se ha beneficiado de la colaboración del Dr. Ángel GARMA, del Dr. Fidias R. CESIO y de la Dra. Marie LANGER, para los equivalentes españoles; de la del Dr. Elvio FACHINELLI (Milán), traductor italiano de Freud, ayudado por Michel DAVID, profesor de francés en la Universidad de Padua, para los equivalentes italianos; de la de la Sra. Elza RIBEIRO HAWELKA y del Dr. Durval MARCONDES, para los equivalentes portugueses.

Desde el principio al fin, la Sra. Elza RIBEIRO HAWELKA, colaboradora técnica en la Cátedra de Psicología Patológica (Facultad de Letras y Ciencias Humanas, París, Sorbona), ha representado una ayuda adicta, importante por su diligencia, su interés y su experiencia en varios idiomas. La misma dedicación ha mostrado la Srta. Françoise LAPLANCHE desde la primavera de 1965 y, a partir de enero de 1966, la Srta. Evelyne CHATELLIER, colaboradora técnica en el Centro Nacional de Investigación Científica, anexo al Laboratorio de Psicología Patológica.

Así, la obra ha recibido el apoyo directo y sobre todo indirecto de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de París (Sorbona) y del Centro Nacional de Investigación Científica.

No podemos olvidar la alentadora acogida que los Editores, en las Presses Universitaires de France, dieron desde 1959 al proyecto de un *Vocabulaire de la Psychanalyse*, buena acogida que se ha confirmado, por cuanto las dimensiones de la obra han alcanzado casi el doble de las previsiones iniciales.

REFERENCIAS Y ABREVIATURAS BIBLIOGRÁFICAS

La bibliografía específica figura al final de la obra. A continuación facilitamos la clave de las abreviaturas utilizadas en el curso de este volumen.

I. OBRAS DE FREUD

- G. W. . . . *Gesammelte Werke*, 18 vols., Londres, Imago, 1940-1952.
- S. E. . . . *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*, ed. de James Strachey, 24 vols., Londres, Hogarth Press, 1953-1966.
- En el caso particular de 1887-1902: *Aus den Anfängen der Psychoanalyse*, y de 1895: *Entwurf einer Psychologie*:
- Al. . . . remite a *Aus den Anfängen der Psychoanalyse, Briefe an Wilhelm Fliess, Abhandlungen und Notizen aus den Jahren 1887-1902*, Londres, Imago, 1950.
- Ing. . . . remite a *The origins of Psychoanalysis*, Londres, Imago, 1954.
- O. C. . . . *Obras Completas de Sigmund Freud*, 3 vols., Madrid, Biblioteca Nueva, 1958-1968.
- Fr. . . . A falta de una edición francesa de obras completas, hemos debido limitarnos a remitir al lector a las traducciones francesas existentes. A continuación, facilitamos la lista, con el título de los diversos volúmenes o de las revistas en que han aparecido.
- 1887-1902 *Aus den Anfängen der Psychoanalyse (La naissance de la psychanalyse, lettres à Wilhelm Fliess, notes et plans)*, París, P.U.F., 1956.
- 1893 *Über den psychischen Mechanismus hysterischer Phänomene*, en colaboración con J. BREUER (*Les mécanismes psychiques des phénomènes hystériques*), en *Etudes sur l'hystérie*, París, P.U.F., 1956, págs. 1-13.
- 1895 *Studien über Hysterie (Etudes sur l'hystérie)*, en colaboración con J. BREUER, París, P.U.F., 1956.
- 1895 *Entwurf einer Psychologie (Esquisse d'une psychologie scientifique)*, en *La naissance de la psychanalyse, lettres à Wilhelm Fliess, notes et plans*, París, P.U.F., 1956, págs. 307-396.
- 1900 *Die Traumdeutung (La science des rêves)*, París, P.U.F., 1950.
- 1901 *Über den Traum (Le rêve et son interprétation)*, París, Gallimard, 1925.
- 1901 *Zur Psychopathologie des Alltagslebens (Psychopathologie de la vie quotidienne)*, París, Payot, 1948.
- 1904 *Die Freud'sche psychoanalytische Methode (La méthode psychanalytique de Freud)*, en *De la technique psychanalytique*, París, P.U.F., 1953, págs. 1-8.
- 1904 *Über Psychotherapie (De la psychothérapie)*, en *De la technique psychanalytique*, París, P.U.F., 1953, págs. 9-22.
- 1905 *Bruchstück einer Hysterie-Analyse (Fragment d'une analyse d'hystérie: Dora)*, en *Cinq psychanalyses*, París, P.U.F., 1954, págs. 1-91.

- 1905 *Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie* (Trois essais sur la théorie de la sexualité). París, Gallimard, col. «Idées», 1962.
- 1905 *Der Witz und seine Beziehung zum Unbewussten* (Le mot d'esprit et ses rapports avec l'inconscient), París, Gallimard, 1953.
- 1906 *Tatbestandsdiagnostik und Psychoanalyse* (La psychoanalyse et l'établissement des faits en matière judiciaire par une méthode diagnostique), en *Essais de psychanalyse appliquée*, París, Gallimard, 1933, págs. 43-58.
- 1907 *Der Wahn und die Träume in W. Jensens «Gradiva»* (Délires et rêves dans la «Gradiva» de Jensen), París, Gallimard, 1949.
- 1907 *Zwangshandlungen und Religionsübungen* (Actes obsédants et exercices religieux), en *L'avenir d'une illusion*, París, Denoël & Steele, 1932, páginas 157-183.
- 1908 *Der Dichter und das Phantasieren* (La création littéraire et le rêve éveillé), en *Essais de psychanalyse appliquée*, París, Gallimard, 1933, págs. 69-82.
- 1909 *Analyse der Phobie eines fünfjährigen Knaben* (Analyse d'une phobie d'un petit garçon de cinq ans: Le petit Hans), en *Cinq psychanalyses*, París, P.U.F., 1954, págs. 93-198.
- 1909 *Bemerkungen über einen Fall von Zwangsneurose* (Remarques sur un cas de névrose obsessionnelle: L'homme aux rats), en *Cinq psychanalyses*, París, P.U.F., 1954, págs. 199-261.
- 1909 *Über Psychoanalyse*, reeditado con el título de *Cinq leçons sur la psychanalyse*, a continuación de *Psychologie collective et analyse du moi*, París, Payot, 1950, págs. 117-177.
- 1910 *Beiträge zur Psychologie des Liebeslebens: I. Über einen besonderen Typus der Objektwahl beim Manne* (Contribution à la psychologie de la vie amoureuse: I. D'un type particulier de choix objectal chez l'homme), en *R.F.P.*, 1936, IX, n.º 1, págs. 2-10.
- 1910 *Die zukünftigen Chancen der psychoanalytischen Therapie* (Perspectives d'avenir de la thérapeutique analytique), en *De la technique psychanalytique*, París, P.U.F., 1953, págs. 23-34.
- 1910 *Über «wilde» Psychoanalyse* (A propos de la psychoanalyse dite «sauvage»), en *De la technique psychanalytique*, París, P.U.F., 1953, págs. 35-42.
- 1910 *Eine Kindheits Erinnerung des Leonardo da Vinci* (Un souvenir d'enfance de Léonard de Vinci), París, Gallimard, 1927.
- 1910 *Über den Gegensatz der Urworte* (Des sens opposés dans les mots primitifs), en *Essais de psychanalyse appliquée*, París, Gallimard, 1933, páginas 59-68.
- 1911 *Psychoanalytische Bemerkungen über einen autobiographisch beschriebenen Fall von Paranoia* (Dementia paranoides) (Remarques psychoanalytiques sur l'autobiographie d'un cas de paranoia [Dementia paranoides]: Le Président Ichreber), en *Cinq psychanalyses*, París, P.U.F., 1954, páginas 263-324.
- 1911 *Die Handhabung der Traumdeutung in der Psychoanalyse* (Le maniement de l'interprétation des rêves en psychanalyse), en *De la technique psychanalytique*, París, P.U.F., 1953, págs. 43-49.
- 1912 *Zur Dynamik der Übertragung* (La dynamique du transfert), en *De la technique psychanalytique*, París, P.U.F., 1953, págs. 50-60.
- 1912 *Beiträge zur Psychologie des Liebeslebens: II. Über die allgemeinste Erniedrigung des Liebeslebens* (Contribution à la psychologie de la vie amoureuse: II. Considérations sur le plus commun des ravalements de la vie amoureuse), en *R.F.P.*, 1936, IX, n.º 1, págs. 10-21.
- 1912 *Ratschläge für den Arzt bei der psychoanalytischen Behandlung* (Conseils aux médecins sur le traitement psychoanalytique), en *De la technique psychanalytique*, París, P.U.F., 1953, págs. 61-71.
- 1912 *Einige Bemerkungen über den Begriff des Unbewussten in der Psychoanalyse* (Quelques observations sur le concept d'inconscient en psychanalyse), en *Métapsychologie*, París, Gallimard, 1940, págs. 9-24.
- 1912 *Totem und Tabu* (Totem et tabou), París, Payot, 1947.
- 1913 *Zur Einleitung der Behandlung* (Le début du traitement), en *De la technique psychanalytique*, París, P.U.F., 1953, págs. 80-104.

- 1913 *Die Disposition zur Zwangsneurose (La prédisposition à la névrose obsessionnelle)*, en R.F.P., 1929, III, n.º 3, págs. 437-447.
- 1914 *Zur Geschichte der psychoanalytischen Bewegung (Contribution à l'histoire du mouvement psychanalytique)*, en *Essais de Psychanalyse*, Paris, Payot, 1963 (1.ª ed.), págs. 266-320.
- 1914 *Erinnern, Wiederholen und Durcharbeiten (Remémoration, répétition et élaboration)*, en *De la technique psychanalytique*, Paris, P.U.F., 1953, páginas 105-115.
- 1915 *Triebe und Triebchicksale (Les pulsions et leurs destins)*, en *Métapsychologie*, Paris, Gallimard, 1952, págs. 26-66.
- 1915 *Mitteilung eines der psychoanalytischen Theorie widersprechenden Falles von Paranoia (Un cas de paranoïa qui contredisait la théorie psychanalytique de cette affection)*, en R.F.P., 1935, VIII, n.º 1, págs. 2-11.
- 1915 *Die Verdrängung (Le refoulement)*, en *Métapsychologie*, Paris, Gallimard, 1952, págs. 67-90.
- 1915 *Das Unbewusste (L'inconscient)*, en *Métapsychologie*, Paris, Gallimard, 1952, págs. 91-161.
- 1915 *Bemerkungen über die Übertragungsliebe (Observations sur l'amour de transfert)*, en *De la technique psychanalytique*, Paris, P.U.F., 1953, páginas 116-130.
- 1915 *Zeitgemässes über Krieg und Tod (Considérations actuelles sur la guerre et la mort)*, en *Essais de psychanalyse*, Paris, Payot, 1951, págs. 219-250.
- 1916 *Einige Charaktertypen aus der psychoanalytischen Arbeit (Quelques types de caractères dégagés par la psychanalyse)*, en *Essais de Psychanalyse*, Paris, Gallimard, págs. 105-136.
- 1916-1917 *Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse (Introduction à la psychanalyse)*, Paris, Payot, 1951.
- 1917 *Über Triebumsetzungen insbesondere der Analerotik (Sur les transformations des pulsions, particulièrement dans l'érotisme anal)*, en R.F.P., 1928, II, n.º 4, págs. 609-616.
- 1917 *Trauer und Melancholie (Deuil et mélancolie)*, en *Métapsychologie*, Paris, Gallimard, 1952, págs. 189-222.
- 1917 *Metapsychologische Ergänzung zur Traumlehre (Complément métapsychologique à la doctrine des rêves)*, en *Métapsychologie*, Paris, Gallimard, 1952, págs. 162-188.
- 1917 *Eine Schwierigkeit der Psychoanalyse (Une difficulté de la psychanalyse)*, en *Essais de psychanalyse appliquée*, Paris, Gallimard, 1933, págs. 137-147.
- 1917 *Beiträge zur Psychologie des Liebeslebens: III. Das Tabu der Virginität (Contribution à la psychologie de la vie amoureuse: III. Le tabou de la virginité)*, en R.F.P., 1933, VI, n.º 1, págs. 2-17.
- 1918 *Aus der Geschichte einer infantilen Neurose (Extrait de l'histoire d'une névrose infantile: L'homme aux loups)*, en *Cinq psychanalyses*, Paris, P.U.F., 1954, págs. 325-420.
- 1918 *Wege der psychoanalytischen Therapie (Les voies nouvelles de la thérapeutique psychanalytique)*, en *De la technique psychanalytique*, Paris, P.U.F., 1953, págs. 131-141.
- 1919 *«Ein Kind wird geschlagen» («On bat un enfant»)*, en R.F.P., 1933, VI, números 3-4, págs. 274-297.
- 1919 *Das Unheimliche (L'inquiétante étrangeté)*, en *Essais de psychanalyse appliquée*, Paris, Gallimard, 1933, págs. 163-211.
- 1920 *Über die Psychogenese einer Falles von weiblicher Homosexualität (Psychogenèse d'un cas d'homosexualité féminine)*, en R.F.P., 1933, VI, n.º 2, páginas 130-154.
- 1920 *Jenseits des Lustprinzips (Au-delà du principe de plaisir)*, en *Essais de psychanalyse*, Paris, Payot, 1951, págs. 5-75.
- 1921 *Massenpsychologie und Ich-Analyse (Psychologie collective et analyse du moi)*, en *Essais de psychanalyse*, Paris, Payot, págs. 76-162.
- 1922 *Über einige neurotische Mechanismen bei Eifersucht, Paranoia und Homosexualität (De quelques mécanismes névrotiques dans la jalousie, la paranoïa et l'homosexualité)*, en R.F.P., 1932, V, n.º 3, págs. 391-401.

- 1923 *Das Ich und das Es* (con el título: *Le moi et le soi*), en *Essais de psychoanalyse*, París, Payot, 1951, págs. 163-218.
- 1923 *Eine Teufelsneurose im siebzehnten Jahrhundert* (*Une névrose démoniaque au XVII^e siècle*), en *Essais de psychanalyse appliquée*, París, Gallimard, 1933, págs. 213-254.
- 1924 *Das ökonomische Problem des Masochismus* (*Le problème économique du masochisme*), en *R.F.P.*, 1928, II, n.º 2, págs. 211-223.
- 1924 *Der Intergrang des Ödipuskomplexes* (*Le déclin du complexe d'Edipe*), en *R.F.P.*, 1934, VII, n.º 3, págs. 394-399.
- 1925 *Die Verneinung* (*La négation*), en *R.F.P.*, 1934, VII, n.º 2, págs. 174-177.
- 1925 *Selbstdarstellung* (*Ma vie et la psychanalyse*), París, Gallimard, 1949.
- 1926 *Die Frage der Laienanalyse* (nueva ed.) (*Psychanalyse et médecine*), en *Ma vie et la psychanalyse*, París, Gallimard, 1949, págs. 117-239.
- 1926 *Hemmung, Symptom und Angst* (*Inhibition, symptôme et angoisse*), París, P.U.F., 1965 (nueva ed.).
- 1927 *Die Zukunft einer Illusion* (*L'avenir d'une illusion*), París, Denoël & Steele, 1932.
- 1930 *Das Unbehagen in der Kultur* (*Malaise dans la civilisation*), París, Denoël & Steele, 1934.
- 1932 *Neue Folge der Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse* (*Nouvelles conférences sur la psychanalyse*), París, Gallimard, 1936.
- 1937 *Die endliche und die unendliche Analyse* (*Analyse terminée et analyse interminable*), en *R.F.P.*, 1938-1939, X-XI, n.º 1, págs. 3-38.
- 1938 *Abriss der Psychoanalyse* (*Abrégé de psychanalyse*), París, P.U.F., 1950.
- 1939 *Der Mann Moses und die monotheistische Religion* (*Moïse et le monothéisme*), París, Gallimard, 1948.

II. OTROS AUTORES

- Karl ABRAHAM. En castellano han aparecido *Estudios sobre psiquiatría y psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós; y *Psicoanálisis clínico*, Buenos Aires, Paidós.
- A falta de una edición española de obras completas, remitimos a la edición francesa *Oeuvres Complètes*, 2 vols., París, Payot, 1965-1966.
- Joseph BREUER. En los *Studien über Hysterie* (*Estudios sobre la histeria*), 1895, publicados con S. FREUD, J. BREUER es autor de dos capítulos: «Fräulein Anna O.» (La señorita Ana O.) y «Theoretisches» (Consideraciones teóricas).
- Por lo que hace referencia a estos textos, Al. remite a la edición original de *Studien über Hysterie*, Leipzig und Wien, Deuticke, 1895; S. E. remite a la Standard Edition; Fr. remite a *Etudes sur l'hystérie*, París, P.U.F., 1956.
- Sandor FERENCZI. Remitimos a los tres volúmenes en inglés, Londres, Hogarth Press: *First Contr.: First Contributions to psycho-analysis*, 1952 (existe una traducción castellana de esta obra publicada por Paidós de Buenos Aires bajo el título de *Primeras contribuciones al psicoanálisis*); *Further Contr.: Further contributions to the theory and technique of psycho-analysis*, 1950; *Final Contr.: Final contributions to the problems and methods of psycho-analysis*, 1955. De estas dos últimas obras existe también una traducción castellana publicada por Paidós de Buenos Aires, bajo los títulos de *Teoría y técnica del psicoanálisis*, 1967, y *Problemas y métodos del psicoanálisis*, 1966, respectivamente.
- Melanie KLEIN. *Contributions: Contributions to Psycho-analysis*, Londres, Hogarth Press, 1950. *Contribuciones al psicoanálisis*, versión castellana de esta obra, ha sido editada por Paidós de Buenos Aires.
- KLEIN (M.), HEIMANN (P.), ISAACS (J.), RIVIERE (J.), *Developments: Developments in Psycho-analysis*, Londres, Hogarth Press, 1952. La versión castellana, *Desarrollos en psicoanálisis*, ha sido editada por Paidós de Buenos Aires.

III. REVISTAS Y RECOPILACIONES

Bul. Psycho.: *Bulletin de Psychologie*, publicado por el grupo de estudios de Psicología de la Universidad de París.

I.J.P.: *International Journal of Psycho-analysis*.

Psa. Read.: *The psycho-analytic reader*, editado por Robert Fliess, Londres, Hogarth Press, 1950.

Psycho-analytic Study of the child, Nueva York, I.U.P.

R.F.P.: *Revue française de Psychoanalyse*.

A

ABREACCIÓN

= *Al.*: Abreagieren. — *Fr.*: abréaction. — *Ing.*: abreaction. — *It.*: abreazione. — *Por.*: ab-reação.

Descarga emocional, por medio de la cual un individuo se libera del afecto* ligado al recuerdo de un acontecimiento traumático, lo que evita que éste se convierta en patógeno o siga siéndolo. La abreacción puede ser provocada en el curso de la psicoterapia, especialmente bajo hipnosis, dando lugar a una catarsis; pero también puede producirse de forma espontánea, separada del trauma inicial por un intervalo más o menos prolongado.

El concepto de abreacción sólo puede comprenderse recurriendo a la teoría de Freud acerca de la génesis del síntoma histérico, tal como la expuso en *El mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos* (*Über den psychischen Mechanismus hysterischer Phänomene*, 1893) (1 a) (a). La persistencia del afecto ligado a un recuerdo depende de varios factores: el más importante de ellos es la forma como el sujeto reacciona frente a un determinado acontecimiento. Esta *reacción* puede consistir en reflejos voluntarios o involuntarios, y abarcar desde el llanto hasta la venganza. Si tal reacción es lo suficientemente intensa, gran parte del afecto ligado al acontecimiento desaparece. Si esta reacción es reprimida (*unterdrückt*), el afecto persiste ligado al recuerdo.

Así, pues, la abreacción constituye el mecanismo normal que permite al individuo reaccionar frente a un acontecimiento y evitar que éste conserve un *quantum* de afecto* demasiado importante. Con todo, para que esta reacción posea un efecto catártico, es preciso que sea «adecuada».

La abreacción puede ser espontánea, es decir, seguir al acontecimiento con un intervalo lo bastante breve como para impedir que su recuerdo se halle cargado de un afecto lo suficientemente intenso para convertirse en patógeno. Pero también puede ser secundaria, provocada por la psicoterapia catártica, que permite al enfermo recordar y objetivar verbalmente el acontecimiento traumático y liberarlo así del *quantum*

de afecto que lo convertía en patógeno. En efecto, Freud señaló ya en 1895: «El hombre encuentra en el lenguaje un substitutivo de la acción, mediante el cual el afecto puede ser *derivado por abreacción* casi en idéntica forma» (1 b).

Pero la abreacción masiva no es la única forma en que un individuo puede liberarse del recuerdo de un hecho traumático: el recuerdo puede ser también integrado en una serie asociativa que permita la corrección del acontecimiento, su reinstalación en el lugar correspondiente. Desde los *Estudios sobre la histeria* (*Studien über Hysterie*), Freud describe a veces como proceso de abreacción una auténtica labor de rememoración y elaboración psíquica, mediante la cual el mismo afecto es reavivado de modo paralelo al recuerdo de los diferentes acontecimientos que lo suscitaron (1 c).

La falta de abreacción determina que ciertos grupos de representaciones, que se hallan en el origen de los síntomas neuróticos, subsistan en estado inconsciente y aislados del curso normal del pensamiento: «Las representaciones que se han vuelto patógenas conservan su actividad por el hecho de no hallarse sometidas al desgaste normal por la abreacción, y por la imposibilidad de su reproducción en los estados asociativos libres» (1 d).

Breuer y Freud distinguieron las diversas clases de condiciones que impiden al individuo abreaccionar. Algunas de ellas dependerían, no de la naturaleza del acontecimiento en sí, sino del estado psíquico en que se hallaba el sujeto en el momento de producirse aquél: susto, autohipnosis, estado hipnoide*; otras van ligadas a circunstancias, generalmente de tipo social, que obligan al individuo a contener sus reacciones. Finalmente, puede tratarse de un acontecimiento que «[...] el enfermo quiso olvidar y que hechazó, inhibió, suprimió intencionadamente, alejándose de su pensamiento consciente» (1 e). Estas tres clases de condiciones definen los tres tipos de histeria: hipnoide*, de retención* y de defensa*. Como es sabido, Freud, después de la publicación de los *Estudios sobre la histeria*, sólo conservó esta última forma.

El acento puesto exclusivamente en la abreacción para la eficacia de la psicoterapia caracteriza el período denominado del método catártico. Con todo, este concepto sigue estando presente en la teoría de la cura psicoanalítica, por razones de hecho (presencia en toda cura, en diversos grados según los tipos de pacientes, de manifestaciones de descarga emocional) y de fondo, en la medida en que toda teoría de la cura toma en consideración no sólo el *recuerdo* sino también la *repetición*. Conceptos tales como los de transferencia*, trabajo elaborativo*, actuar*, implican una referencia a la teoría de la abreacción, al tiempo que conducen a concepciones de la cura más complejas que las de la pura y simple liquidación del afecto traumatizante.

(a) Al parecer, el neologismo *abreagieren* fue creado por Breuer y Freud a partir del verbo *reagieren*, utilizado en su forma transitiva, y el prefijo *ab*, que posee diversas significaciones, en especial distancia en el tiempo, separación, disminución, supresión, etc.

ABSTINENCIA (REGLA DE LA —, PRINCIPIO DE LA —)

= *Al.*: Abstinenz (Grundsatz der). — *Fr.*: abstinence (règle d'). — *Ing.*: abstinence (rule of). — *It.*: astinenza (regola di). — *Por.*: abstinència (regra de).

Principio según el cual la cura analítica debe ser dirigida de tal forma que el paciente encuentre el mínimo posible de satisfacciones substitutivas de sus síntomas. Para el analista, ello implica la norma de no satisfacer las demandas del paciente ni desempeñar los papeles que éste tiende a imponerle. El principio de la abstinencia puede, en algunos casos y en ciertos momentos de la cura, concretarse en consignas relativas a los comportamientos repetitivos del paciente que entorpecen la labor de rememoración y elaboración.

La justificación de este principio es de tipo fundamentalmente económico. El analista debe evitar que las cantidades de libido liberadas por la cura se recatecticen de modo inmediato sobre objetos externos; en lo posible deben ser transferidas a la situación analítica. La energía libidinal se encuentra ligada por la transferencia, y se rechaza toda posibilidad de descarga distinta a la expresión verbal.

Desde el punto de vista dinámico, el *poder* de la cura se basa en la existencia de un sufrimiento por frustración; pero este último tiende a disminuir a medida que los síntomas ceden su puesto a comportamientos substitutivos más satisfactorios. Por consiguiente, resulta importante mantener o restablecer la frustración para evitar la paralización de la cura.

La noción de abstinencia se halla implícitamente ligada al principio mismo del método analítico, en tanto que éste convierte en acto fundamental la interpretación, en lugar de satisfacer las exigencias libidinales del paciente. Por ello, no debe sorprender que sea a propósito de una demanda particularmente imperiosa, la inherente al amor de transferencia, que Freud aborda con claridad, en 1915, la cuestión de la abstinencia: «Debo establecer el principio de que es preciso, en los enfermos, mantener las necesidades y aspiraciones como fuerzas que impulsan al trabajo y al cambio, y evitar que sean acalladas por substitutivos» (1).

Con Ferenczi, los problemas técnicos planteados por la observancia del principio de la abstinencia pasaron al primer plano de las discusiones analíticas. Ferenczi preconizaba en ciertos casos medidas encaminadas a hostigar las satisfacciones substitutivas halladas por el paciente en la cura o aparte de ésta. Freud, en su alocución final al Congreso de Budapest (1918) aprobó, en principio, estas medidas y dio una justificación teórica de las mismas: «Por cruel que ello pueda parecer, hemos de procurar que el sufrimiento del paciente no desaparezca prematuramente en forma marcada. Cuando, por haberse disipado y perdido su valor los síntomas, se ha atenuado este sufrimiento estamos obligados a recrearlo en otro punto en forma de una privación penosa» (2).

Para esclarecer la discusión, siempre actual, en torno al concepto de abstinencia, parece interesante distinguir claramente entre, por una parte, la abstinencia como principio y regla del analista (simple consecuencia de su neutralidad) y, por otra, las medidas activas por medio de las

cuales se pide al paciente que él mismo se mantenga en un cierto estado de abstinencia. Tales medidas abarcan desde las interpretaciones cuyo carácter insistente puede equivaler a una orden, hasta las prohibiciones formales. Estas, si bien no se dirigen a prohibir al paciente toda relación sexual, afectan por lo general a ciertas actividades sexuales (perversiones) o a ciertas actuaciones de carácter repetitivo que parecen paralizar la labor analítica. Pero la mayor parte de los analistas se muestran muy reservados en cuanto a recurrir a tales medidas activas, subrayando especialmente el hecho de que el analista corre entonces el peligro de justificar su asimilación a una autoridad represora.

ACCIÓN ESPECÍFICA

= *Al.*: Spezifische Aktion. — *Fr.*: action spécifique. — *Ing.*: specific action. — *It.*: azione specifica. — *Por.*: ação específica.

Término utilizado por Freud en algunos de sus primeros trabajos, para designar el conjunto del proceso necesario para la resolución de la tensión interna creada por la necesidad: intervención externa adecuada y conjunto de reacciones preformadas del organismo que permiten la consumación del acto.

Freud utiliza el concepto de acción específica, sobre todo en su *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*, 1895): el principio de inercia*, del cual Freud postula que regula el funcionamiento del aparato neuronal, se complica desde el momento en que intervienen las excitaciones endógenas. En efecto, el organismo no puede escapar a ellas. Puede descargarlas de dos modos:

a) de un modo inmediato, por medio de reacciones inespecíficas (manifestaciones emocionales, gritos, etc.), que constituyen una respuesta inadecuada, y las excitaciones continúan afluyendo;

b) de forma específica, que es la única que permite una resolución duradera de la tensión. Freud proporcionó el esquema de este proceso, haciendo intervenir especialmente la noción de umbral, en *Sobre la justificación de separar de la neurastenia cierto complejo de síntomas denominado «neurosis de angustia»* (*Über die Berechtigung, von der Neurasthenie einen bestimmten Symptomenkomplex als «Angstneurose» abzutrennen*, 1895) (1 a).

Para que se realice la acción específica o adecuada, es indispensable la presencia de un objeto específico y de una serie de condiciones externas (aporte de alimento en el caso del hambre). Para el lactante, debido a su desamparo original (véase: Desamparo), la ayuda exterior se convierte en la condición previa indispensable para la satisfacción de la necesidad. Con el nombre de acción específica, Freud (5) designa tanto el conjunto de los actos reflejos mediante los cuales se consuma el acto, como la intervención exterior, e incluso los dos tiempos.

Esta acción específica se presupone en el caso de la experiencia de satisfacción.

La concepción freudiana de la acción específica podría interpretarse como un esbozo de una teoría del instinto* (α). ¿Cómo armonizarla con la concepción de la pulsión sexual, tal como se deduce de la obra de Freud? El planteamiento del problema evolucionó en el propio Freud durante los años 1895 a 1905:

1) En el *Proyecto de psicología científica*, la sexualidad se clasifica entre las «grandes necesidades» (2); exige, al igual que el hambre, una acción específica (véase: Pulsiones de autoconservación).

2) Se observará que en 1895 Freud no había descubierto todavía la sexualidad infantil. En esta época de la utilización del término «acción específica» se deduce una analogía entre el acto sexual del adulto y la satisfacción del hambre.

3) En el artículo anteriormente citado, contemporáneo del *Proyecto*, la acción específica necesaria para la satisfacción sexual se describe refiriéndose al adulto. Ahora bien, junto a los elementos de comportamiento que constituyen un tipo de dispositivo orgánico, Freud introduce condiciones «psíquicas» de origen histórico, subordinadas a lo que llama elaboración de la libido psíquica (1 b).

4) La perspectiva cambia con el descubrimiento de la sexualidad infantil (véase: Sexualidad): Freud critica en lo sucesivo la concepción que define la sexualidad humana por el acto sexual adulto, comportamiento que sería invariable en su desarrollo, su objeto y su fin. «La opinión popular tiene ideas fijas sobre la naturaleza y características de la pulsión sexual. Esta no existiría durante la infancia, aparecería durante la pubertad, en estrecha relación con el proceso de maduración, se manifestaría en forma de una atracción irresistible ejercida por un sexo sobre el otro, y su fin sería la unión sexual, o por lo menos los actos conducentes a dicho fin» (3).

En los *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905) Freud pone de manifiesto cómo, en el funcionamiento de la sexualidad del niño, las condiciones orgánicas capaces de proporcionar un placer sexual son poco específicas. Si puede decirse que se especifican rápidamente, es debido a factores de tipo histórico. En definitiva, en el adulto, las condiciones de la satisfacción sexual pueden estar muy determinadas para un individuo en particular, como si el hombre alcanzase, a través de su historia, un comportamiento que puede asemejarse a un dispositivo instintivo. Esta apariencia se halla en la base de la «opinión popular» que Freud citaba anteriormente.

(α) Desde este punto de vista, podría establecerse una aproximación entre la teoría freudiana de la acción específica y el análisis del proceso instintivo efectuado por la psicología animal contemporánea (escuela etológica).

LAPLANCHE intercalados y notas

ACTING OUT

Término utilizado en psicoanálisis para designar acciones que presentan casi siempre un carácter impulsivo relativamente aislable en el curso de sus actividades.

en contraste relativo con los sistemas de motivación habituales del individuo, y que adoptan a menudo una forma auto- o heteroagresiva. En el surgimiento del *acting out* el psicoanalista ve la señal de la emergencia de lo reprimido. Cuando aparece en el curso de un análisis (ya sea durante la sesión o fuera de ella), el *acting out* debe comprenderse en su conexión con la transferencia y, a menudo, como una tentativa de desconocer radicalmente ésta.

El término inglés *acting out* ha sido adoptado por los psicoanalistas de otras lenguas, lo que plantea inmediatamente algunos problemas terminológicos:

1.º Dado que lo que Freud denomina *agieren* se traduce en inglés por *to act out* (forma substantiva: *acting out*) este término incluye toda la ambigüedad de lo que Freud designa de este modo (véase: Actuar). Así, el artículo *acting out* del *Diccionario general de términos psicológicos y psicoanalíticos* de English y English da la siguiente definición: «Manifestación, en una situación nueva, de un comportamiento intencional apropiado a una situación más antigua, representando la primera simbólicamente a la segunda. Cf. Transfert, que es una forma de *acting out*».

2.º La anterior definición se halla en contradicción con la acepción generalmente admitida del *acting out*, que diferencia e incluso contraponen el terreno de la transferencia y el recurso al *acting out*, viendo en este último un intento de ruptura de la relación analítica.

3.º Haremos algunas observaciones acerca del verbo inglés *to act out*:

a) *To act*, utilizado en su forma transitiva, está impregnado de significaciones pertenecientes al ámbito teatral: *to act a play* = representar una obra; *to act a part* = representar un papel, etc. Lo mismo puede decirse del verbo transitivo *to act out*.

b) La palabra *out* situada detrás del verbo contiene dos matices: exteriorizar, mostrar fuera lo que se supone que se tiene dentro de sí; y, también, realizar rápidamente, hasta la terminación de la acción (matiz que se encuentra en expresiones tales como *to carry out* = llevar a cabo; *to sell out* = vender todas las existencias, etc.).

c) El sentido original, sólo espacial, de la palabra *out* ha podido inducir a algunos psicoanalistas, erróneamente, a entender *acting out* como un acto realizado fuera de la sesión analítica y a contraponerlo a un *acting in*, que tendría lugar en el curso de la sesión. Para expresar esta oposición conviene hablar de *acting out outside of psychoanalysis* y de *acting out inside of psychoanalysis*, o *in the analytic situation*.

4.º En francés y en español, parece difícil hallar una expresión que proporcione todos los matices señalados (se han propuesto *actuar*, *actuación*). El término «paso al acto», que es el equivalente más a menudo conservado, tiene, entre otros, el inconveniente de haber entrado ya en la clínica psiquiátrica, donde se tiende a reservarlo en forma exclusiva para designar actos impulsivos violentos, agresivos, delictivos (crimen, suicidio, atentado sexual, etc.); el sujeto *pasa* de una representación, de una tendencia, al acto propiamente dicho. Por otra parte, en su utilización clínica, este término no hace referencia a una situación transferencial.

Desde el punto de vista descriptivo, la diversidad de actos que de ordinario se clasifican bajo el título de *acting out* es muy amplia, incluyendo lo que la clínica psiquiátrica denomina «paso al acto» (véase *más arriba*), pero también formas mucho más discretas, a condición de que en ellas se encuentre también este carácter impulsivo, mal motivado a los propios ojos del sujeto, en contraste con su comportamiento habitual, incluso aunque la acción en cuestión sea secundariamente racionalizada; estos caracteres señalan para el psicoanalista el retorno de lo reprimido. También pueden considerarse como *acting out* algunos accidentes ocurridos al individuo, sintiéndose éste ajeno a su producción. Tal ampliación de sentido plantea evidentemente el problema de la delimitación del concepto de *acting out*, relativamente impreciso y variable según los autores, relacionándolo con otros conceptos creados por Freud, en especial el de acto fallido y los llamados fenómenos de repetición (α). El acto fallido es también concreto, aislado, si bien, al menos en sus formas más típicas, resulta patente su carácter de *transacción*; por el contrario, en los fenómenos de repetición vivida (por ejemplo, «compulsión de destino»), los contenidos reprimidos retornan, a menudo con gran fidelidad, en un guión del cual el sujeto no se reconoce como el autor.

Una de las aportaciones del psicoanálisis ha consistido en relacionar la aparición de un determinado acto impulsivo con la dinámica de la cura y la transferencia. Es ésta una vía claramente indicada por Freud, quien subrayó la tendencia de algunos pacientes a «llevar a la acción» (*agieren*) fuera del análisis las *mociones pulsionales* develadas por éste. Pero, dado que, como es sabido, Freud describe también la transferencia sobre la persona del analista como una forma de «llevar a la acción», de ello se deduce que no diferenció claramente ni articuló unos con otros los fenómenos de repetición en la transferencia y los del *acting out*. La distinción que introdujo parece responder a preocupaciones primordialmente técnicas, en el sentido de que el individuo que lleva a la acción los conflictos fuera de la cura sería menos accesible a la toma de conciencia de su carácter repetitivo, y capaz, fuera de todo control y de toda interpretación del analista, de satisfacer hasta el final, hasta el acto completo, sus pulsiones reprimidas: «En modo alguno es deseable que el paciente, fuera de la transferencia, lleve a la acción (*agiert*) en lugar de recordar; lo ideal, para nuestra finalidad, sería que se comportase lo más normalmente posible fuera del tratamiento y que sólo manifestase sus reacciones anormales dentro de la transferencia» (1).

Una de las tareas del psicoanálisis sería la de intentar basar la distinción entre transferencia y *acting out* en criterios diferentes a los puramente técnicos o meramente espaciales (lo que ocurre en el despacho del analista o fuera del mismo); esto supondría, sobre todo, una nueva reflexión sobre los conceptos de acción, de actualización y sobre lo que define los diferentes modos de comunicación.

Sólo después de haber esclarecido en forma teórica las relaciones entre el *acting out* y la transferencia analítica, se podría investigar si las estructuras descubiertas son extrapolables fuera de toda referencia

a la cura; es decir, preguntarse si los actos impulsivos de la vida cotidiana no podrían explicarse en conexión con relaciones de tipo transferencial.

(*) Es necesaria tal delimitación si se quiere conservar una especificidad para este concepto, y no diluirlo en una concepción de conjunto que haga aparecer la relación más o menos estrecha de toda empresa humana con los fantasmas inconscientes.

ACTIVIDAD-PASIVIDAD

= *Al.*: Aktivität - Passivität. — *Fr.*: activité - passivité. — *Ing.*: activity - passivity. — *It.*: attività - passività. — *Por.*: atividade - passividade.

Uno de los pares de antitéticos fundamentales en la vida psíquica. Especifica determinados tipos de fines* pulsionales. Desde un punto de vista genético, la oposición activo-pasivo figuraría en primer lugar con respecto a oposiciones posteriores en las cuales viene a integrarse aquélla: fálico-castrado y masculino-femenino.

Si bien actividad y pasividad califican principalmente, según Freud, las modalidades de la vida pulsional, ello no presupone que puedan oponerse pulsiones activas a pulsiones pasivas. Por el contrario, Freud subrayó, especialmente en su polémica con Adler (véase: Pulsión agresiva), que la pulsión es por definición activa: «[...] cada pulsión es un fragmento de actividad; cuando se habla en forma descuidada de pulsiones pasivas, sólo puede referirse a pulsiones con un fin pasivo» (1 a).

Esta pasividad del fin la observan los psicoanalistas en aquellos ejemplos privilegiados en que el individuo quiere ser maltratado (masoquismo) o visto (exhibicionismo). ¿Qué debe entenderse aquí por pasividad? Es preciso distinguir dos niveles: por una parte, el comportamiento manifiesto; por otra, las fantasías subyacentes. En cuanto al comportamiento, es cierto que el masoquista, por ejemplo, responde a la exigencia pulsional mediante una actividad encaminada a situarlo en condiciones de satisfacción. Pero la última fase de su comportamiento sólo se alcanza si el individuo puede hallarse en una posición que lo ponga a merced del otro. A nivel de las fantasías, es posible mostrar cómo toda posición pasiva es inseparable de su contraria; así, en el masoquismo, «[...] el yo pasivo se sitúa de nuevo en la fantasía, en el lugar [...] que es ahora cedido al sujeto ajeno» (1 b). En este sentido, se encontraría siempre, a nivel de fantasía, la presencia simultánea o alternativa de los dos términos: «actividad» y «pasividad». Con todo, tanto en la naturaleza de la satisfacción buscada como en la posición fantasmática, esta complementariedad no debe hacernos perder de vista lo que puede haber de irreductible en la fijación a un papel sexual activo o pasivo.

Por lo que respecta al desarrollo del sujeto, Freud atribuye un gran papel a la oposición actividad-pasividad, que precede a los otros pares antitéticos: fálico-castrado y masculinidad-feminidad. Según Freud, es en la fase anal cuando «[...] aparece claramente la oposición que se encuentra de un modo general en la vida sexual [...] el elemento activo

está constituido por la *pulsión de apoderamiento*, la cual está ligada a la musculatura; el órgano cuyo fin sexual es pasivo será representado por la mucosa intestinal erógena» (2). Esto no implica que, en la fase oral, no coexistan actividad y pasividad, sino que éstas todavía no se han erigido en términos antagonistas.

Ruth Mack Brunswick, describiendo *La fase preedípica de la evolución de la libido* (*The Preoedipal Phase of the Libido Development*, 1940), dice: «A lo largo de todo el periodo de desarrollo de la libido existen tres grandes pares antitéticos, mezclándose, imbricándose, combinándose sin jamás coincidir totalmente, para finalmente substituirse el uno al otro; la vida del lactante y del niño pequeño se caracteriza por los dos primeros, y la del adolescente por el tercero» (3 a). La autora muestra cómo el niño empieza siendo totalmente pasivo en su relación con una madre que satisface sus necesidades y cómo, progresivamente, «[...] cada fragmento de actividad se basa en cierta medida en una identificación con la madre activa» (3 b).

ACTO FALLIDO

= *Al.*: Fehlleistung. — *Fr.*: acte manqué. — *Ing.*: parapraxis. — *It.*: atto mancato. — *Por.*: ato falho o perturbado.

Acto en el cual no se obtiene el resultado explícitamente perseguido, sino que se encuentra reemplazado por otro. Se habla de actos fallidos no para designar el conjunto de los errores de la palabra, de la memoria y de la acción, sino aludiendo a aquellas conductas que el individuo habitualmente es capaz de realizar con éxito, y cuyo fracaso tiende a atribuir a la falta de atención o al azar. Freud demostró que los actos fallidos son, como los síntomas, formaciones de compromiso* entre la intención consciente del sujeto y lo reprimido.

Acerca de la teoría del acto fallido, remitimos al lector a la *Psicopatología de la vida cotidiana*, de Freud (*Zur Psychopathologie des Alltagslebens*, 1901), de la cual se deduce que el acto llamado fallido es, en otro plano, un acto ejecutado con éxito: el deseo inconsciente se ha realizado en una forma a menudo muy manifiesta.

El término «acto fallido» traduce la palabra alemana *Fehlleistung* que para Freud comprende no solamente acciones *stricto sensu*, sino también toda clase de errores y lapsus de la palabra y del funcionamiento psíquico.

La lengua alemana, mediante el prefijo *ver*, pone en evidencia lo que hay de común en todos estos yerros, como por ejemplo *das Vergessen* (olvido), *das Versprechen* (lapsus linguae), *das Verlesen* (error de lectura), *das Verschreiben* (error de escritura), *das Vergreifen* (error de la acción), *das Verlieren* (el extraviar).

Obsérvese que, antes de Freud, este conjunto de fenómenos marginales de la vida cotidiana no había sido agrupado ni designado por un mismo concepto; éste ha surgido en virtud de la teoría de Freud. Los editores de la *Standard Edition* señalan que, para designar este concepto, ha sido preciso crear en inglés un término: el de *parapraxis*. Los traductores al español y al francés de la *Psicopatología de la vida coti-*

diana utilizan el término «acto fallido» (*acte manqué*), el cual ha adquirido derecho de ciudadanía, pero, al parecer, en el uso psicoanalítico corriente, designa más bien una parte del campo que abarca el término alemán *Fehlleistung*, a saber, los fallos en la acción *stricto sensu*.

ACTUAR

= *Al.*: Agieren. — *Fr.*: mise en acte. — *Ing.*: acting out. — *It.*: agire. — *Por.*: agir.

Según Freud, hecho en virtud del cual el sujeto, dominado por sus deseos y fantasías inconscientes, los vive en el presente con un sentimiento de actualidad, tanto más vivo cuanto que desconoce su origen y su carácter repetitivo.

Al introducir la expresión «actuar» intentamos únicamente proponer una traducción del término *agieren* o *Agieren*, que se encuentra repetidas veces en Freud como verbo o como sustantivo. *Agieren*, término de origen latino, no es corriente en lengua alemana. Para hablar de acción, de actuar, el alemán utiliza de preferencia palabras como *die Tat*, *tun*, *die Wirkung*, etc. Freud utiliza *agieren* en sentido transitivo, al igual que el término de idéntica raíz *Abreagieren* (véase: Abreacción): se trata de «llevar a la acción» pulsiones, fantasías, deseos, etc.

Agieren se asocia casi siempre a *erinnern* (recordar), oponiéndose ambos términos como dos formas de hacer retornar el pasado en el presente.

Esta oposición se le puso de manifiesto a Freud sobre todo en la cura, de tal forma que lo que Freud designa casi siempre como «actuar» es la repetición en la transferencia: el paciente «[...] por así decirlo, actúa (*agiert*) ante nosotros en lugar de informarnos [...]» (1), pero el «actuar» se extiende más allá de la transferencia propiamente dicha: «Debemos esperar a que el analizado se abandone a la compulsión de repetición, que entonces reemplaza el impulso a recordar, y no sólo en sus relaciones personales con el médico, sino también en todas las restantes actividades y relaciones de su vida presente, por ejemplo efectuando, durante la cura, la elección de un objeto amoroso, encargándose de una tarea, ocupándose en una empresa» (2).

El término *Agieren*, como también el de «actuar», implica un equívoco, que es el del propio pensamiento de Freud: éste confunde lo que, en la transferencia, es *actualización* con el hecho de recurrir a la *acción* *motriz*, el cual no se halla necesariamente implicado por la transferencia (véase: Transferencia, *Acting out*). Así, pues, resulta difícil comprender cómo pudo Freud, para explicar la repetición en la transferencia, atenerse constantemente al modelo metapsicológico de la motilidad propuesto a partir de *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900): «[...] el hecho de la transferencia, al igual que las psicosis, nos enseña que [los deseos inconscientes] aspiran, pasando por el sistema preconsciente, a llegar a la conciencia y al control de la motilidad» (3).

AFANISIS

= *Al.*: Aphanisis. — *Fr.*: aphanisis. — *Ing.*: aphanisis. — *It.*: afanisi. — *Por.*: afânise.

Palabra introducida por E. Jones: desaparición del deseo sexual. Según este autor, la afánisis sería, en ambos sexos, objeto de un miedo aún más fundamental que el miedo a la castración.

Jones introdujo la palabra griega ἀφανισις (acto de hacer desaparecer, desaparición) en relación con el problema del complejo de castración (1 a). Según él, incluso en el hombre, la abolición de la sexualidad y la castración no son conceptos superponibles (por ejemplo, «[...] muchos hombres desean ser castrados por razones, entre otras, de tipo erótico, de tal forma que su sexualidad no desaparece ciertamente con la pérdida del pene») (1 b); si ambos conceptos parecen confundirse, ello es debido a que el miedo a la castración es la forma en que se presenta concretamente (junto con las ideas de muerte) la idea más general de la afánisis.

En la mujer, el miedo a la afánisis puede detectarse en el miedo a la separación del objeto amado.

Jones introdujo el concepto de afánisis en el marco de sus investigaciones acerca de la sexualidad femenina. Así como Freud centraba la evolución sexual de la niña, al igual que la del niño, sobre el complejo de castración y la primacía del falo, Jones intenta describir la evolución de la niña en forma más específica, haciendo recaer el acento en una sexualidad que, desde un principio, tiene sus metas y su actividad propias.

El común denominador de la sexualidad de la niña y del niño debería buscarse más acá del complejo de castración, en la afánisis.

AFECTO

= *Al.*: Affekt. — *Ing.*: affect. — *It.*: affetto. — *Por.*: afeto.

Palabra tomada por el psicoanálisis de la terminología psicológica alemana y que designa todo estado afectivo, penoso o agradable, vago o preciso, ya se presente en forma de una descarga masiva, ya como una tonalidad general. Según Freud, toda pulsión se manifiesta en los dos registros del afecto y de la representación. El afecto es la expresión cualitativa de la cantidad de energía pulsional y de sus variaciones.

El concepto de afecto adquiere gran importancia desde los primeros trabajos de Breuer y Freud (*Estudios sobre la histeria* [*Studien über Hysterie*, 1895]) acerca de la psicoterapia de la histeria y el descubrimiento del valor terapéutico de la abreactación. El origen del síntoma histérico se busca en un acontecimiento traumático que no ha encontrado una descarga adecuada (afecto arrinconado).

La rememoración sólo resulta terapéuticamente eficaz si el recuerdo del acontecimiento implica la reviviscencia del afecto que estuvo ligado a aquél en su origen.

Del estudio de la histeria se deduce, por consiguiente, según Freud, que el afecto no se halla necesariamente ligado a la representación; su

separación (afecto sin representación, representación sin afecto) permite que cada uno de ellos siga un diferente destino. Freud señala distintas posibilidades de transformación del afecto: «Conozco tres mecanismos: 1.º, el de la conversión de los afectos (histeria de conversión); 2.º, el del desplazamiento del afecto (obsesiones), y 3.º, el de la transformación del afecto (neurosis de angustia, melancolía)» (1).

A partir de este período, el concepto de afecto se utiliza desde dos puntos de vista: puede tener un valor puramente descriptivo, designando la resonancia emocional de una experiencia por lo general intensa. Pero, con mayor frecuencia, tal concepto implica una teoría cuantitativa de las catexis, que es la única capaz de explicar la autonomía del afecto en relación con sus diversas manifestaciones.

El problema fue sistemáticamente tratado por Freud en sus trabajos metapsicológicos (*La represión* [*Die Verdrängung*, 1915]; *El inconsciente* [*Das Unbewusste*, 1915]). En ellos, el afecto se define como la traducción subjetiva de la cantidad de energía pulsional. Freud distingue aquí claramente el aspecto subjetivo del afecto y los procesos energéticos que lo condicionan. Se observará que, junto al término «afecto», utiliza el de «quantum de afecto» (*Affektbetrag*), queriendo designar por él el aspecto propiamente económico: el quantum de afecto «[...] corresponde a la pulsión en la medida en que éste se ha desprendido de la representación y encuentra una expresión adecuada a su cantidad en procesos que percibimos como afectos» (2 a) (α).

Resulta difícil comprender que la palabra *afecto* tenga sentido sin una referencia a la conciencia de sí mismo; Freud plantea la pregunta: ¿Es lícito hablar de afecto inconsciente? (3 a). Rehúsa establecer un paralelismo entre el afecto llamado «inconsciente» (sentimiento de culpa inconsciente, por ejemplo) y las representaciones inconscientes. Entre la representación inconsciente y el sentimiento inconsciente existe una notable diferencia: «La representación inconsciente, una vez reprimida, permanece en el sistema *Ics* como una formación real, mientras que el afecto inconsciente sólo corresponde allí a un rudimento que no ha podido llegar a desarrollarse» (3 b) (véase: Represión, Supresión).

Señalemos, en fin, que Freud formuló una hipótesis genética destinada a explicar el aspecto vívido del afecto. Los afectos serían «reproducciones de acontecimientos antiguos de importancia vital y eventualmente preindividuales», comparables a los «[...] ataques histéricos, universales, típicos e innatos».

(*) En otros pasajes, la distinción no se tiene en cuenta, puesto que Freud, a propósito de la histeria de conversión, no habla de una conversión del quantum de afecto que condicionaría la desaparición del afecto subjetivo, sino simplemente de «desaparición total del quantum de afecto» (2 b).

AGRESIVIDAD

= *Al.*: Aggression, Aggressivität. — *Fr.*: agressivité. — *Ing.*: aggressivity, aggressiveness. — *It.*: aggressività. — *Por.*: agressividade.

Tendencia o conjunto de tendencias que se actualizan en conductas reales o fantasmáticas, dirigidas a dañar a otro, a destruirlo, a contrariarlo, a humillarlo, etc. La agresión puede adoptar modalidades distintas de la acción motriz violenta y destructiva; no hay conducta, tanto negativa (rechazo de ayuda, por ejemplo) como positiva, tanto simbólica (por ejemplo, ironía) como efectivamente realizada, que no pueda funcionar como agresión. El psicoanálisis ha concedido una importancia cada vez mayor a la agresividad, señalando que actúa precozmente en el desarrollo del sujeto y subrayando el complejo juego de su unión y desunión con la sexualidad. Esta evolución de las ideas ha culminado en el intento de buscar para la agresividad un substrato pulsional único y fundamental en el concepto de pulsión de muerte.

Es corriente la opinión de que Freud reconoció con lentitud la importancia de la agresividad. No fue él mismo quien autorizó tal creencia: «¿Por qué —pregunta— hemos necesitado tanto tiempo para decidimos a reconocer la existencia de una pulsión agresiva? ¿Por qué dudábamos en utilizar, para la teoría, hechos que resultaban evidentes y familiares a todo individuo?» (1a). De hecho, las dos preguntas planteadas por Freud deben considerarse por separado, puesto que, si bien es perfectamente cierto que la hipótesis de una «pulsión agresiva» autónoma, emitida por Adler en 1908, fue durante mucho tiempo rechazada por Freud, sería, por el contrario, inexacto afirmar que la teoría psicoanalítica, antes de la «vuelta de 1920», rehusara considerar las conductas agresivas.

Fácilmente se puede demostrar esto a varios niveles. En primer lugar, en la cura, en la que Freud constata muy pronto la resistencia con su matiz agresivo: «[...] el paciente, hasta entonces tan bueno y tan leal, se vuelve grosero, falso o rebelde, simulador, hasta el momento en que yo se lo digo y logro así doblegar su carácter» (2). Es más, Freud, a partir del *Caso Dora* (*Fragmento de un análisis de histeria* [*Bruchstück einer Hysterie-Analyse*, 1905]), considera la intervención de la agresividad como un rasgo particular del tratamiento psicoanalítico: «[...] el enfermo, en el curso de otros tratamientos, evoca sólo transferencias afectuosas y amicales en favor de su curación [...]. Por el contrario, en el psicoanálisis [...] es preciso develar y utilizar para el análisis, volviéndolas conscientes, todas las nociones, incluidas las hostiles» (3). Al principio, la transferencia se le presentó a Freud como resistencia; esta es en gran parte debida a lo que él llamará transferencia negativa (*véase: Transferencia*).

La clínica le impone la idea de que las tendencias hostiles son de singular importancia en determinadas afecciones (neurosis obsesiva, paranoia). El concepto *ambivalencia** connota la coexistencia, en un mismo plano, de amor y odio, si no al nivel metapsicológico más fundamental, por lo menos en la experiencia. Mencionemos además el análisis que efectúa Freud del chiste, según el cual éste, «[...] cuando no tiene un fin en sí mismo, como es el caso del chiste inocente, sólo puede estar al servicio de dos tendencias [...]; o bien se trata de un *chiste hostil* (al servicio de la agresión, la sátira, la defensa), o bien de un *chiste obsesivo* [...]» (4).

A este respecto Freud habla en varias ocasiones de «pulsión hostil», «tendencia hostil». Finalmente, el complejo de Edipo fue descubierto en un principio como una conjunción de deseos amorosos y hostiles

(siendo presentado por vez primera en *La interpretación de los sueños* [*Die Traumdeutung*, 1900] bajo el título «Sueños de muerte de personas queridas»); su elaboración progresiva condujo a hacer intervenir cada vez más estos dos tipos de deseo en las diferentes constelaciones posibles.

La variedad, extensión e importancia de estos fenómenos reclamaban una explicación a nivel de la primera teoría de las pulsiones. Esquemáticamente puede decirse que la respuesta de Freud se escalona en varios planos:

1.º Si rehúsa hipostasiar, tras estas tendencias y conductas agresivas, de una pulsión específica, es porque le parece que una tal concepción conduciría a atribuir a una sola pulsión lo que, según él, caracteriza esencialmente a la pulsión, es decir, el ser un empuje del cual no se puede huir, que exige del aparato psíquico un cierto trabajo y que pone en movimiento la motilidad. En este sentido, para realizar sus fines, incluso aunque éstos sean «pasivos» (ser amado, ser visto, etc.), la pulsión exige una actividad que puede tener que vencer obstáculos: «toda pulsión es un fragmento de actividad» (5 a).

2.º Ya es sabido que, en la primera teoría de las pulsiones, se oponían a las pulsiones sexuales las pulsiones de autoconservación. De un modo general la función de estas últimas es el mantenimiento y la afirmación de la existencia individual. Dentro de este marco teórico se intenta explicar, mediante un complicado interjuego de estos dos grandes tipos de pulsiones, las conductas o sentimientos tan manifestamente agresivos como el sadismo o el odio. La lectura de *Las pulsiones y sus destinos* (*Triebe und Triebchicksale*, 1915) pone de manifiesto que Freud ya disponía de una teoría metapsicológica de la agresividad. La transformación aparente del amor en odio no es más que una ilusión; el odio no es un amor negativo; tiene su propio origen, cuya complejidad señala Freud, siendo su tesis central que «los verdaderos prototipos de la relación de odio no provienen de la vida sexual, sino de la lucha del yo por su conservación y su afirmación» (5 b).

3.º Finalmente, en la esfera de las pulsiones de autoconservación, Freud especifica, ya como una función, ya incluso como una pulsión independiente, la actividad de asegurar su dominio sobre el objeto (*Be-mächtigungstrieb*) (véase: Pulsión de apoderamiento). Con este concepto, parece querer significar una especie de campo intermedio entre la simple actividad inherente a toda función y una tendencia a la destrucción por la destrucción. La pulsión de apoderamiento constituye una pulsión independiente, ligada a un aparato especial (la musculatura) y a una fase precisa de la evolución (fase sádico-anal). Pero, por otra parte, «[...] dañar el objeto o aniquilarlo le es indiferente» (5 c), por cuanto la consideración del otro y de su sufrimiento sólo aparecen en la vuelta masoquista, tiempo en el cual la pulsión de apoderamiento se vuelve indiscernible de la excitación sexual que provoca (véase: Sadismo-masquismo).

Con la última teoría de las pulsiones, la agresividad pasa a desempeñar un papel más importante y a ocupar un lugar distinto en la teoría.

La teoría explícita de Freud referente a la agresividad puede resumirse como sigue: «Una parte [de la pulsión de muerte] se pone directamente al servicio de la pulsión sexual, donde su función es importante. Hallamos aquí el sadismo propiamente dicho. Otra parte no acompaña esta desviación hacia el exterior, sino que permanece en el organismo, donde queda ligada libidinalmente con la ayuda de la excitación sexual que la acompaña [...]; aquí reconocemos el masoquismo originario, erótico» (6).

El término «pulsión agresiva» (*Aggressionstrieb*) lo reserva Freud casi siempre para designar la parte de la pulsión de muerte dirigida hacia el exterior con la ayuda especial de la musculatura. Se observará que esta pulsión agresiva, y quizá también la tendencia a la autodestrucción, solamente puede ser captado, según Freud, en su unión con la sexualidad (véase: Unión-desunión).

El dualismo pulsiones de vida-pulsiones de muerte es asimilado a menudo por los psicoanalistas al de sexualidad y agresividad, y el propio Freud se manifestó en ocasiones en este sentido (1 b). Pero tal asimilación precisa varias observaciones:

1.^a Los hechos invocados por Freud en *Más allá del principio del placer* (*Jenseits des Lustprinzips*, 1920) para justificar la introducción del concepto de pulsión de muerte, constituyen fenómenos en los cuales se afirma la compulsión a la repetición*, y ésta no se halla en relación electiva con conductas agresivas.

2.^a Si, en el campo de la agresividad, algunos fenómenos adquieren cada vez mayor importancia para Freud, son precisamente todos aquellos que indican una autoagresión: clínica del duelo y de la melancolía, «sentimiento de culpabilidad inconsciente», «reacción terapéutica negativa», etc., fenómenos que le conducen a hablar de las «misteriosas tendencias masoquistas del yo» (7).

3.^a Desde el punto de vista de los conceptos que aquí intervienen, las pulsiones de vida o Eros distan de ser simplemente un nuevo nombre para designar lo que antes se denominaba sexualidad. En efecto, con el término «Eros»* Freud designa el conjunto de pulsiones que crean o conservan unidades, de forma que en ellas se incluyen no sólo las pulsiones sexuales, en tanto que tienden a conservar la especie, sino también las pulsiones de autoconservación, dirigidas a conservar y a afirmar la existencia individual.

4.^a Al mismo tiempo, el concepto de pulsión de muerte no es simplemente un concepto genérico que abarque sin distinción todo lo que con anterioridad se describía como manifestaciones agresivas y solamente esto. En efecto, parte de lo que podría llamarse lucha por la vida pertenece ciertamente al Eros; y a la inversa, la pulsión de muerte recoge a su vez, y con certeza de un modo más definido, lo que Freud había reconocido, en la sexualidad humana, como específico del deseo inconsciente: su irreductibilidad, su insistencia, su carácter arreal y, desde el

punto de vista económico, su tendencia a la reducción absoluta de las tensiones.

Cabe preguntarse en qué aspectos se modifica el concepto de agresividad a partir de 1920. Podría responderse que:

1.º Se amplía el campo de fenómenos en los que se reconoce la intervención de la agresividad. Por una parte, la concepción de una pulsión destructiva susceptible de desviarse hacia fuera o de retornar hacia dentro, conduce a hacer de los avatares del sadomasoquismo una realidad sumamente compleja, capaz de explicar numerosas modalidades de la vida psíquica. Por otra parte, la agresividad no se aplica tan sólo a las relaciones objetales o consigo mismo, sino también a las relaciones entre las diferentes instancias psíquicas (conflicto entre el superyó y el yo).

2.º Al localizar la pulsión de muerte, en su origen, en la propia persona y al hacer de la autoagresión el principio mismo de la agresividad, Freud destruye la noción de agresividad clásicamente descrita como un modo de relación con otro, como una violencia ejercida sobre otro. Aquí quizá convendría oponer a ciertas declaraciones de Freud sobre la malignidad natural del hombre (8) la originalidad de su propia teoría.

3.º Finalmente, ¿permite la última teoría de las pulsiones definir mejor la agresividad en relación con el concepto de actividad? Como ha hecho observar Daniel Lagache, «a primera vista, la actividad aparece como un concepto mucho más amplio que el de agresividad; todos los procesos biológicos o psicológicos constituyen formas de actividad. Por consiguiente, la agresividad, en principio, no significaría otra cosa que ciertas formas de actividad» (9). Ahora bien, en la medida en que Freud tiende a situar en el lado del Eros todo lo perteneciente a los comportamientos vitales, invita a preguntarse qué es lo que define el comportamiento agresivo; un elemento de respuesta puede proporcionarlo el concepto *unión-desunión*. Este significa no sólo la existencia de *uniones* pulsionales en diversas proporciones, sino que comporta, además, la idea de que la *desunión* es, en el fondo, el triunfo de la pulsión de destrucción, en cuanto éste se dirige a destruir los conjuntos que, a la inversa, el Eros tiende a crear y a mantener. Desde este punto de vista, la agresividad sería una fuerza radicalmente desorganizadora y fragmentadora. Estas características han sido asimismo subrayadas por los autores que, como Melanie Klein, insisten en el papel predominante desempeñado por las pulsiones agresivas desde la primera infancia.

Como puede verse, tal concepción está en relación directa con la evolución que ha experimentado en psicología el sentido de los términos creados con la raíz de agresión. Especialmente en el idioma inglés, *English* y *English*, en su *Diccionario general de términos psicológicos y psicoanalíticos*, hacen observar que el sentido de la palabra *aggressiveness* se ha ido debilitando cada vez más, hasta perder toda connotación de hostilidad y convertirse en sinónimo de «espíritu emprendedor», «energía», «actividad»; en cambio, la palabra *aggressivity* habría experi-

mentado una menor modificación de sentido, pudiendo inscribirse mejor en la serie «*aggression*», «*to aggress*» (a).

(e) Desde un punto de vista terminológico, señalemos que, en el idioma de Freud, encontramos una sola palabra (*Aggression*) para designar tanto las agresiones como la agresividad.

AISLAMIENTO

= Al.: Isolieren o Isolierung. — Fr.: isolation. — Ing.: isolation. — It.: isolamento. — Por.: aislamiento.

Mecanismo de defensa, típico sobre todo de la neurosis obsesiva, y que consiste en aislar un pensamiento o un comportamiento de tal forma que se rompan sus conexiones con otros pensamientos o con el resto de la existencia del sujeto. Entre los procedimientos de aislamiento podemos citar las pausas en el curso del pensamiento, fórmulas, rituales y, de un modo general, todas las medidas que permiten establecer un hiato en la *sucesión temporal* de pensamientos o de actos.

El texto más explícito de Freud sobre el aislamiento se encuentra en *Inhibición, síntoma y angustia* (*Hemmung, Symptom und Angst*, 1926) (1 a), donde se describe como una técnica especial de la neurosis obsesiva.

Algunos pacientes se defienden contra una idea, una impresión, una acción, aislándolas del contexto por una pausa durante la cual «[...] ya nada tiene derecho a producirse, nada se percibe, ninguna acción se realiza» (1 b). Esta técnica activa, «motriz», la califica Freud de mágica; la relaciona con el procedimiento normal de concentración en el sujeto que se esfuerza en impedir que su pensamiento se desvíe de su objeto actual.

El aislamiento se manifiesta en diversos síntomas obsesivos; se ve actuar especialmente en la cura, donde se pone en evidencia por la consigna de la libre asociación, que se opone a aquél (sujetos que separan radicalmente su análisis de su vida, una determinada sucesión de ideas del conjunto de la sesión, cierta representación de su contexto ideoaffectivo).

En último análisis, Freud refiere la tendencia al aislamiento a un modo arcaico de defensa contra la pulsión: la prohibición de tocar, «[...] siendo el contacto corporal la meta inmediata de la catexis de objeto, tanto agresiva como amorosa» (1 c).

Bajo esta perspectiva, el aislamiento aparece como «[...] una eliminación de la posibilidad de contacto, un medio de substraer una cosa al tacto; de igual modo cuando el neurótico aísla una impresión o una actividad por medio de una pausa, nos da a entender simbólicamente que no permitirá que los pensamientos relativos a ellas entren en contacto asociativo con otros pensamientos» (1 d).

Conviene hacer observar que, en este pasaje de *Inhibición, síntoma y angustia*, el aislamiento no se reduce a un tipo determinado de síntomas, sino que adquiere un alcance más general. Se establece su paralelismo con la represión en el histérico: si la experiencia traumática no

ha sido reprimida en el inconsciente, ha sido «[...] privada de su afecto, y sus relaciones asociativas se han reprimido [*unterdrückt*] o roto, de forma que persiste como si estuviera aislada y no es reproducida en el curso de la actividad de pensamiento» (1 a). Los procedimientos de aislamiento que se observan en los síntomas de la neurosis obsesiva no hacen más que repetir y reforzar esta especie de escisión previa.

Tomado en este sentido amplio, el concepto de aislamiento está presente en el pensamiento de Freud desde sus primeras reflexiones acerca de la actividad defensiva en general. Así, en *Las psiconeurosis de defensa* (*Die Abwehr-Neuropsychosen*, 1894), la defensa, tanto en la histeria como en el grupo de las fobias y obsesiones, se concibe como un aislamiento: «[...] la defensa se produce por separación de la representación intolerable y de su afecto; la representación, aunque debilitada y aislada, permanece en la conciencia» (2).

El término «aislamiento» se utiliza a veces en el lenguaje psicoanalítico de una forma algo imprecisa, que exige algunas reservas.

A menudo se confunde el aislamiento con procesos que se combinan con él o de los cuales puede ser el resultado; como el desplazamiento, la neutralización del afecto e incluso la disociación psicótica.

También se habla en ocasiones de aislamiento del síntoma en el caso de sujetos que experimentan y presentan sus síntomas como fuera de todo contexto y ajenos a sí mismos. Se trata aquí de un modo de ser que no implica necesariamente que el proceso subyacente sea el mecanismo obsesivo de aislamiento. Por último, se observará que una característica muy general del síntoma es la de localizar el conflicto; en consecuencia, todo síntoma puede aparecer como aislado en relación con el conjunto de la existencia del sujeto.

De hecho, creemos que sería interesante reservar el término «aislamiento» para designar un proceso específico de defensa que se extiende desde la compulsión hasta una actitud sistemática y concertada, consistente en una ruptura de las conexiones asociativas de un pensamiento o de un acto, en especial con los que le preceden y le siguen en el tiempo.

ALOEROTISMO

= *Al.*: Alloerotismus. — *Fr.*: allo-érotisme. — *Ing.*: allo-erotism. — *It.*: allo-erotismo. — *Por.*: alo-erotismo.

Término utilizado algunas veces, en oposición a autoerotismo: actividad sexual que encuentra su satisfacción gracias a un objeto exterior.

Cuando Freud emplea por vez primera, en 1899, la palabra «autoerotismo» (véase este término), la contrapone a la de aloerotismo, que a su vez se subdivide en homoerotismo (satisfacción hallada gracias a un objeto del mismo sexo: homosexualidad) y heteroerotismo (satisfacción hallada gracias a un objeto del otro sexo: heterosexualidad) (1). Esta palabra, poco utilizada, ha sido recogida especialmente por E. Jones.

ALTERACIÓN DEL YO

= *Al.*: Ichveränderung. — *Fr.*: altération du moi. — *Ing.*: alteration of the ego. — *It.*: modificazione dell'io. — *Por.*: alteração do ego.

Conjunto de limitaciones y actitudes anacrónicas adquiridas por el yo durante las etapas del conflicto defensivo, y que repercuten desfavorablemente sobre sus posibilidades de adaptación.

El término «alteración del yo» se encuentra al principio y al final de la obra de Freud, en dos contextos bastante distintos.

En las *Nuevas observaciones sobre las psiconeurosis de defensa* (*Weitere Bemerkungen über die Abwehr-Neuropsychosen*, 1896), Freud, a propósito de la paranoia, distingue del delirio como retorno de lo reprimido, un delirio secundario, el delirio de interpretación, llamado también delirio «combinatorio» y delirio «de asimilación». Este sería el signo de una adaptación del yo a la idea delirante: el paranoico terminaría convirtiéndose en un ser falso, en su intento de atenuar las contradicciones entre la idea delirante primaria y el funcionamiento lógico del pesamiento.

En *Análisis terminable e interminable* (*Die endliche und die unendliche Analyse*, 1937) Freud trata, en forma relativamente sistemática, de «[...] lo que de un modo tan impreciso se designa con el término "alteración del yo"» (1 a). Continuando en cierto modo la obra, a la sazón recién publicada, de Anna Freud sobre los mecanismos de defensa (1936), muestra cómo éstos, originariamente constituidos para hacer frente a peligros internos determinados, pueden terminar por «fijarse en el yo», constituir «[...] pautas reaccionales regulares del carácter» que el individuo va repitiendo a lo largo de toda su vida, utilizándolas como instituciones anacrónicas cuando ya la primera amenaza ha desaparecido (1 b). El arraigo de tales hábitos defensivos conduce a «distorsiones» (*Verrenkungen*) y «limitaciones» (*Einschränkungen*). Se ponen de manifiesto especialmente durante la labor terapéutica, durante la cual una verdadera resistencia se opone a que sean desveladas las resistencias mismas.

La alteración del yo debería relacionarse más bien con un dispositivo de comportamiento que, como ha mostrado la escuela etológica basándose en los comportamientos instintivos, puede funcionar «en vacío», es decir, crear artificialmente situaciones motivantes: el yo «[...] se ve impulsado a buscar en la realidad las situaciones capaces de reemplazar aproximadamente el peligro originario» (1 c). Lo que Freud considera aquí es algo distinto de la repercusión directa del conflicto defensivo sobre el yo (el síntoma mismo puede considerarse como una modificación del yo, un cuerpo extraño dentro de éste; así, la formación reactiva modifica también el yo).

Estos dos textos, en los que Freud habla de las alteraciones del yo, tienen varios puntos comunes. En ambos casos la alteración del yo se concibe como secundaria, a distancia del conflicto y de lo que lleva la marca del inconsciente. En este sentido, ofrecería una especial difícil-

tad para la curación, por cuanto el esclarecimiento del conflicto tendría escaso efecto sobre las modificaciones inscritas en el yo en forma irreversible, hasta el punto de que se han llegado a comparar a los «tras-tornos lesionales del organismo» (2). Por otra parte, la alusión a la psicosis, que ocupa un lugar central en el primer trabajo, se halla también presente en el segundo: el yo de todo ser humano «[...] se asemeja al del psicótico en alguna de sus partes, en mayor o menor proporción» (1 d).

AMBIVALENCIA

= *Al.*: Ambivalenz. — *Fr.*: ambivalence. — *Ing.*: ambivalence. — *It.*: ambivalenza. — *Por.*: ambivalência.

Presencia simultánea, en la relación con un mismo objeto, de tendencias, actitudes y sentimientos opuestos, especialmente amor y odio.

La palabra «ambivalencia» fue tomada por Freud de Bleuler, que fue quien la creó (1). Bleuler consideró la ambivalencia en tres terrenos. Volitivo (*Ambitendenz*): por ejemplo, el individuo quiere al mismo tiempo comer y no comer. Intelectual: el individuo enuncia simultáneamente una proposición y su contraria. Afectivo: ama y odia en un mismo movimiento a la misma persona.

Bleuler considera la ambivalencia como uno de los síntomas cardinales de la esquizofrenia (2), pero reconoce la existencia de una ambivalencia normal.

La originalidad del concepto de ambivalencia, en relación con lo descrito hasta entonces como complejidad de sentimientos o fluctuaciones de actitudes, estriba, por una parte, en el mantenimiento de una oposición del tipo sí-no, en que la afirmación y la negación son simultáneas e inseparables; y por otra, en el hecho de que esta oposición fundamental puede encontrarse en distintos sectores de la vida psíquica. Bleuler termina por privilegiar a la ambivalencia afectiva, y en este sentido se orienta el empleo freudiano del término.

Esta palabra aparece por vez primera en Freud en *La dinámica de la transferencia* (*Zur Dynamik der Übertragung*, 1912), para explicar el fenómeno de la transferencia negativa: «[...] se la descubre a menudo juntamente con la transferencia positiva, al mismo tiempo y teniendo por objeto una sola y misma persona [...] es la ambivalencia de las tendencias afectivas [*Gefühlsrichtungen*] la que nos permite comprender mejor la aptitud de los neuróticos para poner su transferencia al servicio de la resistencia» (3). Pero ya antes se encuentra la idea de una conjunción del amor y el odio, por ejemplo en el análisis del *Pequeño Hans* (4) y de *Un caso de neurosis obsesiva*: «Una batalla se libraba, en el interior de nuestro enamorado, entre el amor y el odio dirigidos hacia la misma persona» (5).

En *Las pulsiones y sus destinos* (*Triebe und Triebschicksale*, 1915), Freud habla de ambivalencia refiriéndose al par antitético actividad-pasividad*: «[...] la moción pulsional activa coexiste con la moción pul-

sional pasiva» (6). Esta utilización tan amplia del término «ambivalencia» es rara. En este mismo texto, donde se aprecia con más nitidez la ambivalencia es en la oposición «material» amor-odio, que se dirige a un mismo y único objeto.

La ambivalencia se descubre, sobre todo, en determinadas enfermedades (psicosis, neurosis obsesiva), así como en ciertos estados (celos, duelo); y caracteriza algunas fases de la evolución de la libido, en las que coexisten amor y destrucción del objeto (fases sádico-oral y sádico-anal).

En este sentido, la ambivalencia se convierte para Abraham en una categoría genética, que permite definir la relación de objeto propia de cada fase. La fase oral primaria se califica de preambivalente: «[La succión] es ciertamente una incorporación, pero que no pone fin a la existencia del objeto» (7). Para este autor, la ambivalencia sólo aparece con la oralidad sádica, canibalística*, que implica una hostilidad hacia el objeto; luego el individuo aprende a manejar su objeto, a preservarlo de la destrucción. Finalmente, la ambivalencia puede superarse en la fase genital (postambivalente). En las obras de Melanie Klein, que guardan una relación de filiación con las de Abraham, la noción de ambivalencia es esencial. Para ella, la pulsión es desde un principio ambivalente: «el amor» por el objeto no puede separarse de su destrucción; la ambivalencia se convierte entonces en una cualidad del propio objeto, contra la cual lucha el sujeto escindiéndolo en objeto* «bueno» y «malo»: sería intolerable un objeto ambivalente, que fuera a la vez idealmente bienhechor y profundamente destructor.

Con frecuencia la palabra *ambivalencia* se utiliza en psicoanálisis con una acepción muy amplia. En efecto, puede emplearse para designar los actos y sentimientos que resultan de un conflicto defensivo en el que intervienen motivaciones incompatibles; dado que lo que resulta placentero para un sistema es displacentero para otro, podría calificarse de ambivalente toda «formación de compromiso». Pero entonces existe el peligro de que el término «ambivalencia» sirva, de un modo vago, para designar toda clase de actitudes conflictivas. Para que conserve el valor descriptivo, o incluso sintomatológico, que originalmente tenía, convendría utilizarla en el análisis de conflictos específicos, en los que el componente positivo y el componente negativo de la actitud afectiva se hallen simultáneamente presentes, sean insolubles, y constituyan una oposición no dialéctica, insuperable para el sujeto que dice a la vez sí y no.

¿Haría falta, para explicar la ambivalencia en último análisis, postular, como admite la teoría freudiana de las pulsiones, la existencia de un dualismo fundamental? Es así como la ambivalencia del amor y del odio se explicaría por su evolución específica: el odio originándose en las pulsiones de autoconservación («su prototipo se encuentra en las luchas del yo para mantenerse y afirmarse» [6 b]); el amor originándose en las pulsiones sexuales. La oposición entre pulsiones de vida y pulsiones de muerte en la segunda concepción de Freud situaría aún más claramente las raíces de la ambivalencia en un dualismo pulsional (véase: Unión-desunión).

Se observará que Freud, al fin de su obra, tiende a conceder a la ambivalencia una importancia creciente en la clínica y la teoría del conflicto. El conflicto edípico, en sus raíces pulsionales, se concibe como un conflicto de ambivalencia (*Ambivalenz Konflikt*), siendo una de sus principales dimensiones la oposición entre «[...] un amor bien fundado y un odio no menos justificado, dirigidos ambos hacia la misma persona» (8). Desde este punto de vista, la formación de los síntomas neuróticos se concibe como el intento de aportar una solución a tal conflicto: así, la fobia desplaza uno de los componentes, el odio, hacia un objeto substitutivo; la neurosis obsesiva intenta reprimir la moción hostil reforzando la moción libidinal bajo la forma de una formación reactiva*. Esta diferencia de enfoque que en la concepción freudiana del conflicto es interesante en cuanto sitúa las raíces del conflicto defensivo en la dinámica pulsional, y también porque induce a buscar, tras el conflicto defensivo (en la medida en que éste pone en juego las instancias del aparato psíquico), las contradicciones inherentes a la vida pulsional.

AMBIVALENTE, PREAMBIVALENTE, POSTAMBIVALENTE

= *Al.*: Ambivalent, prä-ambivalent, post-ambivalent. — *Fr.*: ambivalent, préambivalent, postambivalent. — *Ing.*: ambivalent, prae-ambivalent, post-ambivalent. — *It.*: ambivalente, preambivalente, postambivalente. — *Por.*: ambivalente, pré-ambivalente, pós-ambivalente.

Términos introducidos por K. Abraham: sirven para calificar, desde el punto de vista de la relación de objeto, la evolución de las fases libidinales. La fase oral en su primera etapa (succión) sería preambivalente; la ambivalencia aparecería en la segunda fase (mordisco), para culminar en la fase anal, continuando en la fase fálica y desapareciendo únicamente después del periodo de latencia, al instaurarse el amor de objeto genital.

Remitimos al lector al artículo de K. Abraham: *Bosquejo de una historia de la evolución de la libido, basada en el psicoanálisis de los trastornos psíquicos* (*Versuch einer Entwicklungsgeschichte der Libido auf Grund der Psychoanalyse seelischer Störungen*, 1924).

Citaremos también el cuadro ontogenético establecido por R. Fliess (1).

(Véase: Ambivalencia; Fase; y los artículos dedicados a las diferentes fases de la libido.)

AMNESIA INFANTIL

= *Al.*: Infantile Amnesie. — *Fr.*: amnésie infantile. — *Ing.*: infantile amnesia. — *It.*: amnesia infantile. — *Por.*: amnésia infantil.

Amnesia que abarca generalmente los hechos ocurridos durante los primeros años de la vida. En ella ve Freud algo distinto al efecto de una incapacidad funcional que tendría el niño pequeño para registrar sus impresiones; aquí es el resultado de la represión que afecta a la sexualidad infantil y se extiende a la casi totalidad de los acontecimientos de la infancia. El campo cubierto por la amnesia infantil tendría su límite temporal en la declinación del complejo de Edipo y la entrada en el periodo de latencia.

La amnesia infantil no es un descubrimiento del psicoanálisis. Pero Freud, ante la evidencia aparente del fenómeno, no se contentó con una explicación basada en la inmadurez funcional, sino que dio de ella una interpretación específica. De igual modo que la amnesia histérica, la amnesia infantil puede ser levantada: no constituye una abolición o una falta de fijación de los recuerdos, sino el efecto de una represión (1). Por lo demás, Freud ve en la amnesia infantil la condición para las represiones ulteriores y, especialmente, para la amnesia histérica. (Sobre el tema de la amnesia infantil, véase, básicamente, la referencia [1].)

ANACLÍTICO (adj.)

= *Al.*: Anlehnungs-. — *Fr.*: anaclitique. — *Ing.*: anaclitic, attachment. — *It.*: anaclitico o per appoggio. — *Por.*: anaclítico.

Véase: Apoyo y Elección objetal anaclítica o por apoyo.

1) El adjetivo *anaclítico* (del griego *ανηλίνω*, acostarse sobre, apoyarse en) fue introducido en la literatura psicoanalítica de lengua inglesa y recogido por los traductores franceses y españoles para traducir el genitivo *Anlehnungs-* en expresiones tales como *Anlehnungstypus der Objektwahl* (traducido generalmente por «tipo anaclítico de elección objetal»). Pero lo que forzosamente escapa al lector de las obras de Freud en sus traducciones es el hecho de que el concepto *Anlehnung* constituye una pieza fundamental de la primera teoría freudiana de las pulsiones; Freud se refiere a ella en muchas otras ocasiones, aparte de aquellas en que trata de la elección objetal «anaclítica»: con gran frecuencia se encuentra, ya la forma substantiva *Anlehnung*, ya formas verbales como *sich an (etwas) anlehnen*. Pero estas formas se han traducido de diversos modos (α), por lo cual el concepto *Anlehnung* no ha podido ser captado con claridad por los lectores de Freud.

Actualmente se plantea, pues, un problema terminológico. La palabra «anaclítico» forma parte ya del vocabulario internacional del psicoanálisis y no es posible suprimirla. Pero el substantivo *anaclisis*, que traduciría *Anlehnung*, no se acepta (β). Por lo demás, las palabras «anaclisis» y «anaclítico» presentan el inconveniente de ser palabras *cultas*, creadas artificialmente, mientras que *Anlehnung* forma parte del lenguaje corriente. Por ello proponemos como equivalente la palabra *apoyo* (*étayage*), que ya ha sido utilizada por algunos traductores (especialmente por B. Reverchon-Jouve en su traducción de *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad* [*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905]), que tiene la ventaja de encontrarse también, como *Anlehnung*, en su forma verbal: *apoyarse en*. Incluso la expresión ya consagrada por el uso de «elección objetal de tipo anaclítico» debería substituirse por «elección objetal por apoyo».

2) La palabra «anaclítico» se utiliza en ocasiones en un sentido más laxo, que no guarda relación directa con la utilización de este concepto en la teoría freudiana, por ejemplo en la expresión «depresión anaclítica» (*anaclitic depression*).

(α) Por ejemplo, en su forma verbal: estar unido a, estar basado sobre, tomar apoyo en, etc.

(β) En contraposición, no existe en alemán un adjetivo formado a partir de *Anlehnung* y que corresponda a anaclítico.

ANÁLISIS DE CONTROL O SUPERVISADO

= *Al.*: Kontrollanalyse. — *Fr.*: psychanalyse contrôlée o sous contrôle. — *Ing.*: control o supervisory o supervised analysis. — *It.*: analisi di controllo o sotto controllo. — *Por.*: análise sob controle, o supervisão.

Psicoanálisis llevado a cabo por un analista en período de formación y del cual da cuenta, periódicamente, a un analista experimentado que le guía en la comprensión y la dirección de la cura y le ayuda a tomar conciencia de su contratransferencia. Este tipo de formación está especialmente destinado a permitir al alumno captar en qué consiste la intervención propiamente psicoanalítica, en comparación con otras formas de actuación psicoterápica (sugestión, consejos, orientaciones, esclarecimientos, apoyo, etc.).

La práctica del análisis de control se instauró alrededor de 1920 (1), para convertirse progresivamente en un elemento fundamental de la formación técnica del psicoanalista y condición previa de su habilitación para la práctica. Hoy en día, en las diversas Sociedades de Psicoanálisis, se admite que el candidato no puede ser autorizado a emprender un análisis de control (generalmente se prevé la práctica de, por lo menos, dos) hasta que su propio análisis didáctico* se halle suficientemente avanzado (α).

(*) Señalemos que se ha propuesto diferenciar mediante dos términos (*Kontrollanalyse* y *Analysenkontrolle*) los dos aspectos principales del control: el primer término designaría el análisis de la contratransferencia del candidato frente a su paciente, y el segundo la supervisión del análisis del paciente.

ANÁLISIS DIDÁCTICO

= *Al.*: Lehranalyse, didaktische Analyse. — *Fr.*: analyse didactique. — *Ing.*: training analysis. — *It.*: analisi didattica. — *Por.*: análise didática.

Psicoanálisis a que se somete el que quiere dedicarse al ejercicio de la profesión de psicoanalista y que constituye la pieza fundamental de su formación.

El descubrimiento del psicoanálisis se halla íntimamente mezclado con la exploración personal que Freud hizo de sí mismo (véase: Autoanálisis). Desde un principio comprendió que sólo podía llegarse a la práctica del análisis mediante el conocimiento de su propio inconsciente. En el Congreso de Nuremberg, en 1910, Freud consideró un *Selbstanalyse* (literalmente: análisis de sí mismo) como condición a exigir para que «[...] el médico pueda reconocer en sí y dominar la contratransferencia» (1). ¿Alude Freud aquí al autoanálisis o a un psicoanálisis dirigido por un tercero? El término *Selbstanalyse* no permite aclararlo. Según el contexto, puede pensarse que se trata más bien de un autoanálisis, pero juzgando por la reseña que hizo Otto Rank del Con-

greso (2), Freud tenía presente también la institución del análisis didáctico. Sea como fuere, parece que, en su opinión, por aquellas fechas todavía no estaba firmemente establecido el valor insubstituible del análisis didáctico en comparación con el autoanálisis.

El valor formativo del análisis personal se reconoce más claramente en los *Consejos al médico en el tratamiento analítico* (*Ratschläge für den Arzt bei der psychoanalytischen Behandlung*, 1912); aquél se relaciona con la teoría según la cual el analista «[...] debe volver hacia el inconsciente del enfermo, emisor, su propio inconsciente como órgano receptor» (3 a). Para hacerlo, el analista debe ser capaz de comunicar más libremente con su propio inconsciente (véase: Atención flotante), y esto es precisamente lo que ha de conseguir, en principio, mediante el análisis didáctico; Freud elogia a la escuela de Zurich por haber «[...] exigido que todo aquel que desee practicar análisis en otros, ha de someterse, previamente, a un análisis por alguien experimentado» (3 b).

En 1922, en el Congreso de la Asociación Psicoanalítica Internacional, dos años después de la fundación del Instituto de Psicoanálisis de Berlín, se establece la exigencia del análisis didáctico para todo candidato a analista.

Al parecer fue Ferenczi quien más contribuyó a subrayar el valor del análisis didáctico, que considera como la «segunda regla fundamental del psicoanálisis» (4 a). En opinión de Ferenczi, el análisis didáctico no es menos completo ni menos profundo que el análisis terapéutico: «Para mantenerse firme frente a este ataque general por parte del paciente, es preciso que el propio analista haya sido plena y totalmente analizado. Insisto en ello, porque con frecuencia se considera suficiente que un candidato pase, por ejemplo, un año familiarizándose con los principales mecanismos en lo que se llama su análisis didáctico. Se confía que los progresos ulteriores los adquirirá en el curso de su propia experiencia. Ya he dicho repetidamente, en ocasiones anteriores, que, en principio, no puedo admitir diferencia alguna entre un análisis terapéutico y un análisis didáctico, a lo cual deseo añadir todavía lo siguiente: así como con fines terapéuticos no se precisa llegar siempre a la profundidad de que hablamos al referirnos a un análisis completamente terminado, el analista, del cual depende la suerte de tantas otras personas, debe conocer y controlar hasta las más íntimas debilidades de su carácter; y esto es imposible sin un análisis plenamente acabado» (5).

Los requisitos establecidos por Ferenczi se hallan hoy en día generalmente admitidos (α); tienden a hacer del análisis personal del individuo que aspira a ser analista una empresa en la que pierde importancia la adquisición de conocimientos mediante la experiencia, aspecto que el calificativo de didáctico sitúa indebidamente en primer plano.

El problema, tanto teórico como práctico, inherente al concepto mismo y a la institucionalización del análisis didáctico (es decir, ¿cómo un análisis puede dirigirse, de entrada, a una finalidad particular, a una «representación-fin» tan destacada como es la de obtener de una institución, en la que la apreciación del analista didáctico desempeña un importante papel, como es la habilitación para el ejercicio de una

profesión?) ha sido objeto de discusiones, que todavía siguen, dentro del movimiento psicoanalítico (β).

(α) Por su parte, Freud siempre se mostró bastante reservado acerca de las posibilidades que ofrece el análisis didáctico; en *Análisis terminable e interminable* (*Die endliche und die unendliche Analyse*, 1937) sostiene todavía que el análisis didáctico, «[...] por razones prácticas, debe ser corto e incompleto; su objetivo principal consiste en permitir al analista docente juzgar si el aspirante es apto para continuar sus estudios. Su función se ha cumplido cuando ha permitido al alumno el convencerse de un modo cierto de la existencia del inconsciente, y el adquirir, gracias a la emergencia de lo reprimido, ideas sobre sí mismo que, sin el análisis, le hubieran parecido increíbles, y le ha proporcionado una primera muestra de la única técnica que ha dado validez a la actividad psicoanalítica» (6).

(β) Acerca de los problemas planteados por la formación analítica y su historia dentro del movimiento psicoanalítico, véase especialmente Balint: *Sobre el sistema de formación psicoanalítica* (*On the psycho-analytic training system*) (7).

ANÁLISIS DIRECTO

= *Al.*: Direkte Analyse. — *Fr.*: analyse directe. — *Ing.*: direct analysis. — *It.*: analisi diretta. — *Por.*: análise direta.

Método de psicoterapia analítica de las psicosis preconizado por J. N. Rosen. Su nombre proviene de la utilización de «interpretaciones directas» dadas a los pacientes, y que pueden definirse del siguiente modo:

- a) se refieren a contenidos inconscientes que el sujeto expresa, verbalmente o no (mímica, postura, gestos, conducta);
- b) no exigen un análisis de las resistencias;
- c) no utilizan necesariamente la mediación de las cadenas asociativas.

Este método implica además una serie de procedimientos técnicos destinados a establecer una relación afectiva estrecha, de «inconsciente a inconsciente», en la cual el terapeuta «debe convertirse para el paciente en la figura materna que no cesa de dar y de proteger» (1 a).

Este método fue expuesto y enriquecido por J. N. Rosen a partir de 1946. El calificativo «directo» sirve para definir especialmente un tipo de interpretaciones. Estas se basan en la teoría según la que, en las psicosis, y especialmente en la esquizofrenia, el inconsciente del individuo, desbordando las defensas, se expresa abiertamente en sus palabras y sus comportamientos. La interpretación directa no haría sino explicitar con mayor claridad lo que el paciente ya sabe. Su eficacia no depende, por consiguiente, de un aumento del *insight*, sino del establecimiento y consolidación de una transferencia positiva: el paciente se siente *comprendido* por un terapeuta, al cual atribuye la comprensión omnipotente de una madre ideal; se siente *tranquilizado* por las palabras que aluden al contenido infantil de su angustia y le demuestran la falta de fundamento de ésta. Además de las interpretaciones, el análisis «directo», en el sentido amplio del término, implica cierto número de procedimientos activos, que distan mucho de la neutralidad que es preceptiva en el análisis de las neurosis y que, en conjunto, tienen por finalidad hacer penetrar al terapeuta en el universo cerrado del psicótico. De este modo el terapeuta llegaría a desempeñar la función de una madre

amante y protectora, reparando progresivamente las graves frustraciones que el paciente habría sufrido en su infancia, a consecuencia de una madre con un instinto maternal pervertido (1 b).

(Véase también: Interpretación; Maternalización).

ANGUSTIA AUTOMÁTICA

= *Al.*: automatische Angst. — *Fr.*: angoisse automatique. — *Ing.*: automatic anxiety. — *It.*: angoscia automatica. — *Por.*: angustia automática.

Reacción del individuo cada vez que se encuentra en una situación traumática, es decir, sometido a una afluencia de excitaciones, de origen externo o interno, que es incapaz de controlar. La angustia automática se opone, en la opinión de Freud, a la señal de angustia*.

La expresión «angustia automática» fue introducida por Freud al reformar su teoría de la angustia en *Inhibición, síntoma y angustia* (*Hemmung, Symptom und Angst*, 1926); se comprende comparándola con el concepto de señal de angustia.

En ambos casos, «[...] como fenómeno automático y como señal de alarma, la angustia debe considerarse como producto del estado de desamparo psíquico del lactante, que evidentemente constituye la contrapartida de su estado de desamparo biológico» (1). La angustia automática es una respuesta espontánea del organismo frente a esta situación traumática o a su reproducción.

Por «situación traumática» debe entenderse un aflujo no controlable de excitaciones demasiado numerosas e intensas: esta idea es muy antigua en Freud; ya encontramos en sus primeros escritos acerca de la angustia, en los que la define como el resultado de una tensión libidinal acumulada y no descargada.

El término «angustia automática» se refiere a un tipo de reacción; no prejuzga el origen interno o externo de las excitaciones traumatizantes.

ANGUSTIA ANTE UN PELIGRO REAL

= *Al.*: Realangst. — *Fr.*: angoisse devant un danger réel. — *Ing.*: realistic anxiety. — *It.*: angoscia (di fronte a una situazione) reale. — *Por.*: angustia real.

Término (*Realangst*) utilizado por Freud en el marco de su segunda teoría de la angustia: angustia ante un peligro exterior que constituye para el individuo una amenaza real.

La palabra alemana *Realangst* fue introducida en *Inhibición, síntoma y angustia* (*Hemmung, Symptom und Angst*, 1926). Puede prestarse a algunos equívocos, que nuestra traducción intenta evitar.

1.º En *Realangst*, *Real* es un sustantivo; no califica la angustia, sino lo que la motiva. La angustia ante un peligro real se opone a la angustia ante la pulsión. Para algunos autores, en especial para Anna Freud,

la pulsión sólo sería ansiógena en la medida en que ofrece el riesgo de suscitar un peligro real; pero la mayoría de los psicoanalistas sostienen la existencia de una amenaza pulsional generadora de angustia.

2.ª La traducción por «angustia ante lo real» tendría el inconveniente de dar a entender que es la realidad, como tal, la que motiva la angustia, cuando se trata de ciertas situaciones. Es por ello que proponemos «angustia ante un peligro real».

Sin entrar en detalles acerca de la teoría freudiana de la angustia, hemos de señalar que la palabra *Angst*, en alemán y en su utilización freudiana, no coincide exactamente con el término «angustia». Expresiones corrientes como *ich habe Angst vor...* se traducen por: tengo miedo de... La oposición frecuentemente admitida, entre el miedo que produciría un objeto determinado, y la angustia, que se define por la ausencia de objeto, no concuerda totalmente con las distinciones freudianas.

ANULACIÓN RETROACTIVA

= *Al.*: Ungeschehenmachen. — *Fr.*: annulation rétroactive. — *Ing.*: undoing (what has been done). — *It.*: rendere non accaduto o annullamento retroattivo. — *Por.*: anulação retroativa.

Mecanismo psicológico mediante el cual el sujeto se esfuerza en hacer como si pensamientos, palabras, gestos o actos pasados no hubieran ocurrido; para ello utiliza un pensamiento o un comportamiento, dotados de una significación opuesta.

Se trata de una compulsión de tipo «mágico» particularmente característica de la neurosis obsesiva.

La anulación fue brevemente descrita por Freud en *Análisis de un caso de neurosis obsesiva*; en donde analiza los «[...] actos compulsivos en dos tiempos, el primero de los cuales es anulado por el segundo [...]». Su verdadera significación estriba en que representan el conflicto de dos movimientos opuestos y de intensidad casi igual, lo cual es siempre, según mi experiencia, la oposición entre el amor y el odio» (1 a).

En *Inhibición, síntoma y angustia* (*Hemmung, Sympton und Angst*, 1926), este proceso es descrito por Freud con el término *Ungeschehenmachen* (literalmente: hacer que algo no haya sucedido); en este mecanismo, junto con el del aislamiento, ve una forma de defensa característica de la neurosis obsesiva y lo califica de procedimiento mágico; muestra su especial intervención en los ceremoniales obsesivos (2 a).

Anna Freud menciona la anulación retroactiva en su inventario de los mecanismos de defensa del yo (3); y generalmente, en la literatura psicoanalítica, se la define como un mecanismo de defensa del yo (4 a).

Observemos que la anulación retroactiva se presenta bajo modalidades bastante diversas. Unas veces un comportamiento es anulado por el comportamiento directamente opuesto (así, el paciente de *Análisis de un caso de neurosis obsesiva* vuelve a colocar en un camino una piedra que, en un primer tiempo, había retirado para que el vehículo de su

amiga no chocase con ella); otras veces, se repite el mismo acto, pero con significaciones, conscientes o inconscientes, opuestas; por último, puede ocurrir que el acto de anulación resulte contaminado por el acto que tiende a borrar. Fenichel da un ejemplo (4 b) que ilustra estas dos últimas modalidades: un individuo se reprocha a sí mismo el haber malgastado el dinero comprando un periódico; querría anular este gasto pidiendo la devolución del dinero, pero, no osando hacerlo, piensa que si compra otro periódico se sentirá más tranquilo. Pero el quiosco ya está cerrado; entonces el individuo tira al suelo una moneda de igual valor al del periódico. Para designar tales secuencias de actos, Freud habla de síntomas «difásicos»: «A una acción que pone en ejecución cierta orden, sigue inmediatamente otra que detiene o anula la primera, aunque no llegue a poner en ejecución su contraria» (2 b).

Clasificar la anulación retroactiva entre los mecanismos de defensa del yo, exige aún otra observación: ¿desde considerarse el «segundo tiempo» como un simple producto de la defensa? La multiplicidad de ejemplos clínicos conduce a matizar la respuesta. En efecto, la mayoría de las veces se observa que las motivaciones pulsionales intervienen en los dos tiempos, especialmente en forma de la ambivalencia* amor-odio; en ocasiones, incluso, es el segundo tiempo el que mejor pone de manifiesto el triunfo de la pulsión. En un ejemplo como el de Fenichel, ciertamente es el conjunto de la conducta lo que constituye una totalidad sintomática.

Por lo demás se observará, desde este punto de vista, que Freud, en una época en la que todavía no se había hecho recaer el acento sobre los mecanismos de defensa del yo, al parecer sólo hace intervenir la acción defensiva en una racionalización que disfraza secundariamente el conjunto de actos de que se trata (1 b).

Finalmente, se podrían distinguir aquí dos concepciones, que, por lo demás, sólo se contraponen como dos niveles de interpretación o dos niveles del conflicto psíquico*: una, que pone el acento en el conflicto interpulsional, en el cual, en un último análisis, se encuentra la ambivalencia del amor y del odio; y otra que sitúa el conflicto entre las pulsiones y el yo, pudiendo encontrar éste un aliado en una pulsión que se opone a aquel del cual el yo se protege.

Cabe preguntarse si no sería conveniente relacionar el mecanismo de la anulación retroactiva con un comportamiento normal muy extendido: retractarse de una afirmación, reparar un daño, rehabilitar a un condenado, atenuar el alcance de un pensamiento, de una palabra o de un acto mediante una negación que incluso puede anticiparse (ejemplo: «no vaya a creer que...»), etc.

Señalemos, sin embargo, que en todos estos casos se trata de atenuar o de anular la significación, el valor o las consecuencias de un comportamiento. La anulación retroactiva (en sentido patológico) se dirige a la *realidad* misma del acto que intentaría suprimir radicalmente, como si el tiempo no fuera irreversible.

Es indudable que tal distinción puede parecer esquemática: ¿no es precisamente haciendo intervenir significaciones opuestas como el indi-

viduo intenta anular incluso el propio acto? Sin embargo, el análisis clínico muestra que el obsesivo no queda satisfecho con una labor de *retiro de la catexis** o de *contracatexis**. Su objetivo es la imposible anulación del acontecimiento (*Geschehen*) pasado como tal.

APARATO PSÍQUICO

= *Al.*: psychischer o seelischer Apparat. — *Fr.*: appareil psychique. — *Ing.*: psychic o mental apparatus. — *It.*: apparato psichico o mentale. — *Por.*: aparelho psíquico o mental.

Término que subraya ciertos caracteres que la teoría freudiana atribuye al psiquismo: su capacidad de transmitir y transformar una energía determinada y su diferenciación en sistemas o instancias.

En *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900), Freud define el aparato psíquico comparándolo con los aparatos ópticos; de esta forma intenta, según sus propias palabras, «[...] hacer inteligible la complicación del funcionamiento psíquico, dividiendo este funcionamiento y atribuyendo cada función particular a una parte constitutiva del aparato» (1 a).

El citado texto requiere algunas precisiones:

1) Al hablar de aparato psíquico, Freud sugiere la idea de una cierta disposición u organización interna, pero hace algo más que atribuir diferentes funciones a «lugares psíquicos» específicos; asigna a éstos un orden prefijado que implica una determinada sucesión temporal. La coexistencia de los distintos sistemas que forman el aparato psíquico no debe interpretarse en el sentido anatómico que le conferiría una teoría de las localizaciones cerebrales. Implica únicamente que las excitaciones deben seguir un orden fijado por el lugar que ocupan los diversos sistemas (2).

2) La palabra «aparato» sugiere la idea de una tarea, de un trabajo. El esquema que aquí prevalece fue tomado por Freud de una determinada concepción del arco reflejo, según la cual éste transmitiría íntegramente la energía recibida: «El aparato psíquico debe concebirse como un aparato reflejo. El proceso reflejo sigue siendo el modelo (*Vorbild*) de todo funcionamiento psíquico» (1 b).

La función del aparato psíquico consiste, en un último análisis, en mantener a un nivel lo más bajo posible la energía interna de un organismo (véase: Principio de constancia). Su diferenciación en subestructuras ayuda a concebir las transformaciones de la energía (del estado libre al de energía ligada) (véase: Elaboración psíquica) y el juego de las catexis, contracatexis y sobrecatexis.

3) Estas breves observaciones indican que el aparato psíquico, para Freud, tiene un valor de modelo o, como él mismo dijo, de «ficción» (1 c). Este modelo, como en el primer texto citado más arriba, o también en el primer capítulo de *Compendio de psicoanálisis* (*Abriß der Psychoanalyse*, 1938), puede ser físico; en otro lugar puede ser biológico («la vesícula protoplasmática» del capítulo IV de *Más allá del principio del*

placer [*Jenseits des Lustprinzips*, 1920]). El comentario del término «aparato psíquico» remite a una apreciación de conjunto de la metapsicología freudiana y de las metáforas que utiliza.

APOYO

= *Al.*: Anlehnung. — *Fr.*: étayage. — *Ing.*: anaclysis. — *It.*: appoggio o anaclysi. — *Por.*: anaclysis o apoio.

Término introducido por Freud para designar la relación primitiva de las pulsiones sexuales con las pulsiones de autoconservación: las pulsiones sexuales, que sólo secundariamente se vuelven independientes, se apoyan sobre las funciones vitales que les proporcionan una fuente orgánica, una dirección y un objeto. En consecuencia, se hablará también de apoyo para designar el hecho de que el sujeto se apoya sobre el objeto de las pulsiones de autoconservación en su elección de un objeto amoroso; esto es lo que denominó Freud el tipo de elección de objeto por apoyo.

Acerca de la traducción de la palabra alemana *Anlehnung* por *apoyo*, remitimos al lector al artículo Anaclítico, donde encontrará consideraciones terminológicas.

La idea de apoyo constituye una pieza maestra de la concepción freudiana de la sexualidad. Presentada en la primera edición de los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905), este concepto se afirma cada vez más durante los años que siguieron.

En 1905, en su primera elaboración teórica del concepto de pulsión, Freud describe la íntima relación existente entre la pulsión sexual y ciertas funciones corporales básicas. Esta relación es particularmente evidente en la actividad oral del lactante: en el placer producido por la succión del pecho, «[...] la satisfacción de la zona erógena se hallaba al principio íntimamente asociada a la satisfacción de la necesidad de alimento» (1 a). La función corporal proporciona a la sexualidad su fuente o zona erógena; le señala desde un principio un objeto, el pecho; finalmente, procura un placer que no es reductible a la mera satisfacción del hambre, sino que es una especie de suplemento de placer: «[...] pronto la necesidad de repetir la satisfacción sexual se separará de la necesidad nutritiva» (1 b). Así, pues, la sexualidad sólo secundariamente se vuelve autónoma y, una vez abandonado el objeto exterior, funciona en forma autoerótica (véase: Autoerotismo).

El apoyo se aplica también a las restantes pulsiones parciales: «La zona anal, al igual que la labial, es apropiada, por su situación, para permitir un apoyo de la sexualidad sobre otras funciones corporales» (1 c).

Finalmente, a partir de 1905, a lo largo del capítulo sobre el «descubrimiento del objeto», la génesis de la elección de objeto tal como la describe Freud, es la misma que más tarde calificará de «tipo de elección objetal anaclítica» (1 d).

Durante los años 1910-1912, en los textos en que Freud establece la gran oposición entre pulsiones sexuales y pulsiones de autoconservación*, se halla constantemente presente la noción de apoyo: designa la relación original de los dos grandes tipos de pulsiones: «[...] las pul-

siones sexuales encuentran sus primeros objetos en apoyo sobre los valores reconocidos por las pulsiones del yo, de igual modo que las primeras satisfacciones sexuales se experimentan en apoyo sobre las funciones corporales necesarias para la conservación de la vida» (2).

La oposición introducida por Freud en 1914 entre dos tipos de elección de objeto no aporta modificación del concepto de apoyo; únicamente limita la extensión de la elección objetual anaclítica, a la cual se opone otro tipo de elección objetual, la narcisista*.

Por último, en 1915, en la tercera edición de los *Tres ensayos*, Freud hace resaltar mejor, mediante algunas adiciones, el término *Anlehnung* y el alcance que le atribuye. Así, considera como una de las tres características fundamentales de la sexualidad infantil el «apoyo sobre una de las funciones corporales de importancia vital» (1 e).

A nuestro juicio, hasta ahora no se ha destacado plenamente en la obra de Freud el concepto de apoyo. La mayoría de las veces sólo se tiene en cuenta en la concepción de la elección objetual, que, en lugar de definirlo totalmente, lo supone ya situado en el centro de una teoría de las pulsiones.

Su principal sentido estriba, en efecto, en establecer una relación y una oposición entre las pulsiones sexuales y las pulsiones de autoconservación.

1.º La idea de que originalmente las pulsiones sexuales toman sus fuentes y sus objetos de las pulsiones de autoconservación ya implica que existe una diferencia en la naturaleza de los dos tipos de pulsiones; todo el funcionamiento de las segundas se halla predeterminado por su aparato somático, y su objeto está fijado desde un principio; por el contrario, las primeras se caracterizan ante todo por un cierto modo de satisfacción que al principio no es más que un beneficio marginal (*Lustnengewinn*) del funcionamiento de las segundas. Esta diferencia esencial se confirma en Freud por el empleo repetido, refiriéndose a las pulsiones de autoconservación, de términos como *función* y *necesidad*. Siguiendo esta línea de pensamiento, cabe preguntarse si, dentro de una terminología más rigurosa, no convendría denominar *necesidades* a lo que Freud llama «pulsiones de autoconservación», diferenciándolas así mejor de las pulsiones sexuales.

2.º El concepto de apoyo, al tiempo que ayuda a comprender la génesis de la sexualidad, permite precisar el puesto que ésta ocupa en la teoría de Freud. A menudo se ha reprochado de *pansexualismo* a Freud, que se defendió de esta acusación recordando la constancia de su dualismo pulsional; la concepción del apoyo permitiría una respuesta más matizada. En cierto sentido la sexualidad puede encontrarse en todo, originándose en el funcionamiento mismo de las actividades corporales y también, como indica Freud en los *Tres ensayos*, en toda otra clase de actividades, por ejemplo, intelectuales; pero, por otra parte, sólo se separa secundariamente, y rara vez se encuentra como una función absolutamente autónoma.

3.º Un problema discutido con frecuencia en psicoanálisis (¿debe su-

ponerse la existencia de un «amor objetal primario» o admitir que el niño se encuentra al principio en un estado de autoerotismo o de narcisismo*?) recibe en Freud una solución más compleja de lo que generalmente se sostiene. Las pulsiones sexuales se satisfacen en forma autoerótica antes de recorrer la evolución que los conduce a la elección objetal. Pero, en contrapartida, las pulsiones de autoconservación se hallan desde un principio en relación con el objeto; así, mientras la sexualidad funciona en apoyo sobre aquéllas, existe igualmente para las pulsiones sexuales una relación objetal; sólo cuando se separan, la sexualidad se vuelve autoerótica. «Cuando, en un principio, la satisfacción sexual se hallaba ligada todavía a la ingestión de alimento, la pulsión sexual tenía un objeto sexual fuera del propio cuerpo: el pecho materno. Sólo más tarde lo pierde [...]. La pulsión sexual se vuelve entonces, por regla general, autoerótica [...]. Encontrar el objeto es, en el fondo, volverlo a encontrar» (1 f).

ASOCIACIÓN

= *Al.*: Assoziation. — *Fr.*: association. — *Ing.*: association. — *It.*: associazione. — *Por.*: associação.

Palabra tomada del asociacionismo para designar toda ligazón entre dos o más elementos psíquicos, cuya serie constituye una cadena asociativa.

En ocasiones el término se utiliza para designar los *elementos* así asociados. Refiriéndose a la cura, se alude a esta última acepción, al hablar, por ejemplo, de las «asociaciones de tal sueño», para designar lo que, en las manifestaciones del individuo, se halla en conexión asociativa con el sueño en cuestión. Finalmente, el término «asociaciones» designa el conjunto del material verbalizado en el curso de la sesión psicoanalítica.

Un comentario exhaustivo del término asociación exigiría efectuar una investigación histórico-crítica que describiera la difusión de la doctrina asociacionista en Alemania en el siglo XIX, su influencia en el pensamiento del «joven Freud» y, sobre todo, mostraría cómo fue integrada y transformada por el descubrimiento freudiano de las leyes del inconsciente.

Nos limitaremos a efectuar las siguientes observaciones acerca de este último punto:

1. No es posible comprender el sentido y el alcance del concepto de asociación en psicoanálisis sin referirse a la experiencia clínica, en la cual se elaboró el método de las asociaciones libres. Los *Estudios sobre la histeria* (*Studien über Hysterie*, 1895) muestran cómo Freud se vio inducido a seguir, cada vez más, a sus pacientes en la vía de las asociaciones libres que éstas le indicaban. (Véase nuestro comentario acerca de «Asociación libre».) Desde el punto de vista de la teoría de las asociaciones, lo que se desprende de la experiencia de Freud en aquellos años del descubrimiento del psicoanálisis puede resumirse esquemáticamente del siguiente modo:

a) Una «idea que se le ocurre» (*Einfall*) al individuo, al parecer en forma aislada, constituye siempre un elemento que remite en realidad, consciente o inconscientemente, a otros elementos. Se descubren así series asociativas que Freud designa con distintos términos figurados: «línea» (*Linie*), «hilo» (*Faden*), «encadenamiento» (*Verkettung*), «tren» (*Zug*), etc. Estas líneas se entrelazan formando verdaderas redes, en las que se encuentran «puntos nodales» (*Knotenpunkte*) donde se juntan varias de ellas.

b) Las asociaciones, tal como se encadenan en el discurso del individuo, corresponden, según Freud, a una organización compleja de la memoria. Esta fue comparada por Freud a una especie de archivos ordenados según distintos criterios de clasificación y que podrían ser consultados por diferentes vías (orden cronológico, orden por materias, etcétera) (1 a). Tal organización implica que la representación* (*Vorstellung*), o la huella mnémica* (*Erinnerungsspur*) de un mismo acontecimiento puede encontrarse en el interior de varios conjuntos (lo que Freud denomina también «sistemas mnémicos»).

c) Esta organización en sistemas se ve confirmada por la experiencia clínica: existen verdaderos «grupos psíquicos separados» (1 b), es decir, complejos de representaciones escindidas del curso asociativo: «Las representaciones aisladas contenidas en estos complejos ideativos pueden conscientemente volver al pensamiento, como observó Breuer. Sólo su combinación en una forma bien determinada permanece alejada de la conciencia» (1 c). Freud, a diferencia de Breuer, no cree que el estado hipnoide* constituya la explicación última de este hecho, pero sigue afirmando la existencia de una escisión* (*Spaltung*) dentro del psiquismo. El grupo de asociaciones separado se halla en el origen de la noción *tópica* de inconsciente.

d) Dentro de un complejo asociativo, la «fuerza» de un elemento no permanece siempre unida al mismo en forma inmutable. El juego de las asociaciones depende de factores *económicos*: la energía de catexia se desplaza de un elemento a otro, se condensa en los puntos nodales, etcétera (independencia del afecto* en relación con la representación).

e) En definitiva, el discurso asociativo no se halla regido pasivamente por leyes generales como las que estableció el asociacionismo: el individuo no es un «polípero de imágenes». La agrupación de las asociaciones, su eventual aislamiento, sus «falsas conexiones», su posibilidad de acceso a la conciencia, forman parte de la *dinámica* del conflicto defensivo propio de cada sujeto.

2. El *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*, 1895) aclara el uso que hace Freud del concepto de asociación y muestra, desde un punto de vista especulativo, cómo el descubrimiento psicoanalítico del inconsciente confiere un nuevo sentido a los supuestos asociacionistas en los que se apoya Freud:

a) El funcionamiento de las asociaciones es concebido como una circulación de energía en el interior de un «aparato neuronal» de estructura compleja, dispuesto en forma de bifurcaciones sucesivas. Cada ex-

citación, al llegar a una encrucijada, sigue una determinada vía con preferencia a otra, en función de las «facilitaciones» dejadas por las excitaciones anteriores. La noción de facilitación* no debe entenderse como un paso más fácil de una imagen a otra, sino como un proceso de oposición diferencial: una determinada vía sólo es facilitada en función de la no facilitación de la vía opuesta.

b) En las hipótesis iniciales que establece Freud, no se trata de imágenes en el sentido de una impresión psíquica o neuronal similar al objeto real. Al principio todo es «neurona» y «cantidad» (2).

Es fácil relacionar esta concepción, que puede parecer muy distante de la experiencia por su carácter mecanicista y su terminología neurofisiológica, con la oposición constante, en la teoría psicológica de Freud, entre la representación y el quantum de afecto*. Como la neurona, la representación es el elemento discreto, discontinuo, de una cadena. Como aquélla, su significación depende del complejo que forme con otros elementos. Desde este punto de vista, se podría comparar el funcionamiento del «aparato neuronal» al del lenguaje, tal como lo estudia la lingüística estructural: formado por unidades discontinuas ordenadas en forma de oposiciones binarias.

ASOCIACIÓN LIBRE (MÉTODO O REGLA DE)

= *Al.*: freie Assoziation. — *Fr.*: méthode o règle de libre association. — *Ing.*: free association. — *It.*: libera associazione. — *Por.*: associação livre.

Método que consiste en expresar sin discriminación todos los pensamientos que vienen a la mente, ya sea a partir de un elemento dado (palabra, número, imagen de un sueño, representación cualquiera), ya sea de forma espontánea.

El método de la asociación libre es un constitutivo de la técnica psicoanalítica. No es posible establecer con precisión la fecha de su descubrimiento, que tuvo lugar progresivamente entre 1892 y 1898 y por varios caminos.

1.º Como muestran los *Estudios sobre la histeria* (*Studien über Hysterie*, 1895), la asociación libre surge a partir de métodos preanalíticos de investigación del inconsciente que recurran a la sugestión y a la concentración mental del paciente sobre una representación dada; la búsqueda insistente del elemento patógeno cede su puesto a la expresión espontánea del paciente. Los *Estudios sobre la histeria* ponen en evidencia el papel desempeñado por los pacientes en esta evolución (α).

2.º Paralelamente, Freud utiliza el método de la asociación libre en su autoanálisis y en especial en el análisis de sus sueños. Aquí un elemento del sueño es el que sirve de punto de partida para el descubrimiento de las cadenas asociativas que conducirán a los pensamientos del sueño.

3.º Las experiencias de la escuela de Zurich (1) recogen, bajo una perspectiva psicoanalítica, las experiencias antiguas de la escuela de

Wundt, consistentes en el estudio de las reacciones y de los tiempos de reacción (variables según el estado subjetivo) frente a palabras inductoras. Jung pone en evidencia que las asociaciones que así se producen vienen determinadas por «[...] la totalidad de las ideas relacionadas con un acontecimiento particular dotado de un tinte emocional» (2), totalidad a la que da el nombre de *complejo**.

Freud, en *Historia del movimiento psicoanalítico* (*Zur Geschichte der psychoanalytischen Bewegung*, 1914), admite el interés de estas experiencias «para lograr una confirmación experimental rápida de las observaciones psicoanalíticas y mostrar directamente al estudiante determinadas conexiones que el analista sólo puede relatar» (3).

4.º Quizá convenga citar, además, una fuente que el propio Freud indicó en una nota *Sobre prehistoria de la técnica analítica* (*Zur Vorgeschichte der analytischen Technik*, 1920): el escritor Ludwig Börne, que Freud leyó durante su juventud, recomendaba, para «convertirse en un escritor original en tres días», escribir todo lo que viene a la mente, y denunciaba los efectos de la autocensura sobre las producciones intelectuales (4).

El término «libre», en la fórmula «asociación libre», reclama las siguientes observaciones:

1.º Incluso en el caso en que el punto de partida lo proporciona una palabra inductora (experiencias de Zurich) o un elemento del sueño (método de Freud en *La interpretación de los sueños* [*Die Traumdeutung*, 1900]), el desarrollo de las asociaciones puede considerarse «libre» en la medida en que no está orientado y controlado por una intención selectiva.

2.º Esta «libertad» se acentúa cuando no se proporciona ningún punto de partida. En este sentido se habla de regla de la asociación libre como sinónimo de regla fundamental.

3.º De hecho, la palabra «libertad» no debe tomarse en el sentido de una indeterminación: la regla de la asociación libre tiende ante todo a suprimir la selección voluntaria de los pensamientos, es decir, en la terminología de la primera tópica freudiana, a eliminar la intervención de la *segunda censura* (situada entre el consciente y el preconscious). De este modo se ponen de manifiesto las defensas inconscientes, es decir, la acción de la *primera censura* (situada entre el preconscious y el inconsciente).

Finalmente, el método de las asociaciones libres tiene por objeto poner en evidencia un determinado orden del inconsciente: «Cuando se abandonan las representaciones-fin* [*Zielvorstellungen*] conscientes, el curso de las representaciones pasa a ser gobernado por representaciones-fin ocultas» (5).

(*) Véase sobre todo lo que relata Freud acerca de su paciente Emmy von N...; ante su insistencia buscando el origen de un síntoma, responde ella «[...] que no debe preguntarle siempre de dónde proviene tal o cual cosa, sino dejarle contar lo que ella tiene que decir» (6a). A propósito de esta misma enferma, observa Freud que parece «[...] haberse apropiado su método»: «Las palabras que me murmura [...]

no son tan inintencionales como podría suponerse por su apariencia; más bien reproducen con bastante fidelidad los recuerdos y las impresiones nuevas que han actuado sobre ella desde nuestra última entrevista y con frecuencia emanan, de forma totalmente inesperada, de reminiscencias patógenas, de las que se descarga espontáneamente por medio de la palabra» (6 b).

ATENCIÓN (PAREJAMENTE) FLOTANTE

= *Al.*: Gleichschwebende Aufmerksamkeit. — *Fr.*: attention (également) flottante. — *Ing.*: (evenly) suspended (o [evenly] poised) attention. — *It.*: attenzione (igualmente) fluttuante. — *Por.*: atenção equiflutuante.

Manera como, según Freud, el analista debe escuchar al analizado: no debe, *a priori*, conceder un privilegio a ningún elemento del discurso de éste, lo cual implica que el analista deje funcionar lo más libremente posible su propia actividad inconsciente y suspenda las motivaciones que habitualmente dirigen la atención. Esta recomendación técnica constituye la contrapartida de la regla de la libre asociación que se propone al analizado.

Esta recomendación esencial, que caracteriza la actitud subjetiva del psicoanalista cuando escucha a su paciente, fue enunciada y comentada por Freud en sus *Consejos al médico en el tratamiento psicoanalítico* (*Ratschläge für den Arzt bei der psychoanalytischen Behandlung*, 1912). Consiste en una suspensión, tan completa como sea posible, de todo lo que habitualmente focaliza la atención: inclinaciones personales, prejuicios, supuestos teóricos, incluso los mejor fundados. «Al igual que el paciente debe decir todo lo que pase por su mente, eliminando toda objeción lógica y afectiva que le induciría a seleccionar, también el médico debe estar en condiciones de interpretar todo lo que escucha, a fin de descubrir en ello todo lo que el inconsciente oculta, sin que su propia censura venga a reemplazar la elección a la que ha renunciado el paciente» (1 a).

A partir de Freud, esta regla permite al analista descubrir las conexiones inconscientes en el discurso del paciente. Mediante ella el analista puede conservar en su memoria multitud de elementos aparentemente insignificantes, cuyas correlaciones sólo más tarde se pondrán de manifiesto.

La atención flotante plantea problemas teóricos y prácticos, que el propio término ya indica en su aparente contradicción.

1.º El fundamento teórico del concepto es evidente, si se considera la cuestión en relación con el analizado: las estructuras inconscientes, tal como las describió Freud, salen a la luz a través de múltiples deformaciones, como por ejemplo esa «transmutación de todos los valores psíquicos» (2 a) que hace que, tras los elementos más insignificantes, en apariencia, se oculten a menudo los más importantes pensamientos inconscientes. Así, la atención flotante constituye la única actitud *objetiva*, por cuanto se adapta a un objeto esencialmente deformado. Por lo demás, se observará que Freud, sin utilizar todavía el término «atención flotante», ya había descrito, a partir de *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900), una actitud mental análoga, que consideraba

como condición indispensable para el autoanálisis de los sueños (2 b).

2.º Como contrapartida, la teoría de la atención parejamente flotante plantea, por parte del analista, difíciles problemas.

Puede concebirse que el analista, al igual que el analizado, intente suprimir la influencia que podrían ejercer sobre su atención sus prejuicios conscientes, e incluso sus defensas inconscientes. Para eliminarlas en lo posible, Freud aconseja el análisis didáctico, puesto que «[...] toda represión no liquidada constituye lo que Stekel denominó acertadamente *punctum caecum* en sus facultades de percepción analítica» (1 b).

Pero Freud exige más: el fin a conseguir sería una verdadera comunicación de inconsciente a inconsciente (α): «El inconsciente del analista debe comportarse, con respecto al inconsciente que emerge del paciente, como el auricular telefónico con respecto al micrófono» (1 c). Esto es lo que más tarde Theodor Reik llamó metafóricamente «escuchar con el tercer oído» (3).

Ahora bien, como indicó el propio Freud a propósito de la asociación libre*, la suspensión de las «representaciones-fin» conscientes sólo puede conducir a su substitución por «representaciones-fin» inconscientes (2 c). Ello plantearía una especial dificultad al analista cuando se sitúa en la actitud de atención flotante: ¿cómo puede su atención no estar orientada por sus propias motivaciones inconscientes? La respuesta a esta pregunta sería indudablemente que la ecuación personal del psicoanalista no solamente es reducida (por su análisis didáctico), sino que además debe ser apreciada y controlada por el autoanálisis de la contratransferencia.

De un modo general, es preciso comprender la regla de la atención flotante como una regla ideal, que, en la práctica, tropieza con exigencias contrarias: ¿cómo concebir, por ejemplo, el paso a la interpretación y a la construcción* sin que, en un momento dado, el analista conceda una importancia privilegiada a un determinado material, lo compare, lo esquematice, etc.?

En el movimiento psicoanalítico contemporáneo pueden distinguirse varias orientaciones sobre el problema de la atención flotante, que no fue reformulado por Freud en el marco de la segunda tópica.

a) Algunos autores, siguiendo a Th. Reik (*loc. cit.*) tienden a desviar la escucha de inconsciente a inconsciente en el sentido de una empatía (*Einfühlung*), que esencialmente tendría lugar a un nivel infraverbal. La contratransferencia, lejos de oponerse a la comunicación, que se describe entonces como una percepción, testificaría el carácter profundo de ésta.

b) Para otros, la regla técnica de la atención flotante exige una relación de las funciones inhibitoras y selectivas del yo; no implica valoración alguna de lo sentido, sino simplemente una «apertura» del analista a las incitaciones de su propio aparato psíquico, apertura destinada

a evitar la interferencia de sus compulsiones defensivas. Pero lo fundamental del diálogo psicoanalítico tiene lugar de yo a yo.

c) Finalmente, desde un punto de vista teórico que hace recaer el acento en la analogía existente entre los mecanismos del inconsciente y los del lenguaje (Lacan), es esta similitud estructural entre todos los fenómenos inconscientes lo que se trataría de hacer funcionar, lo más libremente posible, en la actitud de escucha psicoanalítica.

(*) Citemos, en relación con este problema, dos pasajes de Freud: «... cada uno posee en su propio inconsciente un instrumento con el que puede interpretar las expresiones del inconsciente en los demás» (4). «El *Ics* de un individuo puede responder directamente al de otro sin que haya paso por el *Cs*. Esto requiere una investigación más minuciosa, sobre todo para decidir si aquí interviene o no la actividad preconscious. Pero, en principio, el hecho es incontestable» (5).

AUTOANÁLISIS

= *Al.*: Selbstanalyse. — *Fr.*: auto-analyse. — *Ing.*: self-analysis. — *It.*: auto-analisi. — *Por.*: auto-análise.

Investigación de uno por sí mismo, llevada a cabo de forma más o menos sistemática recurriendo a ciertos procedimientos del método psicoanalítico: asociaciones libres, análisis de los sueños, interpretaciones del comportamiento, etc.

Freud no dedicó escrito alguno al tema del autoanálisis, si bien aludió al mismo en varias ocasiones, especialmente al referirse a su propia experiencia. «Mi autoanálisis, cuya necesidad se me apareció pronto con toda claridad, lo realicé con la ayuda de una serie de mis propios sueños que me condujeron a través de todos los acontecimientos de mi infancia; y todavía hoy creo que este tipo de análisis puede ser suficiente para todo aquel que tenga muchos sueños y no sea demasiado anormal» (1). Tal método lo considera Freud como un buen fundamento: «Cuando alguien me pregunta cómo puede hacerse psicoanalista, le respondo: mediante el estudio de sus propios sueños» (2).

Pero, en otros varios lugares, Freud se muestra muy reservado respecto al verdadero alcance de un autoanálisis. Ya durante su propia experiencia escribió a Fliess: «Mi autoanálisis ha quedado interrumpido. Ahora comprendo el porqué: sólo puedo analizarme a mí mismo valiéndome de conocimientos objetivamente adquiridos (como un extraño). Un auténtico autoanálisis es imposible; de no ser así, no existiría enfermedad» (3). Más tarde, el autoanálisis incluso parece subestimado en comparación con un análisis propiamente dicho: «En principio se aprende el psicoanálisis sobre sí mismo, mediante el estudio de su propia personalidad [...] los progresos por este camino chocan con límites definidos. Se llega mucho más lejos haciéndose analizar por un psicoanalista competente» (4).

Las reservas efectuadas por Freud se refieren al autoanálisis como eventual substitutivo de un psicoanálisis. En general, se considera el autoanálisis como una forma especial de resistencia al psicoanálisis, que halaga al narcisismo y elimina el móvil esencial de la cura, a saber, la transferencia (5). Incluso en autores que, como K. Horney, recomien-

dan su empleo, el autoanálisis aparece como complemento del tratamiento, preparándolo o continuándolo. En cuanto al autoanálisis de Freud, fue muy singular, ya que formó parte del origen del descubrimiento del psicoanálisis y no la aplicación de un saber.

Por lo que respecta a los analistas, es muy aconsejable la continua investigación de su propia dinámica inconsciente. Freud lo hizo notar a partir de 1910 a propósito de la contratransferencia*: «[...] ningún psicoanalista puede ir más allá de lo que le permiten sus propios complejos y resistencias interiores. Por ello exigimos que inicie su actividad por un autoanálisis (α) y siga profundizándolo mientras aprende, con la práctica, en sus pacientes. Quien no efectúe semejante autoanálisis hará bien en renunciar, sin vacilación, a tratar a los enfermos analíticamente» (6). La institución del análisis didáctico* no suprime la necesidad de un autoanálisis: éste prolonga «indefinidamente» el proceso iniciado por aquél (β).

(α) Y no, como escribe Anne Berman en su traducción francesa: «sometiéndose a un análisis».

(β) Para una exposición sistemática del tema, véase Anzieu (D.), *L'auto-analyse*, Presses Universitaires de France, París, 1959.

AUTOEROTISMO

= Al.: Autoerotismus. — Fr.: auto-érotisme. — Ing.: auto-erotism. — It.: auto-erotismo. — Por.: auto-erotismo.

A) En sentido amplio, cualidad de un comportamiento sexual en el cual el sujeto obtiene satisfacción recurriendo únicamente a su propio cuerpo, sin objeto exterior: en este sentido se habla de la masturbación como de un comportamiento autoerótico.

B) Más específicamente, cualidad de un comportamiento sexual infantil precoz mediante el cual una pulsión parcial, ligada al funcionamiento de un órgano o a la excitación de una zona erógena, encuentra su satisfacción en el mismo lugar, es decir:

1.º sin recurrir a un objeto exterior;

2.º sin referencia a una imagen unificada del cuerpo, a un primer esbozo del yo, como el que caracteriza el narcisismo.

Havelock Ellis introdujo la palabra «autoerotismo» (α) en un sentido amplio, similar al definido en A: «Designo por autoerotismo los fenómenos de emoción sexual espontánea producidos en ausencia de todo estímulo externo, tanto directo como indirecto» (1 a).

Debe hacerse notar, sin embargo, que Havelock Ellis distinguía ya en el autoerotismo su «forma extrema», el narcisismo, «tendencia que en ocasiones presenta la emoción sexual [...] a absorberse más o menos completamente en la admiración de sí mismo» (1 b).

En los *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad* (*Drei Abhandzur Sexualtheorie*, 1905), Freud recoge este término, principalmente para definir la sexualidad infantil. Considera la acepción dada por H. Ellis demasiado amplia (2 a) y define el autoerotismo basándose en la relación de la pulsión con su objeto: «La pulsión no se dirige a otras perso-

nas; se satisface en el propio cuerpo» (2 b). Esta definición se comprende teniendo en cuenta la distinción que establece Freud entre los distintos elementos de la pulsión: empuje*, fuente*, fin*, objeto*. En el autoerotismo «[...] el objeto [de la pulsión] cede su lugar al órgano, que es la fuente de aquél, y coincide por lo general con éste» (3 a).

1.º La teoría del autoerotismo va ligada a la siguiente tesis, fundamental de los *Tres ensayos*: la contingencia del objeto de la pulsión sexual. Mostrar que, al principio de la vida sexual, puede obtenerse la satisfacción sin recurrir a un objeto, equivale a mostrar que no existe ninguna vía preformada que encamine al sujeto hacia un determinado objeto.

Esta teoría no implica la afirmación de un estado primitivo «no objetual». En efecto, el chupeteo que Freud considera como modelo del autoerotismo, sigue a una primera etapa en que la pulsión sexual se satisface en apoyo* sobre la pulsión de autoconservación (el hambre) y merced a un objeto: el pecho materno (2 c). Al separarse del hambre, la pulsión sexual oral pierde su objeto y se convierte al mismo tiempo en autoerótica.

Por consiguiente, si puede decirse que el autoerotismo carece de objeto, no es porque aparezca antes de toda relación con un objeto, ni tampoco porque, con su aparición, deja de estar presente todo objeto en la búsqueda de la satisfacción, sino únicamente porque el modo natural de aprehensión del objeto se encuentra escindido: la pulsión sexual se separa de las funciones no sexuales (por ejemplo, alimentación), en las que se apoyaba y que le indicaban su fin y su objeto.

El «origen» del autoerotismo se hallaría en el momento, siempre renovado más que localizable en una determinada época de la evolución, en que la sexualidad se desliga del objeto natural, se ve entregada a la fantasía y por esto mismo se crea como sexualidad.

2.º Por otra parte, el concepto de autoerotismo implica, desde su primera utilización por Freud, otro marco de referencia distinto al de la relación con el objeto: la referencia a un estado del organismo en el que las pulsiones se satisfacen cada una por su cuenta, sin que exista una organización de conjunto. A partir de los *Tres ensayos*, el autoerotismo se define siempre como la actividad de los distintos «componentes parciales»; debe concebirse como una excitación sexual que nace y se satisface en el mismo lugar, a nivel de cada zona erógena tomada aisladamente (placer de órgano*). Sin duda la actividad autoerótica necesita casi siempre del contacto de la zona erógena con otra parte del cuerpo (succión del pulgar, masturbación, etc.), pero su modelo ideal es el representado por los labios besándose a sí mismos (2 d).

La introducción del concepto de narcisismo* viene con posterioridad a aclarar el de autoerotismo: en el narcisismo es el yo, como imagen unificada del cuerpo, el objeto de la libido narcisista, y el autoerotismo se define, en contraposición, como el estado anárquico que precede a esta convergencia de las pulsiones parciales sobre un objeto común: «Es preciso admitir que no existe en el individuo, desde un principio, una unidad comparable al yo; el yo debe experimentar un desarrollo.

Pero las pulsiones autoeróticas existen desde el origen; por consiguiente, algo, una nueva acción psíquica, debe añadirse al autoerotismo para producir el narcisismo» (4).

En numerosos trabajos, Freud conserva claramente esta idea: en el paso del autoerotismo al narcisismo, «[...] las pulsiones sexuales, hasta entonces aisladas, se han juntado en una unidad, y al mismo tiempo han encontrado un objeto»; este objeto es el yo (5 a). Más tarde, esta distinción se irá borrando, de manera especial en algunos textos en los que Freud admite la existencia, desde el origen, incluso durante la vida intrauterina, de un estado de «narcisismo primario*». El autoerotismo sólo se define entonces como «[...] la actividad sexual de la fase narcisista de la organización libidinal» (6-3 b).

En conclusión, la noción que se intenta designar con el término «autoerotismo» puede definirse con cierta coherencia a partir del concepto de un estado originario de fragmentación de la pulsión sexual. Una tal fragmentación implica evidentemente, en cuanto a la relación con el objeto, la ausencia de un objeto total (yo o persona extraña), pero en modo alguno la ausencia de un objeto parcial fantasmático.

¿Es el autoerotismo un concepto genético? ¿Puede hablarse de una fase libidinal autoerótica?

La opinión de Freud varió a este respecto: en 1905 tendía a incluir el conjunto de la sexualidad infantil bajo el epígrafe del autoerotismo, para contraponerlo a la actividad adulta que implica una elección de objeto. Más tarde atenuó esta afirmación señalando: «[...] me he dado cuenta de un error en lo que expuse anteriormente, cuando describí la distinción conceptual de las dos fases de *autoerotismo* y de *amor objetal*, por razones de claridad, como una separación temporal» (2 e).

Ciertamente Freud no abandona la idea de una transición genética del autoerotismo al amor objetal, y cuando más tarde introducirá el narcisismo, lo intercalará en esta sucesión temporal (5 b). Pero ésta no debe concebirse en forma demasiado rigurosa, y sobre todo se acompaña de una distinción estructural: el autoerotismo no constituye el patrimonio de una determinada actividad pulsional (oral, anal, etc.), sino que se encuentra en cada una de estas actividades, a la vez como fase precoz y, en la evolución ulterior, como componente: el placer de órgano.

La tendencia a hacer del autoerotismo una fase claramente delimitada en el tiempo ha sido extremadamente impulsada por Abraham, quien hizo coincidir la fase autoerótica con una de las fases de la organización libidinal: la fase oral* precoz de succión.

(*) La palabra autoerotismo fue utilizada por vez primera por H. Ellis en un artículo publicado en 1898: *Auto-erotism: A psychological study*, *Alien. Neurol.*, 19, 260. Freud la utiliza por vez primera en la carta a Fliess del 9-XII-1899.

AUTOPLASTICO — ALOPLASTICO

= *Al.*: Autoplastisch - alloplastisch. — *Fr.*: autoplastique - alloplastique. — *Ing.*: auto-plastic - alloplastic. — *It.*: autoplastico - alloplastico. — *Por.*: autoplástico - aloplástico.

Términos que califican dos tipos de reacción o de adaptación, el primero de los cuales consiste en una modificación del organismo solo, y el segundo en una modificación del medio ambiente.

Los términos «auto-» y «aloplástico» se emplean a veces en psicoanálisis, en el marco de una teoría del campo psicológico definido por la interacción del organismo y su ambiente, con el fin de distinguir dos tipos de operaciones, una dirigida hacia el propio sujeto y comportando modificaciones internas, y la otra hacia el exterior. Daniel Lagache (1) se refiere a estos conceptos en su elaboración de la noción de conducta (α).

S. Ferenczi habla de adaptación autoplástica en un sentido más específicamente genético. Según este autor, se trata de un método de adaptación muy primitivo, correspondiente a una fase onto- y filogenética del desarrollo (fase de la «protopsique»), en la cual el organismo no tiene influencia más que sobre sí mismo, pudiendo realizar sólo cambios corporales. Ferenczi relaciona con este fenómeno la conversión* histérica y, de un modo más preciso, lo que llama «fenómenos de materialización»: su «[...] esencia consiste en la realización, como por arte de magia, de un deseo a partir del material corporal que tiene a su disposición y, aunque de forma primitiva, por medio de una representación plástica» (2). Se trataría de una regresión más profunda que la que tiene lugar en el sueño, puesto que el deseo inconsciente se encarna, no en una imagen visual, sino en estados o actos del cuerpo.

En contraposición, Ferenczi habla en ocasiones de adaptación aloplástica para calificar el conjunto de acciones dirigidas hacia el exterior que permiten al yo mantener su equilibrio (3).

(*) Como en el siguiente cuadro, de doble entrada:

OPERACIONES

	<i>Autoplásticas</i>	<i>Aloplásticas</i>
Concretas	Fisiológicas	Acciones materiales
Simbólicas	Actividad mental, consciente e inconsciente	Comunicaciones, lenguajes

B

BENEFICIO PRIMARIO Y SECUNDARIO DE LA ENFERMEDAD

= *Al.*: primärer und sekundärer Krankheitsgewinn. — *Fr.*: bénéfice primaire et secondaire de la maladie. — *Ing.*: primary and secondary gain from illness. — *It.*: utile primario e secondario della malattia. — *Por.*: lucro primário e secundário da doença.

Beneficio de la enfermedad designa, de un modo general, toda satisfacción directa o indirecta que un sujeto obtiene de su enfermedad.

El beneficio primario es el que entra en consideración en la motivación misma de una neurosis: satisfacción hallada en el síntoma, huida en la enfermedad, modificación favorable de las relaciones con el ambiente.

El beneficio secundario podría distinguirse del anterior por:

- su aparición con posterioridad, como ganancia suplementaria o utilización por el sujeto de una enfermedad ya constituida;
- su carácter extrínseco en relación con el determinismo inicial de la enfermedad y con el sentido de los síntomas;
- el hecho de que se trata de satisfacciones narcisistas o ligadas a la autoconservación más que de satisfacciones directamente libidinales.

Desde sus comienzos, la teoría freudiana de la neurosis es inseparable de la idea de que la enfermedad se desencadena y se mantiene en virtud de la satisfacción que aporta al individuo. El proceso neurótico responde al principio del placer y tiende a obtener un beneficio económico, una disminución de la tensión. Este beneficio se evidencia por la resistencia del sujeto a la cura, resistencia que se opone al deseo consciente de curarse.

Pero sólo más tarde, y siempre en forma bastante aproximada, establece Freud la distinción entre beneficio primario y beneficio secundario. Así, en el estudio del *Caso Dora*, Freud parecía sostener inicialmente la idea de que los motivos de la enfermedad son siempre secundarios con relación a la formación de los síntomas. Estos no tendrían al principio una función económica y podrían ser efímeros si no resultasen fijados en un segundo tiempo: «Cierta corriente psíquica puede encon-

trar cómodo servirse del síntoma, y éste adquiere así una *función secundaria*, quedando como anclado en el psiquismo» (1 a).

El tema vuelve a ser examinado por Freud en las *Lecciones de introducción al psicoanálisis* (*Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse*, 1916-1917) (2 a) y en una nota de rectificación añadida en 1923 al estudio del *Caso Dora* (1 b):

El «beneficio primario» va ligado al propio determinismo de los síntomas. En él distingue Freud dos partes: la «parte interna del beneficio primario» consiste en la reducción de tensión que procura el síntoma; éste, por doloroso que sea, tiene por finalidad evitar al sujeto conflictos a veces más penosos: es el mecanismo llamado de la «huida en la enfermedad». La «parte externa del beneficio primario» estaría ligada a las modificaciones que el síntoma aporta en las relaciones interpersonales del sujeto. Así, una mujer «oprimida por su marido» puede conseguir, gracias a la neurosis, mayor ternura y atención, al mismo tiempo que se venga de los malos tratos recibidos.

Pero si bien Freud designa este último aspecto del beneficio con los términos de «externo o accidental», la frontera que lo separa del beneficio *secundario* resulta difícil de trazar.

Para describir este último, Freud alude al caso de la neurosis traumática o de una enfermedad física a consecuencia de un accidente. El beneficio secundario se materializa en este caso por la indemnización percibida por el enfermo, motivo poderoso que se opone a una readaptación: «Al librarlo de su enfermedad, le privaríais ante todo de sus medios de subsistencia, puesto que entonces tendría que preguntarse si todavía es capaz de reemprender su antiguo trabajo» (2 b).

Sobre la base de este claro ejemplo, es fácil descubrir las tres características que definen el beneficio secundario. Pero además se debe precisar que, incluso en un caso de este tipo, haría falta preguntarse por las motivaciones inconscientes del accidente, como han subrayado las investigaciones modernas. Tratándose de neurosis y *a fortiori* de neurosis no traumática, ¿no son las distinciones todavía menos netas? En efecto, un beneficio sobrevenido secundariamente en el tiempo, y aparentemente extrínseco, ha podido ser previsto y considerado en el desencadenamiento del síntoma. En cuanto al aspecto objetivo del beneficio secundario, oculta con frecuencia su carácter profundamente libidinal: el subsidio pagado al enfermo (para seguir con el mismo ejemplo) puede, por ejemplo, simbolizar una dependencia del tipo niño-madre.

El punto de vista tópico es probablemente el que permite comprender mejor lo que se quiere indicar con el término «beneficio secundario», en la medida en que se toma en consideración la instancia del yo en su tendencia, o incluso «compulsión», a la síntesis (véase: Yo). Freud aborda este problema en el capítulo III de *Inhibición, síntoma y angustia* (*Hemmung, Symptom und Angst*, 1926), en el cual el concepto de beneficio secundario se aclara al compararlo con el «combate defensivo secundario» emprendido por el yo, no directamente contra el deseo, sino contra un síntoma ya constituido. Defensa secundaria y beneficio secundario aparecen como dos modalidades de respuesta del yo a este

«cuerpo extraño» que es ante todo el síntoma: «[...] el yo se comporta como guiado por la idea de que el síntoma persistirá en lo sucesivo y no podrá ser eliminado: no queda otro remedio que transigir con esta situación y obtener de ella la mayor ventaja posible» (3). En este beneficio secundario de la enfermedad, que constituye una verdadera incorporación del síntoma al yo, distingue Freud, por una parte, las ventajas obtenidas del síntoma en el terreno de la autoconservación, y por otra parte las satisfacciones propiamente narcisistas.

En conclusión, se observará que la denominación «beneficio secundario» no debe ser obstáculo para la investigación de motivaciones ligadas más directamente a la dinámica de la neurosis. La misma observación podría aplicarse a aquellos tratamientos psicoanalíticos en los cuales se recurre al concepto de beneficio secundario para explicar el hecho de que el paciente parece hallar más satisfacción en el mantenimiento de una situación transferencial que en la curación.

BISEXUALIDAD

= *Al.*: Bisexualität. — *Fr.*: bisexualité. — *Ing.*: bisexuality. — *It.*: bisessualità. — *Por.*: bisexualidade.

Concepto introducido por Freud en psicoanálisis bajo la influencia de Wilhelm Fliess: todo ser humano tendría constitucionalmente disposiciones sexuales tanto masculinas como femeninas, que se manifestarían en los conflictos que experimenta el sujeto para asumir su propio sexo.

En la historia del movimiento psicoanalítico, la aparición del concepto de bisexualidad se debe sin duda alguna a la influencia de Wilhelm Fliess. Tal concepto existía en la literatura filosófica y psiquiátrica de los años 1890 (1 a), pero fue Fliess quien lo defendió ante Freud, como lo atestigua su correspondencia (2).

La teoría de la bisexualidad se basa ante todo en los datos de la anatomía y de la embriología (α): «Cierta grado de hermafroditismo anatómico es normal. En todo individuo, sea varón o hembra, se encuentran vestigios del aparato genital del sexo opuesto [...]. De estos hechos anatómicos, conocidos desde hace ya mucho tiempo, se desprende el concepto de un organismo originariamente bisexual, el cual, en el curso de su evolución, se orienta hacia la monosexualidad, aunque conservando algunos restos del sexo atrofiado» (1 b).

W. Fliess atribuyó considerable importancia a los hechos indicadores de una bisexualidad biológica: la bisexualidad es un fenómeno humano universal y que no se limita, por ejemplo, al caso patológico de la homosexualidad; por el contrario, comporta consecuencias psicológicas fundamentales. Así, Fliess interpreta la teoría freudiana de la represión invocando el conflicto que existe, en todo individuo, entre las tendencias masculinas y femeninas; Freud resume la interpretación de Fliess con estas palabras: «El sexo [...] dominante en la persona habría reprimido en el inconsciente la representación psíquica del sexo vencido» (3 a).

Freud no definió claramente su postura respecto al problema de la bisexualidad, y en 1930 reconoce que «[...] la teoría de la bisexualidad comporta todavía numerosos puntos oscuros, y debemos sentirnos incómodos en psicoanálisis por no haber podido enlazarla con la teoría de las pulsiones» (4). Freud sostuvo siempre la importancia psicológica de la bisexualidad, pero su opinión implica reservas y dudas que pueden agruparse del siguiente modo:

1.º El concepto de bisexualidad supondría una aprehensión clara del par masculinidad-feminidad; pero, como hizo notar Freud, se trata de conceptos que poseen distinta significación según que se consideren a nivel biológico, psicológico o sociológico; a menudo estas significaciones se hallan mezcladas y no permiten establecer equivalencias, término a término, entre cada uno de estos niveles (1 c).

2.º Freud reprocha a la concepción de Fliess el sexualizar el mecanismo psicológico de la represión, entendiéndolo por «sexualiz. [...] fundar el origen del mismo sobre bases biológicas» (5 a). En efecto, tal concepción conduce a determinar *a priori* la modalidad del conflicto defensivo, procediendo la fuerza represora del sexo biológico manifestado, y siendo lo reprimido el sexo opuesto. A lo que Freud objeta «[...] que existen en los individuos de ambos sexos mociones pulsionales tanto masculinas como femeninas, pudiendo unas y otras volverse inconscientes por la represión» (3 b).

Si bien Freud, en *Análisis terminable e interminable* (*Die endliche und die unendliche Analyse*, 1937), parece acercarse, a pesar de todo, a la concepción de Fliess, admitiendo que «[...] lo que experimenta la represión es lo que va en contra del sexo del individuo» (5 b) (envidia del pene en la mujer, actitud femenina en el hombre), en el mismo texto se insiste en la importancia del complejo de castración*, que no puede explicarse mediante sólo los datos biológicos.

3.º Se comprende que Freud encuentre una gran dificultad en armonizar la idea de bisexualidad *biológica* con la idea, que se va afirmando cada vez con mayor claridad en su obra, de la prevalencia del falo* para uno y otro sexo.

(a) Freud, en la edición de 1920 de los *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*), alude además a las experiencias fisiológicas sobre la determinación hormonal de los caracteres sexuales.

C

CANIBALÍSTICO

= *Al.*: kannibalsch. — *Fr.*: cannibalique. — *Ing.*: cannibalistic. — *It.*: cannibalico. — *Por.*: canibalesco.

Término utilizado para calificar las relaciones de objeto y las fantasías correlativas a la actividad oral, aludiendo al canibalismo practicado por ciertas poblaciones. La palabra expresa, en forma figurada, las distintas dimensiones de la incorporación oral: amor, destrucción, conservación en el interior de sí mismo y apropiación de las cualidades del objeto. En ocasiones se habla de una fase canibalística como equivalente de la fase oral o, más especialmente, como equivalente de la segunda fase oral de Abraham (fase sádico-oral).

Aun cuando en la edición de 1905 de los *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*) ya se encuentra una alusión al canibalismo, este concepto se desarrolla por vez primera en *Tótem y tabú* (*Totem und Tabu*, 1912-1913). Refiriéndose a esta práctica de los «pueblos primitivos», Freud subraya la creencia que ella implica: «[...] al ingerir las partes del cuerpo de una persona en el acto de devorarla, uno se apropia también de las cualidades que habían pertenecido a dicha persona» (1 a). La concepción freudiana del «asesinato del padre» y de la «comida totémica» confiere a esta idea un gran alcance: «Un día los hermanos [...] se reunieron, mataron al padre y lo devoraron, poniendo fin así a la horda primitiva [...]. En el acto de devorarlo realizaron la identificación con él, apropiándose cada uno de ellos de una parte de su fuerza» (1 b).

Sea cual fuere el valor de los puntos de vista antropológicos de Freud, el término «canibalístico» ha adquirido en la psicología psicoanalítica una significación precisa. En la edición de 1915 de los *Tres ensayos*, en la que Freud introduce la idea de organización oral, el canibalismo caracteriza esta fase del desarrollo psicosexual. Siguiendo a Freud, se habla a veces de fase canibalística para designar la fase oral. Cuando K. Abraham subdivide la etapa oral en dos fases, fase de succión preambiva-

lente y fase de mordedura ambivalente, es esta última la que él califica de canibalística.

El término «canibalístico» subraya algunos caracteres de la relación de objeto oral: unión* de la libido y de la agresividad, incorporación y apropiación del objeto y de sus cualidades. El concepto de canibalístico connota las íntimas relaciones existentes entre la relación de objeto oral y los primeros modos de identificación (véase: Identificación primaria).

CASO LIMITE

= *Al.*: Grenzfall. — *Fr.*: cas-limite. — *Ing.*: borderline case. — *It.*: caso limite. — *Por.*: caso limítrofe.

Expresión utilizada generalmente para designar afecciones psicopatológicas situadas en el límite entre la neurosis y la psicosis, especialmente las esquizofrenias latentes que presentan una sintomatología de apariencia neurótica.

El término *caso limite* no posee una significación nosográfica rigurosa. Sus variaciones reflejan las propias incertidumbres existentes en el campo al que se aplica. Los diferentes autores han englobado bajo este término, según sus concepciones, las personalidades psicopáticas, perversas, delincuentes, así como los casos graves de neurosis del carácter. Al parecer, en su empleo más corriente, el término tiende a reservarse a las esquizofrenias que se presentan bajo una sintomatología de tipo neurótico.

La extensión del psicoanálisis ha contribuido grandemente a poner en evidencia la categoría llamada de los casos límites. En efecto, la investigación psicoanalítica ha logrado poner de manifiesto una estructura psicótica en casos sometidos a tratamiento por trastornos neuróticos. Desde el punto de vista teórico, suele considerarse que, en tales casos, los síntomas neuróticos cumplen una función defensiva frente a la irrupción de la psicosis.

CATEXIS

= *Al.*: Besetzung. — *Fr.*: charge o investissement. — *Ing.*: cathexis. — *It.*: carica o investimento. — *Por.*: carga o investimento.

Concepto económico, la catexis hace que cierta energía psíquica se halle unida a una representación o grupo de representaciones, una parte del cuerpo, un objeto, etcétera.

En francés se admite la traducción *Besetzung* por catexis (algunas veces se encuentra: ocupación). En castellano, traduciremos catexis; a este respecto haremos una observación: el verbo alemán *besetzen* tiene muchos sentidos, entre ellos el de *ocupar* (por ejemplo, ocupar un lugar o, militarmente, una ciudad, un país); en francés, *investissement* evoca especialmente, por una parte, en el lenguaje militar, el hecho de sitiar una plaza (y no de ocuparla), y por otra, en el lenguaje financiero, la colocación de capital en una empresa (sin duda este último sentido es

el que prevalece actualmente para la conciencia lingüística común). Así, pues, los términos alemán y francés no son exactamente superponibles, y el término francés parece inducir de un modo más espontáneo a comparar la «economía» que consideraba Freud a aquella de la que trata la ciencia económica.

El término *Besetzung* es de empleo constante en la obra freudiana; su extensión, su alcance, han podido variar, pero se halla presente en todas las etapas del pensamiento de Freud.

Aparece en 1895 en los *Estudios sobre la histeria* (*Studien über Hysterie*) y en el *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*), pero algunos términos afines, como «suma de excitación» y «valor afectivo», son incluso anteriores (1893, 1894): desde su prólogo a la obra de Bernheim *De la sugestión y de sus aplicaciones a la terapéutica* (*Die Suggestion und ihre Heilwirkung*, 1888-1889), Freud habla de desplazamientos de excitabilidad dentro del sistema nervioso (*Verschiebungen von Erregbarkeit im Nervensystem*). Esta hipótesis tiene un origen a la vez clínico y teórico.

Clínicamente, el tratamiento de los neuróticos, especialmente de los histéricos, impone a Freud la idea de una distinción fundamental entre las «representaciones» y el «quantum de afecto»* con la que aquéllas, se hallan catectizadas. Así, un acontecimiento importante en la historia del sujeto puede ser evocado con indiferencia, y el carácter displacentero o intolerable de una experiencia puede atribuirse a un acontecimiento anodino en lugar de a aquel que, originalmente, provocó el *displacer* (desplazamiento, «falsa conexión»). La cura, tal como se describe en los *Estudios sobre la histeria*, al restablecer la conexión entre las diferentes representaciones que intervienen, restablece la relación entre el recuerdo del acontecimiento traumático y el afecto, favoreciendo así la descarga de éste (abreacción). Por otra parte, la desaparición de los síntomas somáticos en la histeria es correlativa a la evocación de las experiencias afectivas reprimidas, lo que hace suponer que, inversamente, el síntoma se ha producido por conversión de una energía psíquica en «energía de inervación».

Estos hechos, y especialmente los de la conversión*, parecen basarse en un verdadero principio de conservación de una energía nerviosa, siendo ésta capaz de adoptar distintas formas. Esta concepción se encuentra formulada sistemáticamente en el *Proyecto de psicología científica*, que describe el funcionamiento del aparato nervioso haciendo intervenir únicamente variaciones de energía dentro de un sistema de neuronas. En este trabajo, la palabra *Besetzung* designa tanto el acto de catectizar una neurona (o un sistema), es decir, cargarlo de energía, como la cantidad de energía catectizada, en particular una energía «quiescente» (1).

Más tarde, Freud se desprenderá de estos esquemas neurológicos, transponiendo el concepto de energía de catexis al plano de un «aparato psíquico»*. Así, en *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900), muestra cómo la energía de catexis se reparte entre los diversos sistemas. El sistema inconsciente se halla sometido, en su funciona-

miento, al principio de la descarga de las cantidades de excitación; el sistema preconsciente intenta inhibir esta descarga inmediata al mismo tiempo que destina pequeñas cantidades de energía a la actividad de pensamiento necesaria para la exploración del mundo exterior: «[...] pos-tulo que, por razón de eficacia, el segundo sistema logra mantener la mayor parte de sus catexis de energía en estado de reposo y emplear solamente una pequeña parte de ella desplazándola» (2 a) (véase: Energía libre — energía ligada).

No obstante, se observará que la *transposición* a que somete Freud las tesis del *Proyecto de psicología científica* no implica el abandono de toda referencia a la idea de una energía nerviosa. «El que quiera tomar en serio estas ideas —observa Freud— debería investigar sus analogías físicas y abrirse camino para representarse el proceso de movimiento en la excitación de las neuronas» (2 b).

La elaboración del concepto de pulsión aporta una respuesta al problema que había quedado pendiente en la conceptualización económica de *La interpretación de los sueños*: la energía de catexis es la energía pulsional que proviene de fuentes internas, ejerce un empuje constante e impone al aparato psíquico la tarea de transformarla. Así, una expresión como «catexis libidinal» significa: catexis por la energía de las pulsiones sexuales. En la segunda teoría del aparato psíquico, el ello, polo pulsional de la personalidad, se convierte en el origen de todas las catexis. Las otras instancias toman su energía de esta fuente primaria.

La noción de catexis, como la mayor parte de las nociones económicas, forma parte del aparato conceptual de Freud, pero éste no dio de ella una elaboración teórica rigurosa.

En parte, estos conceptos los recibió el «joven Freud» de los neurofisiólogos que sobre él influyeron (Brücke, Meynert, etc.). Este estado de cosas explica parte de la incertidumbre en que se encuentra el lector de Freud en cuanto a la respuesta que debe darse a cierto número de preguntas:

1) El empleo de la palabra *catexis* presenta siempre una ambigüedad que no ha sido eliminada por la teoría analítica. La mayoría de las veces es interpretada en sentido metafórico: entonces indica una simple analogía entre las operaciones psíquicas y el funcionamiento de un aparato nervioso concebido según un modelo energético.

Cuando se habla de catexis de una *representación*, se define una operación psicológica en un lenguaje que se limita a evocar, en forma analógica, un mecanismo fisiológico que podría ser paralelo a la catexis psíquica (por ejemplo, catexis de una neurona, de un engrama). En cambio, cuando se habla de catexis de un *objeto*, oponiéndola a la catexis de una representación, se pierde el soporte del concepto de un aparato psíquico como sistema cerrado análogo al sistema nervioso. De una representación puede decirse que está cargada y que su destino depende de las variaciones de esta carga, mientras que la catexis de un objeto real, independiente, no puede tener el mismo sentido «realista». Una noción como la de introversión (paso de la catexis de un objeto real a la catexis de un objeto imaginario intrapsíquico) pone de manifiesto esta

ambigüedad: resulta difícil concebir la idea de una conservación de la energía cuando se produce esta retirada.

Algunos psicoanalistas creen ver en la palabra «catexis» la garantía objetiva de que su psicología dinámica se halla en relación con la neurofisiología. En efecto, al utilizar expresiones como: catexis de una parte del cuerpo, catexis del aparato perceptivo, etc., se puede tener la impresión de que se emplea un lenguaje neurológico y se establece la transición entre la teoría psicoanalítica y una neurofisiología, pero de hecho ésta no es más que una transposición de aquélla.

2) Otra dificultad se presenta cuando se intenta relacionar la noción de catexis con las concepciones tópicas. Por una parte, se considera que toda energía de catexis tiene su origen en las pulsiones; pero, por otra, se habla de una catexis propia de cada sistema. La dificultad es apreciable en el caso de la catexis llamada inconsciente. En efecto, si se considera que esta catexis es de origen libidinal, se tiende a concebirla como empujando incesantemente a las representaciones catectizadas hacia la conciencia y la motilidad; pero a menudo Freud habla de catexis inconsciente como de una fuerza de cohesión propia del sistema inconsciente y capaz de atraer hacia él las representaciones: esta fuerza desempeñaría un papel fundamental en la represión. Cabe preguntarse entonces si la palabra «catexis» no designa nociones heterogéneas (3).

3) ¿Es posible limitar la noción de catexis a su acepción económica? Ciertamente Freud la asimila a la idea de una carga positiva atribuida a un objeto o a una representación. Pero, en el plano clínico y descriptivo, ¿no adquiere un sentido más amplio? En efecto, en el mundo personal del sujeto, los objetos y las representaciones se hallan afectados de ciertos valores que organizan el campo de la percepción y del comportamiento. Por una parte, estos valores pueden aparecer como cualitativamente heterogéneos, hasta el punto de que es difícil concebir equivalencias y substituciones entre ellos. Por otra parte, se constata que ciertos objetos cuyo valor no está totalmente enunciado para el sujeto, se hallan afectados no de una carga positiva, sino de una carga negativa: así, el objeto fóbico no se halla carente de catexis, sino intensamente «catectizado» como objeto que-debe-ser-evitado.

En vista de ello se puede sentir la tentación de abandonar el lenguaje económico y traducir el concepto freudiano de catexis dentro de una conceptualización inspirada en la fenomenología, en la que prevalecerían las ideas de intencionalidad, objeto-valor, etc. Incluso en el lenguaje de Freud se pueden hallar expresiones que justificarían este modo de ver. Así, en su artículo en francés *Quelques considérations pour une étude comparative des paralysies motrices organiques et hystériques*, 1893, da como equivalente de *Affektbetrag* (quantum de afecto) el término «valor afectivo» (4). En otros trabajos, el término de catexis parece connotar menos una carga medible de energía libidinal que fines afectivos cualitativamente diferenciados: así, cuando falta al lactante el objeto materno, se califica de «catectizado de nostalgia» (*Sehnsuchtbesezung*) (5).

Cualesquiera que sean las dificultades que plantea la utilización de la noción de catexis, de hecho los psicoanalistas difícilmente pueden prescindir de él para explicar numerosos datos clínicos e incluso para apreciar la evolución de la cura. Ciertas afecciones parecen evidenciar la idea de que el sujeto tiene a su disposición una determinada cantidad de energía, que él repartiría en forma variable en su relación con sus objetos y consigo mismo. Así, en un estado como el de duelo, el manifiesto empobrecimiento de la vida de relación del sujeto halla su explicación en una sobrecatexis del objeto perdido, como si se estableciera un verdadero equilibrio energético entre las diferentes catexis de los objetos exteriores o fantaseados, del propio cuerpo, del yo, etc.

CENSURA

= *Al.*: Zensur. — *Fr.*: censure. — *Ing.*: censorship. — *It.*: censura. — *Por.*: censura.

Función que tiende a impedir, a los deseos inconscientes y a las formaciones que de ellos derivan, el acceso al sistema preconsciente-consciente.

El término «censura» se encuentra principalmente en los textos freudianos que hacen referencia a la «primera tópica». Freud lo cita por vez primera en una carta a Fliess del 22-XII-1897, para explicar el carácter aparentemente absurdo de ciertos delirios: «¿Has tenido alguna vez ocasión de ver un periódico extranjero censurado por los rusos al atravesar la frontera? Se han tachado palabras, frases o párrafos enteros, de tal forma que lo que queda resulta ininteligible» (1). El concepto de censura se desarrolla en *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900), donde su existencia se postula para explicar los diversos mecanismos de deformación* (*Entstellung*) del sueño.

Según Freud, la censura es una función permanente: constituye una barrera selectiva entre los sistemas inconsciente*, por una parte, y preconsciente*-consciente*, por otra, y se halla, por consiguiente, en el origen de la represión*. Sus efectos se distinguen con mayor claridad cuando se relaja parcialmente, como sucede en el sueño: el estado onírico impide a los contenidos del inconsciente abrirse paso hasta la motilidad, pero, como aquéllos ofrecen el peligro de oponerse al deseo de dormir, la censura continúa funcionando en forma atenuada.

Según Freud, la censura actúa no solamente entre los sistemas inconsciente y preconsciente, sino también entre preconsciente y consciente. «Admitimos que el tránsito de un sistema al siguiente más elevado, y por consiguiente a todo progreso hacia una fase superior de organización psíquica, corresponde una nueva censura» (2 a). De hecho, hace observar Freud, convendría considerar, más que dos censuras, una sola que «se hace avanzar» (2 b).

En el esquema de su segunda teoría del aparato psíquico, Freud se ve inducido, por una parte, a incluir la función de censura en el campo más amplio de la defensa* y, por otra parte, a preguntarse a qué instancia psíquica debe adscribirse.

Con frecuencia se ha señalado que el concepto de censura prefigu-

raba el de superyó*; el carácter antropomórfico de este último ya se observa en algunas descripciones que da Freud de la censura: entre la «antecámara» donde se apiñan los deseos inconscientes y el «salón» donde reside la conciencia, vela un guardián, más o menos vigilante y perspicaz, el censor (3 a). Al crear el concepto de superyó, Freud lo relaciona con lo que primeramente había descrito como censura: «[...] esta instancia de autoobservación, ya la conocemos: es el censor del yo, la conciencia moral; es la misma que durante la noche ejerce la censura de los sueños, y de ella parten las represiones de deseos inadmisibles» (3 b).

En los trabajos posteriores de Freud, aunque la cuestión no se plantee de un modo explícito, las funciones de la censura, en especial la deformación del sueño, se atribuyen al yo* (4).

Conviene señalar que, cada vez que se emplea este término, se halla presente su acepción literal: eliminación, que se manifiesta, dentro de un razonamiento articulado, por «lagunas» o alteraciones, de pasajes considerados inaceptables.

COARTADO O INHIBIDO EN SU FIN

= *Al.*: Zielgehemmt. — *Fr.*: inhibé(e) quant au but. — *Ing.*: aim-inhibited. — *It.*: inibito nella meta. — *Por.*: inibido quanto ao alvo o à meta.

Califica una pulsión que, por efecto de obstáculos externos o internos, no alcanza su modo directo de satisfacción (o fin) y encuentra una satisfacción atenuada en actividades o relaciones que pueden considerarse como aproximaciones más o menos lejanas del primer fin.

Freud utiliza la noción de inhibición en su fin, especialmente, para explicar el origen de los sentimientos de ternura (*véase esta palabra*) o de los sentimientos sociales. El mismo indicó la dificultad que encontraba para explicarlos de forma rigurosa desde el punto de vista metapsicológico (1): ¿Cómo comprender esta inhibición? ¿Supone una represión del primer fin y un retorno de lo reprimido? Por otra parte, ¿qué relaciones guarda con la sublimación? (*véase esta palabra*). Acerca de este último punto, Freud parece ver en la inhibición como un inicio de sublimación, pero se preocupa por distinguir los dos procesos. «Las pulsiones sociales pertenecen a una clase de mociones pulsionales en las que todavía no es necesario ver pulsiones sublimadas, aunque se hallen próximas a éstas. No han abandonado sus fines sexuales directos, pero resistencias internas les impiden alcanzarlos; se contentan con aproximarse en cierta medida a la satisfacción, y precisamente por esto establecen lazos particularmente sólidos y duraderos entre los hombres. Tales son, en especial, las relaciones de ternura entre padres e hijos, que, en su origen, eran plenamente sexuales, los sentimientos de amistad y los lazos afectivos en el matrimonio, nacidos de la atracción sexual» (2).

COMPLACENCIA SOMÁTICA

= *Al.*: somatische Entgegenkommen. — *Fr.*: complaisance somatique. — *Ing.*: somatic compliance. — *It.*: compiacenza somatica. — *Por.*: complacência somática.

Expresión introducida por Freud para explicar la «elección de la neurosis» histerica y la elección del órgano o del aparato corporal en el cual tiene lugar la conversión*: el cuerpo (especialmente en el hístico) o un determinado órgano proporcionaria un material privilegiado para la expresión simbólica del conflicto inconsciente.

Freud habla por vez primera de complacencia somática a propósito del *Caso Dora*; según él, no se trata de elegir entre un origen psíquico o un origen somático de la histeria: «El síntoma hístico requiere un aporte de ambas vertientes; no puede producirse sin una cierta *complacencia somática*, proporcionada por un proceso normal o patológico o relativo a un órgano del cuerpo» (1 a). Esta complacencia somática es la que «[...] da a los procesos psíquicos inconscientes una salida hacia el ámbito corporal» (1 b); por ello constituye un factor determinante en la «elección de la neurosis»*.

Si bien es cierto que el concepto de complacencia somática desborda ampliamente el campo de la histeria y conduce a plantear de un modo general el problema del poder expresivo del cuerpo y de su especial aptitud para representar lo reprimido, interesa no confundir desde un principio los diferentes registros en que se plantea el problema. Así, por ejemplo:

1. Una enfermedad somática puede servir de punto de atracción para la expresión del conflicto inconsciente; así, Freud considera la enfermedad reumática de una de sus pacientes como «[...] la enfermedad orgánica, prototipo de su reproducción hística ulterior» (2).

2. La catexis libidinal de una zona erógena puede desplazarse, en el transcurso de la historia sexual del sujeto, hacia una región o aparato corporales que por su función no se hallan predispuestos a volverse erógenos (véase: Zona erógena), siendo únicamente más aptos para representar, en forma disfrazada, un deseo reprimido.

3. En la medida en que la expresión «complacencia somática» pretende explicar no sólo la elección de un determinado órgano del cuerpo, sino la elección del cuerpo mismo como medio de expresión, nos lleva a considerar las vicisitudes de la catexis narcisista del propio cuerpo.

COMPLEJO

= *Al.*: Komplex. — *Fr.*: complexe. — *Ing.*: complex. — *It.*: complesso. — *Por.*: complexo.

Conjunto organizado de representaciones y de recuerdos dotados de intenso valor afectivo, parcial o totalmente inconscientes. Un complejo se forma a partir de las relaciones interpersonales de la historia infantil; puede estructurar todos los niveles psicológicos: emociones, actitudes, conductas adaptadas.

La palabra *complejo* ha hallado una gran difusión en el lenguaje corriente («tener complejos», etc.). En cambio, los psicoanalistas han ido abandonándola progresivamente, si exceptuamos las expresiones «complejo de Edipo»* y «complejo de castración»*.

Según la mayoría de los autores (incluido Freud), el psicoanálisis debería a la escuela psicoanalítica de Zurich (Bleuler, Jung) el término «complejo». De hecho, lo encontramos a partir de los *Estudios sobre la histeria* (*Studien über Hysterie*, 1895), por ejemplo cuando Breuer expone las concepciones de Janet acerca de la histeria (« α) o cuando invoca la existencia de representaciones «[...] actuales, activas y, sin embargo, inconscientes»: «Se trata casi siempre de complejos de representaciones, de conjuntos de ideas, de recuerdos referentes a acontecimientos exteriores o a las concatenaciones de pensamientos del propio sujeto. Las representaciones aisladas contenidas en estos complejos de representaciones vuelven a veces conscientemente todas ellas al pensamiento. Solamente esta combinación bien precisa está apartada de la conciencia» (1 a).

Los «experimentos de asociación» de Jung (2) debían proporcionar a la hipótesis del complejo, formulada en relación con los casos de histeria, una base más amplia y al propio tiempo experimental. En su primer comentario de estas experiencias, escribe Freud: «[...] la respuesta a la palabra inductora no puede ser producto del azar, sino que viene forzosamente determinada, en el individuo que responde, por un contenido de representaciones preexistente. Nos hemos habituado a denominar «complejo» a un contenido de representaciones capaz de influir de este modo en la respuesta a la palabra inductora. Esta influencia se manifiesta, tanto porque la palabra inductora evoque directamente el complejo, como porque éste logre entrar en relación con la palabra inductora a través de algunos términos intermediarios» (3).

Pero, si bien Freud reconoce el interés de los experimentos de asociación, muy pronto pone objeciones al empleo del término «complejo». Es ésta «[...] una palabra cómoda y a menudo imprescindible para reunir en forma descriptiva hechos psicológicos. Ninguna otra palabra introducida por el psicoanálisis para sus propias necesidades ha adquirido tan gran popularidad ni ha sido tan mal aplicada, en detrimento de la construcción de conceptos más precisos» (4). Idéntica opinión manifiesta en una carta dirigida a E. Jones: el complejo no es un concepto teórico satisfactorio (5 a); existe una mitología junguiana de los complejos (carta a S. Ferenczi) (5 b).

Así, pues, según Freud, la palabra complejo podría servir, con fines demostrativos o descriptivos, para poner en evidencia, a partir de elementos aparentemente distintos y contingentes, «[...] ciertos círculos de pensamiento y de intereses dotados de poder afectivo» (6); pero carecería de valor teórico. El hecho es que Freud la utiliza muy poco, a diferencia de numerosos autores que afirman proceder del psicoanálisis (7).

Podríamos hallar varios motivos para esta reserva de Freud. El se oponía a cierta tipificación psicológica (por ejemplo, complejo de fracaso), que ofrece un doble peligro: el de ocultar la singularidad de cada caso y el de ofrecer como explicación lo que en realidad constituye el problema. Por otra parte, la noción de complejo tiende a confundirse

con la de un núcleo puramente patógeno que conviene eliminar (γ); de este modo se pierde de vista la función estructurante que, en determinados momentos del desarrollo humano, poseen los complejos, en especial el de Edipo.

El empleo, todavía confuso, de la palabra «complejo» podría simplificarse distinguiendo en ella tres sentidos:

1. El sentido original, que designa una disposición relativamente fija de cadenas asociativas (véase: Asociación). A este nivel se presupone la existencia del complejo para explicar el modo singular en que derivan las asociaciones.

2. Un sentido más general, que designa un conjunto más o menos organizado de rasgos personales (incluidos los mejor integrados), haciendo recaer el acento fundamentalmente sobre las reacciones afectivas. A este nivel, la existencia del complejo se reconoce sobre todo porque las situaciones nuevas son desplazadas inconscientemente a situaciones infantiles; la conducta aparece entonces modelada por una estructura latente invariable. Pero esta acepción ofrece el peligro de implicar una generalización abusiva: se tenderá a crear tantos o más complejos como tipos psicológicos se imaginen. A nuestro modo de ver, es esta desviación «psicologizante» la que suscitó los reparos y más tarde el desinterés de Freud por la palabra complejo.

3. Un sentido más estricto, que se encuentra en la expresión (siempre conservada por Freud) «complejo de Edipo», y que designa una estructura fundamental de las relaciones interpersonales y la forma en que la persona encuentra en ella su lugar y se la apropia (véase: Complejo de Edipo).

Dentro de este grupo pueden incluirse también algunas expresiones pertenecientes al lenguaje de Freud, como «complejo de castración», «complejo paterno» (*Vaterkomplex*) e incluso términos que se encuentran más raramente, como «complejo materno», «complejo fraterno», «complejo parental». Obsérvese que la aparente diversidad de los términos «paterno», «materno»... remite siempre a dimensiones de la estructura edípica, ya sea porque esa dimensión predomine especialmente en un determinado individuo, ya sea porque Freud intente conferir un particular relieve a aquel momento de su análisis. Así, con el nombre de complejo paterno, acentúa la relación ambivalente respecto al padre. El complejo de castración, aun cuando su tema pueda considerarse relativamente aislado, se inscribe plenamente en la dialéctica del complejo de Edipo.

(*) A propósito del estrechamiento del campo de la conciencia: «Las impresiones sensoriales no percibidas y las representaciones que, habiéndose presentado, no han entrado en el consciente, suelen extinguirse sin producir efectos. En ocasiones, sin embargo, se juntan para formar complejos [...]» (1 b).

(2) En el *Dictionnaire de Psychanalyse et Psychotechnique*, publicado bajo la dirección de Maryse Choisy en la revista *Psyché*, se encuentran descritos unos cincuenta complejos. Como dice uno de los autores: «Hemos intentado dar una nomenclatura lo más completa posible de los complejos conocidos hasta ahora. Pero cada día se descubren otros nuevos».

(7) Véase la carta a Ferenczi ya citada: «Un hombre no debe luchar para eliminar sus complejos, sino para reconciliarse con ellos: son legítimamente los que dirigen su conducta en el mundo» (5 c).

COMPLEJO DE CASTRACIÓN

= *Al.*: Kastrationskomplex. — *Fr.*: complexe de castration. — *Ing.*: castration complex. — *It.*: complesso di castrazione. — *Por.*: complexo de castração.

Complejo centrado en la fantasía de castración, la cual aporta una respuesta al enigma que plantea al niño la diferencia anatómica de los sexos (presencia o ausencia del pene): esta diferencia se atribuye al cercenamiento del pene en la niña.

La estructura y los efectos del complejo de castración son diferentes en el niño y en la niña. El niño teme la castración como realización de una *amenaza paterna* en respuesta a sus actividades sexuales: lo cual le provoca una intensa *angustia* de castración. En la niña, la ausencia de pene es sentida como un perjuicio sufrido, que intenta negar, compensar o reparar.

El complejo de castración guarda íntima relación con el complejo de Edipo y, más especialmente, con su función prohibitiva y normativa.

El análisis del pequeño Hans tuvo un papel determinante en el descubrimiento por Freud del complejo de castración (α).

El complejo de castración fue descrito por vez primera en 1908 y relacionado con la «teoría sexual infantil», que, atribuyendo un pene a todo ser humano, sólo puede explicar la diferencia anatómica de los sexos por la castración. La universalidad del complejo no se indica, pero parece hallarse implícitamente admitida. El complejo de castración se atribuye a la primacía del pene en ambos sexos, y su significación narcisista se halla prefigurada: «El pene es ya en la infancia la zona erógena directriz, el objeto sexual autoerótico más importante, y su valorización se refleja lógicamente en la imposibilidad de representarse una persona semejante al yo sin esta parte constitutiva esencial» (1).

A partir de este momento, la fantasía de castración se vuelve a encontrar bajo diversos símbolos: el objeto amenazado puede desplazarse (caguera de Edipo, extracción de dientes, etc.), el acto puede deformarse, substituirse por otros atentados a la integridad física (accidente, lúes, intervención quirúrgica) o psíquica (locura como consecuencia de la masturbación), el agente paterno puede hallar los más diversos substitutos (animales angustiantes de los fobicos). El complejo de castración se reconoce también en toda la extensión de sus efectos clínicos: envidia del pene, tabú de la virginidad, sentimiento de inferioridad*, etc.; sus modalidades se descubren en el conjunto de las estructuras psicopatológicas, especialmente en las perversiones (homosexualidad, fetichismo) (β). Pero se tardó bastante tiempo en atribuir al complejo de castración el lugar fundamental que ocupa en la evolución de la sexualidad infantil para ambos sexos, en formular con evidencia su articulación con el complejo de Edipo y en afirmar plenamente su universalidad. Esta teorización es paralela a la formulación por Freud de una fase fálica*: en este «estadio de la organización genital infantil existe ciertamente lo masculino, pero no lo femenino; la alternativa es: *órgano genital masculino o castrado*» (2). La unidad del complejo de castración en

los dos sexos sólo se concibe por este fundamento común: el objeto de la castración (el falo) reviste idéntica importancia en esta fase para la niña como para el niño; el problema planteado es el mismo: tener o no el falo (*véase este término*). El complejo de castración se encuentra invariablemente en todo análisis (3).

Una segunda característica teórica del complejo de castración es su punto de impacto en el *narcisismo*: el falo se considera por el niño como una parte esencial de la imagen del yo; la amenaza que le afecta pone en peligro radical esta imagen; su eficacia procede de la conjunción de los dos elementos siguientes: prevalencia del falo, herida narcisista.

En la génesis empírica del complejo de castración, tal como Freud la describió, intervienen dos hechos: la *constatación* por el niño pequeño de la diferencia anatómica de los sexos es indispensable para que aparezca el complejo. Esta constatación viene a actualizar y autenticar una *amenaza* de castración que pudo ser real o fantaseada. El agente de la castración es, para el niño pequeño, el padre, autoridad a la que atribuye, en última instancia, todas las amenazas formuladas por otras personas. La situación es menos clara en la niña, la cual quizá se sienta más privada de pene por la madre que efectivamente castrada por el padre.

La situación del complejo de castración en relación con el complejo de Edipo es distinta en los dos sexos: en la niña, abre la búsqueda que le conduce a desear el pene paterno, constituyendo por lo tanto el momento de entrada en el Edipo; en el niño, en cambio, señala la crisis terminal del Edipo, al prohibir al niño el objeto materno; la angustia de castración inaugura en el niño el período de latencia* y precipita la formación del superyó* (4).

El complejo de castración se encuentra constantemente en la experiencia analítica. ¿Cómo explicar su presencia casi invariable en todo ser humano, siendo así que las amenazas reales que lo originarían distan de comprobarse siempre (y más raramente aún van seguidas de ejecución), mientras que es muy evidente que la niña no puede sentirse realmente amenazada de perder lo que no tiene? Tal discrepancia ha conducido a los psicoanalistas a intentar basar el complejo de castración sobre una realidad distinta a la amenaza de castración. Estas elaboraciones teóricas han seguido varias direcciones.

Puede intentarse situar la angustia de castración dentro de una serie de experiencias traumatizantes en las que interviene igualmente un elemento de pérdida, de separación de un objeto: pérdida del pecho en el ritmo de la lactancia, destete, defecación. Tal serie halla su confirmación en las equivalencias simbólicas, descubiertas por el psicoanálisis, entre los diversos objetos parciales* de los cuales el sujeto es así separado: pene, pecho, heces, e incluso niño en el parto. En 1917 Freud dedicó un trabajo singularmente sugestivo a la equivalencia pene = heces = niño y a los avatares del deseo que ella permite, a sus relaciones con el complejo de castración y la reivindicación narcisista: «El pene se reconoce como algo separable del cuerpo y entra en analogía con las heces, que fueron el primer fragmento del ser corporal al cual hubo que renunciar» (5).

En la misma línea de investigaciones, A. Störcke fue el primero en hacer recaer todo el acento en la experiencia del amamantamiento y de la retirada del pecho como prototipo de la castración: «[...] una parte del cuerpo análoga a un pene se toma de otra persona, es dada al niño como si fuera suya (situación a la que se asocian sensaciones placenteras) y luego retirada del niño, causándole displacer» (6 a). Esta *castración primaria*, repetida a cada tetada para culminar en el momento del destete, sería la única experiencia real capaz de explicar la universalidad del complejo de castración: la retirada del pezón materno es la significación inconsciente última que se encuentra siempre tras los pensamientos, los temores, los deseos que constituyen el complejo de castración.

Dentro de la línea que intenta basar el complejo de castración en una experiencia originaria efectivamente vivida, la tesis de Rank, según la cual la separación de la madre en el trauma del nacimiento y las reacciones físicas frente a esta separación proporcionarían el prototipo de toda angustia ulterior, conduce a considerar la angustia de castración como el eco, a través de una larga serie de experiencias traumatizantes, de la angustia del nacimiento.

La posición de Freud en relación con estas diferentes concepciones es matizada. Incluso reconociendo la existencia de «raíces» del complejo de castración en las experiencias de separación oral y anal, sostiene que el término «complejo de castración» «[...] debería reservarse a las excitaciones y efectos que guardan relación con la pérdida del pene» (3 b). No se trata sólo de una simple preocupación por un rigor terminológico. Durante la larga discusión de las tesis de Rank en *Inhibición, síntoma y angustia* (*Hemmung, Symptom und Angst*, 1926), Freud muestra su interés por el intento de buscar cada vez más cerca de sus orígenes el fundamento de la angustia de castración y ver intervenir la categoría de separación, de pérdida del objeto valorado narcisísticamente, tanto durante toda la primera infancia como en muy diversas experiencias vividas (por ejemplo, angustia moral interpretada como una angustia de separación del superyó). Pero, por otra parte, en cada página de *Inhibición, síntoma y angustia*, se aprecia la preocupación de Freud por desprenderse de la tesis de Rank, así como su insistencia en volver a centrar, en esta obra de síntesis, el conjunto de la clínica psicoanalítica sobre el complejo de castración tomado en su acepción literal.

La reticencia de Freud en introducirse a fondo por tales caminos obedece esencialmente a una exigencia teórica fundamental, atestiguada por varios conceptos. Así, por ejemplo, el de posterioridad*: corrige la tesis que conduce a buscar en una época cada vez más precoz de la vida una experiencia que pueda poseer la plena función de experiencia prototipo. Así también, sobre todo, la categoría de las fantasías*, o fantasías originarias, en la cual Freud sitúa el acto de castración; las dos palabras tienen aquí valor de índice: «fantasías», porque la castración, para producir sus efectos, no necesita ser ejecutada ni tan sólo ser explícitamente formulada por parte de los padres; «originaria» (aun cuando la angustia de castración no aparezca hasta la fase fálica y, por tanto, diste de ser la primera en la serie de experiencias ansiógenas) en tanto que

la castración es uno de los aspectos del complejo de relaciones interpersonales en el que se origina, se estructura y se especifica el deseo sexual del ser humano. Por ello, el papel que el psicoanálisis atribuye al complejo de castración no se comprende sin relacionarlo con la tesis fundamental (y constantemente reafirmada por Freud) del carácter nuclear y estructurante del Edipo.

Limitándonos al caso del niño, podríamos expresar del siguiente modo la paradoja de la teoría freudiana del complejo de castración: el niño no puede superar el Edipo y alcanzar la identificación con el padre si no ha atravesado la crisis de castración, es decir, si le ha sido rehusada la utilización de su pene como instrumento de su deseo hacia la madre. El complejo de castración debe referirse al orden cultural, en el que el derecho a un determinado uso es siempre correlativo a una prohibición. En la «amenaza de castración», que sella la prohibición del incesto, se encarna la función de la Ley como instauradora del orden humano, según ilustra, míticamente, en *Tótem y tabú* (*Totem und Tabu*, 1912) la «teoría» del padre originario que, bajo la amenaza de castrar a sus hijos, se reservaba el uso sexual exclusivo de las mujeres de la horda.

Precisamente porque el complejo de castración es la condición *a priori* que regula el intercambio interhumano como intercambio de objetos sexuales, puede presentarse en diversas formas en la experiencia concreta, y ser formulado de modos a la vez distintos y complementarios, como los indicados por Stárcke, en los que se combinan los términos del sujeto y de otra persona, de perder y de recibir:

- «1. Yo estoy castrado (sexualmente privado de), yo seré castrado.
- »2. Yo recibiré (deseo recibir) un pene.
- »3. Otra persona está castrada, debe ser (será) castrada.
- »4. Otra persona recibirá un pene (tiene un pene)» (6 b).

(a) En *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900), todos los pasajes relativos a la castración (exceptuando una alusión, por lo demás errónea, a Zeus castrando a Cronos) fueron añadidos en 1911 o en ediciones posteriores.

(b) Bajo esta perspectiva, puede concebirse una nosografía psicoanalítica que tomaría como eje fundamental de referencia las modalidades y avatares del complejo de castración, según atestiguan las indicaciones dadas por Freud, hacia el fin de su obra, sobre las neurosis (7), el fetichismo y las psicosis (véase: *Renegación*).

COMPLEJO DE EDIPO

= *Al.*: Ödipuskomplex. — *Fr.*: complexe d'Édipe. — *Ing.*: Oedipus complex. — *It.*: complesso di Edipo. — *Por.*: complejo de Édipo.

Conjunto organizado de deseos amorosos y hostiles que el niño experimenta respecto a sus padres. En su forma llamada *positiva*, el complejo se presenta como en la historia de *Edipo Rey*: deseo de muerte del rival que es el personaje del mismo sexo y deseo sexual hacia el personaje del sexo opuesto. En su forma *negativa*, se presenta a la inversa: amor hacia el progenitor del mismo sexo y odio y celos hacia el progenitor del sexo opuesto. De hecho, estas dos formas se encuentran, en diferentes grados, en la forma llamada *completa* del complejo de Edipo.

Según Freud, el complejo de Edipo es vivido en su período de acmé entre los tres y cinco años de edad, durante la fase fálica; su declinación señala la entrada en el período de latencia. Experimenta una reviviscencia durante la pubertad y es superado, con mayor o menor éxito, dentro de un tipo particular de elección de objeto.

El complejo de Edipo desempeña un papel fundamental en la estructuración de la personalidad y en la orientación del deseo humano.

Los psicoanalistas han hecho de este complejo un eje de referencia fundamental de la psicopatología, intentando determinar, para cada tipo patológico, las modalidades de su planteamiento y resolución.

La antropología psicoanalítica se dedica a buscar la estructura triangular del complejo de Edipo, cuya universalidad afirma, en las más diversas culturas y no sólo en aquellas en que predomina la familia conyugal.

Si bien la expresión «complejo de Edipo» no aparece en los escritos de Freud hasta 1910 (1), lo hace en términos que demuestran que ya había sido admitida en el lenguaje psicoanalítico (α). El descubrimiento del complejo de Edipo, preparado desde hacía mucho tiempo por el análisis de sus pacientes (véase: *Seducción*), Freud lo realiza durante su autoanálisis, que le conduce a reconocer en sí mismo el amor hacia su madre y, con respecto a su padre, unos celos que se hallan en conflicto con el afecto que le tiene; el 15 de octubre de 1897 escribe a Fliess: «[...] la poderosa influencia de Edipo Rey se vuelve inteligible [...] el mito griego explota una compulsión de cuya existencia todo el mundo reconoce haber sentido en sí mismo los indicios» (2 a).

Observemos que, desde esta primera formulación, Freud alude espontáneamente a un mito que se halla allende la historia y las variaciones de lo vivido individualmente. Desde un principio afirma la universalidad del Edipo, tesis que ulteriormente se irá reforzando: «Todo ser humano tiene impuesta la tarea de dominar el complejo de Edipo...» (3).

No es nuestra intención exponer aquí en sus diversas etapas y en toda su complejidad la progresiva elaboración de este descubrimiento, cuya historia es coextensiva de la del psicoanálisis; por lo demás, se observará que Freud en ningún trabajo dio una exposición sistemática del complejo de Edipo. Por nuestra parte, nos limitaremos a señalar algunos problemas relativos al lugar que ocupa en la evolución del individuo, a sus funciones y a su alcance.

I. El complejo de Edipo se descubrió en su forma llamada simple y positiva (por lo demás, así es como aparece también en el mito), pero, como ya hizo observar Freud, esta forma no es más que una «simplificación o esquematización» en relación con la complejidad de la experiencia: «[...] el niño pequeño no experimenta solamente una actitud ambivalente y una elección de objeto amoroso dirigida hacia su madre, sino que al mismo tiempo se comporta como una niña mostrando una actitud femenina y tierna hacia su padre y la correspondiente actitud de celos hostiles hacia la madre» (4). En realidad, entre la forma positiva y la forma negativa se observa toda una serie de casos mixtos en los que coexisten estas dos formas en una relación dialéctica, y en las que el analista se aplica a determinar las distintas posiciones adoptadas por el sujeto en la asunción y resolución de su Edipo.

Desde este punto de vista, como ha subrayado Ruth Mack Bruns-

wick, el complejo de Edipo designa la situación del niño en el triángulo (5). La descripción del complejo de Edipo en su forma completa permite a Freud explicar la ambivalencia hacia el padre (en el niño) por la interacción de los componentes heterosexuales y homosexuales y no como el simple resultado de una situación de rivalidad.

1) Las primeras elaboraciones de la teoría se construyeron sobre el modelo del niño. Durante mucho tiempo Freud admitió que el complejo podía ser transpuesto tal cual, *mutatis mutandis*, a la niña. Pero este postulado ha sido combatido:

a) por la tesis desarrollada en el artículo 1923 sobre «la organización genital infantil de la libido», según la cual, en los dos sexos, durante la fase fálica, es decir, en el momento del acmé del Edipo, hay un solo órgano que cuenta: el falo* (6);

b) por el valor concedido a la inclinación preedípica hacia la madre. Esta fase preedípica se observa especialmente en la niña, en la medida en que el complejo de Edipo significará para ella un cambio de objeto amoroso, de la madre al padre (7 a).

Siguiendo estas dos direcciones, los psicoanalistas han trabajado para poner de manifiesto la especificidad del Edipo femenino.

2) La edad en que se sitúa el complejo de Edipo permaneció al principio relativamente indeterminada para Freud. Así, por ejemplo, en los *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905), se sostiene la tesis de que la elección de objeto no tiene lugar de modo pleno hasta la pubertad, siendo la sexualidad infantil fundamentalmente autoerótica. Desde este punto de vista, el complejo de Edipo, aunque esbozado durante la infancia, sólo se manifestaría claramente en el momento de la pubertad, para ser en seguida superado. Esta incertidumbre se encuentra todavía en 1916-1917 (*Lectones de introducción al psicoanálisis* [*Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse*]), aun cuando en esta fecha Freud reconoce ya la existencia de una elección de objeto infantil muy próxima a la elección adulta (8).

En el enfoque final de Freud, una vez afirmada la existencia de una organización genital infantil o fase fálica, el Edipo se relaciona con esta fase, o sea esquemáticamente con el período de los tres a los cinco años de edad.

3) Como puede apreciarse, Freud admitió siempre que en la vida del individuo existía un período anterior al Edipo. Cuando se efectúa una distinción, o incluso una oposición, entre lo *preedípico* y el Edipo, se intenta ir más allá del reconocimiento de este simple hecho: se subraya la existencia y los efectos de una *relación* compleja, del tipo dual, entre la madre y el niño, y se procura hallar las fijaciones a una tal relación en las más diversas estructuras psicopatológicas. Desde este punto de vista, ¿puede considerarse todavía válida la célebre fórmula que hace del Edipo el «complejo nuclear de las neurosis»?

Numerosos autores sostienen que, con anterioridad a la estructura

triangular del Edipo, existe una relación puramente dual, y que los conflictos relativos a este período pueden analizarse sin hacer intervenir la rivalidad hacia un tercero.

La escuela kleiniana, que, como es sabido, concede una importancia primordial a las épocas más precoces de la infancia, no designa ninguna fase como propiamente preedípica. Hace remontarse el complejo de Edipo a la posición llamada depresiva*, en la que se inicia la relación con personas totales (9).

Acerca del problema de una *estructura preedípica*, la posición de Freud seguirá siendo matizada: declara haber tardado en reconocer todo el alcance de la unión primitiva a la madre y haber quedado sorprendido por lo que, especialmente las psicoanalistas femeninas, han puesto en evidencia sobre la fase preedípica en la niña (7 b). Pero también piensa que, para explicar estos hechos, no es necesario recurrir a otro eje de referencia que el Edipo (véase: Preedípico).

II. La preponderancia del complejo de Edipo, que siempre sostuvo Freud (rehusando situar en el mismo plano, desde el punto de vista estructural y etiológico, las relaciones edípicas y las preedípicas) queda atestiguado por las funciones fundamentales que le atribuye:

a) elección del objeto de amor, en el sentido de que éste, después de la pubertad, viene condicionado a la vez por las catexis de objeto y las identificaciones inherentes al complejo de Edipo y por la prohibición de realizar el incesto;

b) acceso a la genitalidad, por cuanto ésta no queda en modo alguno garantizada por la sola maduración biológica. La organización genital presupone la instauración de la primacía del falo, y esta difícilmente se puede considerar establecida sin que se resuelva la crisis edípica por el camino de la identificación;

c) efectos sobre la estructuración de la personalidad, sobre la constitución de las diferentes instancias, en especial el superyó y el ideal del yo.

Este papel estructurante en la génesis de la tópica intrapersonal Freud lo relaciona con la declinación del complejo de Edipo y la entrada en el período de latencia*. Según Freud, el proceso descrito es más que una represión: «[...] en el caso ideal, equivale a una destrucción, una supresión del complejo [...]. Cuando el yo no ha logrado más que una represión del complejo, éste permanece en el ello en estado inconsciente: más tarde manifestará su acción patógena» (10 a). En el artículo que aquí citamos, Freud discute los diferentes factores que provocan esta declinación. En el niño, la «amenaza de castración» por el padre posee un valor determinante en esta renuncia al objeto incestuoso, y el complejo de Edipo termina de forma relativamente abrupta. En la niña la relación entre el complejo de Edipo y el complejo de castración* es muy distinta: «... mientras que el complejo de Edipo del niño se halla minado por el complejo de castración, el de la niña se hace posible y es introducido por el complejo de castración» (11). En ella «[...] la

renuncia al pene sólo se realiza después de una tentativa de obtener una reparación. La niña se desliza (podríamos decir a lo largo de una equivalencia simbólica) desde el pene al niño, y su complejo de Edipo culmina en el deseo, largo tiempo sentido, de obtener del padre, como regalo, un niño, de darle al padre un hijo» (10 b). De ello resulta que en este caso es más difícil señalar con claridad el momento de la declinación del complejo.

III. La descripción que antecede no explica suficientemente el carácter *fundador* que, para Freud, posee el complejo de Edipo, como se desprende de la hipótesis, anticipada en *Tótem y tabú* (*Totem und Tabu*, 1912-1913), del asesinato del padre primitivo considerado como el momento de origen de la humanidad. Esta hipótesis, discutible desde el punto de vista histórico, debe interpretarse sobre todo como un mito que traduce la exigencia que se plantea a todo ser humano de ser un «vástago de Edipo» (2 b). El complejo de Edipo no puede reducirse a una situación real, a la influencia ejercida efectivamente sobre el niño por la pareja parental. Su eficacia proviene de que hace intervenir una instancia prohibitiva (prohibición del incesto) que cierra la puerta a la satisfacción naturalmente buscada y une de modo inseparable el deseo y la ley (punto sobre el que ha puesto el acento J. Lacan). Esto disminuye el alcance de la objeción iniciada por Malinowski y recogida por la escuela llamada culturalista, según la cual, en ciertas civilizaciones en las que el padre carece de toda función represora, no existiría el complejo de Edipo, sino un complejo nuclear característico de aquella estructura social: de hecho, en tales civilizaciones, los psicoanalistas intentan descubrir qué personajes reales, o incluso qué instituciones, encarnan la instancia prohibitiva, en qué modalidades sociales se especifica la estructura triangular constituida por el niño, su objeto natural y el representante de la ley.

Esta concepción estructural del Edipo concuerda con la tesis del autor de *Las estructuras elementales del parentesco*, que considera la prohibición del incesto la ley universal y mínima para que una «cultura» se diferencie de la «naturaleza» (12).

Otro concepto freudiano habla en favor de la interpretación que hace que el Edipo trascienda lo vivido individual en el que se encarna: el de las fantasías originarias*, «filogenéticamente transmitidas», esquemas que estructuran la vida imaginaria del sujeto y que constituyen otras tantas variantes de la situación triangular (seducción, escena originaria, castración, etc.).

Señalemos finalmente que, al dirigir nuestro interés hacia la relación triangular misma, nos vemos inducidos a atribuir un papel esencial, en la constitución de un determinado complejo de Edipo, no sólo al sujeto y sus pulsiones, sino también a los otros focos de la relación (deseo inconsciente de cada uno de los padres, seducción*, relaciones entre los padres).

Lo que será interiorizado y sobrevivirá en la estructuración de la personalidad es, por lo menos, tanto como determinadas imágenes pa-

rentales, los distintos tipos de relaciones existentes entre los diferentes vértices del triángulo.

(a) También en Freud se encuentra la expresión *Kernkomplex* (complejo nuclear). Generalmente utilizada como equivalente de complejo de Edipo, esta expresión fue introducida en *Las teorías sexuales infantiles* (*Über infantile Sexualtheorien*, 1908); se observará que, como hace notar Daniel Lagache, lo que se considera en este texto es el conflicto entre la investigación sexual y la demanda de información de los niños, por una parte, y la respuesta engañosa de los adultos, por otra.

COMPLEJO DE ELECTRA

= *Al.*: Elektrakomplex. — *Fr.*: complexe d'Electre. — *Ing.*: Electra complex. — *It.*: complesso di Elettra. — *Por.*: complexo de Electra.

Término utilizado por Jung como sinónimo del complejo de Edipo femenino, a fin de indicar la existencia de una simetría en los dos sexos, *mutatis mutandis*, de la actitud con respecto a los padres.

En su *Ensayo de exposición de la teoría psicoanalítica* (*Versuch einer Darstellung der psychoanalytischen Theorie*, 1913) Jung introduce la expresión «complejo de Electra» (1). A este respecto Freud manifestó, en principio, que no veía el interés de tal denominación (2); en su artículo sobre la sexualidad femenina se mostró aún más categórico: el Edipo femenino no es simétrico del del niño. «Solamente en el niño se establece esta relación, que marca su destino, entre el amor hacia uno de sus progenitores y, simultáneamente, el odio hacia el otro como rival» (3).

Lo que Freud mostró acerca de los distintos efectos del complejo de castración en cada sexo, de la importancia que para la niña tiene la inclinación preedípica hacia la madre, de la preponderancia del falo en los dos sexos, justifica su rechazo del término «complejo de Electra», que presupone una analogía entre la posición de la niña y la del niño con respecto a sus padres.

COMPLEJO DE INFERIORIDAD

= *Al.*: Minderwertigkeitskomplex. — *Fr.*: complexe d'infériorité. — *Ing.*: complex of inferiority. — *It.*: complesso d'inferiorità. — *Por.*: complexo de inferioridade.

Término que tiene su origen en la psicología adleriana; designa, de un modo muy general, el conjunto de actitudes, representaciones y conductas que constituyen expresiones, más o menos disimuladas, de un sentimiento de inferioridad o de las reacciones frente a éste.

Véase: Sentimiento de inferioridad.

COMPLEJO PATERNO

= *Al.*: Vaterkomplex. — *Fr.*: complexe paternel. — *Ing.*: father complex. — *It.*: complesso paterno. — *Por.*: complexo paterno.

Término utilizado por Freud para designar una de las principales dimensiones del complejo de Edipo: la relación ambivalente hacia el padre.

COMPONENTE PULSIONAL

= *Al.*: Triebkomponente. — *Fr.*: composante pulsionnelle. — *Ing.*: instinctual component. — *It.*: componente di pulsione. — *Por.*: componente impulsor(a) o pulsional.

Véase: **Pulsión parcial.**

COMPULSIÓN, COMPULSIONAL

= *Al.*: Zwang, Zwangs-. — *Fr.*: compulsion, compulsif. — *Ing.*: compulsion, compulsive. — *It.*: coazione, coattivo. — *Por.*: compulsão, compulsivo.

Clinicamente, tipo de conductas que el sujeto se ve impelido a ejecutar por una coacción interna. Un pensamiento (obsesión), un acto, una operación defensiva, e incluso una compleja secuencia de comportamientos, se califican de compulsivos cuando su no realización se siente como desencadenante de cierto grado de angustia.

1. En el vocabulario freudiano, *Zwang* se utiliza para designar una fuerza interna que coacciona. Casi siempre se emplea en el ámbito de la neurosis obsesiva e implica entonces que el sujeto se siente impelido por esta fuerza a actuar o pensar de determinada forma, y lucha contra ella.

En ocasiones, aparte de la neurosis obsesiva, no se halla presente esta implicación: el sujeto no se siente conscientemente en desacuerdo con los actos que realiza, sin embargo, conforme a prototipos inconscientes. Tal es especialmente el caso de lo que Freud denomina *Wiederholungszwang* (compulsión a la repetición*) y *Schicksalszwang* (compulsión de destino) (véase: Neurosis de destino).

Para Freud, de un modo general, *Zwang*, tomado en un sentido más amplio y fundamental del que posee en la clínica de la neurosis obsesiva, delata lo que hay de más radical en la pulsión: «En el inconsciente psíquico puede reconocerse la supremacía de una *compulsión a la repetición* proveniente de las mociones pulsionales y que probablemente depende de la naturaleza más íntima de las pulsiones, lo bastante poderosa para situarse por encima del principio del placer y que conlleva a ciertos aspectos de la vida psíquica su carácter demoníaco [...]» (1).

Esta significación fundamental del *Zwang*, que lo asemeja a una especie de *fatum*, se encuentra también cuando Freud habla del mito de Edipo, llegando a designar así la palabra del oráculo, como lo atestigüa en el *Esquema del psicoanálisis* (*Abriss der Psychoanalyse*, 1938) «[...] el *Zwang* del oráculo, que debe o debiera absolver al héroe, constituye un reconocimiento de lo implacable del destino que condena a todos los hijos a pasar por el complejo de Edipo» (2) (α).

2. En francés y en español, la palabra *compulsión* tiene el mismo origen latino (*compellere*) que *compulsivo*: es decir, que impele, que coacciona. Estas palabras se eligieron como equivalentes del alemán *Zwang*. Pero, por otra parte, la clínica utilizaba el término «obsesión» para designar los pensamientos que el sujeto se ve coaccionado a tener, por los cuales se siente literalmente asediado. Por ello, en algunos casos,

el término *Zwang* se traduce por obsesión: así, *Zwangsneurose* se traduce por neurosis obsesiva; *Zwangsvorstellung*, por representación obsesiva u obsesión de... En cambio, cuando se trata de comportamientos, se habla de compulsión, de acto compulsivo (*Zwangshandlung*), de compulsión a la repetición, etc.

Observemos finalmente que, por su raíz, la palabra *compulsión* entra a formar parte de una serie en la que figuran pulsión* e impulso. El parentesco etimológico entre compulsión y pulsión corresponde perfectamente al concepto freudiano *Zwang*. Entre compulsión e impulso existen claras diferencias establecidas por el uso. Impulso designa la súbita aparición, sentida como urgente, de una tendencia a realizar un determinado acto, el cual se efectúa sin control y generalmente bajo el dominio de la emoción; no se encuentra aquí ni la lucha ni la complejidad de la compulsión obsesiva, ni el carácter que ofrece la compulsión a la repetición de ordenarse según un cierto guión fantaseado.

(e) Compárese con este pasaje de una carta a W. Fliess, del 15-X-97: «La leyenda griega interpreta un *Zwang* que todo el mundo reconoce, por haberse dado cuenta de su existencia en sí mismo» (3).

COMPULSIÓN A LA REPETICIÓN

= *Al.*: Wiederholungszwang. — *Fr.*: compulsion de répétition. — *Ing.*: compulsion to repeat o repetition compulsion. — *It.*: coazione a ripetere. — *Por.*: compulsão à repetição.

A) A nivel de la psicopatología concreta, proceso incoercible y de origen inconsciente, en virtud del cual el sujeto se sitúa activamente en situaciones penosas, repitiendo así experiencias antiguas, sin recordar el prototipo de ellas, sino al contrario, con la impresión muy viva de que se trata de algo plenamente motivado en lo actual.

B) En la elaboración teórica que Freud da de ella, la compulsión a la repetición se considera como un factor autónomo, irreducible, en último análisis, a una dinámica conflictual en la que sólo intervendría la interacción del principio del placer y el principio de realidad. Se atribuye fundamentalmente a la característica más general de las pulsiones: su carácter conservador.

La noción de compulsión a la repetición ocupa un lugar central en el ensayo *Más allá del principio del placer* (*Jenseits des Lustprinzips*, 1920), en el que Freud somete a discusión los conceptos fundamentales de su teoría. Por ello resulta difícil delimitar, no sólo su acepción estricta, sino también su problemática propia, por cuanto participa de la investigación especulativa realizada por Freud en este momento decisivo, con sus dudas, sus «callejones sin salida» e incluso sus contradicciones. Esta es una de las razones por las cuales, en la literatura psicoanalítica, la discusión de este concepto es confusa y se renueva con frecuencia: obliga a definirse acerca de los conceptos cruciales de la obra freudiana, tales como el de principio de placer*, pulsión*, pulsión de muerte*, ligazón*.

Resulta evidente que el psicoanálisis se vio confrontado desde sus orígenes a los fenómenos de repetición. En especial si se consideran los

síntomas, se observa que, por una parte, algunos de ellos son manifiestamente repetitivos (por ejemplo, los ceremoniales obsesivos) y, por otra, lo que define el síntoma en psicoanálisis es precisamente el hecho de que reproduce, en forma más o menos disfrazada, ciertos elementos de un conflicto pasado (en este sentido Freud, al comienzo de su obra, califica el síntoma histérico de símbolo mnémico). De un modo general, lo reprimido intenta «retornar» al presente, en forma de sueños, síntomas, actuar*: «[...] lo que ha permanecido incomprendido retorna; como alma en pena, no descansa hasta encontrar solución y liberación» (1).

En la cura, los fenómenos de transferencia atestiguan esta exigencia del conflicto reprimido de actualizarse en la relación con el analista. Por lo demás, la consideración creciente de estos fenómenos y de los problemas técnicos que plantean condujo a Freud a completar el modelo teórico de la cura estableciendo, junto al recuerdo, la repetición transferencial y el trabajo elaborativo*, como etapas fundamentales del proceso terapéutico (véase: Transferencia). Al situar en primer plano, en *Más allá del principio del placer*, el concepto de compulsión a la repetición invocado desde *Recuerdo, repetición y trabajo elaborativo* (*Erinnern, Wiederholen und Durcharbeiten*, 1914), Freud reagrupa cierto número de hechos repetitivos ya señalados, y separa otros en los que la repetición figura en el primer plano del cuadro clínico (neurosis de destino* y neurosis traumática*, por ejemplo). En su opinión, estos hechos exigen un nuevo análisis teórico. En efecto, lo que se repite son experiencias manifiestamente displacenteras, y resulta difícil comprender, en un primer análisis, qué instancia del sujeto podría hallar satisfacción en ellas; aunque se trate de comportamientos en apariencia incoercibles, caracterizados por esta compulsión que es propia de todo lo que emana del inconsciente, resulta difícil poner de manifiesto en ellos, ni siquiera en la forma de una transacción o compromiso, la realización de un deseo reprimido.

El curso seguido por las reflexiones freudianas en los primeros capítulos de *Más allá del principio del placer* no conducen a rechazar la hipótesis fundamental de que, bajo el sufrimiento aparente, como por ejemplo el del síntoma, se busque la realización de un deseo. Por el contrario, en este trabajo se adelanta la conocida tesis según la cual lo que es displacer para un sistema del aparato psíquico, es placer para otro. Pero estas tentativas de explicación dejan, según Freud, un residuo. El problema planteado podría resumirse así, recurriendo a términos introducidos por D. Lagache: ¿es necesario postular la existencia, junto a la *repetición de las necesidades*, de una *necesidad de repetición* radicalmente distinta y más fundamental? Freud, aunque reconoce que la compulsión a la repetición no puede detectarse en estado puro, sino que aparece siempre reforzada por motivos que obedecen al principio de placer*, concederá cada vez mayor importancia, hasta el final de su obra, al citado concepto (2, 3). En *Inhibición, síntoma y angustia* (*Hemmung, Symptom und Angst*, 1926), Freud ve en la compulsión a la repetición el tipo mismo de resistencia* propio del inconsciente, «[...] la

atracción de los prototipos inconscientes sobre el proceso pulsional reprimido» (4).

Así como la repetición compulsiva de lo displacentero, o incluso de lo doloroso, se reconoce como un dato incontestable de la experiencia analítica, los autores divergen en cuanto a la explicación teórica de este hecho. Esquemáticamente podría decirse que la discusión se centra en torno a las dos cuestiones siguientes:

1.^a ¿Al servicio de qué actúa la tendencia a la repetición? ¿Se trata, como indicarían sobre todo los sueños repetitivos consecutivos a traumas psíquicos, de intentos efectuados por el yo para controlar y luego derivar por abreacción, fraccionadamente, las tensiones excesivas? ¿O bien es preciso admitir que la repetición debe relacionarse, en último análisis, con lo que existe de más «pulsional», de «demoníaco», en toda pulsión, la tendencia a la descarga absoluta que ilustra el concepto de pulsión de muerte*?

2.^a ¿La compulsión a la repetición pone verdaderamente en tela de juicio, como sostuvo Freud, el predominio del principio de placer? La contradicción entre las formulaciones que se encuentran en Freud, la diversidad de respuestas que han intentado aportar los psicoanalistas a este problema, se esclarecerían, a nuestro modo de ver, mediante una discusión previa de las ambigüedades inherentes a los términos «principio de placer», «principio de constancia», «ligazón», etc. Para citar un ejemplo, es evidente que si consideramos que el principio del placer se halla «directamente al servicio de las pulsiones de muerte» (5), la compulsión a la repetición, incluso tomada en el sentido más radical en que la acepta Freud, no puede quedar situada «más allá del principio de placer».

Por lo demás, estas dos cuestiones son estrechamente solidarias: si se da una determinada respuesta a una de ellas, no es posible dar una respuesta cualquiera a la otra. Se han propuesto toda una gama de respuestas, desde la tesis que ve en la compulsión a la repetición un factor absolutamente original, hasta los intentos de reducirla a mecanismos y funciones ya conocidos.

La concepción de Edward Bibring representaría una solución intermedia. Este autor propone distinguir entre una *tendencia repetitiva*, que caracteriza el ello, y una *tendencia restitutiva*, que es una función del yo. La primera puede decirse que se sitúa «más allá del principio de placer», en la medida en que las experiencias repetidas son tanto dolorosas como agradables, pero no constituye un principio opuesto al principio de placer. La tendencia restitutiva constituye una función que intenta, por diversos medios, restablecer la situación anterior al trauma; utiliza los fenómenos repetitivos en beneficio del yo. Desde este punto de vista, Bibring ha propuesto distinguir los mecanismos de defensa en los que el yo permanece bajo el dominio de la compulsión a la repetición, sin que se resuelva la tensión interna, los procesos de abreacción*,

que de un modo inmediato o diferido descargan la excitación, y finalmente los llamados mecanismos de desprendimiento*, cuya «[...] función consiste en disolver progresivamente la tensión modificando las condiciones internas que le dan origen» (6).

CONCIENCIA (PSICOLÓGICA)

= A) *Al.*: Bewusstheit. — *Fr.*: être conscient. — *Ing.*: the attribute (o the fact) of being conscious, being conscious. — *It.*: consapevolezza. — *Por.*: o estar consciente.

= B) *Al.*: Bewusstsein. — *Fr.*: conscience psychologique. — *Ing.*: consciousness. — *It.*: coscienza. — *Por.*: conciencia psicológica.

A) En sentido descriptivo: cualidad momentánea que caracteriza las percepciones externas e internas dentro del conjunto de los fenómenos psíquicos.

B) Según la teoría metapsicológica de Freud, la conciencia sería la función de un sistema, el sistema percepción-conciencia (*Pc-Cs*).

Desde el punto de vista *tópico*, el sistema percepción-conciencia se sitúa en la periferia del aparato psíquico, recibiendo a la vez las informaciones del mundo exterior y las provenientes del interior, a saber, las sensaciones pertenecientes a la serie placer-displacer y las reviviscencias mnémicas. Con frecuencia Freud relaciona la función percepción-conciencia con el sistema preconscious, que entonces recibe el nombre de sistema preconsciousiente (*Pcs-Cs*).

Desde el punto de vista *funcional*, el sistema percepción-conciencia se opone a los sistemas de huellas mnémicas que son el inconsciente y el preconscious; en aquél no se inscribe ninguna huella duradera de las excitaciones. Desde el punto de vista *económico*, se caracteriza por disponer de una energía libremente móvil, susceptible de sobrecatectizar tal o cual elemento (mecanismo de la atención).

La conciencia desempeña un papel importante en la *dinámica* del conflicto (evitación consciente de lo desagradable, regulación más discriminativa del principio del placer) y de la cura (función y límite de la toma de conciencia), pero no puede definirse como uno de los polos que entran en juego en el conflicto defensivo («).

Aun cuando la teoría psicoanalítica se constituyó rehusando definir el campo del psiquismo por la conciencia, no por ello ha considerado la conciencia como un fenómeno no esencial. En este sentido, Freud ridiculizó la pretensión de ciertas tendencias psicológicas: «Una tendencia extrema, como por ejemplo la del conductismo, nacida en América, cree poder establecer una psicología que no tiene en cuenta este hecho fundamental» (1 a).

Freud considera la conciencia como un dato de la experiencia individual, que se ofrece a la intuición inmediata, y no intenta dar una nueva descripción de la misma. Se trata de «[...] un hecho que no tiene equivalente y que no puede explicarse ni describirse [...]. Sin embargo, cuando se habla de conciencia, todo el mundo sabe inmediatamente, por experiencia, de qué se trata» (1 b).

Esta doble tesis (la conciencia sólo nos da una visión lacunar de nuestros procesos psíquicos, que en su mayor parte son inconscientes, y: no es en modo alguno indiferente que un fenómeno sea consciente o no) exige una teoría de la conciencia que determine su función y el puesto que ocupa.

Desde que Freud crea su primer modelo metapsicológico, nos presenta dos afirmaciones fundamentales: por una parte, asimila la con-

ciencia a la percepción, cuya esencia sería la capacidad de recibir las *cualidades* sensibles. Por otra parte, atribuye esta función de percepción-conciencia a un sistema (el sistema « o W), autónomo respecto al conjunto del psiquismo, cuyos principios de funcionamiento son puramente cuantitativos: «La conciencia sólo nos da lo que llamamos *cualidades*, sensaciones muy variadas de *diferencia*, y en las cuales la *diferencia* depende de las relaciones con el mundo exterior. En esta diferencia se encuentran series, similitudes, etc., pero nada encontramos que sea propiamente cuantitativo» (2 a).

La primera de estas tesis la mantendrá Freud a lo largo de toda su obra: «La conciencia es, a nuestro modo de ver, la cara subjetiva de una parte de los procesos físicos que se producen en el sistema neuronal, especialmente los procesos perceptivos [...]» (2 b). Esta tesis concede una prioridad, dentro del fenómeno de la conciencia, a la *percepción*, principalmente a la percepción del mundo exterior: «El acceso a la conciencia va unido ante todo a las percepciones que nuestros órganos sensoriales reciben del mundo exterior» (1 c). En la teoría de la prueba de realidad* se constata una sinonimia significativa entre los términos: «índice de cualidad», «índice de percepción» e «índice de realidad» (2 c). Inicialmente existe una «ecuación: percepción-realidad (mundo exterior)» (1 d). También *la conciencia de los fenómenos psíquicos* es inseparable de la percepción de cualidades: la conciencia no es más que un «[...] órgano sensorial para la percepción de las cualidades psíquicas» (3 a). Percibe los estados de tensión pulsional y las descargas de excitación, en forma de cualidades de displacer-placer. Pero el problema más difícil lo plantea la conciencia de lo que Freud denomina «procesos de pensamiento», entendiendo por tales tanto la reviviscencia de recuerdos como el razonamiento y, de un modo general, todos los procesos en los que intervienen «representaciones»*. A lo largo de su obra, Freud sostuvo una teoría que hace depender la toma de conciencia de los procesos de pensamiento de su asociación con «restos verbales» (*Wortreste*) (véase: Representación de cosa y de palabra). Estos (debido al carácter de nueva percepción inherente a su reactivación: las palabras rememoradas son, al menos en esbozo, re-pronunciadas) (2 d) permiten a la conciencia encontrar una especie de punto de refuerzo a partir del cual puede irradiar su energía de sobrecatexis*: «Para conferir una cualidad (a los procesos de pensamiento), éstos se asocian, en el hombre, a los recuerdos verbales, cuyos restos cualitativos son suficientes para atraer sobre ellos la atención de la conciencia, después de lo cual una nueva catexis móvil se dirige sobre el pensamiento» (3 b).

Esta unión de la conciencia a la percepción induce a Freud a reunir las casi siempre en un solo sistema, que denomina sistema « en el *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*, 1895), y que a partir de los trabajos metapsicológicos de 1915 llamará «percepción-conciencia*» (Pc-Cs). La separación entre este sistema y todos aquellos que constituyen el lugar de inscripción de las huellas mnémicas* (Pcs e Ics) se basa, por una especie de deducción lógica, en una idea ya desarrollada por Breuer en las *Consideraciones teóricas* (*Theoretis-*

ches, 1895): «[...] un solo y mismo órgano no puede cumplir estas dos condiciones contradictorias»: restablecer lo más rápidamente posible el *statu quo ante*, a fin de poder recibir nuevas percepciones, y almacenar las impresiones a fin de poderlas reproducir (4). Más tarde, Freud completará esta idea mediante una fórmula que intenta explicar la aparición «inexplicable» de la conciencia: «[...] ella aparece en el sistema perceptivo en el lugar de las huellas duraderas» (5 a).

La situación *tópica** de la conciencia plantea un problema no exento de dificultad: si bien, en el *Proyecto*, se la sitúa «en los niveles superiores» del sistema, pronto su íntima conexión con la percepción hará que Freud la sitúe en la periferia entre el mundo exterior y los sistemas mnémicos: «El aparato perceptivo psíquico comporta dos capas: una externa, el protector contra las excitaciones, destinado a reducir la magnitud de las excitaciones procedentes del exterior; la otra, situada tras la anterior, es la superficie receptora de las excitaciones, el sistema *Pc-Cs*» (5 b) (véase: Protector contra las excitaciones). Esta situación periférica viene a representar la misma que se asigna al yo; en *El yo y el ello* (*Das Ich und das Es*, 1923), Freud considera el sistema *Pc-Cs* como el «núcleo del yo» (6 a): «[...] el yo es la parte del ello que resulta modificada por la influencia directa del mundo exterior a través de *Pc-Cs*; en cierto modo es una continuación de la diferenciación superficial» (6 b) (véase: Yo).

Desde el punto de vista *económico**, la conciencia plantea a Freud un especial problema. En efecto, la conciencia es un fenómeno cualitativo, despertado por la percepción de las cualidades sensoriales; los fenómenos cuantitativos de tensión y distensión sólo se vuelven conscientes en forma cualitativa. Pero, por otra parte, una función eminentemente ligada a la conciencia, como la de la atención, con lo que parece implicar de *más y menos* intensidad, o un proceso como el acceso a la conciencia (*Bewusstwerden*), que tan importante papel desempeña en la cura, exigen ciertamente una interpretación en términos económicos. Freud establece la hipótesis de que la energía de la atención que, por ejemplo, «sobrecatectiza» una percepción, es una energía que procede del yo (*Entwurf*) o del sistema *Pc* (*Traumdeutung*) y se halla orientada por los índices cualitativos proporcionados por la conciencia: «La regla biológica de la atención se enuncia así por el yo: cuando aparece una señal de realidad, la catexis de una percepción que se halla simultáneamente presente debe ser sobrecatectizada» (2 e).

Asimismo la atención que se dedica a los procesos de pensamiento permite una regulación más fina de éstos que la que proporciona únicamente por principio de placer: «Vemos que la percepción a través de nuestros órganos sensoriales da por resultado el dirigir una catexis de la atención a las vías sobre las que se despliega la excitación sensorial aferente; la excitación cualitativa del sistema *Pc* sirve de regulador del flujo de la cantidad móvil dentro del aparato psíquico. Podemos considerar que de la misma forma funciona este órgano superior de los sentidos que es el sistema *Cs*. Al percibir nuevas cualidades, contribuye aún

más a orientar y repartir en forma apropiada las cantidades de catexis móvil» (3 c) (véase: Energía libre-Energía ligada; Sobrecatexis).

Finalmente, desde el punto de vista *dinámico**, se observa cierta evolución en cuanto a la importancia atribuida por Freud al factor conciencia, tanto en el proceso defensivo como en la eficacia de la cura. Sin pretender describir aquí esta evolución, cabe señalar algunos elementos de la misma:

1.º Un mecanismo como el de la represión se concibe, al principio del psicoanálisis, como un rechazo intencional, aún próximo al mecanismo de la atención: «La escisión de la conciencia en estos casos de histeria adquirida es [...] una escisión querida, intencional, o al menos se inicia a menudo por un acto de libre voluntad [...]» (7).

Como es sabido, es la acentuación cada vez mayor del carácter inconsciente, por lo menos parcialmente, de las defensas y de la resistencia que se traducen en la cura, lo que condujo a Freud a la nueva elaboración del concepto de yo y a su segunda teoría del aparato psíquico.

2.º Una etapa importante de esta evolución viene marcada por los escritos metapsicológicos de 1915, en los que Freud enuncia que «[...] el hecho de ser consciente, único carácter de los procesos psíquicos que nos viene dado de forma inmediata, no es en modo alguno capaz de proporcionar un criterio de distinción entre sistemas» (8 a). Freud no pretende renunciar a la idea de que la conciencia debe atribuirse a un sistema, a un verdadero «órgano» especializado; pero indica que la capacidad de acceder a la conciencia no basta para definir la posición tópica de un determinado contenido en el sistema preconsciente o en el sistema inconsciente: «En la medida en que pretendemos abrir un camino hacia una concepción metapsicológica de la vida psíquica, hemos de aprender a emanciparnos de la importancia atribuida al síntoma "ser consciente"» (8 b) (β).

3.º Dentro de la teoría de la cura, un tema fundamental de reflexión continúa siendo la problemática de la toma de conciencia y de su eficacia. Conviene apreciar aquí la importancia relativa y el juego de los diferentes factores que intervienen en la cura: recuerdo y construcción, repetición en la transferencia y trabajo elaborativo, y finalmente interpretación, cuyo impacto no se limita a una comunicación consciente, en la medida en que da lugar a modificaciones estructurales. «La cura psicoanalítica se ha construido basándose sobre la influencia del Cs sobre el *Ics*, y en todo caso nos muestra que esta tarea, por difícil que sea, no es imposible» (8 c). Pero, por otra parte, Freud hizo siempre hincapié en el hecho de que no basta comunicar al paciente la interpretación, aunque ésta sea adecuada, de una determinada fantasía* inconsciente para producir modificaciones estructurales: «Si se le comunica a un paciente una representación que él ya ha reprimido, pero que el analista ha adivinado, esto no cambia de momento nada en su estado psíquico. Especialmente esto no levanta la represión ni anula sus efectos [...]» (8 d).

El paso a la conciencia no implica por sí solo una verdadera integración de lo reprimido en el sistema preconsciente; debe completarse con

toda una labor capaz de levantar las resistencias que impiden la comunicación entre los sistemas inconsciente y preconscious y capaz de establecer una ligazón cada vez más estrecha entre las huellas mnémicas inconscientes y su verbalización. Solamente al final de esta tarea pueden unirse «[...] el hecho de haber entendido y el de haber vivido [que] son de naturaleza psicológica absolutamente distinta, incluso aunque su contenido sea el mismo» (8 e). El tiempo del trabajo elaborativo* sería el que permitiría esta integración progresiva en el preconscious.

(α) El adjetivo *bewusst* significa consciente en el doble sentido activo (consciente de) y pasivo (cualidad de lo que es objeto de conciencia). El idioma alemán dispone de varios sustantivos formados a partir de *bewusst*. *Bewusstheit* = la cualidad de ser objeto de conciencia, que proponemos traducir por el «hecho de ser consciente». *Bewusstsein* = la conciencia como realidad psicológica y designando más bien la actividad, la función (la conciencia moral se designa con un término completamente distinto: *das Gewissen*). *Das Bewusste* = el consciente, designa más bien un tipo de contenidos, diferenciándolos de los contenidos preconscious e inconscientes. *Das Bewusstwerden* = el «volverse consciente» de una determinada representación, lo que traducimos por «acceso a la conciencia». *Das Bewusstmachen* = el hecho de hacer consciente un determinado contenido.

(β) Observemos a este respecto que la designación de los sistemas en la primera teoría del aparato psíquico gira en torno de la referencia a la conciencia: *inconsciente*, *preconscious*, *consciente*.

CONCORDE CON EL YO

= *Al.*: Ichgerecht. — *Fr.*: conforme au moi. — *Ing.*: egosyntonic. — *It.*: corrispondente all'io, o egosintónico. — *Por.*: egossintónico.

Término que sirve para calificar las pulsiones o las representaciones aceptables por el yo, es decir, compatibles con su integridad y sus exigencias.

Este término se encuentra ocasionalmente en los escritos de Freud (consúltase, por ejemplo, 1, 2). Indica que el conflicto no opone el yo *in abstracto* a todas las pulsiones, sino que existen dos grupos de pulsiones, unas compatibles con el yo (pulsiones del yo*) y otras opuestas al yo (*ichwidrig*) o no concordes (*nicht ichgerecht*) y, por consiguiente, reprimidas. Dentro de la primera teoría de las pulsiones, si, por definición, las pulsiones del yo son concordes con el yo, las pulsiones sexuales están destinadas a ser reprimidas cuando se muestran inconciliables con el yo.

La expresión «concorde con el yo» implica un concepto del yo* como totalidad, integridad, ideal, tal como se define, por ejemplo, en la *Introducción al narcisismo* (*Zur Einführung des Narzissmus*, 1914) (véase: Yo). Tal implicación se encuentra también en el empleo que efectúa E. Jones de esta expresión: opone tendencias *ego-syntonic* y *ego-dys-tonic*, según estén o no «en armonía, sean compatibles y coherentes con las normas de sí mismo (*self*)» (3).

CONDENSACIÓN

= *Al.*: Verdichtung. — *Fr.*: condensation. — *Ing.*: condensation. — *It.*: condensazione. — *Por.*: condensação.

Uno de los modos esenciales de funcionamiento de los procesos inconscientes: una representación única representa por sí sola varias cadenas asociativas, en la intersección de las cuales se encuentra. Desde el punto de vista económico, se encuentra catectizada de energías que, unidas a estas diferentes cadenas, se suman sobre ella.

Se aprecia la intervención de la condensación en el síntoma y, de un modo general, en las diversas formaciones del inconsciente. Donde mejor se ha puesto en evidencia ha sido en los sueños.

Se traduce por el hecho de que el relato manifiesto resulta lacónico en comparación con el contenido latente: constituye una traducción abreviada de éste. Sin embargo, la condensación no debe considerarse sinónimo de un resumen: así como cada elemento manifiesto viene determinado por varias significaciones latentes, también sucede a la inversa, es decir, que cada una de éstas puede encontrarse en varios elementos; por otra parte, el elemento manifiesto no representa bajo una misma relación cada una de las significaciones de que deriva, de forma que no las engloba como lo haría un concepto.

La condensación fue por vez primera descrita por Freud en *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900), como uno de los mecanismos fundamentales mediante los cuales se efectúa el «trabajo del sueño». Puede producirse de diversas formas: un elemento (tema, persona, etc.) se conserva sólo por estar presente varias veces en distintos pensamientos del sueño («punto nodal»); diversos elementos pueden reunirse en una unidad disarmónica (por ejemplo, personaje compuesto); o también la condensación de varias imágenes puede hacer que se esfumen los rasgos que no coinciden, manteniéndose o reforzándose el rasgo o los rasgos comunes (1).

Aunque fue analizado sobre los sueños, el mecanismo de la condensación no es específico de éstos. En la *Psicopatología de la vida cotidiana* (*Zur Psychopathologie des Alltagslebens*, 1901) y en *El chiste y su relación con lo inconsciente* (*Der Witz und seine Beziehung zum Unbewussten*, 1905), Freud establece que la condensación constituye uno de los elementos esenciales de la técnica del chiste, del *lapsus linguae*, del olvido de palabras, etc.; en *La interpretación de los sueños* señala que el proceso de condensación es singularmente patente cuando afecta a las palabras (neologismos).

¿Cómo explicar la condensación? Cabe ver en ella un efecto de la censura y una forma de escapar a la misma. Si bien, como hizo observar Freud, no se tiene la impresión de que sea un efecto de la censura, no obstante «en el hecho de la condensación la censura ve realizados sus propósitos» (2); en efecto, la condensación dificulta la lectura del relato manifiesto.

Pero, si el sueño actúa por condensación, no es sólo para eludir la censura; la condensación es una característica del pensamiento inconsciente. En el proceso primario, se cumplen las condiciones que permiten y favorecen la condensación (energía libre*, no ligada; tendencia a la

identidad de percepción*). El deseo inconsciente quedará, por lo tanto, sometido desde un principio a la condensación, mientras que los pensamientos preconcientes, «atraídos hacia el inconsciente», lo serán secundariamente a la acción de la censura. ¿Es posible establecer en qué fase se produce la condensación? «Probablemente se debe considerar la condensación como un proceso que se extiende sobre el conjunto del recorrido hasta llegar a la región de las percepciones, pero en general nos contentaremos con suponer que resulta de una acción simultánea de todas las fuerzas que intervienen en la formación del sueño» (3).

Al igual que el desplazamiento*, la condensación, para Freud es un proceso que tiene su fundamento en la hipótesis económica; sobre la representación-encrucijada vienen a sumarse las energías que han sido desplazadas a lo largo de las distintas cadenas asociativas. Si ciertas imágenes, especialmente en el sueño, adquieren una singular vivacidad, ello sucede en la medida en que, siendo producto de la condensación, se hallan fuertemente catectizadas.

CONFLICTO PSÍQUICO

= *Al.*: psychischer Konflikt. — *Fr.*: conflit psychique. — *Ing.*: psychical conflict. — *It.*: conflitto psichico. — *Por.*: conflicto psíquico.

En psicoanálisis se habla de conflicto cuando, en el sujeto, se oponen exigencias internas contrarias. El conflicto puede ser manifiesto (por ejemplo, entre un deseo y una exigencia moral, o entre dos sentimientos contradictorios) o latente, pudiendo expresarse este último de un modo deformado en el conflicto manifiesto y traducirse especialmente por la formación de síntomas, trastornos de la conducta, perturbaciones del carácter, etc. El psicoanálisis considera el conflicto como constitutivo del ser humano y desde diversos puntos de vista: conflicto entre el deseo y la defensa, conflicto entre los diferentes sistemas o instancias, conflictos entre las pulsiones, conflicto edípico, en el que no solamente se enfrentan deseos contrarios, sino que éstos se enfrentan con lo prohibido.

Desde sus comienzos, el psicoanálisis descubrió el conflicto psíquico y rápidamente hizo de éste el concepto central de la teoría de las neurosis. Los *Estudios sobre la histeria* (*Studien über Hysterie*, 1895) describen cómo, en el curso de la cura, Freud encuentra, a medida que se aproxima a los recuerdos patógenos, una resistencia creciente (véase: Resistencia); esta resistencia no es más que la expresión actual de una defensa intrasubjetiva contra las representaciones que Freud califica de incompatibles (*unverträglich*). A partir de 1895-1896, esta actividad defensiva se reconoce como el principal mecanismo en la etiología de la histeria (véase: Histeria de defensa) y se generaliza a las restantes «psiconeurosis», que entonces reciben el nombre de «psiconeurosis de defensa». El síntoma neurótico se define como el resultado de una transacción o compromiso entre dos grupos de representaciones que actúan como dos fuerzas de sentido contrario, y ambas de forma igualmente actual e imperiosa: «[...] el proceso aquí descrito: conflicto, represión, sustitución bajo la forma de formación de compromiso o transaccional, se repite en todos los síntomas psiconeuróticos» (1). De un modo todavía

más general, este proceso se observa también en fenómenos como el sueño, el acto fallido, el recuerdo encubridor, etc.

Si bien el conflicto constituye sin discusión un dato fundamental de la experiencia psicoanalítica y resulta relativamente fácil de describir en sus modalidades clínicas, más difícil es dar del mismo una teoría metapsicológica. A lo largo de la obra freudiana, el problema del fundamento último del conflicto ha recibido distintas soluciones. Ante todo conviene señalar que es posible intentar explicar el conflicto a dos niveles relativamente distintos: a nivel tópico*, como conflicto entre sistemas o instancias, y a nivel económico-dinámico, como conflicto entre pulsiones. Para Freud, este segundo tipo de explicación es el más radical, pero con frecuencia resulta difícil establecer la articulación entre ambos niveles, por cuanto una determinada instancia que toma parte en el conflicto no corresponde necesariamente a un tipo específico de pulsiones.

Dentro de la primera teoría metapsicológica, el conflicto puede referirse esquemáticamente, desde el punto de vista tópico, a la oposición entre los sistemas *Ics*, por una parte, y *Pcs/Cs*, por otra, separados por la censura*; esta oposición corresponde también a la dualidad del principio de placer y principio de realidad, de los cuales el último intenta asegurar su superioridad sobre el primero. Puede decirse que las dos fuerzas que se hallan en conflicto son entonces para Freud la sexualidad* y una instancia represora que incluye especialmente las aspiraciones éticas y estéticas de la personalidad, siendo el motivo de la represión los caracteres específicos de las representaciones sexuales, que las harían incompatibles para el «yo*» y generadoras de displacer para éste.

Sólo más tarde Freud buscó un soporte pulsional a la instancia represora. Entonces considera que el substrato del conflicto psíquico lo constituye el dualismo entre las pulsiones sexuales* y las pulsiones de autoconservación* (definidas como «pulsiones del yo»). «[...] el pensamiento psicoanalítico debe admitir que [ciertas] representaciones han entrado en oposición con otras, más fuertes que aquéllas, para designarlas utilizamos el concepto global de "yo", que tiene una distinta composición según los casos; ello hace que se repriman las primeras representaciones. Pero ¿de dónde puede provenir esta oposición, causa de la represión, entre el yo y ciertos grupos de representaciones? [...] Ha llamado nuestra atención la importancia de las pulsiones para la vida representativa; hemos reconocido que cada pulsión procura imponerse animando las representaciones adecuadas a sus metas. Estas pulsiones no siempre se armonizan; a menudo llegan a un conflicto de intereses; las oposiciones entre las representaciones no son más que la expresión de los combates entre las diferentes pulsiones...» (2). Sin embargo, es evidente que, incluso en esta etapa del pensamiento freudiano en que existe una coincidencia entre la instancia defensiva del yo y un determinado tipo de pulsiones, la oposición última «hambre-amor» sólo se expresa en las modalidades concretas del conflicto a través de una serie de mediaciones muy difíciles de establecer.

En una etapa ulterior, la segunda tópica proporciona un modelo de la personalidad más diversificado y más próximo a estas modalidades

concretas: conflictos entre instancias, conflictos internos de una misma instancia, por ejemplo entre los polos de identificación paterno y materno, que pueden encontrarse en el superyó.

El nuevo dualismo pulsional invocado por Freud, el de las pulsiones de vida* y pulsiones de muerte* aparentemente debería proporcionar, en virtud de la oposición radical que propugna, un fundamento a la teoría del conflicto. Pero, de hecho, se está lejos de constatar esta superposición entre el plano de los principios últimos, Eros y pulsión de muerte, y la dinámica concreta del conflicto (véase, acerca de este punto: Pulsión de muerte). No obstante, el concepto de conflicto se renueva:

1) Se ve cada vez mejor cómo las fuerzas pulsionales animan las diferentes instancias (así, por ejemplo, Freud describe el superyó como sádico), aun cuando ninguna de ellas resulte afectada por un solo tipo de pulsión.

2) Las pulsiones de vida parecen abarcar la mayor parte de las oposiciones conflictivas previamente descubiertas por Freud a partir de la clínica: «[...] la oposición entre pulsiones de autoconservación y pulsiones de conservación de la especie, al igual que la otra oposición entre amor al yo y amor objetal, quedan incluidas en la esfera del Eros» (3 a).

3) Más que como un polo de conflicto, la pulsión de muerte es interpretada a veces por Freud como un principio mismo de lucha, como el *νεῖκος* (odio) que Empédocles oponía ya al amor (*φιλία*).

De este modo viene a especificar una «tendencia al conflicto», factor variable cuya intervención haría que la bisexualidad propia del ser humano se convierta en ciertos casos en un conflicto entre exigencias rigurosamente incompatibles, mientras que, en ausencia de este factor, nada impediría que las tendencias homosexuales y heterosexuales se realizaran en una solución equilibrada.

En esta misma línea de pensamiento cabe interpretar el papel que Freud atribuye al concepto de unión de las pulsiones. Ésta no designa únicamente una mezcla en proporción variable de sexualidad y de agresividad: la pulsión de muerte introduce por sí misma la desunión (véase: Unión-desunión de las pulsiones).

Si dirigimos una mirada de conjunto a la evolución de las concepciones que Freud nos ha dado del conflicto, sorprende, por una parte, el hecho de que siempre busca referirlo a un dualismo irreductible que, en un último análisis, sólo podría basarse en una oposición casi mítica entre dos grandes fuerzas contrarias; por otra parte, el hecho de que uno de los polos del conflicto es siempre la sexualidad*, mientras que el otro se busca en realidades cambiantes («yo», «pulsiones del yo», «pulsiones de muerte»). Desde el principio de su obra (véase: Seducción), y todavía en el *Esquema del psicoanálisis* (*Abriss der Psychoanalyse*, 1938), Freud insiste en la intrínseca ligazón que debe existir entre la sexualidad y el conflicto. Es posible dar de éste un modelo teórico abstracto susceptible de aplicarse a «cualquier exigencia pulsional», «pero la observación nos muestra regularmente que, hasta donde alcanzan nuestros conocimientos, las excitaciones patógenas provienen de las pulsiones

parciales de la vida sexual» (3 b). ¿Cuál es la justificación teórica última de este privilegio atribuido a la sexualidad en el conflicto? El problema quedó sin resolver por Freud, quien indicó en varios momentos de su obra que las características temporales particulares de la sexualidad humana hacen que «el punto débil de la organización del yo se encuentre en su relación con la función sexual» (3 c).

Para el psicoanalista, la profundización en el problema del conflicto psíquico debe desembocar forzosamente en lo que para el sujeto humano es el conflicto nuclear: el complejo de Edipo*. En éste, el conflicto, antes de ser conflicto defensivo, se halla ya inscrito de forma pre-subjetiva como conjunción dialéctica y originaria del deseo y de la prohibición.

El complejo de Edipo, por constituir la idea fundamental e inevitable que orienta el campo interpsicológico del niño, podría encontrarse tras las más diversas modalidades del conflicto defensivo (por ejemplo, en la relación entre el yo y el superyó). De un modo más radical, si se considera el Edipo como una estructura en la que el sujeto ha de encontrar su lugar, el conflicto aparece ya presente, previamente al juego de las pulsiones y de las defensas, juego que constituirá el conflicto psíquico propio de cada individuo.

CONSTRUCCIÓN

= *Al.*: Konstruktion. — *Fr.*: construction. — *Ing.*: construction. — *It.*: costruzione. — *Por.*: construção.

Término propuesto por Freud para designar una elaboración del analista más extensa y más distante del material que la interpretación, y destinada esencialmente a reconstituir en sus aspectos tanto reales como fantaseados una parte de la historia infantil del sujeto.

Resulta difícil, y quizá poco conveniente, conservar para el término de *construcción* el sentido relativamente restringido que Freud le asigna en *Las construcciones en el análisis* (*Konstruktionen in der Analyse*, 1937). En este artículo, Freud se propone ante todo subrayar la dificultad que plantea el objetivo ideal de la cura, es decir, la rememoración completa con supresión de la amnesia infantil*: el analista se ve inducido a elaborar verdaderas «construcciones» y a proponerlas al paciente, lo que, por lo demás, en los casos favorables (cuando la construcción es precisa y es comunicada al paciente en el momento en que éste se halla preparado para recibirla) puede hacer resurgir el recuerdo o los fragmentos de recuerdos reprimidos (1). Incluso cuando este efecto no se produce, la construcción posee, según Freud, una eficacia terapéutica: «Con cierta frecuencia no logramos que el paciente recuerde lo reprimido. Pero en lugar de esto obtenemos de él, si hemos llevado correctamente el análisis, una firme convicción de la verdad de la construcción, que posee el mismo efecto terapéutico que un recuerdo hallado» (2).

La idea singularmente interesante que implica el término «construcción» no puede reducirse al empleo casi técnico que Freud hace de él en su artículo de 1937. Por lo demás, en su obra se encuentran numerosas indicaciones que demuestran que el tema de la construcción, de la organización del material, se halla presente desde un principio y bajo varios aspectos. En la misma época en que Freud descubre el inconsciente, lo describe como una organización que debe ser reconstituida en virtud de la cura. En efecto, en el discurso del paciente, «[...] el conjunto de la masa, espacialmente extendida, del material patógeno aparece como estirado a través de una estrecha hendidura y, en consecuencia, llega a la conciencia dividido en fragmentos o cintas. Es misión del psicoterapeuta reconstruir a partir de este material la supuesta organización. Podríamos compararlo con el juego de naipes llamado "solitario"» (3).

En *Pegan a un niño* (*Ein Kind wird geschlagen*, 1919), Freud se dedica a reconstruir toda la evolución de una fantasía; algunas etapas de esta evolución son esencialmente inaccesibles al recuerdo, pero una auténtica lógica interna obliga a suponer su existencia y a reconstruirlas.

De un modo más general, no puede hablarse solamente de construcción por el analista o a lo largo de la cura: la concepción freudiana de la fantasía supone que ésta es, por sí misma, un modo de elaboración por el sujeto, una construcción que se apoya parcialmente en lo real, como indica la existencia de las «teorías» sexuales infantiles. Finalmente, la palabra *construcción* plantea todo el problema de las estructuras inconscientes y de la estructuración por la cura.

CONTENIDO LATENTE

= *Al.*: latenter Inhalt. — *Fr.*: contenu latent. — *Ing.*: latent content. — *It.*: contenuto latente. — *Por.*: conteúdo latente.

Conjunto de significaciones a las que conduce el análisis de una producción del inconsciente, especialmente el sueño. Una vez descifrado, el sueño no aparece ya como una narración formada por imágenes, sino como una organización de pensamientos, un discurso, expresando uno o varios deseos.

La expresión «contenido latente» puede entenderse en un sentido amplio, como el conjunto de lo que el análisis devela sucesivamente (asociaciones del analizado, interpretaciones del analista); el contenido latente de un sueño estaría constituido entonces por restos diurnos, recuerdos de la infancia, impresiones corporales, alusiones a la situación transferencial, etc.

En un sentido más estricto, el contenido latente designaría, en contraposición con el contenido manifiesto (lacunar y engañoso), la traducción íntegra y verídica de la palabra del que sueña, la expresión adecuada de su deseo. El contenido manifiesto (que a menudo Freud designa con la sola palabra de *contenido*) es la versión trunca; el contenido latente (también llamado «pensamientos» o «pensamientos latentes» del sueño), descubierto por el analista, es la versión correcta: «[...] se nos aparecen como dos presentaciones del mismo contenido en dos lenguas

distintas o, mejor dicho, el contenido del sueño se nos aparece como la transferencia de las ideas del sueño a otro modo de expresión, cuyos signos y leyes de composición hemos de aprender a conocer, mediante la comparación entre el original y la traducción. Los pensamientos del sueño se nos vuelven inmediatamente comprensibles desde el momento en que adquirimos conocimiento de los mismos» (1 a).

Según Freud, el contenido latente es anterior al contenido manifiesto; el trabajo del sueño es el que transforma el uno en otro y, en este sentido, no es «nunca creador» (2). Esto no significa que el analista pueda redescubrirlo todo («En los sueños mejor interpretados se ve con frecuencia obligado a dejar en la sombra un punto [...]. Allí se encuentra el ombligo del sueño» [1 b]) ni que pueda, por consiguiente, tener una interpretación definitiva de un sueño (véase: Sobreinterpretación).

CONTENIDO MANIFIESTO

= *Al.*: manifester Inhalt. — *Fr.*: contenu manifeste. — *Ing.*: manifest content. — *It.*: contenuto manifesto. — *Por.*: conteúdo manifesto o patente.

Con esta expresión se designa el sueño antes de haber sido sometido a la investigación analítica, tal como se presenta al sujeto soñador que efectúa la narración del mismo. Por extensión se habla del contenido manifiesto de toda producción verbalizada (desde la fantasía a la obra literaria) que se intenta interpretar por el método analítico.

La expresión «contenido manifiesto» fue introducida por Freud en *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900) paralelamente a la de «contenido latente». Con frecuencia el término «contenido», sin calificativo, se emplea en el mismo sentido y se opone al de «pensamientos (o pensamientos latentes) del sueño». Para Freud, el contenido manifiesto es el producto del trabajo del sueño, y el contenido latente el resultado del trabajo inverso, el de la interpretación.

Esta concepción ha sido criticada desde el punto de vista fenomenológico: según Politzer, el sueño no poseería, en sentido estricto, más que un solo contenido. Lo que Freud denomina contenido manifiesto constituiría la narración descriptiva que el individuo efectúa de su sueño en un momento en el que no dispone de todas las significaciones que su sueño expresa (1).

CONTRACATEXIS

= *Al.*: Gegenbesetzung. — *Fr.*: contre-investissement. — *Ing.*: anticathexis. — *It.*: controcarica o controinvestimento. — *Por.*: contra-carga o contra-investimento.

Proceso económico postulado por Freud como soporte de numerosas actividades defensivas del yo. Consiste en la catexis por el yo de representaciones, actitudes, etc., susceptibles de obstaculizar el acceso de las representaciones y deseos inconscientes a la conciencia y a la motilidad.

El término puede designar también el resultado, más o menos permanente, de tal proceso.

El concepto de contracatexis es citado por Freud sobre todo dentro de su teoría económica de la represión. Las representaciones a reprimir, en la medida en que se hallan catectizadas constantemente por la pulsión y tienden sin cesar a irrumpir en la conciencia, sólo pueden mantenerse en el inconsciente si actúa en sentido contrario una fuerza del mismo modo costante. Así, pues, en general la represión supone dos procesos económicos que se implican mutuamente:

- 1) retirada, por el sistema *Pcs*, de la catexis hasta entonces ligada a una determinada representación displacentera (ausencia de catexis);
- 2) contracatexis, utilizando la energía que ha quedado disponible por la operación anterior.

Aquí se plantea el problema de lo que se elige como objeto de la contracatexis. Conviene señalar que la contracatexis da por resultado el mantenimiento de una representación dentro del sistema de donde proviene la energía pulsional. Es, por consiguiente, la catexis de un elemento del sistema preconsciente-consciente que impide que surja, en su lugar, la representación reprimida. El elemento contracatectizado puede ser de distintas naturalezas: un simple derivado* de la representación inconsciente (formación substitutiva, como ejemplo un animal fóbico, que es objeto de especial vigilancia y sirve para mantener reprimidos el deseo inconsciente y las fantasías con él relacionadas), o un elemento que se opone directamente a aquella representación (por ejemplo, formación reactiva: solicitud exagerada de una madre por sus hijos, que oculta deseos agresivos; afán de limpieza destinado a luchar contra tendencias anales).

Por otra parte, las contracatexis pueden ser, no sólo una representación, sino también una situación, un comportamiento, un rasgo de carácter, etc., si bien el objetivo sigue siendo siempre el mantener de forma lo más constante posible la represión. De acuerdo con lo dicho, la noción de contracatexis designa el aspecto económico del concepto dinámico de defensa del yo; explica la estabilidad del síntoma, que, según expresión de Freud, se halla «mantenido desde dos lados a la vez». Al carácter indestructible del deseo inconsciente se opone la relativa rigidez de las estructuras defensivas del yo, que exige un gasto permanente de energía.

La noción de contracatexis no es aplicable únicamente a lo relativo a la frontera entre los sistemas inconsciente, por una parte, y preconsciente, por otra. Citado por Freud en un principio dentro de la teoría de la represión* (1), la contracatexis se encuentra también en numerosas operaciones defensivas: aislamiento, anulación retroactiva, defensa por la realidad, etc. En tales operaciones defensivas, e incluso en el mecanismo de la atención y del pensamiento discriminativo, la contracatexis interviene también en el propio interior del sistema preconsciente-consciente.

Finalmente Freud recurre al concepto de contracatexis al considerar la relación del organismo con su ambiente, para explicar las reacciones de defensa frente a una irrupción de energía externa que hace efracción

sobre el protector contra las excitaciones (dolor, traumatismo). El organismo moviliza entonces energía interna a expensas de sus actividades, que se encuentran empobrecidas, a fin de crear una especie de barrera que evite o disminuya la afluencia de excitaciones externas (2).

CONTRATRANSFERENCIA

= *Al.*: Gegenübertragung. — *Fr.*: contre-transfert. — *Ing.*: counter-transference. — *It.*: controtrasfert. — *Por.*: contratransferência.

Conjunto de las reacciones inconscientes del analista frente a la persona del analizado y, especialmente, frente a la transferencia de éste.

En muy pocos pasajes alude Freud a lo que él llamó la contratransferencia. En ésta Freud ve el resultado de «la influencia del enfermo sobre los sentimientos inconscientes del médico» (1 a) y subraya que «ningún analista va más allá de lo que le permiten sus propios complejos y resistencias internas» (1 b), lo cual tiene como corolario la necesidad del analista de someterse él mismo a un análisis personal.

A partir de Freud, la contratransferencia ha merecido una atención creciente por parte de los psicoanalistas, especialmente en la medida en que la cura se ha ido interpretando y describiendo cada vez más como una relación, y también por la extensión del psicoanálisis a nuevos campos (análisis de los niños y de los psicóticos), en los que las reacciones inconscientes del analista pueden ser más estimuladas. Nos limitaremos a recordar dos puntos:

1.º Desde el punto de vista de la delimitación del concepto, encontramos grandes diferencias: algunos autores designan como contratransferencia todo aquello que, por parte de la personalidad del analista, puede intervenir en la cura; otros, en cambio, limitan la contratransferencia a los procesos inconscientes que la transferencia del analizado provoca en el analista.

Daniel Lagache admite esta última delimitación y la precisa subrayando que la contratransferencia, entendida en este sentido (reacción frente a la transferencia del otro), no se da solamente en el analista, sino también en el analizado. Entonces la transferencia y la contratransferencia no coincidirían, respectivamente, con los procesos propios del analizado y los del analista. Considerando el conjunto del campo analítico, convendría distinguir, en cada una de las dos personas presentes, lo que es transferencia y lo que es contratransferencia (2).

2.º Desde el punto de vista técnico, cabe distinguir esquemáticamente tres orientaciones:

a) reducir todo lo posible las manifestaciones contratransferenciales mediante el análisis personal, de tal forma que la situación analítica quede finalmente estructurada, como una superficie proyectiva, sólo por la transferencia del paciente;

b) utilizar, aunque controlándolas, las manifestaciones de contratrans-

ferencia en el trabajo analítico, siguiendo la indicación de Freud, según la cual: «[...] cada uno posee en su propio inconsciente un instrumento con el cual puede interpretar las expresiones del inconsciente en los demás» (3) (véase: Atención flotante);

c) guiarse, para la *interpretación* misma, por las propias reacciones contratransferenciales, que desde este punto de vista se asimilan con frecuencia a las emociones experimentadas. Tal actitud postula que la resonancia «de inconsciente a inconsciente» constituye la única comunicación auténticamente psicoanalítica.

CONVERSIÓN

= *Al.*: Konversion. — *Fr.*: conversion. — *Ing.*: conversion. — *It.*: conversione. — *Por.*: conversão.

Mecanismo de formación de síntomas que interviene en la histeria y, más específicamente, en la histeria de conversión (véase este término).

Consiste en una transposición de un conflicto psíquico y una tentativa de resolución del mismo en síntomas somáticos, motores (por ejemplo, parálisis) o sensitivos (por ejemplo, anestias o dolores localizados).

La palabra conversión corresponde en Freud a una concepción económica: la libido desligada de la representación reprimida se transforma en energía de inervación. Pero lo que caracteriza los síntomas de conversión es su significación simbólica: tales síntomas expresan, a través del cuerpo, representaciones reprimidas.

El término «conversión» fue introducido por Freud en psicopatología para designar este «salto de lo psíquico a la inervación somática», que él mismo consideraba difícil de concebir (1). Esta idea, nueva a finales del siglo XIX, adquirió, como es sabido, una gran difusión, especialmente con el desarrollo de las investigaciones psicosomáticas. Por ello es necesario delimitar, en este campo actualmente tan extenso, lo que puede adscribirse más específicamente a la conversión; por lo demás, hagamos observar que tal preocupación ya la sintió Freud, sobre todo en la distinción entre síntomas histéricos y síntomas somáticos de las neurosis actuales.

La noción de conversión surgió con motivo de las primeras investigaciones de Freud sobre la histeria: donde primeramente se encuentra es en el caso de Frau Emmy von N... de los *Estudios sobre la histeria* (*Studien über Hysterie*, 1895) y en *Las psiconeurosis de defensa* (*Die Abwehr-Neuropsychosen*, 1894). Su sentido primario es económico: se trata de una energía libidinal que se transforma, se convierte, en inervación somática. La conversión es correlativa al desprendimiento de la libido de la representación, en el proceso de la represión; la energía libidinal desprendida es entonces «[...] transpuesta a lo corporal» (2a).

Esta interpretación económica de la conversión es inseparable, en Freud, de una concepción simbólica; en los síntomas corporales, «hablan» las representaciones reprimidas (3), deformadas por los mecanismos de la condensación y del desplazamiento. Freud señala que la relación simbólica que une el síntoma a la significación es tal que un mismo síntoma no solamente expresa varias significaciones a la vez, sino tam-

bién sucesivamente: «Con los años puede cambiar una de las significaciones o la significación dominante de un determinado síntoma [...]. La producción de un síntoma de este tipo es tan difícil, la transformación de una excitación puramente psíquica al ámbito corporal (proceso que he llamado conversión) depende de la concurrencia de tantas condiciones favorables, la complacencia somática necesaria para la conversión es tan trabajosamente obtenida que el impulso a la descarga de la excitación proveniente del inconsciente conduce a contentarse, en lo posible, con la vía de descarga que ya se ha vuelto practicable» (4).

Respecto a los motivos que hace que se produzcan predominantemente síntomas de conversión en lugar de síntomas de otro tipo (por ejemplo, fóbicos u obsesivos), Freud invoca ante todo la existencia de una «capacidad de conversión» (2 b), idea que recogerá de nuevo en la expresión «complacencia somática»*, factor constitucional o adquirido que predispondría, de un modo general, a un determinado individuo a la conversión o, más específicamente, a un determinado órgano o aparato a ser utilizado para este proceso. Este problema se relaciona, pues, con el de la «elección de la neurosis»* y el de la especificidad de las estructuras neuróticas.

¿Cómo debe situarse la conversión, desde el punto de vista nosográfico?

1.º En el ámbito de la *histeria*: primeramente la conversión fue considerada por Freud como un mecanismo que, en diversos grados, intervendría siempre en los casos de histeria. Más tarde, al profundizar en la estructura histérica, Freud se vio inducido a relacionar con ésta una forma de neurosis que no comporta síntomas de conversión, sino esencialmente un síndrome fóbico que aisló como histeria de angustia, lo que a su vez permite delimitar una histeria de conversión.

Esta tendencia a no considerar como coextensivas la histeria y la conversión todavía se encuentra hoy cuando se habla de histeria, de estructura histérica, sin que existan síntomas de conversión.

2.º En el ámbito más general de las *neurosis** en otras neurosis distintas de la histeria se encuentran síntomas corporales que muestran una relación simbólica con las fantasías inconscientes del sujeto (por ejemplo, los trastornos intestinales del caso de *Historia de una neurosis infantil*). ¿Debe concebirse entonces la conversión como un mecanismo tan fundamental en la formación de síntomas que podría encontrarse, en grados diversos, en diferentes tipos de neurosis? ¿O bien se debe seguir considerándola como específica de la histeria y, cuando se encuentra en otras afecciones, pensar en la existencia de un «núcleo histérico» o hablar incluso de «neurosis mixta»? Se trata de un problema que no es meramente terminológico, por cuanto conduce a diferenciar las neurosis desde un punto de vista de las estructuras y no solamente de los síntomas.

3.º En el campo actualmente llamado *psicosomático*, sin pretender zanjar una discusión que todavía continúa, parece que hoy se tiende a diferenciar la conversión histérica de otros procesos de formación de síntomas, para los cuales se ha propuesto, por ejemplo, el nombre de

somatización: el síntoma de conversión histérica guardaría una relación simbólica más precisa con la historia del sujeto, sería más difícil de aislar en una entidad nosográfica somática (ejemplo: úlcus gástrico, hipertensión), menos estable, etc. Ahora bien, aun cuando en muchos casos la distinción clínica se impone, la distinción teórica sigue resultando difícil de elaborar.

CUMPLIMIENTO (O REALIZACIÓN) DE DESEO

= *Al.*: Wunscherfüllung. — *Fr.*: accomplissement de désir. — *Ing.*: wishfulfilment. — *It.*: appagamento di desiderio. — *Por.*: realização de desejo.

Formación psicológica en la cual el deseo se presenta imaginariamente como cumplido. Las producciones del Inconsciente (sueño, síntoma y, por excelencia, la fantasía) constituyen cumplimientos de deseo en los que éste se expresa en una forma más o menos disfrazada.

No es éste el lugar adecuado para exponer la teoría psicoanalítica del sueño, cuya proposición fundamental (*el sueño constituye un cumplimiento de deseo*) pareció representar para Freud, como es sabido, el signo inaugural de su descubrimiento (α). En *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900), Freud se dedicó a demostrar la validez universal de esta afirmación y a comprobarla en todos los casos que aparentemente la desmentían (sueños de angustia, punitivos, etc.). Recordemos que en su obra *Más allá del principio del placer* (*Jenseits des Lustprinzips*, 1920), el problema de la repetición de los sueños de accidentes en la neurosis traumática condujo a Freud a poner en tela de juicio la función del sueño como cumplimiento de deseo y a buscar, para el sueño, una función más primaria (1) (véase: Compulsión a la repetición; Ligazón).

Desde un principio resultó evidente para Freud la analogía entre sueño y síntoma; la señaló ya en 1895 (2a), y comprendió todo su alcance a partir de *La interpretación de los sueños*. Mencionemos, por ejemplo, estas líneas dirigidas a W. Fliess: «Mi última generalización perdura y parece querer progresar hasta el infinito. No solamente el sueño es un cumplimiento de deseo, sino también el ataque histérico. Esto es exacto para el síntoma histérico y sin duda también para todos los fenómenos neuróticos, como ya reconocí (β) en el delirio agudo» (2b).

Obsérvese que la idea según la cual el sueño cumple un deseo es presentada por Freud en forma de una locución substantiva; así el lector encuentra fórmulas como: dos cumplimientos de deseo se hallan en el contenido latente de tal sueño, etc. El término «cumplimiento de deseo» adquiere por ello un valor autónomo, como si designara no sólo una función del sueño, sino también una estructura interna de éste, susceptible de entrar en combinación con otra. En este sentido se convierte prácticamente en sinónimo de fantasía*.

Esta observación subraya el hecho de que ninguna producción del inconsciente puede decirse que cumpla un deseo; cada una de ellas aparece como el resultado de un conflicto y de un compromiso: «Un sín-

toma histérico sólo se produce allí donde dos cumplimientos de deseos opuestos, cada uno de los cuales encuentra su origen en un sistema psíquico distinto, concurren en una expresión única» (3).

La expresión anglosajona «*wishful thinking*», que corresponde a la locución francesa usual: «confundir los deseos con realidades», hace referencia a la concepción psicoanalítica del cumplimiento de deseo. Sin embargo, sería erróneo confundirlas pura y simplemente. En efecto, cuando se habla de *wishful thinking*, el acento recae en lo real que el sujeto desconoce, ya sea porque olvide las condiciones que le permitirían cumplir su deseo, ya sea porque deforme su aprehensión de lo real, etc. En cambio, cuando se habla de cumplimiento de deseo, el acento recae en el deseo y en su escenificación fantaseada; generalmente aquí no se desconoce la dimensión de lo real, puesto que no se halla presente (sueño). Por otra parte, *wishful thinking* se emplea más bien cuando se trata de anhelos, proyectos, deseos a propósito de los cuales no es esencial la referencia al inconsciente.

(a) Cf., por ejemplo, la carta a Fliess del 12-VI-1900: «¿Crees de veras que algún día, sobre esta casa habrá una placa de mármol en la que podrá leerse: "En esta casa el día 24 de julio de 1895, se le reveló al Dr. Sigmund Freud el misterio del sueño"?».

(b) Freud alude aquí a una concepción sostenida en *Las psiconeurosis de defensa* (*Die Abwehr-Neuropsychosen*, 1894).

D

DEFENSA

= *Al.*: Abwehr. — *Fr.*: défense. — *Ing.*: defence. — *It.*: difesa. — *Por.*: defensa.

Conjunto de operaciones cuya finalidad consiste en reducir o suprimir toda modificación susceptible de poner en peligro la integridad y la constancia del individuo biopsicológico. En la medida en que el yo se constituye como la instancia que encarna esta constancia y que busca mantenerla, puede ser descrito como «lo que está en juego» y el agente de estas operaciones.

La defensa, de un modo general, *afecta* a la excitación interna (pulsión) y electivamente a las representaciones (recuerdos, fantasías) que aquélla comporta, en una determinada situación capaz de desencadenar esta excitación en la medida en que es incompatible con dicho equilibrio y, por lo tanto, displacentero para el yo. Los afectos displacenteros, *motivos* o *señales* de la defensa, pueden ser también el objeto de ésta.

El proceso defensivo se especifica en *mecanismos* de defensa más o menos integrados al yo.

La defensa, marcada e infiltrada por aquello sobre lo que en definitiva actúa (la pulsión), adquiere a menudo un carácter compulsivo y actúa, al menos parcialmente, en forma inconsciente.

Al situar en primer plano la noción de defensa en la histeria, y muy pronto también en otras psiconeurosis, Freud estableció su propia concepción de la vida psíquica, en oposición a los puntos de vista de sus contemporáneos (véase: Histeria de defensa). Los *Estudios sobre la histeria* (*Studien über Hysterie*, 1895) muestran toda la complejidad de las relaciones existentes entre la defensa y el yo, al cual se atribuye aquélla. En efecto, el yo es aquella región de la personalidad, aquel «espacio» que se intenta proteger de toda perturbación (por ejemplo, conflictos entre deseos opuestos). Es también un «grupo de representaciones» que se halla en desacuerdo con una representación «incompatible» con él, siendo la señal de esta incompatibilidad un afecto displacentero; finalmente, es agente de la operación defensiva (véase: Yo). En los trabajos de Freud donde se elabora el concepto de psiconeurosis de defensa, se realiza siempre la idea de incompatibilidad de una representación con el yo; los diferentes tipos de defensa consisten en las diversas formas

de tratar esta representación actuando en especial sobre la separación de ésta del afecto que originalmente estaba ligado a ella. Por otra parte, sabemos que Freud muy pronto opuso a las psiconeurosis de defensa las neurosis actuales*, grupo de neurosis en las cuales un aumento intolerable de la tensión interna, debido a una excitación sexual no descargada, encuentra su salida en diversos síntomas somáticos; resulta significativo el hecho de que, en este último caso, Freud rehúsa hablar de defensa, a pesar de que también aquí hay una forma de proteger el organismo y buscar la restauración de cierto equilibrio. La defensa, ya en el mismo momento de su descubrimiento, es implícitamente diferenciada de las medidas que adopta un organismo para reducir cualquier aumento de tensión.

En la misma época en que Freud intenta especificar las diversas modalidades del proceso defensivo según las enfermedades, y cuando la experiencia de la cura le permite reconstruir mejor, en los *Estudios sobre la histeria*, el desenvolvimiento de este proceso (resurgimiento de los afectos displacenteros que han motivado la defensa, escalonamiento de las resistencias, estratificación del material patógeno, etc.), intenta dar un modelo metapsicológico de la defensa. En un principio esta teoría se refiere, como sucederá constantemente después, a una oposición entre las excitaciones externas, de las que se puede huir o contra las cuales existe un dispositivo de barrera mecánica que permite filtrarlas (véase: Protector contra las excitaciones), y las excitaciones internas, de las que no es posible huir. Contra esta agresión desde dentro, que es la pulsión, se constituyen los diferentes procedimientos defensivos. El *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*, 1895) aborda de dos maneras el problema de la defensa:

1) Freud busca el origen de lo que llama «defensa primaria» en una «experiencia de dolor», de igual modo que encontró el modelo del deseo y de su inhibición por el yo en una «experiencia de satisfacción». Con todo, esta concepción no puede aprehenderse, en el *Proyecto*, con tanta claridad como la de la experiencias de satisfacción (α).

2) Freud intenta distinguir una defensa normal y una defensa patológica. La primera actúa en el caso de una reviviscencia de una experiencia penosa; es preciso que el yo haya podido ya, durante la experiencia inicial, empezar a inhibir el displacer por medio de «catexis laterales»: «Cuando se repite la catexis de la huella mnémica, se repite también el displacer, pero las facilitaciones del yo ya están establecidas; la experiencia muestra que, la segunda vez, la liberación (de displacer) es menos importante, y finalmente, tras varias repeticiones, se reduce a la intensidad, conveniente al yo, de una señal» (1 a).

Tal defensa evita al yo el peligro de verse sumergido e infiltrado por el proceso primario, como ocurre en la defensa patológica. Ya es sabido que Freud encuentra la condición para esta última en una escena sexual que cuando se produjo no suscitó defensa, pero cuyo recuerdo reactivado desencadena, desde dentro, una magnitud de excitación. «La atención se halla dirigida hacia las percepciones que habitualmente dan lugar

a la liberación de *displacer*. [Ahora bien] aquí no se trata de una percepción, sino de una huella mnémica que, de forma inesperada, libera *displacer*, y el yo es informado de ello demasiado tarde» (1 b). Esto explica que «[...] en un *proceso del yo* se produzcan consecuencias que habitualmente sólo se observan en los procesos primarios» (1 c).

Así, la condición de la defensa patológica consiste en el desencadenamiento de una excitación de origen interno, que provoca *displacer* y contra la cual no se ha establecido ningún aprendizaje defensivo. Por consiguiente, no es la intensidad del afecto en sí lo que motiva la puesta en marcha de la defensa patológica, sino condiciones muy específicas que no pueden englobarse en una percepción desagradable ni tampoco en el recuerdo de una percepción penosa. Según Freud, estas condiciones sólo se cumplirían en la esfera de la sexualidad (véase: *Posterioridad; Seducción*).

Cualesquiera que sean las modalidades del proceso defensivo en la histeria, la neurosis obsesiva, la paranoia, etc. (véase: *Mecanismos de defensa*), los dos polos del conflicto son siempre el yo y la pulsión. El yo intenta protegerse frente a una amenaza interna. Esta concepción, si bien resulta confirmada constantemente por la clínica, no deja de plantear un problema teórico que Freud siempre tuvo presente: ¿cómo la descarga pulsional, que por definición está destinada a producir placer, puede ser percibida como *displacer* o como una amenaza de *displacer* hasta el punto de poner en marcha una defensa? La diferenciación tópica del aparato psíquico permite enunciar que aquello que constituye placer para un sistema, representa *displacer* para otro (el yo), pero este reparto de papeles obliga a explicar lo que hace que determinadas exigencias pulsionales sean contrarias al yo. Una solución teórica que Freud rechazó es aquella según la cual la defensa entraría en acción «[...] cuando la tensión aumenta en forma intolerable porque una *moción pulsional* se halla insatisfecha» (2). Así, el hambre insatisfecha no es reprimida; cualesquiera que sean los «medios de defensa» de que dispone el organismo para enfrentarse a una amenaza de este tipo, no se trata aquí de la defensa en sentido psicoanalítico. Para explicar ésta no es condición suficiente la *homeostasis del organismo*.

¿Cuál es el móvil último de la defensa del yo? ¿Por qué percibe éste como *displacer* una determinada *moción pulsional*? Esta pregunta, fundamental en psicoanálisis, puede encontrar diversas respuestas, que, por lo demás, no se excluyen necesariamente entre sí. Con frecuencia se admite una primera distinción referente al origen último del peligro inmanente a la satisfacción pulsional: puede considerarse la propia pulsión como peligrosa para el yo, como una agresión interna; también puede adscribirse, en último análisis, todo peligro a la relación del individuo con el mundo exterior, entonces la pulsión es peligrosa por los daños reales a que podría conducir su satisfacción. Así, la tesis admitida por Freud en *Inhibición, síntoma y angustia* (*Hemmung, Symptom und Angst*, 1926), y sobre todo su reinterpretación de la fobia, le lleva a conceder un papel primordial a «la angustia ante un peligro real»* (*Real-*

angst) y, en último término, a considerar como derivada de ésta la angustia neurótica o angustia ante la pulsión.

Si abordamos el mismo problema desde el punto de vista de la concepción del yo, las soluciones variarán evidentemente según se haga recaer el acento en su función de agente de la realidad y representante del principio de realidad, o se insista en su «compulsión a la síntesis», o se le describa, ante todo, como una forma, especie de duplicado intra-subjetivo del organismo, regulado, como éste, por un principio de homeostasis. Finalmente, desde el punto de vista dinámico, puede intentarse explicar el problema planteado por el *displacer* de origen pulsional por la existencia de un antagonismo que no sería sólo el de las pulsiones y la instancia del yo, sino el de dos clases de pulsiones con objetivos opuestos. Este último camino es el seguido por Freud en los años 1910-1915, al oponer a las pulsiones sexuales, las pulsiones de auto-conservación o pulsiones del yo. Como es sabido, este par pulsional será substituido, en la última teoría de Freud, por el antagonismo entre pulsiones de vida y pulsiones de muerte, y esta nueva oposición ya no coincide directamente con el juego de fuerzas presentes en la dinámica del conflicto*.

La misma palabra *defensa*, sobre todo cuando se utiliza de un modo absoluto, es fuente de equívocos y exige algunas distinciones conceptuales. Dicha palabra designa tanto la acción de *defender* (tomar la defensa) como la de *defenderse*. Por otra parte, en francés se añade el concepto de «*défense de*», es decir, de prohibición. En consecuencia, sería útil distinguir diversos parámetros de la defensa, incluso aunque éstos coincidan más o menos unos con otros: *lo que está en juego*: el «lugar psíquico» amenazado; *su agente*: el soporte de la acción defensiva; *su finalidad*: por ejemplo, la tendencia a mantener y restablecer la integridad y la constancia del yo y evitar toda perturbación que se traduciría subjetivamente por *displacer*; *sus motivos*: lo que enuncia la amenaza y pone en marcha el proceso defensivo (afectos reducidos a la función de señales, señal de angustia*); y, finalmente, *sus mecanismos*.

Para terminar, la distinción entre la *defensa*, en el sentido casi estratégico que ha adquirido en psicoanálisis, y lo *prohibido*, especialmente en la forma que se presenta en el complejo de Edipo, al tiempo que subraya la heterogeneidad de dos niveles, el de la estructuración del aparato psíquico y el de la estructura del deseo y de las fantasías más fundamentales, deja sin resolver el problema de su articulación en la teoría y en la práctica de la cura.

(*) La tesis de una «experiencia de dolor» que sería simétrica de la experiencia de satisfacción aparece desde un principio como paradójica: ¿por qué el aparato neuronal habría de repetir hasta alucinarlo un dolor que se caracteriza por un aumento de la carga, si la función del aparato consiste en evitar todo aumento de tensión? Esta paradoja podría explicarse considerando los numerosos pasajes de la obra de Freud en que éste se pregunta sobre el problema económico del dolor; entonces se aprecia, a nuestro modo de ver, que el dolor físico, como efracción del límite corporal, debería considerarse más bien como un modelo de esta agresión interna que representa la pulsión para el yo. Más que una repetición alucinatoria de un dolor efectivamente vivido, la «experiencia de dolor» debería comprenderse

como el surgimiento, con motivo de la reviviscencia de una experiencia que en sí no pudo ser dolorosa, de este «dolor» que es, para el yo, la angustia.

DEFORMACIÓN

= *Al.*: Entstellung. — *Fr.*: déformation. — *Ing.*: distortion. — *It.*: deformazione. — *Por.*: deformação.

Efecto global del trabajo del sueño: los pensamientos latentes se transforman en un producto manifiesto difícil de reconocer.

Remitimos al lector a los artículos Trabajo del sueño, Contenido manifiesto, Contenido latente.

La edición francesa de *L'interprétation du rêve* (La interpretación de los sueños [Die Traumdeutung, 1900]) traduce *Entstellung* por *transposition* (transposición). Esta palabra nos parece demasiado pobre. Las ideas latentes no sólo se expresan en otro registro (como si se tratara de la transposición de una melodía), sino que son desfiguradas de tal forma que únicamente es posible restituirlas mediante una labor de interpretación. El término «alteración» ha sido descartado por su matiz peyorativo. Por esto proponemos el de deformación.

DEPRESIÓN ANACLÍTICA

= *Al.*: Anlehnungsdepression. — *Fr.*: dépression anaclitique. — *Ing.*: anaclitic depression. — *It.*: depressione anaclitica. — *Por.*: depressão anaclítica.

Término creado por René Spitz (1): trastornos que recuerdan clínicamente a los de la depresión en el adulto y que sobrevienen de modo progresivo en el niño privado de su madre después de haber tenido con ella una relación normal, por lo menos, durante los seis primeros meses de la vida.

Remitimos al lector al artículo Anaclítico, donde encontrará las observaciones terminológicas acerca de este adjetivo.

El cuadro clínico de la depresión anaclítica lo describe R. Spitz (2 a) del siguiente modo:

«*Primer mes.* Los niños se vuelven llorones, exigentes y se aferran al observador que entra en contacto con ellos.

«*Segundo mes.* Rechazo del contacto. Posición patognomónica (los niños permanecen la mayor parte del tiempo acostados en su cama boca abajo). Insomnio. Continúa la pérdida de peso. Tendencia a contraer enfermedades intercurrentes. Retardo motor generalizado. Rigidez de la expresión facial.

«*Después del tercer mes.* Se ha establecido la rigidez del rostro. Cesa el llanto, que es substituido por raros gemidos. Se acentúa el retardo y aparece un aletargamiento.

«Si, antes de que haya transcurrido un periodo crítico, que se sitúa entre el final del 3.º mes y el final del 5.º, la madre vuelve con su hijo, o se consigue encontrar un substituto materno aceptable para el niño, el trastorno desaparece con sorprendente rapidez.»

Spitz considera «la estructura dinámica de la depresión anaclítica como fundamentalmente distinta de la depresión en el adulto» (2 b).

DERIVADO DEL INCONSCIENTE

= *Al.*: Abkömmling des Unbewussten. — *Fr.*: rejeton de l'inconscient. — *Ing.*: derivate of the unconscious. — *It.*: derivato dell'inconscio. — *Por.*: derivado o ramificação do inconsciente.

Término utilizado a menudo por Freud dentro de su concepción dinámica del inconsciente; éste tiende a hacer resurgir en la conciencia y en la acción producciones que se hallan en conexión más o menos lejana con aquél. Estos derivados de lo reprimido son, a su vez, objeto de nuevas medidas de defensa.

Esta expresión se encuentra sobre todo en los textos metapsicológicos de 1915. No designa de un modo especial una determinada producción del inconsciente, sino que engloba, por ejemplo, los síntomas, las asociaciones que se producen durante la sesión (1 a), las fantasías (2).

El término «derivado del representante reprimido» (1 b) o «de lo reprimido» (1 c) se halla en relación con la teoría de los dos tiempos de la represión. Lo que ha sido reprimido en el primer tiempo (represión originaria*) tiende a irrumpir de nuevo en la conciencia en forma de derivados, siendo sometido entonces a una segunda represión (represión con posterioridad).

El término «derivado» pone en evidencia una característica esencial del inconsciente: permanece siempre activo, ejerce un empuje en dirección a la conciencia. El término francés *rejeton*, tomado de la botánica, acentúa esta idea mediante la imagen de algo que rebrota después de haber intentado suprimirlo.

DESAMPARO (ESTADO DE)

= *Al.*: Hilflosigkeit. — *Fr.*: état de détresse. — *Ing.*: helplessness. — *It.*: l'essere senza aiuto. — *Por.*: desamparo o desarvoramento.

Palabra del lenguaje corriente que adquiere un sentido específico en la teoría freudiana: estado del lactante que, dependiendo totalmente de otra persona para la satisfacción de sus necesidades (sed, hambre), se halla impotente para realizar la acción específica adecuada para poner fin a la tensión interna.

Para el adulto, el estado de desamparo constituye el prototipo de la situación traumática generadora de angustia.

La palabra *Hilflosigkeit*, que para Freud constituye una referencia constante, merece ser destacada y ser traducida por un término único. Proponemos estado de desamparo, en vez de desamparo, pues se trata de un dato esencialmente objetivo: la impotencia del recién nacido humano, que es incapaz de emprender una acción coordinada y eficaz (véase: Acción específica); esto es lo que Freud designó como *motorische Hilflosigkeit* (1 a). Desde el punto de vista económico, tal situación con-

duce al incremento de la tensión de necesidad, que el aparato psíquico es todavía incapaz de dominar: ésta es la *psychische Hilflosigkeit*.

La idea de un estado de desamparo inicial se encuentra en el origen de varios tipos de consideraciones.

1.^a En el plano genético (2), a partir de ella pueden comprenderse el valor *princeps* de la *experiencia de satisfacción*, su reproducción alucinatoria y la diferenciación entre procesos primario y secundario*.

2.^a El estado de desamparo, inherente a la dependencia total del pequeño ser con respecto a su madre, implica la *omnipotencia* de ésta. Influye así en forma decisiva en la estructuración del psiquismo, destinado a constituirse enteramente en la relación con el otro.

3.^a Dentro de una teoría de la angustia, el estado de desamparo se convierte en el prototipo de la situación traumática. Así, en *Inhibición, síntoma y angustia* (*Hemmung, Symptom und Angst*, 1926), Freud reconoce a los «peligros internos» una característica común: pérdida o separación, que implica un aumento progresivo de la tensión, hasta el punto de que, al final, el sujeto se ve incapaz de dominar las excitaciones y es desbordado por éstas: lo que define el estado generador del sentimiento de desamparo.

4.^a Observemos finalmente que Freud relaciona explícitamente el estado de desamparo con la *prematuridad* del ser humano: su «[...] existencia intrauterina parece relativamente corta en comparación con la de la mayoría de los animales; se halla más incompleto que éstos cuando viene al mundo. Ello hace que la influencia del mundo exterior sea más intensa, es necesaria la diferenciación precoz del yo con respecto al ello, aumenta la importancia de los peligros del mundo exterior, y se incrementa enormemente el valor del único objeto capaz de proteger contra estos peligros y de reemplazar la vida intrauterina. Este factor biológico crea, pues, las primeras situaciones de peligro y la necesidad de ser amado, que ya nunca abandonará al hombre» (1 b).

DESARROLLO DE ANGUSTIA

= *Al.*: Angstentwicklung. — *Fr.*: développement d'angoisse. — *Ing.*: generating (o generation of) anxiety. — *It.*: sviluppo d'angoscia. — *Por.*: desenvolvimento de angústia.

Término creado por Freud: la angustia considerada en su desarrollo temporal, su incremento en el individuo.

Incluimos aquí este término, que se encuentra en varios lugares de los escritos de Freud, especialmente en las *Lecciones de introducción al psicoanálisis* (*Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse*, 1915-1917) y en *Inhibición, síntoma y angustia* (*Hemmung, Symptom und Angst*, 1926), porque merece ser traducido por un equivalente único, lo que no ocurre en todas las traducciones.

Este término descriptivo adquiere su sentido especial en el marco de una teoría de la angustia que distingue una situación traumática, en la

que la angustia no puede ser controlada (angustia automática), y una señal de angustia destinada a evitar que ésta surja. El «desarrollo de angustia» indica el proceso que hace pasar de una a la otra, si la señal de angustia no ha resultado eficaz.

DESCARGA

= *Al.*: Abfuhr. — *Fr.*: décharge. — *Ing.*: discharge. — *It.*: scarica o deflusso. — *Por.*: descarga.

Término «económico» utilizado por Freud dentro de los modelos físicos que da del aparato psíquico: evacuación hacia el exterior de la energía aportada al aparato psíquico por las excitaciones, ya sean éstas de origen interno o externo. Esta descarga puede ser total o parcial.

Remitimos al lector, por una parte, a los artículos sobre los diferentes principios que regulan el funcionamiento económico del aparato psíquico (Principio de constancia, Principio de inercia, Principio de placer) y, por otra, en lo referente al papel patógeno de los trastornos de la descarga, a los artículos: Neurosis actual y Estancamiento de la libido.

DESEO

= *Al.*: Wunsch (a veces Begierde o Lust). — *Fr.*: désir. — *Ing.*: wish. — *It.*: desiderio. — *Por.*: deseo.

En la concepción dinámica freudiana, uno de los polos del conflicto defensivo: el deseo inconsciente tiende a realizarse restableciendo, según las leyes del proceso primario, los signos ligados a las primeras experiencias de satisfacción. El psicoanálisis ha mostrado, basándose en el modelo del sueño, cómo el deseo se encuentra también en los síntomas en forma de una transacción.

En toda concepción del hombre existen algunas nociones que son demasiado fundamentales para poder ser bien delimitadas; tal es indiscutiblemente el caso del deseo en la doctrina freudiana. Nos limitaremos aquí a efectuar algunas observaciones relativas a la terminología.

1.º Ante todo señalemos que la palabra *deseo* no corresponde exactamente al término alemán *Wunsch* o al término inglés *wish*. *Wunsch* designa más bien el anhelo, el voto formulado, mientras que la palabra *deseo* evoca más bien un movimiento de concupiscencia o de codicia que en alemán se expresa por *Begierde* o incluso por *Lust*.

2.º En la teoría de los sueños se aprecia, con la máxima claridad, lo que entiende Freud por *Wunsch*, permitiendo diferenciarlo de algunos conceptos afines.

La definición más elaborada es la que se refiere a la experiencia de satisfacción, a continuación de la cual «[...] la imagen mnémica de una determinada percepción permanece asociada a la huella mnémica de la excitación resultante de la necesidad. Al presentarse de nuevo esta nece-

sidad, se producirá, en virtud de la ligazón establecida, una moción psíquica dirigida a recargar la imagen mnémica de dicha percepción e incluso a evocar ésta, es decir, a restablecer la situación de la primera satisfacción: tal moción es la que nosotros llamamos deseo; la reaparición de la percepción es el «cumplimiento de deseo» (1 a). Esta definición obliga a efectuar las siguientes observaciones:

a) Freud no identifica necesidad con deseo: la necesidad, nacida de un estado de tensión interna, encuentra su satisfacción (*Befriedigung*) por la acción específica* que procura el objeto adecuado (por ejemplo, alimento); el deseo se halla indisolublemente ligado a «huellas mnémicas» y encuentra su realización (*Erfüllung*) en la reproducción alucinatoria de las percepciones que se han convertido en signos de esta satisfacción (véase: Identidad de percepción). Con todo, esta diferencia no siempre se halla tan claramente afirmada en la terminología de Freud: en algunos trabajos de encuentra la palabra compuesta *Wunschbefriedigung*.

b) La búsqueda del objeto en la realidad se halla totalmente orientada por esta relación con signos. La disposición de estos signos constituye la fantasía*, corrolato del deseo.

c) La concepción freudiana del deseo se refiere fundamentalmente al deseo inconsciente, ligado a signos infantiles indestructibles. Observemos, sin embargo, que el uso hecho por Freud de la palabra *deseo* no siempre fue tan riguroso como el que se desprende de la definición anteriormente citada; así, habla de deseo de dormir, de deseo preconscious e incluso, en ocasiones, formula el resultado del conflicto como el compromiso entre «[...] dos cumplimientos de deseos opuestos, cada uno de los cuales tiene su fuente en un sistema psíquico distinto» (1 b).

J. Lacan se ha dedicado a centrar de nuevo los descubrimientos freudianos en torno a la noción de deseo y a volver a colocar este concepto en el primer plano de la teoría analítica. Dentro de esta perspectiva, se ha visto inducido a diferenciarlo de conceptos tales como el de necesidad y el de demanda, con los que a menudo se confunde.

La necesidad se dirige a un objeto específico, con el cual se satisface. La demanda es formulada y se dirige a otro; aunque todavía se refiere a un objeto, esto es para ella inesencial por cuanto la demanda articulada es, en el fondo, demanda de amor.

El deseo nace de la separación entre necesidad y demanda; es irreductible a la necesidad, puesto que en su origen no es relación con un objeto real, independiente del sujeto, sino con la fantasía; es irreductible a la demanda, por cuanto intenta imponerse sin tener en cuenta el lenguaje y el inconsciente del otro, y exige ser reconocido absolutamente por él (2).

DESPLAZAMIENTO

= *Al.*: Verschiebung. — *Fr.*: déplacement. — *Ing.*: displacement. — *It.*: spostamento. — *Por.*: deslucamento.

Consiste en que el acento, el interés, la intensidad de una representación puede desprenderse de ésta para pasar a otras representaciones originalmente poco intensas, aunque ligadas a la primera por una cadena asociativa.

Este fenómeno, que se observa especialmente en el análisis de los sueños, se encuentra también en la formación de los síntomas psiconeuróticos y, de un modo general, en toda formación del Inconsciente.

La teoría psicoanalítica del desplazamiento recurre a la hipótesis económica de una energía de catexis susceptible de desligarse de las representaciones y deslizarse a lo largo de las vías asociativas.

El «libre» desplazamiento de esta energía constituye una de las principales características del proceso primario, que rige el funcionamiento del sistema inconsciente.

El concepto de desplazamiento aparece ya en los comienzos de la teoría freudiana de las neurosis (1): va unido a la comprobación clínica de una independencia relativa entre el afecto y la representación, y a la hipótesis económica que intenta explicarla: la de una energía de catexis «[...] que puede aumentarse, disminuirse, desplazarse, descargarse» (2 a) (véase: Económico; Quantum o suma de afecto).

Esta hipótesis fue plenamente desarrollada en el modelo que dio Freud del funcionamiento del «aparato neuronal» en su *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*, 1895): la «cantidad» se desplaza a lo largo de las vías que forman las neuronas, las cuales, según el «principio de inercia neuronal», tienden a descargarse totalmente. El proceso «total o primario» se caracteriza por un desplazamiento de la totalidad de la energía de una representación a otra. Así, en la formación de un síntoma, de un «símbolo mnémico» de tipo histérico: «[...] lo único que se modifica es la distribución [de la cantidad]. Algo se ha añadido a [la representación] A, que ha sido retirado de B. El proceso patológico constituye un desplazamiento, similar al que hemos reconocido en el sueño, es decir, un proceso primario» (3 a).

En el proceso secundario* encontramos también el desplazamiento, pero limitado en su recorrido y afectando únicamente a pequeñas cantidades de energía (3 b).

Desde el punto de vista psicológico, se observa en Freud una aparente oscilación en cuanto a la extensión que debe concederse a la noción de desplazamiento. Unas veces contrapone el desplazamiento, fenómeno que se produce entre representaciones y caracteriza especialmente la neurosis obsesiva (formación de un substitutivo por desplazamiento: *Verschiebungersatz*), a la conversión, en la cual el afecto queda eliminado y la energía de catexis cambia de registro, pasando del ámbito de las representaciones al ámbito somático (2 b). Otras veces el desplazamiento parece ser característico de toda formación de síntomas, en la que la satisfacción puede quedar «[...] limitada, por un desplazamiento extremo, a un pequeño detalle de todo el complejo libidinal» (4 a). En este sentido, la propia conversión implica también un desplazamiento, por

ejemplo, el desplazamiento del placer genital a otra zona corporal (4 b).

2.º El desplazamiento fue puesto especialmente en evidencia por Freud en el sueño. En efecto, la comparación entre el contenido manifiesto y los pensamientos latentes del sueño pone de manifiesto una diferencia de centralización: los elementos más importantes del contenido latente se representan por detalles mínimos, que pueden ser, ora hechos recientes y a menudo indiferentes, ora hechos antiguos sobre los cuales ya se había producido un desplazamiento durante la infancia. Dentro de este enfoque descriptivo, Freud se vio inducido a distinguir sueños que comportan un desplazamiento y sueños que no lo comportan (5 a). En estos últimos, «[...] los diversos elementos pueden mantenerse, durante el trabajo del sueño, aproximadamente en el mismo lugar que ocupan en los pensamientos del sueño» (5 b). Tal distinción sorprende si se quiere mantener, con Freud, la afirmación de que el libre desplazamiento constituye un modo de funcionamiento específico de los procesos inconscientes. Freud no niega que puedan producirse desplazamientos en cada uno de los elementos del sueño; pero en *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900), utiliza casi siempre el término «transferencia» para designar, de un modo general, el paso de la energía psíquica de una representación a otra, mientras que denomina desplazamiento más bien un fenómeno sorprendente desde el punto de vista descriptivo, más acentuado en unos sueños que en otros, y que puede conducir a un descentramiento de toda la explicación del sueño: la «transmutación de los valores psíquicos» (6).

En el análisis de los sueños, el desplazamiento se halla estrechamente ligado a los restantes mecanismos del trabajo del sueño: en efecto, favorece la condensación* en la medida en que el desplazamiento a lo largo de dos cadenas asociativas conduce a representaciones o a expresiones verbales que constituyen puntos de entrecruzamiento. La consideración a la representabilidad* resulta facilitada cuando, en virtud del desplazamiento, se pasa de una idea abstracta a un equivalente susceptible de ser visualizado; el interés psíquico se traduce entonces en intensidad sensorial. Finalmente, la elaboración secundaria* continúa el trabajo del desplazamiento, subordinándolo a su propia finalidad.

En las diversas formaciones en que el analista descubre el desplazamiento, éste posee una función defensiva evidente: así, por ejemplo, en una fobia, el desplazamiento sobre el objeto fóbico permite objetivar, localizar y circunscribir la angustia. En el sueño, su relación con la censura es tal que puede aparecer como un efecto de ésta: «*Is fecit, cui prodest*. Podemos admitir que el desplazamiento del sueño se produce por la influencia de [la] censura, de la defensa endopsíquica» (5 c). Pero, en esencia, el desplazamiento, en tanto puede concebirse como ejerciéndose libremente, constituye el indicador más seguro del proceso primario: «[En el inconsciente] reina una movilidad mucho mayor de las intensidades de catexis. Por el proceso del *desplazamiento*, una representación puede ceder a otra todo el quantum de su catexis [...]» (7). Estas dos tesis no son contradictorias: la censura sólo *provoca* el desplazamiento en la medida en que reprime ciertas representaciones precon-

cientes, las cuales, atraídas al inconsciente, se hallan regidas entonces por las leyes del proceso primario. La censura *utiliza* el mecanismo del desplazamiento al conceder notable importancia a representaciones indiferentes, actuales o susceptibles de integrarse en contextos asociativos muy alejados del conflicto defensivo.

El término «desplazamiento» no implica, en Freud, el privilegio por un determinado tipo de ligazón asociativa, a lo largo de la que se efectúa aquél: asociación por contigüidad o por semejanza. El lingüista Roman Jakobson relacionó los mecanismos inconscientes descritos por Freud con los procedimientos retóricos de la metáfora y la metonimia, que considera como los dos polos fundamentales de todo lenguaje; así, relaciona el desplazamiento con la metonimia, en la que interviene la ligazón por contigüidad, mientras que el simbolismo correspondería a la dimensión metafórica, en la que impera la asociación por semejanza (8). J. Lacan, recogiendo y desarrollando estas indicaciones, asimila el desplazamiento a la metonimia y la condensación a la metáfora (9); el deseo humano se halla fundamentalmente estructurado por las leyes del inconsciente y constituido como metonimia.

DINAMICO (adj.)

= *Al.*: dynamisch. — *Fr.*: dynamique. — *Ing.*: dynamic. — *It.*: dinamico. — *Por.*: dinámico.

Califica un punto de vista que considera los fenómenos psíquicos como resultantes del conflicto y de la composición de fuerzas que ejercen un determinado empuje siendo éstas, en último término, de origen pulsional.

Frecuentemente se ha subrayado que el psicoanálisis había reemplazado la concepción llamada estática del inconsciente por una concepción dinámica. El propio Freud hizo observar que la diferencia entre su concepción y la de Janet podía expresarse del siguiente modo: «Nosotros no atribuimos la escisión del psiquismo a una incapacidad innata del aparato psíquico para la síntesis, sino que la explicamos dinámicamente por el conflicto de fuerzas psíquicas opuestas, reconociendo en ella el resultado de una lucha activa entre dos grupos psíquicos entre sí» (1). La «escisión» que aquí se trata es la existente entre el consciente-preconsciente y el inconsciente, pero, como puede verse, esta distinción «tópica», en lugar de explicar el trastorno, presupone la existencia de un conflicto psíquico. La originalidad de la concepción freudiana se ilustra en el ejemplo de la neurosis obsesiva: los síntomas del tipo de la inhibición, de la duda, de la abulia, los relaciona Janet directamente con una insuficiencia de la síntesis mental, con una astenia psíquica o «psicastenia», mientras que, para Freud, son únicamente el resultado de una interacción de fuerzas opuestas. La orientación dinámica no sólo implica la consideración del concepto de fuerza (cosa que ya hizo Janet), sino también la idea de que, dentro del psiquismo, las fuerzas entran necesariamente en conflicto unas con otras, siendo el origen de este conflicto psíquico (*véase esta palabra*), en último análisis, un dualismo pulsional.

En los textos de Freud, el adjetivo «dinámico» sirve para calificar especialmente el inconsciente, por cuanto éste ejerce una acción permanente, que obliga a que una fuerza contraria, asimismo permanente, le impida el acceso a la conciencia. Clínicamente este carácter dinámico se comprueba tanto por la resistencia* hallada para acceder en el inconsciente como por la producción repetida de derivados* de lo reprimido.

El carácter dinámico viene ilustrado también por la noción de formaciones transaccionales*, cuyo análisis muestra que deben su consistencia al hecho de que «son mantenidas simultáneamente desde dos lados».

Es por esto que Freud distingue dos acepciones del concepto de inconsciente*: en sentido «descriptivo», inconsciente designa lo que se halla fuera del campo de la conciencia y, por tanto, engloba también lo que Freud llama preconscious*; en sentido «dinámico» «[...] no designa las ideas latentes en general, sino de un modo especial aquellas ideas que poseen cierto carácter dinámico y que permanecen apartadas de la conciencia a pesar de su intensidad y actividad» (2).

E

ECONÓMICO (adj.)

= *Al.*: ökonomisch. — *Fr.*: économique. — *Ing.*: economic. — *It.*: economico. — *Por.*: económico.

Califica todo lo relacionado con la hipótesis según la cual los procesos psíquicos consisten en la circulación y distribución de una energía cuantificable (energía pulsional), es decir, susceptible de aumento, de disminución y de equivalencias.

1) De modo general, se habla en psicoanálisis de «punto de vista económico». Así, Freud define la metapsicología* por la síntesis de tres puntos de vista: dinámica, tópica y económica, entendiendo por esta última «[...] la tentativa de conocer el destino de las cantidades de excitación y de lograr al menos cierta estimación *relativa* de su magnitud» (1). El enfoque económico consiste en considerar las catexis* en su movilidad, sus cambios de intensidad, las oposiciones que se establecen entre ellas (concepto de contracatexis), etc. A lo largo de toda la obra de Freud se encuentran consideraciones económicas; para él no sería posible una descripción completa de un proceso psíquico sin apreciar la economía de las catexis.

Esta exigencia del pensamiento freudiano se debe, por una parte, a un espíritu científico y un aparato conceptual impregnados de nociones energéticas, y, por otra parte, a la experiencia clínica, que impone a Freud desde un principio cierto número de hechos que cree poder explicar únicamente utilizando un lenguaje económico. Por ejemplo: carácter irrepresible del síntoma neurótico (que a menudo se traduce en el lenguaje del paciente por expresiones como: «es más fuerte que yo»), desencadenamiento de trastornos de tipo neurótico consecutivos a perturbaciones de la descarga sexual (neurosis actuales*); y, a la inversa, alivio y desaparición de los trastornos cuando el sujeto logra, durante la cura, liberarse (catarsis*) de los afectos «arrinconados» en él (abreacción*); separación, efectivamente comprobada en el síntoma y en el curso del tratamiento, de la representación y del afecto que en princi-

pio se hallaba ligado a ésta (conversión*, represión*, etc.); descubrimiento de cadenas de asociaciones entre una determinada representación, que provoca muy escasa o nula reacción afectiva, y otra aparentemente anodina, pero que provoca dicha reacción: este último hecho sugiere la hipótesis de una verdadera carga afectiva que se desplaza de un elemento a otro, a lo largo de una vía de conducción.

Tales hechos se encuentran en el origen de los primeros modelos elaborados por Breuer en sus *Consideraciones teóricas (Estudios sobre la histeria [Studien über Hysterie], 1895)* y por Freud (*Proyecto de psicología científica [Entwurf einer Psychologie], 1895*), construido enteramente sobre el concepto de una cantidad de excitación que se desplazaría a lo largo de cadenas neuronales; capítulo VII de *La interpretación de los sueños (Die Traumdeutung, 1900)*.

Más tarde, toda otra serie de comprobaciones clínicas y terapéuticas vinieron a reforzar la hipótesis económica, como por ejemplo:

a) el estudio de estados, como el duelo o las neurosis narcisistas*, que imponen la idea de un verdadero *equilibrio energético* entre las diferentes catexis del sujeto, de tal forma que existe una correlación entre el desapego hacia el mundo exterior y el aumento de la catexis asociada a las formaciones intrapsíquicas (véase: Narcisismo; Libido del yo — libido objetal; Trabajo del duelo);

b) el interés concedido a las neurosis de guerra y, en general, a las neurosis traumáticas*, en las que los trastornos parecen provocados por un choque *demasiado intenso*, una afluencia de *excitación excesiva* con respecto a la tolerancia del sujeto;

c) los límites de eficacia de la interpretación y, de un modo más general, de la acción terapéutica en determinados casos rebeldes, que obligan a pensar en la *fuerza respectiva* de las instancias* que intervienen, y en especial la fuerza, constitucional o actual, de las pulsiones.

2) La hipótesis económica se halla constantemente presente en la teoría freudiana, traducéndose por un conjunto de conceptos: la idea «*princeps*» parece ser la de un *aparato* (al principio calificado de neuronal, y más tarde definitivamente de psíquico), cuya función consistiría en mantener a un nivel lo más bajo posible la energía que por él circula (véase: Principio de constancia; Principio de placer). Este aparato realiza cierto *trabajo*, descrito por Freud de diversas formas: transformación de la energía libre en energía ligada*, aplazamiento de la descarga, *elaboración* psíquica de las excitaciones, etc. Esta elaboración supone la distinción entre representación y *quantum de afecto** o *suma de excitación*, pudiendo ésta circular a lo largo de cadenas asociativas, cargar una determinada representación o complejo representativo, etc. De donde el aspecto económico que desde un principio poseyeron los conceptos de *desplazamiento** y de *condensación**.

El aparato psíquico recibe excitaciones de origen externo o interno; estas últimas (pulsiones) ejercen un empuje constante, que constituye una «*exigencia de trabajo*». De un modo general, todo el funcionamiento

del aparato puede describirse en términos económicos como un juego de catexis, retiro de la catexis, contracatexis y sobrecatexis.

La hipótesis económica se halla en estrecha relación con los otros puntos de vista metapsicológicos: tópica* y dinámica*. En efecto, Freud define cada una de las instancias del aparato por una modalidad específica de circulación de la energía: así, dentro de su primera teoría del aparato psíquico, establece la existencia de una energía libre del sistema *Ics*, una energía ligada del sistema *Pcs*, y una energía móvil de sobrecatexis para la conciencia.

Asimismo el concepto dinámico de conflicto psíquico implica, según Freud, el tomar en consideración las relaciones entre las fuerzas presentes (fuerza de las pulsiones, del yo, del superyó). La importancia del «factor cuantitativo», tanto en la etiología de la enfermedad como en el resultado terapéutico, queda subrayado con especial claridad en *Análisis terminable e interminable* (*Die endliche und die unendliche Analyse*, 1937).

El punto de vista económico se considera a menudo como el aspecto más hipotético de la metapsicología freudiana: ¿qué es esta energía constantemente invocada por los psicoanalistas? Sobre este punto haremos algunas observaciones:

1) Las ciencias físicas tampoco se pronuncian sobre la naturaleza última de las magnitudes cuyas variaciones, transformaciones y equivalencias estudian. Se contentan con definir las por sus efectos (por ejemplo, la fuerza es lo que produce un determinado trabajo), y compararlas entre sí (una fuerza se mide por medio de otra, o más bien se comparan entre sí sus efectos). A este respecto, la posición de Freud no constituye una excepción: define el empuje de la pulsión como «[...] la cantidad de exigencia de trabajo que impone al psiquismo» (2) y reconoce de buen grado «[...] que nada sabemos acerca de la naturaleza del proceso de excitación en los elementos de los sistemas psíquicos y no nos creemos autorizados a establecer ninguna hipótesis a este respecto. Siempre operamos, pues, con una gran X, que trasladamos a cada nueva fórmula» (3).

2) Asimismo Freud sólo recurre a la hipótesis de una energía como substrato de las transformaciones que parecen deducirse de numerosos hechos de experiencia. La libido o energía de las pulsiones sexuales le interesa en la medida en que puede explicar los cambios del deseo sexual en cuanto al objeto, al fin, a la fuente de la excitación. Así, un sintoma moviliza cierta cantidad de energía, lo que tiene como contrapartida un empobrecimiento a nivel de otras actividades; el narcisismo o catexis libidinal del yo se refuerza a expensas de la catexis de los objetos, etc.

Freud llegó incluso a pensar que esta magnitud cuantitativa podría, en rigor, ser objeto de medición y que quizá lo fuera en el futuro.

3) Si se intenta precisar el tipo de hechos que pretende explicar el punto de vista económico, se puede pensar que lo que Freud interpreta con el lenguaje de la Física es lo que, desde una perspectiva menos alejada de la experiencia, podría describirse como el mundo de los «valo-

res». D. Lagache insiste en la idea, de inspiración fundamentalmente fenomenológica, según la cual el organismo estructura su ambiente e incluso su percepción de los objetos, en función de sus intereses vitales, valorizando dentro de su medio un determinado objeto, campo o diferencia perceptiva (concepto de *Umwelt*); en todo organismo se halla presente la dimensión axiológica, a condición de no limitar el concepto de valor al terreno moral, estético o lógico, en que los valores se definen por su irreductibilidad al orden de los hechos, su universalidad de derecho, su exigencia categórica de realización, etc. Es así como el objeto catectizado por la pulsión oral se considera como debiendo-ser-absorbido, como un valor-alimento. El objeto fóbico no es solamente rehuido, sino que es un «debiendo-ser-evitado» en torno al cual se organiza una determinada estructura espacio-temporal.

Conviene señalar, no obstante, que tal enfoque sólo podría recoger todo el contenido de la hipótesis económica a condición de concebir los «valores» en juego como susceptibles de intercambiarse por otros, de desplazarse, de equipararse dentro de un sistema en el que la «cantidad de valor» a disposición del sujeto sería limitada. Se observará que Freud considera menos el aspecto económico en el ámbito de las pulsiones de autoconservación (en el que los intereses, los apetitos, los objetos-valores son, en cambio, manifiestos) que en el de las pulsiones sexuales, capaces de encontrar su satisfacción en objetos muy alejados del objeto natural. Lo que Freud designa por economía libidinal es precisamente la *circulación* de valor que tiene lugar en el interior del aparato psíquico, casi siempre con un desconocimiento que impide al sujeto percibir la satisfacción sexual en el sufrimiento del síntoma.

EGOÍSMO

= *Al.*: Egoismus. — *Fr.*: égoïsme. — *Ing.*: egoism. — *It.*: egoismo. — *Por.*: egoismo.

Interés del yo por sí mismo.

En un principio el término «egoísmo» sirvió a Freud para caracterizar los sueños; éstos son calificados de «egoístas» en el sentido de que «[...] el querido yo aparece en todos ellos» (1 a). Esto no significa que en un sueño no puedan aparecer los sentimientos más «desinteresados», sino que el yo del que sueña se halla siempre presente en persona o por identificación (1 b).

La introducción del narcisismo* conduce a Freud a diferenciarlo conceptualmente del egoísmo: el narcisismo es «[...] el complemento libidinal del egoísmo» (2). Se confunden con frecuencia, aunque no necesariamente. Esta distinción se basa en la existente entre pulsiones sexuales y pulsiones del yo*: el egoísmo o «interés por el yo» (*Ichinteresse*) (véase: Interés) se define como una catexis por las pulsiones del yo, y el narcisismo como catexis del yo por las pulsiones sexuales.

ELABORACIÓN PSÍQUICA

= *Al.*: psychische Verarbeitung (o *Bearbeitung*, o *Ausarbeitung*, o *Aufarbeitung*). — *Fr.*: élaboration psychique. — *Ing.*: psychical working over, o out. — *It.*: elaborazione psichica. — *Por.*: elaboração psíquica.

A) Término utilizado por Freud para designar, en diversos contextos, el trabajo realizado por el aparato psíquico con vistas a controlar las excitaciones que le llegan y cuya acumulación ofrece el peligro de resultar patógena. Este trabajo consiste en integrar las excitaciones en el psiquismo y establecer entre ellas conexiones asociativas.

B) La palabra elaboración se utiliza a menudo por los traductores como equivalente del alemán *Durcharbeiten* o del inglés *working through*. En esta acepción preferimos el término *trabajo elaborativo*.

La misma palabra *Arbeit* (trabajo) se encuentra en varias expresiones de Freud, como *Traumarbeit* (trabajo del sueño), *Trauerarbeit* (trabajo del duelo), *Durcharbeiten* (trabajo elaborativo), y en diferentes términos como *Verarbeitung*, *Bearbeitung*, *Ausarbeitung*, *Aufarbeitung*, traducidos por elaboración. Hay aquí una utilización original de la noción de trabajo, aplicado a operaciones intrapsíquicas. Este se comprende si se relaciona con la concepción freudiana de un aparato psíquico* que transforma y transmite la energía que recibe, definiéndose la pulsión, desde este punto de vista, como «cantidad de trabajo exigido al psiquismo» (1).

En sentido muy amplio, elaboración psíquica podría designar el conjunto de las operaciones de este aparato; pero el uso que hace Freud de esta expresión parece más específico: la elaboración psíquica consiste en una transformación de la cantidad de energía, que permite controlarla, derivándola o ligándola.

Freud y Breuer encontraron este término en Charcot, quien, refiriéndose al paciente histérico, hablaba de un período de elaboración psíquica entre el traumatismo y la aparición de los síntomas (2). Pero, al recoger este término en su teoría de la histeria, desde el punto de vista de la etiología y de la cura, Breuer y Freud lo hacen desde otra perspectiva. Normalmente el efecto traumático de un acontecimiento se liquida, bien por abreacción*, bien por integración «en el gran complejo de las asociaciones» (3), que ejerce así una acción correctora. En el histérico, diversas condiciones (véase: Histeria hipnoide; Histeria de defensa) impiden tal liquidación; no existe elaboración asociativa (*Verarbeitung*): el recuerdo del trauma persiste en estado de «grupo psíquico separado». La eficacia de la cura proviene del establecimiento de conexiones asociativas que permiten la liquidación progresiva del trauma (véase: Catarsis).

Igualmente se utiliza el término «elaboración» en la teoría de las neurosis actuales: la ausencia de elaboración psíquica de la tensión sexual somática conduce a la derivación directa de ésta en síntomas. El mecanismo se asemeja al de la histeria (4), pero el defecto de elaboración es más radical: «[...] la tensión sexual se transforma en angustia en todos aquellos casos en que, a pesar de producirse con intensidad, no experimenta la elaboración psíquica que la transformaría en afecto» (5).

En *Introducción al narcisismo* (*Zur Einführung des Narzissmus*, 1914) Freud prosigue y desarrolla la idea de que la ausencia o las insuficiencias de elaboración psíquicas son las que, provocando un estancamiento* de la libido, se hallan, según diversas modalidades, en el origen de la neurosis y de la psicosis.

Relacionando los empleos que hace Freud del concepto de elaboración psíquica en la teoría de la histeria y en la de las neurosis actuales, podríamos distinguir dos aspectos: 1.º, la transformación de la cantidad física en cualidad psíquica; 2.º, el establecimiento de vías asociativas que supone como condición previa esta transformación.

Tal distinción es sugerida también en *Introducción al narcisismo*, donde Freud sitúa en la raíz de toda psiconeurosis una neurosis actual, admitiendo, por consiguiente, dos estadios sucesivos del estancamiento de la libido y de la elaboración psíquica.

Así, pues, la noción de elaboración permitiría articular el registro económico con el registro simbólico del freudismo. Para la discusión de este problema, remitimos al lector a nuestro comentario del artículo: *Ligazón* (*Bindung*).

Hagamos observar, finalmente, que se impone un paralelismo entre elaboración y trabajo elaborativo: existe una analogía entre el trabajo de la cura y el modo de funcionamiento espontáneo del aparato psíquico.

ELABORACIÓN SECUNDARIA

= *Al.*: sekundäre Bearbeitung. — *Fr.*: élaboration secondaire. — *Ing.*: secondary revision (o elaboration). — *It.*: elaborazione secondaria. — *Por.*: elaboração secundária.

Recomposición del sueño destinada a presentarlo en forma de un guión relativamente coherente y comprensible.

Substraer al sueño su apariencia de absurdidad e incoherencia, cubrir las lagunas, efectuar una recomposición parcial o total de sus elementos, mediante selección y añadiduras, intentar crear algo parecido a un sueño diurno (*Tagtraum*), en esto consiste esencialmente lo que Freud llamó elaboración secundaria o también «consideración de la representabilidad» (*Rücksicht auf Verständlichkeit*).

Constituye, como su nombre (*Bearbeitung*) indica, un segundo tiempo del trabajo (*Arbeit*) del sueño; actúa, por consiguiente, sobre los productos ya elaborados por los restantes mecanismos (condensación, desplazamiento, representabilidad). Con todo, Freud considera que esta elaboración secundaria no se ejerce sobre formaciones que recompondría con posterioridad; por el contrario «[...] ejerce desde el principio [...] una influencia inductora y selectiva sobre la materia de los pensamientos del sueño» (1). Esto hace que el trabajo del sueño utilice de preferencia ensueños ya contruidos (véase: *Fantasía*).

Siendo la elaboración secundaria un efecto de la censura (de la cual dice Freud a este respecto que no tiene sólo una función negativa, sino

que puede producir añadiduras), actuará sobre todo cuando el sujeto durmiente se aproxima al estado de vigilia y *a fortiori* cuando narra su sueño. Pero, de hecho, coexiste en cada momento del sueño.

En *Tótem y tabú* (*Totem und Tabu*, 1912), Freud relaciona la elaboración secundaria con la formación de ciertos sistemas de pensamiento. «Es inherente al ser humano una función intelectual que exige, de todos los materiales que se presentan a nuestra percepción o a nuestro pensamiento, unificación, coherencia e inteligibilidad; y no teme establecer relaciones inexactas cuando, por ciertas circunstancias, es incapaz de captar las relaciones correctas. Conocemos algunos sistemas característicos, no solamente del sueño, sino también de las fobias, el pensamiento obsesivo y las diferentes formas del delirio. En las enfermedades delirantes (la paranoia), el sistema es lo más manifiesto, domina el cuadro morboso, pero no debe ser pasado por alto en las restantes formas de psiconeurosis. En todos estos casos, puede mostrarse que se ha efectuado una recomposición del material psíquico en función de un nuevo fin, recomposición que a menudo es básicamente forzada, pero que resulta comprensible si nos situamos en el punto de vista del sistema» (2). En este sentido la elaboración secundaria puede relacionarse con la racionalización*.

ELECCIÓN DE LA NEUROSIS

= *Al.*: Neurosenwahl. — *Fr.*: choix de la névrose. — *Ing.*: choice of neurosis. — *It.*: scelta della nevrosi. — *Por.*: escolha da neurose.

Conjunto de procesos mediante los cuales un sujeto se ve inducido a la formación de un determinado tipo de psiconeurosis en lugar de otro tipo.

El problema planteado por la expresión «elección de la neurosis» se halla en el propio fundamento de una psicopatología analítica: ¿cómo y por qué procesos generales que explican la formación de la neurosis (por ejemplo, el conflicto defensivo) se especifican en organizaciones neuróticas lo bastante diferenciadas para que pueda establecerse una nosografía?

Este problema preocupó a Freud a todo lo largo de su obra, y es inseparable del esclarecimiento profundo de la estructura neurótica. La respuesta de Freud a esta cuestión ha variado; escaparía a los límites de la presente obra el intentar exponer aquí la historia de esta evolución, que implica la de los conceptos de trauma, fijación, predisposición, desigualdad de evolución entre la libido y el yo, etc.

Limitándonos al aspecto terminológico del problema, cabe preguntarse por qué Freud utilizó y conservó el término «elección» (1). Evidentemente esta palabra no hace referencia a una concepción intelectualista, que supondría que, entre diferentes posibilidades igualmente presentes, se elige una de ellas; por lo demás, lo mismo puede decirse de la *elección de objeto* (*Objektwahl*). Con todo, no es indiferente el hecho de que, en una concepción que reivindica un determinismo absoluto, aparezca este término que sugiere que es necesario un acto del

sujeto para que los diferentes factores históricos y constitucionales evidenciados por el psicoanálisis adquieran su sentido y su valor motivante.

ELECCIÓN DE OBJETO U OBJETAL

= *Al.*: Objektwahl. — *Fr.*: choix d'objet (o choix objectal). — *Ing.*: object-choice. — *It.*: scelta d'oggetto. — *Por.*: escolha de objeto u objetal.

Acto de elegir a una persona o un tipo de persona como objeto de amor.

Se distingue una elección de objeto infantil y una elección de objeto puberal; la primera marca el camino para la segunda.

Según Freud, la elección de objeto se efectúa según dos modalidades principales: el tipo de elección de objeto por apoyo y el tipo de elección de objeto narcisista.

Freud introdujo la expresión «elección» de objeto en los *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905); ha seguido siendo de uso corriente en psicoanálisis.

Objeto (véase esta palabra) debe tomarse aquí en el sentido de objeto de amor.

En cuanto a la palabra «elección», no debe tomarse en un sentido intelectualista (elección entre diversas posibilidades igualmente presentes), como tampoco en la expresión «elección de la neurosis»*. Evoca lo que puede existir de irreversible y determinante en la elección por el sujeto, en un momento decisivo de su historia, de su tipo de objeto amoroso. En los *Tres ensayos* Freud habla también de *Objektfindung* (descubrimiento o hallazgo del objeto).

Observemos que la expresión «elección de objeto» se emplea para designar, ora la elección de una persona determinada (ejemplo: «su elección de objeto recae sobre su padre»), ora la elección de cierto tipo de objeto (ejemplo: «elección de objeto homosexual»).

Es sabido que la evolución de las concepciones de Freud acerca de las relaciones entre la sexualidad infantil y la sexualidad postpuberal le condujo a aproximarlas cada vez más, hasta admitir la existencia de una «plena elección de objeto» desde la infancia (α).

En *Introducción al narcisismo* (*Zur Einführung des Narzissmus*, 1914), Freud refirió la diversidad de elecciones de objeto a dos grandes tipos: por apoyo y narcisista (véanse estos términos).

(*) Véase el resumen efectuado por Freud de esta evolución al principio de *La organización genital infantil* (*Die infantile Genitalorganisation*, 1923) (1), así como nuestros artículos: Fase genital, Organización, Fase fálica.

ELECCIÓN OBJETAL POR APOYO O ANACLÍTICA

= *Al.*: Anlehnungstypus der Objektwahl. — *Fr.*: choix d'objet par étayage. — *Ing.*: anaclitic type of object-choice. — *It.*: tipo anaclítico (o per appoggio) di scelta d'oggetto. — *Por.*: escolha anaclítica de objeto.

Tipo de elección de objeto en el que el objeto de amor se elige sobre el modelo de las figuras parentales, en tanto que éstas aseguran al niño alimento, cuida-

dos y protección. Tiene su fundamento en el hecho de que originariamente las pulsiones sexuales se apoyan en las pulsiones de autoconservación.

Con respecto a la traducción de *Anlehnungstypus der Objektwahl* por elección objetal por apoyo o anaclítica, remitimos al lector al artículo «*Anaclítico*», donde hallará algunas consideraciones terminológicas.

En *Introducción al narcisismo* (*Zur Einführung des Narzissmus*, 1914), Freud habla de un «tipo de elección objetal por apoyo», oponiéndolo al tipo de elección objetal narcisista*.

En este texto Freud aporta esencialmente la idea de la existencia de dos tipos fundamentales de elección de objeto amoroso, y la descripción de la elección objetal narcisista. Pero la descripción del otro tipo de elección objetal ya había sido efectuada en los *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905), en relación con la teoría general del apoyo* que aquélla presupone. Freud mostraba cómo, originariamente, las primeras satisfacciones sexuales aparecían con ocasión del funcionamiento de los aparatos que sirven para la conservación de la vida, y cómo, de este apoyo original, resulta que las funciones de autoconservación señalan un primer objeto a la sexualidad: el pecho materno. Más tarde «[...] el niño aprende a amar a otras personas que le ayudan en su estado de desamparo y que satisfacen sus necesidades; y este amor se forma sobre el modelo y como prolongación de las relaciones con la madre nodriza durante el período de la lactancia» (1). Es esto lo que orienta la elección de objeto postpuberal, la cual se produce siempre, según Freud, apoyándose más o menos estrechamente sobre las imágenes de figuras parentales. Como dirá Freud en *Introducción al narcisismo*, «se ama [...] según el tipo de elección objetal por apoyo: a) a la mujer que alimenta; b) al hombre que protege, y a las series de personas substitutivas que de ellos parten» (2 a).

Como puede verse, el concepto de elección objetal por apoyo implica a la vez, a nivel de las pulsiones, el apoyo de las pulsiones sexuales* sobre las pulsiones de autoconservación* y, a nivel de los objetos, una elección amorosa en la cual «[...] las personas encargadas de la alimentación, los cuidados, la protección del niño» (2 b) proporcionan el prototipo del objeto que satisface sexualmente.

ELECCIÓN OBJETAL NARCISISTA

= *Al.*: narzisstische Objektwahl. — *Fr.*: choix d'objet narcissique. — *Ing.*: narcissistic object-choice. — *It.*: scelta d'oggetto narcisistica. — *Por.*: escolha narcisica de objeto.

Tipo de elección de objeto que se efectúa sobre el modelo de la relación del sujeto con su propia persona, y en la cual el objeto representa a la propia persona en alguno de sus aspectos.

El descubrimiento de que ciertos sujetos, especialmente los homosexuales, «[...] eligen su objeto amoroso [...] sobre el modelo de su propia persona» representa para Freud «el principal motivo que nos obliga a admitir la existencia del narcisismo» (1 a). La elección objetal narcisista

sista se opone a la elección de objeto por apoyo* en que la primera no constituye la reproducción de una relación de objeto preexistente, sino la formación de una relación de objeto sobre el modelo de la relación del sujeto consigo mismo. En sus primeras elaboraciones del concepto de narcisismo, Freud considera la elección narcisista homosexual como una etapa conducente al sujeto desde el narcisismo a la heterosexualidad: el niño elegiría primeramente un objeto cuyos órganos genitales fueran similares a los suyos (2).

Pero ya en el caso de la homosexualidad, el concepto de elección narcisista no es simple: el objeto se elige sobre el modelo del niño pequeño o del adolescente que el sujeto ha sido, y el sujeto se identifica con la madre que en otro tiempo le cuidaba (3).

En *Introducción al narcisismo* (*Zur Einführung des Narzissmus*, 1914), Freud amplía el concepto de elección narcisista y da de ella el siguiente cuadro:

«Se ama:

»[...] según el tipo narcisista:

»a) lo que uno es (sí mismo);

»b) lo que uno ha sido;

»c) lo que uno quisiera ser;

»d) a la persona que ha sido una parte de la propia persona» (1 b).

Estos apartados comprenden fenómenos muy diferentes. En los tres primeros casos, se trata de la elección de un objeto parecido a la propia persona del sujeto, pero conviene subrayar, por una parte, que lo que sirve de modelo para la elección es una imagen o un ideal, y, por otra parte, que la semejanza entre el objeto elegido y el modelo puede ser meramente parcial, reducida a algunos signos privilegiados. En el apartado d), Freud alude al amor narcisista que la madre siente por su hijo, el cual en otro tiempo ha sido parte de su propia persona. Aquí el caso es muy distinto, por cuanto el objeto elegido no es semejante a la propia unidad del sujeto, sino que le permite a éste recobrar, restablecer su unidad perdida.

En *Introducción al narcisismo* Freud opone la elección de objeto que efectúa el hombre, la cual tendría lugar casi siempre por apoyo, a la elección de objeto de la mujer, que sería más frecuentemente narcisista. Pero indica que esta oposición es meramente esquemática y que «para todo ser humano están abiertos los dos caminos conducentes a la elección de objeto» (1 c).

Así, pues, los dos tipos de elección serían puramente ideales y susceptibles de alternar entre sí o de asociarse en cada caso individual.

Sin embargo, es dudoso que se puedan oponer, incluso como tipos ideales, una elección narcisista y una elección por apoyo. Precisamente en «el pleno amor objetal del tipo anaclítico» Freud encuentra «la sorprendente sobreestimación sexual que tiene su origen en el narcisismo originario del niño, y responde por consiguiente a una transferencia de este narcisismo sobre el objeto sexual» (1 d). Y a la inversa, Freud describe el caso de esas «mujeres narcisistas» que «[...] en rigor, sólo se

aman a sí mismas, y casi tan intensamente como las ama el hombre. Su necesidad no las impulsa a amar, sino a ser amadas, y las complace el hombre que cumple esta condición» (1 c). Cabe preguntarse si en este caso, descrito como narcisista, el sujeto no tiende a reproducir la relación del niño con la madre nodriza, lo que para Freud caracteriza la elección por apoyo.

ELLO

= *Al.*: Es. — *Fr.*: ça (subst.). — *Ing.*: Id. — *It.*: es. — *Por.*: id.

Una de las tres instancias distinguidas por Freud en su segunda teoría del aparato psíquico. El ello constituye el polo pulsional de la personalidad; sus contenidos, expresión psíquica de las pulsiones, son inconscientes, en parte hereditarios e innatos, en parte reprimidos y adquiridos.

Desde el punto de vista económico, el ello es para Freud el reservorio primario de la energía psíquica; desde el punto de vista dinámico, entra en conflicto con el yo y el superyó que, desde el punto de vista genético, constituyen diferenciaciones de aquél.

El término *das Es* fue introducido en *El yo y el ello* (α) (*Das Ich und das Es*, 1923). Freud lo tomó de Georg Groddeck (β) y cita el precedente de Nietzsche, que designaba con este término «[...] lo que existe de impersonal y, por así decirlo, de necesario por naturaleza en nuestro ser» (1 a).

Freud conserva la expresión *das Es* por cuanto ilustra la idea, desarrollada por Groddeck, de que «[...] lo que llamamos nuestro yo se comporta en la vida de un modo completamente pasivo y que [...] somos "vividos" por fuerzas desconocidas e ingobernables» (1 b) (γ); esta expresión concuerda también con el lenguaje espontáneo de los pacientes en frases como «ello ha sido superior a mí, ello me ha venido de golpe, etcétera» (2).

El término «ello» es introducido con la reestructuración a que somete Freud su tópica* durante los años 1920-1923. El lugar que ocupa el ello en la segunda tópica puede considerarse aproximadamente equivalente al del sistema inconsciente* (*Ics*) en la primera tópica; esto, sin embargo, con algunas diferencias que pueden precisarse del siguiente modo:

1.ª Dejando aparte ciertos contenidos o esquemas adquiridos filogenéticamente, el inconsciente de la primera tópica coincide con lo reprimido.

En *El yo y el ello* (capítulo I), por el contrario, Freud pone de relieve el hecho de que la instancia represora (el yo) y sus operaciones defensivas son igualmente en su mayor parte inconscientes. De ahí resulta que, en lo sucesivo, el ello incluirá los mismos contenidos que anteriormente el *Ics*, pero ya no el conjunto del psiquismo inconsciente.

2.ª La reestructuración de la teoría de las pulsiones y la evolución del concepto de yo implican otra diferencia. El conflicto neurótico se había definido, en un principio, por la oposición entre pulsiones sexuales y pulsiones del yo, correspondiendo a éstas un papel primordial en la moti-

vación de la defensa (véase: Conflicto). A partir de los años 1920-1923, el grupo de pulsiones del yo pierde su autonomía y queda absorbido en la gran oposición pulsional de vida-pulsiones de muerte. El yo ya no se caracteriza por un tipo de energía pulsional específica, sino que en lo sucesivo la nueva instancia del ello incluirá, desde un principio, ambos tipos de pulsiones.

En resumen, la instancia contra la cual se ejerce la defensa ya no se define como el polo inconsciente, sino como el polo pulsional de la personalidad.

En este sentido el ello se concibe como «el gran reservorio» de la libido (δ) y, de un modo más general, de la energía pulsional (1 c, 1 d). La energía que utiliza el yo la toma de aquel fondo común, especialmente en forma de energía «desexualizada y sublimada».

3.^a Los límites de la nueva instancia, en relación con las otras instancias y con el ámbito de lo biológico, se definen de distinto modo y, en general, de forma menos clara que en la primera tópica:

a) En relación con el yo, el límite es menos tajante de lo que anteriormente lo era la frontera de la censura entre *Ics* y *Pcs-Cs*: «El yo no está netamente separado del ello; en su parte inferior, se mezcla con él. Pero lo reprimido se mezcla también con el ello, del cual es sólo una parte. Lo reprimido sólo se separa de un modo tajante del yo por las resistencias de la represión, y puede comunicar con él a través del ello» (1 e).

Esta confluencia del ello con la instancia represora afecta ante todo a la definición genética que se da de ésta, siendo el yo «[...] la parte del ello que ha sido modificada bajo la influencia directa del mundo exterior, por mediación del sistema percepción-conciencia» (1 f).

b) Tampoco el superyó es una instancia claramente autónoma; en gran parte inconsciente, «se sumerge en el ello» (3 a).

c) Finalmente, la distinción entre el ello y un substrato biológico de la pulsión es menos neta que la existente entre el inconsciente y la fuente de la pulsión: el ello está «abierto en su extremo del lado somático» (3 b). La idea de una «inscripción» de la pulsión, que venía confirmada por el concepto «representante», si bien no es francamente rechazada, por lo menos no es reafirmada.

4.^a ¿Tiene el ello un modo de organización, una estructura interna específica? El propio Freud afirmó que el ello era «un caos»: «Está lleno de una energía proveniente de las pulsiones, pero carece de organización, no ofrece ninguna voluntad general...» (3 c). Los caracteres del ello sólo se definirían en forma negativa, por oposición al modo de organización del yo.

Conviene subrayar que Freud, al referirse al ello, repite la mayoría de las propiedades que, en la primera tópica, caracterizaban el sistema *Ics* y que representan un modo positivo y original de organización: funcionamiento según el proceso primario, organización compleja, estratificación genética de las pulsiones, etc. Asimismo, el dualismo, nuevamente introducido, de las pulsiones de vida* y pulsiones de muerte*, implica que éstos se hallan organizados en forma de una oposición dia-

léctica. Así, pues, la falta de organización del ello es meramente relativa, y encuentra su sentido en la ausencia de las relaciones propias de la organización del yo. Se caracteriza ante todo por el hecho de que las «mociones (pulsionales) contradictorias coexisten, sin suprimirse ni excluirse mutuamente» (3 d). Lo que mejor caracteriza la organización del ello, como ha subrayado D. Lagache, es la ausencia de un sujeto coherente, lo que connota el pronombre neutro «ello» elegido por Freud para designarlo (4).

5.^a Finalmente, como mejor se comprende el paso del inconsciente de la primera tópica al ello de la segunda tópica es en virtud de la diferencia de *perspectivas genéticas* en las cuales se inscriben.

El inconsciente tenía su origen en la represión que, bajo su doble aspecto histórico y mítico, introducía en el psiquismo la escisión radical entre los sistemas *Ics* y *Pcs-Cs*.

Con la segunda tópica, este factor de la separación entre las instancias pierde su carácter fundamental. La génesis de las diferentes instancias se concibe más bien como una diferenciación progresiva, una emergencia de los distintos sistemas. De ahí que Freud insista tanto en la continuidad, dentro de la génesis que conduce de la necesidad biológica al ello y de éste al yo, así como al superyó. En este sentido la nueva concepción freudiana del aparato psíquico se presta, más fácilmente que la primera, a una interpretación «biologizante» o «naturalizante».

(a) En las primeras traducciones francesas, *das Es* se tradujo por *le soi*. Esta traducción se vuelve a encontrar, aunque cada vez más raramente, en algunos autores franceses; en general se reserva más bien para transcribir la palabra inglesa *self* o la alemana *das Selbst*.

(b) Groddeck era un psiquiatra alemán, próximo a los medios psicoanalíticos; escribió varias obras inspiradas en las ideas de Freud, especialmente *El libro del ello* (*Das Buch vom Es: psychoanalytische Briefe an eine Freundin*, 1923), traducido al francés con el título de *Au fond de l'homme, cela*, Gallimard, 1963.

(c) Groddeck describe del siguiente modo lo que él entiende por *das Es*: «Sostengo que el hombre está animado por lo Desconocido, una fuerza maravillosa que dirige a la vez lo que él hace y lo que le acontece. La frase "yo vivo" sólo es correcta condicionalmente; no expresa más que una parte pequeña y superficial del principio fundamental: "El hombre es vivido por el ello"» (5).

(d) Recomendamos al lector que consulte el comentario que acerca de este punto efectúan los editores de la *Standard Edition* (S. E., XIX, 63-66).

EMPUJE (DE LA PULSIÓN)

= Al.: Drang. — Fr.: poussée. — Ing.: pressure. — It.: spinta. — Por.: pressão.

Factor cuantitativo variable que afecta a cada pulsión y que, en último análisis, explica la acción desencadenada para obtener la satisfacción; incluso cuando la satisfacción es pasiva (ser visto, ser pegado), la pulsión, en la medida que ejerce un «empuje», es activa.

En el análisis de la noción de pulsión que se encuentra al principio del trabajo *Las pulsiones y sus destinos* (*Triebe und Triebchicksale*,

1915), Freud define, además de la fuente, el objeto y el fin, el empuje de la pulsión en los siguientes términos: «Por empuje de una pulsión entendemos su aspecto motor, la suma de fuerza o la cantidad de exigencia de trabajo que representa. Cada pulsión es un fragmento de actividad; cuando se habla en forma imprecisa de pulsiones pasivas, no quiere decirse más que pulsiones con fin pasivo» (1).

En este texto se subrayan dos características de la pulsión:

1.º, el factor cuantitativo, en el cual Freud siempre insistió y en el que ve un elemento determinante del conflicto patológico (véase: Económico);

2.º, el carácter activo de toda pulsión. Sobre este punto, Freud alude a Adler, que considera la actividad como el patrimonio de una pulsión especial, la pulsión agresiva: «Creo que Adler ha erróneamente hipostasiado en una sola pulsión particular un carácter general e indispensable de todas las pulsiones, precisamente lo que hay en ellas de «pulsional», de empuje (*das Drängende*), lo que podríamos describir como la capacidad de poner en marcha la motilidad» (2).

La idea de que las pulsiones se definen esencialmente por el empuje que ejercen se encuentra ya en los comienzos del pensamiento teórico de Freud, influido por los conceptos de Helmholtz. El *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*, 1895) comienza por una distinción fundamental entre las excitaciones exteriores, a las cuales el organismo puede escapar mediante la huida, y las excitaciones endógenas provenientes de los elementos somáticos: «El organismo no puede huir de ellas [...]. Debe aprender a soportar una cantidad almacenada» (3). Es la necesidad de la vida (*die Not des Lebens*) la que empuja al organismo a la acción específica*, que es la única capaz de resolver la tensión.

ENERGÍA DE CATEXIS

= Al.: Besetzungsenergie. — Fr.: énergie d'investissement. — Ing.: cathectic energy. — It.: energia di carica o d'investimento. — Por.: energía de carga o de investimento.

Substrato energético postulado como factor cuantitativo de las operaciones del aparato psíquico.

Para la discusión de este concepto, véase: Económico, Catexis, Energía libre — energía ligada, Libido.

ENERGÍA LIBRE — ENERGÍA LIGADA

= Al.: freie Energie - gebundene Energie. — Fr.: énergie libre - énergie liée. — Ing.: free energy - bound energy. — It.: energia libera - energia legata. — Por.: energía libre - energía ligada.

Términos que señalan, desde el punto de vista económico, la distinción freudiana de proceso primario y proceso secundario. En el proceso primario, la energía se denomina libre o móvil, en la medida en que fluye hacia su descarga del modo más rápido y más directo posible; en el proceso secundario, se encuentra ligada, en la

medida en que su movimiento hacia la descarga se halla retardado y controlado. Desde el punto de vista genético, el estado libre de la energía precede, según Freud, al estado de energía ligada, siendo este último característico de un grado más elevado de estructuración del aparato psíquico.

Freud rinde explícitamente homenaje a Breuer por su distinción entre energía libre y energía ligada (1, 2). Con todo, se observará que los términos utilizados no son los de Breuer y, por otra parte, la distinción introducida por Breuer no posee la misma significación que la de Freud.

La distinción de Breuer tiene su fundamento en la diferencia establecida por los físicos entre dos tipos de energías mecánicas, cuya suma permanece constante en un sistema aislado. Así, Helmholtz, cuya influencia sobre el pensamiento de Breuer y Freud ya es conocida, opone a las *fuerzas vivas* (*lebendige Kräfte*, término tomado de Leibnitz) las *fuerzas de tensión* (*Spankräfte*) o «fuerzas que tienden a poner en movimiento un punto M durante todo el tiempo que no se produzca todavía movimiento» (3). Esta oposición concuerda con la introducida por otros autores, en el transcurso del siglo XIX, entre energía actual y energía potencial (Rankine) o también entre energía cinética y energía estática (Thomson): Breuer se refiere explícitamente a esta distinción y a los términos de estos físicos.

Breuer se dedica sobre todo a definir una forma de energía potencial presente en el sistema nervioso que denomina «excitación tónica intracerebral» o «tensión nerviosa» o también energía «quiescente». Así como un depósito contiene cierta cantidad de energía potencial, en la medida en que retiene el agua, «[...] el conjunto de la inmensa red (de fibras nerviosas) forma un único depósito de tensión nerviosa» (4a).

Esta excitación tónica proviene de diversas fuentes: las propias células nerviosas, excitaciones externas, excitaciones procedentes del interior del cuerpo (necesidades fisiológicas) y «afectos psíquicos». Es utilizada o descargada en las diversas clases de actividades, motoras, intelectuales, etc.

Según Breuer, existe un nivel óptimo de esta energía quiescente que permite una buena recepción de las excitaciones externas, la asociación entre las ideas y una libre circulación de la energía en el conjunto de las vías del sistema nervioso. Tal nivel es el que el organismo intenta mantener constante o restablecer (véase: Principio de constancia). En efecto, el organismo se aleja de este nivel óptimo, ya porque se agote la energía nerviosa (lo que supone el estado de sueño, que permitirá una recarga energética), ya porque el nivel sea demasiado elevado; esta elevación puede ser generalizada y uniforme (estado de intensa expectación) o hallarse desigualmente distribuida (como cuando se producen afectos y su energía no puede descargarse ni repartirse en el conjunto del sistema por elaboración* asociativa; entonces habla Breuer de «afectos arriconados»).

Como puede verse:

1) las dos formas de energía distinguidas por Breuer —«quiescente» y «cinética»— son transformables entre sí;

2) no se concede prioridad alguna a la energía cinética, ni desde un punto de vista genético ni lógico; la distinción freudiana entre proceso primario y proceso secundario parece ser ajena al pensamiento de Breuer;

3) para Breuer, lo fundamental es el estado quiescente de la energía nerviosa, puesto que solamente cuando se ha establecido cierto nivel la energía puede circular libremente. Aquí aparece de modo claro la diferencia con Freud: Breuer piensa, por ejemplo, que en el estado de sueño, en que existe un nivel muy bajo de energía quiescente, se halla *entorpecida* la libre circulación de las excitaciones (4 b);

4) el principio de constancia posee en Breuer una significación distinta que en Freud (véase: Principio de constancia; Principio de inercia neuronal).

Parece, pues, que fue Freud quien introdujo, en lo referente a la energía psíquica, los dos términos opuestos de «energía libre» y «energía ligada». Se observará que en Física estos dos términos habían sido introducidos por Helmholtz, pero esta vez dentro del marco del *segundo* principio de la termodinámica (degradación de la energía); Helmholtz denominaba *energía libre* la energía que «[...] es capaz de transformarse libremente en otras clases de trabajo», y *energía ligada* «[...] la que sólo puede manifestarse en forma de calor» (5).

Esta oposición no se sitúa al mismo nivel que la efectuada entre energía estática (o tónica) y energía cinética; en efecto, esta última oposición sólo se refiere a la energía mecánica, mientras que la oposición entre energía libre y energía ligada implica considerar diferentes tipos de energía (calórica, química, etc.) y las condiciones que posibilitan o impiden el paso de una a otra. Con todo, puede decirse que la energía estática es, en el sentido de Helmholtz, una energía libre, ya que es transformable en otras formas de energía, mientras que la energía cinética, por lo menos la de los movimientos moleculares desordenados, es una energía ligada: se ve, pues, que Freud, al designar como energía ligada la energía quiescente o tónica de Breuer, y como energía libre su energía cinética, invirtió prácticamente el sentido que estos términos poseen en física: libre debe entenderse en Freud como libremente móvil (*frei beweglich*) y no como libremente transformable.

Resumiendo, se observa:

1) que el par antitético utilizado por Breuer (energía tónica, energía cinética) fue tomado de una teoría que no tenía en cuenta el *segundo* principio de la termodinámica. En cambio, Freud utiliza términos (energía libre, energía ligada) incluidos en la esfera de este *segundo* principio;

2) que Freud, que conoció de cerca las concepciones de la Escuela fisicalista (Helmholtz, Brücke), invierte el sentido de los términos que toma de la física, para aplicarlos aproximadamente a la oposición establecida por Breuer;

3) que, a pesar de esta aparente concordancia, la concepción de Freud es distinta de la de Breuer: la energía libre, que caracteriza los procesos

inconscientes, es *primera* en relación con la energía ligada. Esta diferencia fundamental de criterios se manifiesta especialmente en las ambigüedades de formulación del principio de constancia.

La oposición entre dos tipos de circulación de la energía fue presentada en el *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*, 1895): en el funcionamiento primario del aparato neuronal, la energía tiende a una descarga inmediata y completa (principio de inercia neuronal); en el proceso secundario, la energía se encuentra ligada, es decir, contenida en ciertas neuronas o sistemas neuronales, donde se acumula. Esta ligazón se explicaría, por una parte, por la existencia de «barreras de contacto» entre las neuronas, que impiden o limitan el paso de la energía de una a otra y, por otra parte, por la acción que ejerce un grupo de neuronas catectizadas a un nivel constante (el yo) sobre los restantes procesos que tienen lugar en el aparato: esto, que Freud denomina «efecto de catexis lateral» (*Nebenbesetzung*), constituye el fundamento de la acción inhibitoria del yo (6 a).

El caso más patente de un funcionamiento «ligado» de la energía lo proporciona, según Freud, el proceso de pensamiento, que asocia la elevada catexis que supone la atención y el desplazamiento de pequeñas cantidades de energía, sin las cuales sería imposible el ejercicio del pensamiento (6 b). Esta corriente, por débil que sea desde el punto de vista cuantitativo, circula con más facilidad: «Pequeñas cantidades de energía pueden desplazarse más fácilmente cuando el nivel es elevado que cuando es bajo» (6 c).

La oposición entre energía libre y energía ligada es recogida en *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900), aparte de toda referencia a los estados, supuestamente distintos, de las neuronas, y será siempre mantenida por Freud como la expresión económica de la distinción fundamental entre proceso primario* y proceso secundario* (véase: Ligazón).

ENVIDIA DEL PENE

= *Al.*: Penisneid. — *Fr.*: envie du pénis. — *Ing.*: penis envy. — *It.*: invidia del pene. — *Por.*: inveja do pênis.

Elemento fundamental de la sexualidad femenina y móvil de su dialéctica.

La envidia del pene surge del descubrimiento de la diferencia anatómica de los sexos: la niña se siente lesionada en comparación con el niño y desea poseer, como éste, un pene (complejo de castración); más tarde, en el transcurso del Edipo, esta envidia del pene adopta dos formas derivadas: deseo de poseer un pene dentro de sí (principalmente en forma de deseo de tener un hijo); deseo de gozar del pene en el coito.

La envidia del pene puede abocar a numerosas formas patológicas o sublimadas.

El concepto de envidia del pene adquirió cada vez mayor importancia en la teoría de Freud, a medida que éste se vio inducido a definir la sexualidad femenina, que en un principio se consideró simétrica de la del niño.

Los *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905), centrados sobre la evolución de la sexualidad del niño, no contienen, en su primera edición, referencia alguna a la envidia del pene. La primera alusión aparece en 1908, en el artículo sobre *Las teorías sexuales infantiles* (*Über infantile Sexualtheorien*); Freud indica en él el interés que la niña muestra por el pene del niño, interés que «[...] se halla regido por la envidia (*Neid*) [...]». Cuando expresa este deseo: «preferiría ser un niño», sabemos cuál es la carencia que intenta reparar este deseo» (1).

El término «envidia del pene» parece admitido ya en el uso analítico cuando Freud lo menciona en 1914 (2) para designar la manifestación del complejo de castración en la niña.

En *Sobre las transmutaciones de las pulsiones y especialmente del erotismo anal* (*Über Triebumsetzungen, insbesondere der Analerotik*, 1917), Freud ya no designa como envidia del pene únicamente el deseo femenino de tener un pene como el niño, sino que indica sus principales avatares: deseo de un hijo, según la equivalencia simbólica pene-niño; deseo del hombre como «apéndice del pene» (3).

La concepción freudiana de la sexualidad femenina (4) concede un puesto fundamental a la envidia del pene en la evolución psicosexual hacia la feminidad, que supone un cambio de zona erógena (desde el clitoris a la vagina) y un cambio de objeto (la inclinación preedípica hacia la madre cede su lugar al amor edípico por el padre). En este cambio, desempeñan una función «axial», a distintos niveles, el complejo de castración* y la envidia del pene:

- a) resentimiento hacia la madre, que no ha dotado a la niña de un pene;
- b) menosprecio de la madre, que aparece así como castrada;
- c) renuncia a la actividad fálica (masturbación clitorídea), adquiriendo preponderancia la pasividad;
- d) equivalencia simbólica del pene y el niño.

«El deseo [*Wunsch*] con el que la niña se vuelve hacia el padre es, sin duda, en su origen el deseo del pene que la madre le ha rehusado y que ella espera ahora obtener de su padre. Con todo, la situación femenina no se establece hasta que el deseo del pene se substituye por el deseo del hijo y éste, según la antigua equivalencia simbólica, pasa a ocupar el lugar del pene» (5 a).

En repetidas ocasiones Freud ha indicado lo que podía quedar de la envidia del pene en el carácter (por ejemplo, «complejo de masculinidad»), o en los síntomas neuróticos de la mujer. Por lo demás, generalmente, cuando se habla de envidia del pene, se hace alusión a los residuos adultos, que el psicoanálisis encuentra en las formas más disfrazadas.

Finalmente, Freud, que siempre subrayó la persistencia en el inconsciente de la envidia del pene, bajo las aparentes renunciaciones, indicó, en uno de sus últimos trabajos, lo que podía ofrecer de irreductible el análisis (6).

Como puede verse, la expresión «envidia del pene» presenta una ambigüedad, que Jones ha subrayado e intentado suprimir distinguiendo en ella tres sentidos:

- «a) el deseo de adquirir un pene, habitualmente engulléndolo, y retenerlo dentro del cuerpo, a menudo transformándolo en un niño;
- »b) el deseo de poseer un pene en la región clitorídea [...];
- »c) el deseo adulto de gozar de un pene en el coito» (7).

Esta distinción, por útil que sea, no debe inducir, sin embargo, a considerar como ajenas entre sí estas tres modalidades de la envidia del pene. En efecto, la concepción psicoanalítica de la sexualidad femenina tiende precisamente a describir las vías y equivalencias que las unen (α).

Varios autores (K. Horney, H. Deutsch, E. Jones, M. Klein) han discutido la tesis freudiana que hace de la envidia del pene un dato primario y no una formación construida o utilizada secundariamente para apartar deseos más primitivos. Sin intentar resumir esta importante discusión, señalaremos que el mantenimiento por Freud de su tesis obedece a la función, central para ambos sexos, que él asigna al falo (véase: Fase fálica; Falo).

(α) En algunos pasajes de Freud se encuentran dos expresiones: envidia (*Neid*) y deseo (*Wunsch*) del pene, pero sin que sea posible establecer entre ellas una diferencia de empleo (por ejemplo, en la *Continuación a las lecciones de introducción al psicoanálisis* (*Neue Folge der Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse*, 1932) (5 b).

EROGENEIDAD

= *Al.*: Erogenität. — *Fr.*: érogénéité. — *Ing.*: erogenicity. — *It.*: erogeneità. — *Por.*: erogeneidade.

Capacidad que posee toda región corporal de constituir la fuente de una excitación sexual, es decir, de comportarse como zona erógena.

Este término (poco utilizado) fue creado por Freud en la *Introducción al narcisismo* (*Zur Einführung des Narzissmus*, 1914) (1). En este texto, la erogeneidad se define como «la actividad sexual de la que es susceptible una parte del cuerpo» (2).

Al designar con un término específico esta «excitabilidad» (*Erregbarkeit*) sexual, Freud quiere indicar que ésta no es exclusiva de una determinada zona erógena en la que se manifiesta de un modo más evidente, sino una propiedad general de toda la superficie cutáneo-mucosa, e incluso de los órganos internos.

Freud concibe la erogeneidad como un factor cuantitativo, susceptible de aumentar o disminuir, e incluso de modificar su distribución en el organismo en virtud de desplazamientos. Según él, estas modificaciones explicarían, por ejemplo, los síntomas hipocondríacos.

ERÓGENO

= Al.: erogen. — Fr.: érogène. — Ing.: erotogenic. — It.: erogeno. — Por.: erógeno.

Que guarda relación con la producción de una excitación sexual.

La mayoría de las veces este adjetivo se emplea en la expresión «zona erógena»*, si bien se encuentra también en expresiones tales como «masoquismo»*, «erógeno», «actividad erógena», etc.

EROS

La misma palabra griega ha sido adoptada por los diferentes idiomas.

Término mediante el cual los griegos designaban el amor y el dios Amor. Freud lo utiliza en su última teoría de las pulsiones para designar el conjunto de las pulsiones de vida, oponiéndolos a las pulsiones de muerte.

Remitimos al lector al artículo: Pulsiones de vida, y nos limitaremos aquí a efectuar algunas observaciones acerca del empleo de la palabra «Eros» para designar dichas pulsiones.

Ya es conocida la preocupación de Freud por relacionar sus concepciones sobre las pulsiones* con las ideas filosóficas generales: oposición «popular» entre amor y hambre para la primera teoría, oposición empedocleana entre *φιλία* y *νεῖκος* (amor y discordia) para la última teoría.

En varias ocasiones Freud se refiere al Eros platónico, en el que ve un concepto muy similar a lo que él entiende por sexualidad; en efecto, desde un principio señaló que ésta no se confundía con la función genital (1). Ciertas críticas que afirman que Freud lo reduce todo a la sexualidad (en el sentido vulgar de este término) se desvanecen cuando se disipa tal confusión: conviene utilizar la palabra «sexual» «[...] en el sentido en que la emplea ahora corrientemente el psicoanálisis —en el sentido de Eros» (2).

Y a la inversa, Freud no dejó de subrayar el inconveniente que presenta la utilización de la palabra «Eros», si ésta debe servir para disfrazar la sexualidad. Véase, por ejemplo, el siguiente pasaje: «Quienes consideran la sexualidad como algo que deshonra y rebaja la naturaleza humana son libres de utilizar palabras más finas, como Eros y erótica. Yo mismo me hubiera podido ahorrar mucha controversia actuando así desde un principio, pero no he querido hacerlo, porque me desagrada hacer concesiones a la pusilanimidad. No se sabe hasta dónde se va a llegar por este camino: se empieza cediendo en las palabras y finalmente se cede en los hechos» (3). El hecho es que el empleo de la palabra «Eros» ofrece el peligro de reducir siempre el alcance de la sexualidad en favor de sus manifestaciones sublimadas.

Si Freud, a partir de *Más allá del principio del placer* (*Jenseits des Lustprinzips*, 1920), utiliza corrientemente la palabra «Eros» como sinónimo de pulsión de vida, lo hace con el fin de inscribir su nueva teoría de las pulsiones dentro de una tradición filosófica y mítica de alcance

universal (por ejemplo, el mito de Aristófanes, en *El Banquete* de Platón). Así, Eros se concibe como lo que tiene por fin «[...] complicar la vida, reuniendo la substancia viva, disgregada en partículas, para formar unidades cada vez más extensas y, naturalmente, mantenerla en este estado» (4).

En general el término «Eros» se utiliza para designar las pulsiones sexuales con una intención deliberadamente especulativa; citemos, por ejemplo, estas líneas: «La especulación transforma esta oposición [entre pulsiones libidinales y pulsiones de destrucción] en la de pulsiones de vida (Eros) y pulsiones de muerte» (5 a).

¿Qué relación debe establecerse entre los términos *Eros* y *Libido*? Cuando Freud introduce Eros en *Más allá del principio del placer*, parece asimilar ambos términos: «[...] la libido de nuestras pulsiones sexuales coincidiría con el Eros de los poetas y de los filósofos, que mantiene la cohesión de todo lo que vive» (5 b). Observemos que se trata de dos palabras tomadas de lenguas antiguas y que indican una preocupación teorizante que rebasa el campo de la experiencia analítica (α). Por lo demás, la palabra «libido» fue siempre utilizada (también después de la introducción de Eros) en una perspectiva económica; designa la *energía* de las pulsiones sexuales (así lo indican, por ejemplo, las siguientes palabras del *Esquema del psicoanálisis* [*Abriss der Psychoanalyse*, 1938]: «Toda la energía del Eros, que en lo sucesivo llamaremos libido») (6).

(«) Mencionemos a este respecto un pasaje de los *Estudios sobre la histeria* (*Studien über Hysterie*, 1895), en el que Breuer utiliza la palabra «Eros» para designar un poder de apariencia demoníaca: «La muchacha presente, en Eros, la fuerza terrible que va a regular su destino, a decidirlo, y es esto lo que la aterra» (7).

EROTISMO URETRAL (o URINARIO)

= Al.: Urethralerotik o Harnerotik. — Fr.: érotisme urétral o urinaire. — Ing.: urethral erotism. — It.: erotismo uretrale. — Por.: erotismo uretral o urinário.

Modo de satisfacción libidinal ligado a la micción.

El placer y la significación erótica de la función urinaria fueron destacados por Freud a partir de 1905, en los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*) y, de un modo más cercano a la experiencia, en el *Caso Dora*. Por una parte, la enuresis infantil se interpreta como un equivalente de la masturbación (1). Por otra, se indican ya las conexiones simbólicas que pueden existir entre la micción y el fuego, que se desarrollarán en *La conquista del fuego* (*Zur Gewinnung des Feuers*, 1932).

Una tercera aportación de Freud consiste en sugerir la existencia de una relación entre ciertos rasgos de carácter y el erotismo uretral. Al final de su artículo sobre *Carácter y erotismo anal* (*Charakter und Analerotik*, 1908), escribe: «De un modo general deberíamos preguntarnos si otros complejos caracteriales no pueden depender de la excitación de zonas erógenas determinadas. Hasta ahora sólo conozco la ambición desmesurada y «abrasadora» de los que antaño fueron enuréticos» (2).

En esta misma dirección, K. Abraham pone en evidencia las fantasías infantiles de omnipotencia que pueden acompañar al acto de la micción: «[...] sentimiento de poseer un poder inmenso, casi ilimitado, de crear o destruir cualquier objeto» (3).

Melanie Klein ha subrayado la importancia de tales fantasías, particularmente los de agresión y destrucción por medio de la orina. Esta autora destaca el papel, según ella «[...] demasiado poco apreciado hasta ahora, del sadismo uretral en el desarrollo del niño», y añade: «Tanto los análisis de adultos como los de niños me han situado siempre en presencia de fantasmas en los que la orina era imaginada como un agente de corrosión, de descomposición y de corrupción, y como un veneno secreto e insidioso. Estos fantasmas de naturaleza sado-uretral contribuyen en gran parte a la atribución inconsciente de un papel cruel al pene, y a la aparición de trastornos de la potencia sexual en el hombre» (4).

Señalemos también que diversos autores (por ejemplo, Fenichel) han distinguido diversos tipos de placer ligados a la función urinaria («dejar fluir pasivamente», «retenerse», etc.).

Observemos que Freud habla de *erotismo* urinario, otros autores (empezando por Sadger: *Über Urethralerotik*, 1910) de *erotismo* uretral, y que incluso en aquellos que, como Melanie Klein, atribuyen un papel importante al sadismo uretral, no se encuentra mencionada una *fase* uretral.

A este respecto se debe señalar que Freud sitúa especialmente el *erotismo* uretral durante «la segunda fase de la masturbación infantil» (alrededor del 4.º año). «La sintomatología de estas manifestaciones sexuales es pobre, el aparato sexual se halla todavía poco desarrollado y casi siempre es el aparato urinario el que habla en su nombre. La mayoría de las supuestas afecciones vesicales de esta edad son trastornos sexuales; la enuresis nocturna corresponde [...] a una polución» (5). Parece que este período corresponde a lo que más tarde describirá Freud como fase fálica. Así, pues, las relaciones entre el erotismo uretral y el erotismo fálico son demasiado estrechas para que sea posible diferenciar una fase específicamente uretral.

Freud señaló la distinta relación existente entre ambas funciones en el niño y en el adulto; según una creencia infantil, «[...] los niños vienen de lo que el hombre orina dentro del cuerpo de la mujer. Pero el adulto sabe que los dos actos son en realidad inconciliables —tan inconciliables como el fuego y el agua» (6).

ESCENA ORIGINARIA

= *Al.*: Urszene. — *Fr.*: scène originaire. — *Ing.*: primal scene. — *It.*: scena originaria o primaria. — *Por.*: cena primitiva u originaria o protocena.

Escena de relación sexual entre los padres, observada o supuesta basándose en ciertos indicios y fantaseada por el niño. Este la interpreta generalmente como un acto de violencia por parte del padre.

La palabra *Urszenen* (escenas originarias) aparece en un manuscrito de Freud del año 1897 (1), para indicar ciertas experiencias infantiles traumatizantes organizadas en guiones, en escenas (véase: Fantasía), sin que entonces se trate especialmente del coito parental.

En *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900), aunque no se encuentre la noción de escena originaria, Freud subraya la importancia de la observación del coito parental como generador de angustia: «Ya he explicado esta angustia indicando que se trata de una excitación sexual que [el niño] no es capaz de controlar mediante la comprensión y que sin duda es apartada porque los padres están implicados en ella» (2).

La experiencia analítica conducirá a Freud a conceder una importancia creciente a la escena en que el niño se ve asistir a las relaciones sexuales de sus padres: es «[...] un elemento que raras veces falta en el conjunto de los fantasmas inconscientes que se pueden descubrir en todas las neurosis y probablemente en todos los niños» (3). Forma parte de lo que Freud denomina las fantasías originarias* (*Urphantasien*). En la *Historia de una neurosis infantil* (*Aus der Geschichte einer infantilen Neurose*, 1918) se describe la observación del coito parental con el nombre de «escena originaria». Basándose en este caso, Freud pone de relieve diferentes elementos: el coito es interpretado por el niño como una agresión del padre dentro de una relación sadomasoquista; provoca una excitación sexual en el niño al mismo tiempo que proporciona una base a la angustia de castración; es interpretado como coito anal en el marco de una teoría sexual infantil.

Añadamos que, según Ruth Mack Brunswick, «[...] la comprensión que el niño tiene del coito parental y el interés que le despierta se apoyan en sus propias experiencias corporales preedípicas con su madre y en los deseos que de ellas resultan» (4).

¿Debemos ver en la escena originaria el recuerdo de un acontecimiento efectivamente vivido por el sujeto o un puro fantasma? Este problema, que fue objeto de una discusión de Freud con Jung y consigo mismo, es repetidamente tratado en la *Historia de una neurosis infantil*. Las respuestas que da Freud, por distintas que puedan parecer, se sitúan entre dos límites: en la primera redacción de la *Historia de una neurosis infantil* (1914), en la que Freud intenta demostrar la realidad de la escena originaria, subraya ya que sólo posteriormente* (*nachträglich*) es comprendida e interpretada por el niño; y a la inversa, cuando acen-túa lo que hay en ella de fantasías retroactivas (*Zurückphantasieren*), sostiene que lo real ha proporcionado por lo menos los indicios (ruido, coito animal, etc.) (5).

Más allá de la discusión acerca de la parte que corresponde a lo real y a lo fantasmático en la escena originaria, lo que Freud parece considerar y desear mantener, especialmente contra las tesis de Jung, es la idea de que esta escena pertenece al pasado (ontogenético o filogenético) del individuo y constituye un acontecimiento que puede ser del orden del mito, pero que está ya allí, antes de toda significación aportada posteriormente.

ESCENA PRIMITIVA

Expresión adoptada por muchos psicoanalistas de lengua francesa como equivalente de lo que Freud llamó *Urszene*. Nosotros preferimos traducir por escena originaria. Véase: Escena originaria.

ESCISIÓN DEL OBJETO

= *Al.*: Objektsplaltung. — *Fr.*: clivage de l'objet. — *Ing.*: splitting of the object. — *It.*: scissione dell'oggetto. — *Por.*: clivagem do objeto.

Mecanismo descrito por Melanie Klein y considerado por esta autora como la defensa más primitiva contra la angustia: el objeto al que tienden las pulsiones eróticas y destructivas es escindido en un objeto «bueno» y un objeto «malo», que entonces seguirán destinos relativamente independientes dentro del juego de introyecciones y proyecciones. La escisión del objeto interviene especialmente en la posición esquizo-paranoide, en la que afecta a objetos parciales. Vuelve a encontrarse en la posición depresiva, afectando entonces al objeto total.

La escisión de los objetos se acompaña de una escisión correspondiente del yo en un yo «bueno» y un yo «malo», por cuanto, para la escuela kleiniana, el yo está constituido esencialmente por la introyección de los objetos.

Acerca de la palabra «escisión», véase el comentario del artículo: Escisión del yo. Las concepciones de Melanie Klein parten de ciertas indicaciones de Freud concernientes a los orígenes de la relación sujeto-objeto (véase: Objeto; Yo placer-yo realidad). En cuanto a la aportación kleiniana respecto a este tema, remitimos al lector a los artículos: Objeto «bueno», objeto «malo»; Posición paranoide; Posición depresiva.

ESCISIÓN DEL YO

= *Al.*: Ichspaltung. — *Fr.*: clivage du moi. — *Ing.*: splitting of the ego. — *It.*: scissione dell'io. — *Por.*: clivagem do ego.

Término utilizado por Freud para designar un fenómeno muy particular cuya intervención observó especialmente en el fetichismo y en las psicosis: la coexistencia, dentro del yo, de dos actitudes psíquicas respecto a la realidad exterior en cuanto ésta contraría una exigencia pulsional: una de ellas tiene en cuenta la realidad, la otra reniega la realidad en juego y la substituye por una producción del deseo. Estas dos actitudes coexisten sin influirse reciprocamente.

I. La palabra *Spaltung*, para la cual adoptamos el equivalente de «escisión», ha hallado usos muy antiguos y variados en psicoanálisis y en psiquiatría; numerosos autores, entre ellos Freud, la han utilizado para designar el hecho de que el hombre, en uno u otro aspecto, se divide con respecto a sí mismo. A finales del siglo XIX, los trabajos psicopatológicos, especialmente sobre la histeria y la hipnosis, se hallan impregnados de conceptos tales como «desdoblamiento de la personalidad», «doble conciencia», «disociación de los fenómenos psicológicos», etc.

En Breuer y Freud, las expresiones «escisión de la conciencia» (*Bewusstseinsspaltung*), «escisión del contenido de conciencia», «escisión

psíquica», etc., designan las mismas realidades: partiendo de los estados de desdoblamiento alternante de la personalidad o de la conciencia, tal como los muestra la clínica de algunos casos de histeria o tal como los provoca la hipnosis, Janet, Breuer y Freud llegaron a la idea de una coexistencia, dentro del psiquismo, de dos grupos de fenómenos, o incluso de dos personalidades, que pueden ignorarse mutuamente. «Desde los interesantes trabajos de P. Janet, J. Breuer y otros, se ha llegado a reconocer de un modo general que el complejo sintomatológico de la histeria justifica la hipótesis de una escisión de la conciencia, con formación de grupos psíquicos separados. Las opiniones son menos claras respecto al origen de esta escisión de conciencia y al papel que desempeña en el conjunto de la neurosis histérica» (1). Precisamente sobre la base de esta divergencia de apreciación, surge el concepto freudiano del inconsciente como separado del campo de la conciencia por la acción de la represión, concepción que se opone a los puntos de vista de Janet sobre la «debilidad de síntesis psicológica» y se diferencia rápidamente de los conceptos breuerianos de «estado hipnoide»* y de «histeria hipnoide»*.

La escisión es, para Freud, el resultado del conflicto; así, pues, si bien el concepto tiene para él un valor descriptivo, no posee en sí mismo ningún valor explicativo. Por el contrario, plantea el problema de por qué y cómo el sujeto consciente se ha separado así de una parte de sus representaciones.

Cuando Freud describe la historia de los años en que tuvo lugar el descubrimiento del inconsciente, no deja de utilizar la palabra *Spaltung* y otros términos similares que designan el mismo dato fundamental: la división intrapsíquica. Pero en la elaboración propiamente dicha de su obra, sólo utiliza la palabra *Spaltung* de modo esporádico y sin hacer de ella un instrumento conceptual; la emplea en especial para describir el hecho de que el aparato psíquico está dividido en sistemas (Inconsciente y Preconsciente-Consciente), en instancias (ello, yo y superyó) y también el desdoblamiento del yo en una parte que observa y una parte que es observada.

Por otra parte, ya es sabido que Bleuler utilizó la palabra *Spaltung* para designar el síntoma fundamental, según él, del grupo de enfermedades que denomina esquizofrenia* (α). Para este autor, *Spaltung* no sólo describe un dato de observación, sino que, además, implica una determinada hipótesis sobre el funcionamiento mental (véase: Esquizofrenia).

A este respecto resulta sorprendente la analogía existente entre el tipo de explicación propuesto por Bleuler para dar cuenta de la *Spaltung* esquizofrénica y el que da Janet: la escisión del psiquismo en grupos asociativos distintos se concibe como una reagrupación secundaria dentro de un mundo psíquico disgregado a consecuencia de una debilidad asociativa primaria.

Freud no hace suya la hipótesis de Bleuler, critica la palabra «esquizofrenia» que alude a dicha hipótesis y cuando, al final de su vida, recoge de nuevo el concepto de escisión, lo hace desde una perspectiva completamente distinta.

II. El concepto de escisión del yo fue establecido por Freud sobre todo en sus artículos *Fetichismo* (*Fetischismus*, 1927), *La escisión del yo en el proceso de defensa* (*Die Ichspaltung im Abwehrvorgang*, 1938) y *Esquema del psicoanálisis* (*Abriss der Psychoanalyse*, 1938), en el marco de una reflexión sobre las psicosis y el fetichismo. Según Freud, estas enfermedades plantean principalmente el problema de las relaciones entre el yo y la «realidad». A partir de ellas Freud establece de forma cada vez más afirmativa la existencia de un mecanismo específico, la renegación* (*Verleugnung*), el prototipo de la cual es la renegación de la castración.

Ahora bien, la renegación por sí sola no permite explicar lo que se observa en clínica en las psicosis y el fetichismo. En efecto, señala Freud, «el problema de la psicosis sería sencillo y claro si el yo pudiera desprenderse totalmente de la realidad, pero esto rara vez ocurre, o quizá nunca» (2 a). En toda psicosis, por profunda que sea, se comprueba la existencia de dos actitudes psíquicas: «[...] una que tiene en cuenta la realidad, la actitud normal; otra, que, por influencia de las pulsiones, separa al yo de la realidad» (2 b). Esta segunda actitud es la que se traduce en la producción de una nueva realidad delirante. En el fetichismo Freud encuentra la coexistencia de dos actitudes contradictorias dentro del yo, frente a la «realidad» de la castración: «Por una parte [los fetichistas] reniegan el hecho de su percepción, que les ha mostrado la falta del pene en el órgano genital femenino»; esta renegación se traduce en la creación del fetiche, substitutivo del pene de la mujer; pero «[...] por otra parte, reconocen la falta de pene en la mujer, de la que extraen las consecuencias correctas. Estas dos actitudes persisten conjuntamente durante toda la vida sin influirse entre sí. Esto puede denominarse escisión del yo» (2 c).

Como puede verse, esta escisión no es propiamente una defensa del yo, sino una forma de lograr la coexistencia de dos procedimientos de defensa, uno dirigido hacia la realidad (renegación), el otro hacia la pulsión, pudiendo además este último conducir a la formación de síntomas neuróticos (por ejemplo, síntomas fóbicos).

Freud, al introducir la noción de escisión del yo, se pregunta si lo que éste aporta era ya «[...] conocido desde hacía mucho tiempo y obvio o si, por lo contrario, se trataba de algo nuevo y sorprendente» (3). En efecto la existencia, dentro de un mismo sujeto, de «[...] dos actitudes psíquicas diferentes, opuestas e independientes una de otra» (2 d) se halla en la misma base de la teoría psicoanalítica de la persona. Pero, al describir una escisión del yo (intrasistémica) y no una escisión entre instancias (entre el yo y el ello), Freud intenta poner en evidencia un proceso nuevo respecto al modelo de la represión y del retorno de lo reprimido. En efecto, una de las particularidades de este proceso estriba en que no conduce a la formación de un compromiso entre las dos actitudes presentes, sino que las mantiene simultáneamente, sin que se establezca entre ellas una relación dialéctica.

Es interesante señalar que, en el ámbito de la psicosis (el mismo en que Bleuler, bajo una concepción teórica distinta, habla también de *Spaltung*), sintió Freud la necesidad de crear una cierta concepción de

la escisión del yo. Hemos creído útil exponerla aquí, aun cuando haya sido recogida por pocos psicoanalistas; su mérito estriba en subrayar un fenómeno típico, aun cuando no aporte una solución teórica plenamente satisfactoria del mismo.

(*) Para designar la *Spaltung* esquizofrénica, los psiquiatras franceses utilizan casi siempre la palabra «disociación».

ESQUIZOFRENIA

= *Al.*: Schizophrenie. — *Fr.*: schizophrénie. — *Ing.*: schizophrenia. — *It.*: schizofrenia. — *Por.*: esquizofrenia.

Término creado por E. Bleuler (1911) para designar un grupo de psicosis, cuya unidad ya había señalado Kraepelin clasificándolas bajo el epígrafe de «demencia precoz» y distinguiendo en ellas las tres formas, que se han vuelto clásicas, hebefrénica, catatónica y paranoide.

Al introducir el término «esquizofrenia» (del griego *σχίζω*, «hendir, escindir», y *φρήν*, «espíritu»), Bleuler intenta poner de manifiesto lo que, para él, constituye el síntoma fundamental de estas psicosis: la *Spaltung* («disociación»). El término se impuso tanto en psiquiatría como en psicoanálisis, a pesar de las divergencias existentes entre los diferentes autores acerca de lo que confiere a la esquizofrenia su especificidad y, por consiguiente, acerca de la extensión de este cuadro nosográfico.

Clínicamente, la esquizofrenia aparece diversificada en formas aparentemente muy distintas entre sí, en las que habitualmente se destacan los siguientes caracteres: incoherencia del pensamiento, de la acción y de la afectividad (que se designa con las palabras clásicas «discordancia, disociación, disgregación»), la separación de la realidad con replegamiento sobre sí mismo y predominio de una vida interior entregada a las producciones de la fantasía (autismo), actividad delirante más o menos acentuada, siempre mal sistematizada; por último, el carácter crónico de la enfermedad, que evoluciona con ritmos muy diversos hacia un «deterioro» intelectual y afectivo, conduciendo a menudo a estados de aspecto demencial, constituye, para la mayoría de los psiquiatras, un rasgo fundamental, sin el cual no puede efectuarse el diagnóstico de esquizofrenia.

La extensión por Kraepelin del término «demencia precoz» a un amplio grupo de enfermedades cuyo parentesco entre sí puso de manifiesto dicho autor, condujo a una inadecuación entre el término utilizado y los cuadros clínicos que designaba, ya que no era posible aplicar a todos ellos la palabra «demencia» ni el calificativo «precoz». Tal fue el motivo de que Bleuler propusiera una nueva denominación; escogió la de «esquizofrenia» con el fin de que el nombre mismo aludiera a lo que para él constituía, más allá de los «síntomas accesorios» que pueden encontrarse (como por ejemplo las alucinaciones), un síntoma fundamental de la enfermedad, la *Spaltung*: «Llamo esquizofrenia a la *dementia praecox* porque [...] la *Spaltung* de las más diversas funciones psíquicas constituye una de sus características más importantes» (1 a).

Bleuler, que subrayó la influencia ejercida sobre su pensamiento por los descubrimientos de Freud, y que, siendo profesor de psiquiatría en Zurich, participó en las investigaciones llevadas a cabo por Jung (véase: Asociación), utiliza el término *Spaltung* en una acepción muy distinta a la que le atribuye Freud (véase: Escisión del yo).

¿Qué entiende por tal? La *Spaltung*, aunque sus efectos se manifiestan en diversos dominios de la vida psíquica (pensamiento, afectividad, actividad), constituye ante todo un trastorno de las asociaciones que rigen el curso del pensamiento. En la esquizofrenia convendría distinguir los síntomas «primarios», que son la expresión directa del proceso patológico (que Bleuler considera como orgánico), de los síntomas «secundarios», que no son más que «[...] la reacción del alma enferma» al proceso patógeno (1 b).

El trastorno primario del pensamiento podría definirse como una relajación de las asociaciones: «[...] las asociaciones pierden su cohesión. Entre los millares de hilos que guían nuestros pensamientos, la enfermedad rompe, aquí y allá de forma irregular, unas veces alguno, otras veces cierto número de ellos, otras una gran parte de los mismos. De ello resulta que el pensamiento es insólito y a menudo falso desde el punto de vista lógico» (1 c).

Otros trastornos del pensamiento son secundarios y traducen la forma en que se reagrupan las ideas, en ausencia de «representaciones-fin» (término mediante el cual Bleuler designa únicamente las representaciones-fin conscientes o preconscientes) (véase: Representación-fin), bajo la denominación de los complejos afectivos: «Dado que todo lo que se opone al afecto es suprimido más de lo normal, y lo que va en el sentido del afecto resulta favorecido en forma igualmente anormal, ello da lugar a que finalmente el sujeto ya no pueda en absoluto pensar lo que va en contra de una idea impregnada de afecto: el esquizofrénico, en su anhelo, sólo sueña en sus deseos; para él no existe lo que pudiera impedir su realización. Así, se encuentran, no sólo formados sino también reforzados, complejos de ideas cuyo nexo lo constituye más bien un afecto común que una relación lógica. Al no ser utilizadas, las vías asociativas que conducen de tal complejo de ideas a otras ideas pierden su viabilidad en lo referente a las asociaciones adecuadas; el complejo ideativo cargado de afecto se separa cada vez más y alcanza una independencia cada vez mayor (*Spaltung de las funciones psíquicas*)» (1 d).

En este sentido, Bleuler relacionó la *Spaltung* esquizofrénica con lo que Freud describió como lo propio del inconsciente, es decir, la coexistencia de grupos de representaciones independientes entre sí (1 e), pero, para Bleuler, la *Spaltung*, en la medida en que implica el refuerzo de grupos asociativos, es secundaria a un déficit primario que constituye una auténtica disgregación del proceso mental. Bleuler distingue dos etapas de la *Spaltung*: una *Zerspaltung* primaria (una disgregación, un verdadero estallido) y una *Spaltung* propiamente dicha (escisión del pensamiento en diferentes agrupaciones): «La *Spaltung* constituye la condición previa de la mayoría de las más complicadas manifestaciones de la enfermedad; imprime su sello especial a toda la sintomatología. Pero, detrás de esta *Spaltung* sistemática en complejos ideativos determinados, hemos encontrado, anteriormente, una relajación primaria de la textura asociativa que puede conducir a una *Zerspaltung* incoherente de formaciones tan sólidas como los conceptos concretos. Mediante la palabra «esquizofrenia» aludo a estos dos tipos de *Spaltung*, cuyos efectos a menudo se entremezclan» (1 f).

Las resonancias semánticas del término francés *dissociation*, con el que se traduce la *Spaltung* esquizofrénica, evocan más bien lo que Bleuler describe como *Zerspaltung*.

Freud puso algunas reservas al empleo del término «esquizofrenia»; «[...] prejuzga la naturaleza de la afección, al utilizar, para designarla, un carácter de ésta postulado teóricamente, que además no es exclusivo de esta enfermedad y que, a la luz de otras consideraciones, no puede calificarse de su característica esencial» (2a). Si bien Freud habló de esquizofrenia (a pesar de continuar utilizando el término «demencia precoz»), propuso el término «parafrenia», que, según él, era más fácil de relacionar con el de «paranoia»*, indicando así, simultáneamente, la unidad del campo de las psicosis* y su división en dos vertientes fundamentales.

En efecto, Freud admite que estas dos grandes psicosis pueden combinarse en múltiples formas (como ilustra el *Caso Schreber*) y que eventualmente el enfermo pasa de una de estas formas a la otra; pero, por otra parte, sigue manteniendo la especificidad de la esquizofrenia con relación a la paranoia, especificidad que intenta definir a nivel de los procesos y a nivel de las fijaciones: predominio del proceso de «represión» o del retiro de la catexia de la realidad, sobre la tendencia a la restitución y, dentro de los mecanismos de restitución, predominio de aquellos que son afines a la histeria (alucinación) sobre los propios de la paranoia, que se parecen más a los de la neurosis obsesiva (proyección); a nivel de las fijaciones: «La fijación predisponente debe encontrarse en una época más precoz que la de la paranoia, debe situarse al comienzo del desarrollo que conduce del autoerotismo al amor objetual» (2b).

Aunque Freud dio otras muchas indicaciones, especialmente acerca del funcionamiento del pensamiento y del lenguaje esquizofrénico (3), puede decirse que la tarea de definir la estructura de esta enfermedad ha correspondido a sus sucesores.

ESTADO HIPNOIDE

= *Al.*: hypnoider Zustand. — *Fr.*: état hypnoïde. — *Ing.*: hypnoid state. — *It.*: stato ipnoide. — *Por.*: estado hipnoide.

Término introducido por J. Breuer: estado de conciencia análogo al que produce la hipnosis; durante él los contenidos de conciencia que aparecen apenas entran, o no entran en absoluto, en ligazón asociativa con el resto de la vida mental; la consecuencia sería la formación de grupos de asociaciones separadas.

Breuer ve en el estado hipnoide, que introduce una escisión (*Spaltung*) dentro de la vida psíquica, el fenómeno constitutivo de la histeria.

El término «estado hipnoide» se sigue relacionando con el nombre de J. Breuer, pero éste citó como su precursor a P. J. Moebius.

La relación entre hipnosis e histeria, y más especialmente la similitud entre los fenómenos producidos por la hipnosis y ciertos síntomas histéricos, fue lo que condujo a Breuer a propugnar la noción de estado

hipnoide: los acontecimientos ocurridos durante el estado de hipnosis (por ejemplo, una orden del hipnotizador) conservan una autonomía; son capaces de resurgir en forma aislada, ya sea durante una segunda hipnosis, ya sea en estado de vigilia, en forma de actos aparentemente aberrantes, excluidos del comportamiento actual del individuo. La hipnosis y sus efectos ofrecen una especie de modelo experimental de lo que, en el comportamiento del histérico, aparece como básicamente ajeno a las motivaciones del sujeto.

Los estados hipnoides serían, en el origen de la histeria, los equivalentes naturales de los estados producidos artificialmente por la hipnosis. «[El estado hipnoide] debe corresponder a un cierto vacío de la conciencia, en el cual una representación que emerge no encuentra resistencia alguna por parte de otras representaciones —estado en el cual, por así decirlo, el campo está libre para la primera llegada» (α).

Los estados hipnoides poseen, según Breuer, dos condiciones: un estado de ensueño (sueño diurno, estado crepuscular) y la aparición de un afecto, desencadenándose la autohipnosis espontánea cuando «[...] la emoción penetra en el ensueño habitual» (1 a). Ciertas situaciones (enamoramiento, cuidados prestados a un enfermo querido) favorecerían la unión de tales factores: «En virtud de la tranquilidad exterior a que obliga, el papel de enfermera exige una concentración de espíritu sobre un solo objeto, dirigir la atención a la respiración del enfermo, es decir, se realizan las condiciones de muchos procedimientos de hipnotismo. El estado crepuscular así creado se halla invadido por sentimientos de angustia» (1 b). Según Breuer, en último término, sólo uno de ambos factores es capaz de producir estados hipnoides: transformación de un ensueño en autohipnosis sin intervención del afecto, o emoción viva (susto*) que paraliza el curso de las asociaciones.

La *Comunicación preliminar* (*Vorläufige Mitteilung*, 1893), obra de Breuer y Freud, plantea el problema en términos algo diferentes: se trata menos de determinar el papel respectivo del estado de ensueño y del afecto en la producción de estados hipnoides, que la parte que corresponde al estado hipnoide y al afecto traumatizante en el origen de la histeria: si el trauma puede provocar el estado hipnoide o producirse durante éste, es capaz también, por sí solo, de resultar patógeno.

El valor patógeno del estado hipnoide estribaría en que las representaciones que aparecen durante el mismo quedan excluidas de la «circulación asociativa» y, por consiguiente, de toda «elaboración* asociativa». Forman así un «grupo psíquico separado», cargado de afecto, que, si bien no entra en conexión con el conjunto de los contenidos de conciencia, es capaz de unirse a otros grupos formados en estados análogos. Así se constituye una escisión dentro de la vida mental, singularmente manifiesta en los casos de desdoblamiento de la personalidad, que ilustran la disociación del psiquismo en consciente e inconsciente.

Breuer consideró el estado hipnoide como la condición fundamental de la histeria. Freud indicó desde un principio lo que, a su juicio, ofrecía de positivo esta teoría (especialmente en comparación con la de Janet) para explicar la existencia, en el paciente histérico, de una «[...] escisión de la conciencia con formación de grupos psíquicos se-

parados» (2 a). Allí donde, según él, invoca Janet «[...] una debilidad innata de la capacidad de síntesis psíquica y un estrechamiento del "campo de conciencia"» (2 b) (β), Breuer tiene el mérito de mostrar que la escisión de la conciencia (carácter fundamental de la histeria) encuentra una explicación genética a partir de estos momentos privilegiados que son los estados hipnoides.

Pero Freud no tarda en limitar el alcance de las concepciones de Breuer, creando el concepto de histeria de defensa*.

Finalmente, condenará retrospectivamente y de un modo radical la concepción de Breuer: «La hipótesis de estados hipnoides proviene enteramente de la iniciativa de Breuer. Yo considero el uso de este término como superfluo y equivoco, ya que interrumpe la continuidad del problema referente a la naturaleza del proceso psicológico que interviene en la formación de los síntomas histéricos» (3).

(α) Definición de Moebius (P. J.) en *Über Astasie-Abasie*, 1894, citada por Breuer en sus *Consideraciones teóricas (Theoretisches)*, 1895 (1 c).

(β) En realidad, las tesis de Janet parecen ofrecer otros matices. Por una parte, reconoce la importancia del trauma; por otra, no considera necesariamente innata esta «debilidad mental» (4).

ESTANCAMIENTO DE LA LIBIDO

= *Al.*: Libidostauung. — *Fr.*: state libidinale. — *Ing.*: damming up of libido. — *It.*: stati della libido. — *Por.*: estase da libido.

Proceso económico que Freud supuso podía hallarse en el origen de la entrada en la neurosis o la psicosis: la libido que no encuentra camino hacia la descarga se acumula en las formaciones intrapsíquicas; la energía acumulada se utilizará en la constitución de los síntomas.

El concepto económico de estancamiento de la libido tiene su origen en la teoría de las neurosis actuales*, tal como la expuso Freud en sus primeros trabajos: como factor etiológico de estas neurosis considera una acumulación (*Anhäufung*) de excitaciones sexuales que, en ausencia de una acción específica* adecuada, no encuentran el camino hacia la descarga.

En *Sobre los tipos de adquisición de las neurosis (Über neurotische Erkrankungsstypen)*, 1912, el concepto de estancamiento de la libido se convierte en una noción muy general, ya que se encuentra en los diversos tipos de adquisición de la neurosis distinguidos por Freud: «Son éstos diferentes caminos que conducen a una cierta constelación patógena en la economía psíquica, a saber, el estancamiento de la libido, del cual el yo, con los medios de que dispone, no puede defenderse sin sufrir daño» (1). Con todo, la función etiológica del estancamiento implica algunos matices importantes:

1.º Freud no considera el estancamiento como un factor *primario* en todos los tipos de adquisición de la enfermedad; al parecer, desempeña el papel determinante en los casos más afines a la neurosis actual (*reale*

Versagung [frustración real]). En otros casos, constituye sólo un efecto del conflicto psíquico.

2.º El estancamiento no es en sí patógeno. Puede conducir a comportamientos normales: sublimación, transformación de la tensión actual en actividad que conduce a la obtención de un objeto satisfactorio.

A partir de *Introducción al narcisismo* (*Zur Einführung des Narzissmus*, 1914), el concepto de estancamiento de la libido se extiende al mecanismo de las psicosis: estancamiento de la libido catectizada sobre el yo. «Parece que más allá de cierto grado ya no puede soportarse la acumulación de la libido narcisista» (2). Así, la hipocondría, que tan a menudo se encuentra como fase más o menos transitoria en la evolución esquizofrénica, traduce esta insoportable acumulación de libido narcisista; desde un punto de vista económico, el delirio representa un intento de volver a situar la energía libidinal en un mundo exterior formado de nuevo.

EXPERIENCIA DE SATISFACCIÓN

= *Al.*: Befriedigungserlebnis. — *Fr.*: expérience de satisfaction. — *Ing.*: experience of satisfaction. — *It.*: esperienza di soddisfacimento. — *Por.*: vivência de satisfação.

Tipo de experiencia originaria postulado por Freud, consistente en el apaciguamiento, en el lactante, gracias a una intervención exterior, de una tensión interna creada por la necesidad. La imagen del objeto que satisface adquiere entonces un valor electivo en la constitución del deseo del sujeto. Podrá ser recatectizada en ausencia del objeto real (satisfacción alucinatoria del deseo). Guiará constantemente la búsqueda ulterior del objeto que satisface.

La experiencia de satisfacción no constituye un concepto usual en psicoanálisis, pero hemos creído que, definiéndolo, podríamos aclarar algunos puntos de vista freudianos que son clásicos y fundamentales. Fue descrito y analizado por Freud en el *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*, 1895); también cita ese concepto, en varias ocasiones, en el capítulo VII de *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900).

La experiencia de satisfacción va ligada al «desamparo» (*Hilflosigkeit*) original del ser humano» (1 a). El organismo no puede provocar la acción específica* capaz de suprimir la tensión resultante del aflujo de las excitaciones endógenas; esta acción requiere la ayuda de una persona exterior (por ejemplo, suministro de alimento); el organismo puede entonces suprimir la tensión.

Más allá de este resultado actual, la experiencia implica varias consecuencias:

1) En lo sucesivo la satisfacción queda unida a la imagen del objeto que ha procurado la satisfacción, así como a la imagen motriz del movimiento reflejo que permitió la descarga. Cuando aparece de nuevo el estado de tensión, la imagen del objeto es recatectizada: «[...] esta reac-

tivación [el deseo] produce ante todo algo similar a la percepción, es decir, una alucinación. Si entonces se desencadena el acto reflejo, inevitablemente se producirá la decepción» (1 b).

Ahora bien, en una fase precoz del desarrollo, el sujeto no es capaz de cerciorarse de que el objeto no se encuentra realmente allí. Una catexia demasiado intensa de la imagen produce el mismo «indicio de realidad» que una percepción.

2) El conjunto de esta experiencia (satisfacción real y satisfacción alucinatoria) constituye el fundamento del deseo. En efecto, el deseo tiene su origen en una búsqueda de la satisfacción real, pero se forma según el modelo de la alucinación primitiva.

3) La formación del yo viene a paliar el primer fracaso del sujeto en distinguir entre una alucinación y una percepción. Por su función inhibidora, impide que la recatectización de la imagen del objeto que satisface sea demasiado intensa.

En *La interpretación de los sueños*, Freud describe en forma análoga la vivencia de satisfacción y sus consecuencias, aportando a este respecto dos nuevos conceptos, *identidad de percepción** e *identidad de pensamiento**: el sujeto busca siempre, por caminos directos (alucinación) o indirectos (acción orientada por el pensamiento) una identidad con «la percepción que quedó unida a la satisfacción de la necesidad» (2).

En los trabajos ulteriores, ya no se menciona explícitamente la experiencia de satisfacción. Pero las concepciones de Freud serán siempre las inherentes a esta noción. Remitimos en especial al lector al comienzo del artículo *Formulaciones sobre los dos principios del funcionamiento psíquico* (*Formulierungen über die zwei Prinzipien des psychischen Geschehens*, 1911), y a *La negación* (*Die Verneinung*, 1925). En este último texto, Freud subraya una vez más el carácter irreductible de la satisfacción originaria y su función decisiva en la búsqueda ulterior de los objetos: «[...] lo que determina la institución de la prueba de realidad es el hecho de haber perdido los objetos que anteriormente habían proporcionado una satisfacción real» (3).

La experiencia de satisfacción (real y alucinatoria) constituye el concepto fundamental de la problemática freudiana de la satisfacción: en ella se articulan el apaciguamiento de la necesidad y el *cumplimiento del deseo** (véase: Deseo; Fantasía).

F

FACILITACIÓN

= *Al.*: Bahnung. — *Fr.*: frayage. — *Ing.*: facilitation. — *It.*: facilitazione. — *Por.*: facilitação.

Término utilizado por Freud cuando da un modelo neurológico del funcionamiento del aparato psíquico (1895): la excitación, para pasar de una neurona a otra, debe vencer cierta resistencia; cuando este paso implica una disminución permanente de esta resistencia, se dice que hay facilitación: la excitación escogerá la vía facilitada con preferencia en la que no lo ha sido.

El concepto de facilitación ocupa un lugar central en la descripción del funcionamiento del «aparato neuronal» que dio Freud en su *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*, 1895). Jones indica que este concepto desempeñaba un papel importante en el libro de Exner publicado un año antes, *Proyecto de una explicación fisiológica de los fenómenos psíquicos* (*Entwurf zu einer physiologischen Erklärung der psychischen Erscheinungen*, 1894) (1). Sin haberlo abandonado, apenas lo usa en sus trabajos metapsicológicos. Sin embargo, volvemos a encontrar el concepto de facilitación cuando, en *Más allá del principio del placer* (*Jenseits des Lustprinzips*, 1920), se ve inducido a utilizar de nuevo un modelo fisiológico (2).

FALICA (MUJER O MADRE)

= *Al.*: phallische (Frau o Mutter). — *Fr.*: phallique (femme o mère). — *Ing.*: phallic (woman o mother). — *It.*: fallica (donna o madre). — *Por.*: fálica (mulher o mãe).

Mujer fantaseadamente provista de un falo. Esta imagen puede adoptar dos formas principales, según que la mujer se encuentre representada, ya sea como portadora de un falo externo o de un atributo fálico, ya sea como conservando en su interior el falo masculino.

La imagen de mujeres provistas de un órgano sexual masculino se encuentra frecuentemente en psicoanálisis, en los sueños y en las fantasías.

Desde un punto de vista teórico, la imagen de la mujer fálica tiene su fundamento en la patentización progresiva de una «teoría sexual infantil» después de una fase libidinal propiamente dicha, en las cuales únicamente existiría para ambos sexos un solo órgano sexual, el falo (véase: Fase fálica).

Según Ruth Mack Brunswick, esta imago se formaría «[...] para asegurar la posesión del pene por la madre y, así, aparecería probablemente en el momento en que el niño comienza a dudar de que la madre lo posea efectivamente. Con anterioridad [...] parece más que probable que el órgano ejecutivo de la madre activa es el pecho; la idea del pene es luego proyectada retrospectivamente sobre la madre activa, una vez reconocida la importancia del falo» (1).

Desde un punto de vista clínico, Freud ha mostrado, por ejemplo, cómo el fetichista encontraba en su fetiche un substitutivo del falo materno cuya ausencia reniega (2).

En otra dirección, los psicoanalistas, siguiendo a F. Boehm, han puesto de manifiesto, especialmente en el análisis de los homosexuales masculinos, la fantasía ansiógena según la cual la madre habría retenido, dentro de su cuerpo, el falo recibido durante el coito (3). Melanie Klein, con la idea de la «imago de los padres acoplados»*, ha dado mayor extensión a este fantasma.

Se observará que, en conjunto, el término «mujer fálica» designa a la mujer que posee un falo y no la imagen de la mujer o de la niña *identificada con el falo* (4). Señalemos, por último, que la expresión «mujer fálica» se utiliza a menudo, en sentido figurado, para calificar a una mujer que presenta rasgos de carácter supuestamente masculinos, por ejemplo una mujer autoritaria, pero esto sin que se sepa cuáles son exactamente los fantasmas subyacentes.

FALO

= *Al.*: Phallus. — *Fr.*: phallus. — *Ing.*: phallus. — *It.*: fallo. — *Por.*: falo.

En la antigüedad grecorromana, representación figurada del órgano masculino.

En psicoanálisis, el empleo de este término hace resaltar la función simbólica cumplida por el pene en la dialéctica intra- e intersubjetiva, quedando reservado el nombre «pene» para designar más bien el órgano en su realidad anatómica.

Sólo en algunas ocasiones encontramos el término «falo» en los escritos de Freud. En compensación, en su forma adjetiva, lo hallamos en diversas expresiones, principalmente la de «fase fálica»*. En la literatura psicoanalítica contemporánea se constata un empleo cada vez más diferenciado de los términos «pene» y «falo», utilizándose el primero para designar el órgano masculino en su realidad corporal, mientras que el segundo hace resaltar el valor simbólico del mismo.

La organización fálica, que fue reconocida progresivamente por Freud

como fase de evolución de la libido en ambos sexos, ocupa un lugar central, en la medida en que es correlativa del complejo de castración e impone el planteamiento y resolución del complejo de Edipo. La alternativa que se ofrece al sujeto en esta fase consta de estos dos términos: tener el falo o estar castrado. Se observa que aquí la oposición no es entre dos términos que designen dos realidades anatómicas, como son el pene y la vagina, sino entre la presencia o la ausencia de un solo término. Esta primacía del falo para los dos sexos es correlativa, para Freud, al hecho de que la niña ignoraría la existencia de la vagina. Aunque el complejo de castración adopte diferentes modalidades en el niño y en la niña, en ambos casos continúa centrado alrededor del único falo, el cual es concebido como separable del cuerpo. En esta perspectiva, el artículo *Sobre las transposiciones de la pulsión y especialmente del erotismo anal* (*Über Triebumsetzungen, insbesondere der Analerotik*, 1917 (1)) viene a mostrar cómo el órgano masculino se inscribe en una serie de términos sustituibles unos por otros en «ecuaciones simbólicas» (pene = heces = niño = regalo, etc.), términos que tienen en común la propiedad de ser separables del sujeto y susceptibles de poder circular de una persona a otra.

Para Freud, el órgano masculino no es solamente una realidad que puede encontrarse como la referencia última de toda una serie. La teoría del complejo de castración atribuye al órgano masculino un papel preponderante, esta vez como símbolo, en la medida en que su ausencia o su presencia transforma una diferencia anatómica en un criterio fundamental de clasificación de los seres humanos, y también en la medida en que, para cada sujeto, esta presencia o ausencia no es algo obvio, no es reductible a un puro y simple dato, sino que es el resultado problemático de un proceso intra- e intersubjetivo (asunción por el sujeto de su propio sexo). Es sin duda en función de este valor de símbolo que Freud y, en forma más sistemática, el psicoanálisis contemporáneo, habla de falo; se hace entonces referencia, de un modo más o menos explícito, al uso de este término en la Antigüedad, donde designaba la representación figurada, pintada, esculpida, etc., del órgano viril, objeto de veneración que desempeñaba un papel central en las ceremonias de iniciación (Misterios). «En aquella lejana época, el falo en erección simbolizaba la potencia soberana, la virilidad trascendente, mágica o sobrenatural y no la variedad puramente priápica del poder masculino, la esperanza de la resurrección y la fuerza que puede producirla, el principio luminoso que no tolera sombras ni multiplicidad y mantiene la unidad que eternamente mana del ser. Los dioses itifálicos Hermes y Osiris encarnan esta inspiración esencial» (2).

¿Qué debe entenderse aquí por «valor de símbolo»? No es posible asignar al símbolo *falo* una significación alegórica determinada, por muy amplia que sea (fecundidad, potencia, autoridad, etc.). Tampoco puede reducirse lo que simboliza al órgano masculino o pene, tomado en su realidad corporal. En suma, tanto o más que un símbolo (en el sentido de una representación figurada y esquemática del órgano viril), el falo se encuentra como significación, como lo que está simbolizado en las más diversas representaciones; Freud ya indicó, en su teoría del simbo-

lismo, que se trataba de uno de los símbolos universales; creyó encontrar, como *tertium comparationis* entre el órgano viril y lo que lo representa, el rasgo común de ser una cosa pequeña (*das Kleine*) (3 a). Pero, en esta misma línea, cabe pensar que lo que caracteriza el falo y se encuentra también en sus diversas metamorfosis figuradas, es el hecho de ser un objeto separable, transformable (y, en este sentido, un objeto parcial*). El hecho, advertido por Freud desde *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900) (3 b, 3 c) y ampliamente confirmado por la investigación analítica, de que el sujeto como persona total pueda ser identificado al falo, no invalida la idea precedente: es en aquel momento cuando una persona misma es asimilada a un objeto capaz de ser visto, exhibido, e incluso de circular, de ser dado y recibido. Freud demostró, especialmente en el caso de la sexualidad femenina, cómo el deseo de recibir el falo del padre se transforma en deseo de tener un niño de él. Por lo demás, en relación con este ejemplo, cabría preguntarse si está justificado establecer, en la terminología psicoanalítica, una distinción radical entre pene y falo. El término *Penisneid* (véase: Envidia del pene) encierra una ambigüedad que quizá sea fecunda y que no es posible suprimir mediante una distinción esquemática entre, por ejemplo, el deseo de gozar del pene real del hombre en el coito y el deseo de tener el falo (como símbolo de virilidad).

En Francia, J. Lacan ha intentado volver a centrar la teoría psicoanalítica en torno a la noción de falo como «significante del deseo». El complejo de Edipo, tal como ha sido reformulado por este autor, consiste en una dialéctica en la que las principales alternativas son: ser o no ser el falo, tenerlo o no tenerlo, y cuyos tres tiempos están centrados en el lugar que ocupa el falo en el deseo de los tres protagonistas (4).

FANTASÍA

= Al.: Phantasie. — Fr.: fantasme. — Ing.: fantasy o phantasy. — It.: fantasia. — Por.: fantasía.

Guión imaginario en el que se halla presente el sujeto y que representa, en forma más o menos deformada por los procesos defensivos, la realización de un deseo y, en último término, de un deseo inconsciente.

La fantasía se presenta bajo distintas modalidades: fantasías conscientes o sueños diurnos, fantasías inconscientes que descubre el análisis como estructuras subyacentes a un contenido manifiesto, y fantasías originarias.

I. La palabra alemana *Phantasie* designa la imaginación. No tanto la facultad de imaginar en el sentido filosófico del término (*Einbildungskraft*), como el mundo imaginario, sus contenidos, la actividad creadora que lo anima (*das Phantasieren*). Freud recogió estos diferentes usos de la lengua alemana.

En francés, el término *fantasme* ha sido utilizado de nuevo por el psicoanálisis y, en consecuencia, está más cargado de resonancias psicoanalíticas que su homólogo alemán. Por otra parte, no corresponde exactamente al término alemán, pues su extensión es menor. Designa una

determinada formación imaginaria y no el mundo de las fantasías, la actividad imaginativa en general.

Daniel Lagache ha propuesto volver a utilizar en su antiguo sentido el término «*fantaisie*», que tiene la ventaja de designar tanto la actividad creadora como sus producciones, pero que, para la conciencia lingüística contemporánea, es muy difícil que no sugiera los matices de capricho, originalidad, falta de seriedad, etc.

II. Los términos «fantasía» «actividad fantaseadora», sugieren inevitablemente la oposición entre imaginación y realidad (percepción). Si se hace de esta oposición un eje de referencia fundamental del psicoanálisis, habrá que definir la fantasía como una producción puramente ilusoria que no resistiría a una aprehensión correctora de lo real. Algunos textos de Freud parecen justificar tal orientación. En las *Formulaciones sobre los dos principios del funcionamiento psíquico* (*Formulierungen über die zwei Prinzipien des psychischen Geschehens*, 1911), Freud contrapone al mundo interior, que tiende a la satisfacción por ilusión, un mundo exterior que impone progresivamente al sujeto, por mediación del sistema perceptivo, el principio de realidad.

En igual sentido se invoca a menudo la forma como Freud descubrió la importancia de las fantasías en la etiología de las neurosis: Freud, que en un principio admitió la realidad de las escenas infantiles patógenas halladas en el curso del análisis, habría abandonado definitivamente esta primera convicción, denunciando su «error»: la realidad aparentemente material de estas escenas no era más que «realidad psíquica» (α).

Pero conviene subrayar aquí que la expresión «realidad psíquica» no es simplemente sinónima de mundo interior, campo psicológico, etc. Tomada por Freud en su sentido más fundamental, designa un núcleo, heterogéneo en este campo, resistente, el único verdaderamente «real» en comparación con la mayoría de los fenómenos psíquicos. «¿Es preciso atribuir una *realidad* a los deseos inconscientes? No sabría decirlo. Naturalmente, debe negárseles a todos los pensamientos de transición y de ligazón. Cuando nos encontramos ante deseos inconscientes llevados a su última y más verdadera expresión, nos vemos obligados a decir que la *realidad psíquica* constituye una forma de existencia particular que es imposible confundir con la realidad *material*» (1 a).

El esfuerzo de Freud y de toda la reflexión psicoanalítica consiste precisamente en intentar explicar la estabilidad, la eficacia y el carácter relativamente organizado de la vida de fantasía del sujeto. Dentro de esta perspectiva, Freud, desde que centró el interés sobre las fantasías, destacó modalidades típicas de guiones fantaseados, como, por ejemplo, la «novela familiar»*. Rehúsa dejarse encerrar en la oposición entre una concepción que considera la fantasía como un derivado deformado del recuerdo de acontecimientos reales fortuitos, y otra que no atribuiría realidad propia a la fantasía, viendo en ella únicamente una expresión imaginaria destinada a enmascarar la realidad de la dinámica pulsional. Las fantasías típicas halladas por el psicoanálisis condujeron a Freud a postular la existencia de esquemas inconscientes que trascienden lo vi-

vido individual y se transmitirían hereditariamente: las «fantasías originarias».

III. La palabra «fantasía» se utiliza muy extensamente en psicoanálisis. Según algunos autores, esta utilización tendría el inconveniente de no precisar la situación *tópica* (consciente, preconsciente o inconsciente) de la formación que se considera.

Para comprender el concepto freudiano de *Phantasie*, conviene distinguir diversos niveles:

1.º Lo que Freud denomina *Phantasien* son ante todo los sueños diurnos*, escenas, episodios, novelas, ficciones que el sujeto forja y se narra a sí mismo en estado de vigilia. En los *Estudios sobre la histeria* (*Studien über Hysterie*, 1895), Breuer y Freud mostraron la frecuencia y la importancia de esta actividad fantaseadora en el histérico y la describieron como frecuentemente «inconsciente», es decir, produciéndose durante estados de ausencia o estados hipnoides*.

En *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900) todavía describe Freud las fantasías basándose en el modelo de los sueños diurnos. Las analiza como formaciones de compromiso y muestra que su estructura es comparable a la del sueño. Estas fantasías o sueños diurnos son utilizados por la elaboración secundaria*, factor del trabajo del sueño* que se aproxima mucho a la actividad en vigilia.

2.º Freud utiliza a menudo la expresión «fantasía inconsciente», sin que implique siempre una posición metapsicológica bien establecida. Con ella parece designar a veces un ensueño subliminal, preconsciente, al cual se entrega el sujeto y del que tomará o no conciencia reflexivamente (2). En el artículo *Fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad* (*Hysterische Phantasien und ihre Beziehung zur Bisexualität*, 1908), las fantasías «inconscientes», consideradas precursoras de los síntomas histéricos, se describen como hallándose en íntima conexión con los sueños diurnos.

3.º Dentro de una línea de pensamiento distinta, la fantasía aparece en una relación mucho más íntima con el inconsciente. En el capítulo VII de *La interpretación de los sueños*, Freud sitúa a un nivel inconsciente, en el sentido tópico de esta palabra, ciertas fantasías, las ligadas al deseo inconsciente y que se hallan en el punto de partida del proceso metapsicológico de formación del sueño: la primera parte del «trayecto» que conduce al sueño «[...] va, de forma progresiva, desde las escenas o fantasías inconscientes hasta el preconsciente» (1 b).

4.º Por consiguiente, aunque Freud no lo hace explícitamente, se podrían distinguir en su obra varios niveles de la fantasía: consciente, subliminal, inconsciente (β). Pero Freud parece preocupado no tanto en establecer esta distinción, como en recalcar los lazos existentes entre estos diversos aspectos:

a) En el sueño, los ensueños diurnos utilizados por la elaboración secundaria pueden estar en conexión directa con la fantasía inconsciente que constituye el «núcleo del sueño»: «Las fantasías de deseo que el ana-

lista descubre en los sueños nocturnos muestran a menudo ser repeticiones y recomposiciones de escenas infantiles; así, en más de un sueño, su fachada nos indica inmediatamente el verdadero núcleo del sueño, que se encuentra deformado porque aparece mezclado con otro material» (3). Por consiguiente, en el trabajo del sueño, la fantasía se halla presente en los dos extremos del proceso: por una parte, está ligada al deseo inconsciente más profundo, al «capitalista» del sueño; por otra, en el otro extremo, se halla presente en la elaboración secundaria. Los dos extremos del sueño y las dos modalidades de fantasías que en él se encuentran parecen, si no juntarse, por lo menos comunicarse interiormente y simbolizarse entre sí.

b) Freud encuentra en la fantasía un *punto privilegiado* donde podría captarse, a lo vivo, el proceso de *paso* entre los diferentes sistemas psíquicos: represión o retorno de lo reprimido. Las fantasías «[...] se aproximan mucho a la conciencia y permanecen allí sin ser perturbadas mientras no posean una catexis intensa, pero cuando sobrepasan un cierto nivel de catexis son nuevamente alejadas» (4 a).

c) En la definición metapsicológica más completa que dio Freud, conecta entre sí los aspectos de la fantasía aparentemente más distantes: «Ellas [las fantasías] se hallan, por una parte, altamente organizadas, no son contradictorias, han aprovechado todas las ventajas del sistema Cs, y nuestro juicio difícilmente las distinguiría de las formaciones de este sistema; por otra parte, son inconscientes e incapaces de volverse conscientes. Su origen [inconsciente] es lo decisivo para su destino. Podrían compararse a los mestizos, que en conjunto se parecen a los blancos, pero cuyo color de origen se delata por alguna señal sorprendente y que por este hecho permanecen excluidos de la sociedad y no gozan de ninguno de los privilegios reservados a los blancos» (4 b).

Parece, pues, que la problemática freudiana de la fantasía no solamente no permite efectuar una distinción de *naturaleza* entre fantasía inconsciente y fantasía consciente, sino que tiende más bien a señalar sus analogías, sus estrechas relaciones, los pasos entre ellas: «Las fantasías claramente conscientes de los perversos (que, en circunstancias favorables, pueden transformarse en comportamientos «organizados»), los temores delirantes de los paranoicos (que son proyectados sobre otros con un sentido hostil), las fantasías inconscientes de los histéricos (que el psicoanálisis descubre detrás de sus síntomas), todas estas formaciones coinciden en su contenido hasta en los menores detalles» (5). En formaciones imaginarias y estructuras psicopatológicas tan diversas como las que aquí cita Freud, pueden encontrarse una misma organización, un mismo arreglo, tanto si son conscientes como inconscientes, realizadas o imaginadas, asumidas por el sujeto o proyectadas sobre otro.

Asimismo, en la cura, el psicoanalista se dedica a descubrir la fantasía subyacente, tras las producciones del inconsciente, como el sueño, el síntoma, el actuar*, las conductas repetitivas, etc. El progreso de la investigación hace aparecer incluso aspectos de la conducta muy alejados de la actividad imaginativa y, a primera vista, gobernados por las solas exigencias de la realidad, como emanaciones, «derivados» de fantasías inconscientes. Desde esta perspectiva, todo el conjunto de la

vida del sujeto aparece como modelado, organizado por lo que podría denominarse, para subrayar su carácter estructurante, *una actividad fantaseadora*. Ésta no debe concebirse únicamente como una temática, aunque estuviera marcada para cada individuo por rasgos eminentemente singulares, sino que comporta un dinamismo propio, en virtud del cual las estructuras fantaseadas intentan expresarse, encontrar una salida hacia la conciencia y la acción, atrayendo constantemente hacia ellas un nuevo material.

IV. La fantasía guarda la más estrecha relación con el deseo; un término freudiano lo atestigua: *Wunschphantasie*, o fantasía de deseo (6). ¿Cómo concebir esta relación? Sabemos que, para Freud, el deseo tiene su origen y su modelo en la *experiencia de satisfacción*:* «El primer desear [*Wünschen*] parece haber sido una catexis alucinatoria del recuerdo de la satisfacción» (1 c). ¿Equivale esto a decir que las fantasías más primitivas son aquellas que tienden a encontrar de nuevo los objetos alucinatorios ligados a todas las primeras experiencias de aumento y resolución de la tensión interna? ¿Puede decirse que las primeras fantasías son fantasías de objeto, de los objetos fantaseados a los que tendería el deseo como la necesidad tiende a su objeto natural?

A nuestro modo de ver, la relación entre la fantasía y el deseo es más compleja. Incluso en sus formas menos elaboradas, la fantasía aparece como irreductible a una mira intencional del sujeto que desea:

1.º se trata de guiones, aunque se enuncien en una sola frase, de escenas organizadas, susceptibles de ser dramatizadas en forma casi siempre visual;

2.º el sujeto está siempre presente en tales escenas; incluso en la «escena originaria»*, de la que puede parecer excluido, figura de hecho, no sólo como observador, sino como participante que viene, por ejemplo, a perturbar el coito de los padres;

3.º lo representado no es un objeto al cual tiende el sujeto, sino una secuencia de la que forma parte el propio sujeto y en la cual son posibles las permutaciones de papeles y de atribución (véase especialmente el análisis que Freud hizo de la fantasía *Pegan a un niño* (*Ein Kind wird geschlagen*, 1919) y a los cambios sintácticos que experimenta esta frase; véanse también las transformaciones de la fantasía homosexual en el *Caso Schreber*);

4.º en la medida en que el deseo se articula así en la fantasía, ésta es también asiento de operaciones defensivas; da lugar a los procesos de defensa más primitivos, como la vuelta hacia su propia persona, la transformación en lo contrario*, la negación*, la proyección*;

5.º tales defensas, a su vez, se hallan indisolublemente ligadas a la función primaria de la fantasía (la escenificación del deseo), escenificación en la que lo *prohibido* se encuentra siempre presente en la posición misma del deseo.

(*) Repetidas veces Freud describió este giro de su pensamiento (7) en términos que acreditan este punto de vista. Pero un atento estudio de las concepciones freudianas y de su evolución entre 1895 y 1900, muestra que el testimonio del propio

Freud, en su esquematismo extremo, no explica la complejidad y la riqueza de sus puntos de vista en cuanto a la naturaleza de la fantasía (para una interpretación de este período, véase Laplanche y Pontalis, *Fantasme originaire, fantasmes des origines, origine du fantasme*, 1964) (8).

(8) Susan Isaacs, en su artículo *Naturaleza y función de la fantasía* (*The Nature and Function of Phantasy*, 1948) (9), propone adoptar las dos grafías *fantasy* y *phantasy* para designar respectivamente «los sueños diurnos conscientes, las ficciones, etcétera», y «[...] el contenido primario de los procesos mentales inconscientes». Este autor piensa así modificar la terminología psicoanalítica, permaneciendo fiel al pensamiento de Freud. Nosotros, por el contrario, creemos que la distinción propuesta no concuerda con la complejidad de los puntos de vista de Freud. Por otra parte, en la traducción de los textos de Freud, la necesidad de elegir, en determinados pasajes, entre «*phantasme*» y «*fantasme*», conduciría a las interpretaciones más arbitrarias.

FANTASÍAS ORIGINARIAS

= Al.: Urphantasiën. — Fr.: fantasmes originaires. — Ing.: primal phantasies. — It.: fantasmî (o fantasie) originari(e), primari(e). — Por.: profantasías, o fantasías primitivas, u originárias.

Estructuras fantaseadas típicas (vida intrauterina, escena originaria, castración, seducción) que el psicoanálisis reconoce como organizadoras de la vida de la fantasía, cualesquiera que sean las experiencias personales de los individuos; según Freud, la universalidad de estas fantasías se explica por el hecho de que constituirían un patrimonio transmitido filogenéticamente.

El término *Urphantasiën* aparece en los artículos de Freud en 1915: «Estas formaciones fantaseadas (observación de la relación sexual entre los padres, seducción, castración, etc.) las denomino fantasías originarias» (1). Las llamadas fantasías originarias se encuentran de un modo muy general en los seres humanos, sin que puedan referirse siempre a escenas vividas realmente por el individuo; reclamarían, por lo tanto, según Freud, una explicación filogenética, mediante la cual la realidad recobraría sus derechos: así, por ejemplo, la castración habría sido efectivamente practicada por el padre en el pasado arcaico de la humanidad. «Es posible que todas las fantasías que se nos cuentan actualmente en el análisis [...] hayan sido en otra época, en los tiempos primitivos de la familia humana, realidad, y que el niño, al crear fantasías, no haga más que rellenar, con la ayuda de la verdad prehistórica, las lagunas de la verdad individual» (2). En otras palabras, lo que fue realidad de hecho en la prehistoria se habría convertido en realidad psíquica*.

Lo que entiende Freud por fantasías originarias resulta difícil de comprender si se considera aisladamente; en efecto, este concepto es introducido al final de un largo debate sobre los elementos últimos que el psicoanálisis puede sacar a la luz en relación con el origen de la neurosis y, de un modo más general, tras la vida fantasmática de todo individuo.

Muy pronto Freud se esforzó en descubrir acontecimientos arcaicos reales, capaces de suministrar el último fundamento de los síntomas neuróticos. Denomina «escenas originarias» (*Urszenen*) estos acontecimientos reales, traumatizantes, cuyo recuerdo se halla en ocasiones elaborado y enmascarado por fantasías. Entre ellas, hay una que conser-

vará en el lenguaje psicoanalítico el nombre de *Urszene*: la escena del coito parental, que habría presenciado el niño (véase: Escena originaria). Se observará que estos acontecimientos primordiales se designan con el nombre de *escenas* y que, desde un principio, Freud se esforzó en destacar, entre ellas, guiones típicos y en número limitado (3).

No podemos reproducir aquí la evolución que condujo a Freud desde esta concepción realista de las «escenas originarias» al concepto «fantasías originarias»; esta evolución, con toda su complejidad, corre pareja con la delimitación del concepto psicoanalítico de fantasía*. Sería demasiado esquemático creer simplemente que Freud abandonó una primera concepción que buscaba la etiología de la neurosis en los traumatismos infantiles contingentes, substituyéndola por otra que, viendo el precursor del síntoma en la fantasía, no reconocería en éste más realidad que la de expresar en forma imaginaria una vida pulsional que en sus líneas generales se hallaría determinada biológicamente. En efecto, el mundo de la fantasía aparece desde un principio en psicoanálisis como dotado de una consistencia, una organización y una eficacia que queda bien expresada por el término «realidad psíquica».

Durante los años 1907-1909, en que el tema de la fantasía suscita la realización de numerosos trabajos, reconociéndose plenamente su eficacia inconsciente, por ejemplo, como subyacente al ataque histérico que lo simboliza, Freud se dedica a sacar a la luz secuencias típicas, guiones imaginarios (novela familiar*) o construcciones teóricas (teorías sexuales infantiles) por medio de las cuales el neurótico y quizá también «todo hijo de los hombres» intenta responder a los grandes enigmas de su existencia.

Con todo, es notable que el pleno conocimiento de la fantasía como un dominio autónomo, explorable, dotado de su propia consistencia, no elimina para Freud el problema de su origen. El ejemplo más llamativo lo proporciona el análisis de *Historia de una neurosis infantil*: Freud intenta establecer la realidad de la escena de observación del coito parental reconstituyéndola en sus menores detalles y, cuando parece conmovido por la tesis junguiana, según la cual tal escena no sería más que una fantasía construida retroactivamente por el sujeto adulto, sigue insistiendo en que la percepción ha suministrado al niño los indicios, pero sobre todo introduce el concepto de fantasía originaria. En este concepto vienen a juntarse la exigencia de encontrar lo que podríamos llamar la «roca» del acontecimiento (y si éste, refractado y como reducido, se esfuma en la historia del individuo, nos remontaremos más allá, hasta la historia de la especie), y la preocupación por basar la estructura de la fantasía sobre algo distinto del acontecimiento. Tal preocupación puede llevar a Freud incluso a afirmar la preponderancia de la estructura presubjetiva sobre la experiencia individual: «Allí donde los acontecimientos no se adaptan al esquema hereditario, experimentan una recomposición en la fantasía [...]. Estos casos son precisamente los más apropiados para mostrarnos la existencia independiente del esquema. A menudo podemos observar que el esquema triunfa sobre la experiencia individual; en nuestro caso, por ejemplo [el de *Historia de una neurosis infantil*], el padre se convierte en castrador y en el que ame-

naza la sexualidad infantil, a pesar de un complejo de Edipo por lo demás invertido [...]. Las contradicciones que aparecen entre la experiencia y el esquema parecen suministrar amplio material para los conflictos infantiles» (4).

Si pasamos ahora a considerar los temas que se encuentran en las fantasías originarias (escena originaria, castración*, seducción*), nos sorprenderá un carácter común: todas ellas se refieren a los orígenes. Como los mitos colectivos, intentan aportar una representación y una «solución» a lo que para el niño aparece como un gran enigma; dramatizan como momento de emergencia, como origen de una historia, lo que se le aparece al sujeto como una realidad de tal naturaleza que exige una explicación, una «teoría». En la «escena originaria» se representa el origen del sujeto; en las fantasías de seducción, el origen o surgimiento de la sexualidad; en las fantasías de castración, el origen de la diferencia de los sexos.

Para terminar, señalemos que el concepto de fantasía originaria posee un interés central para la experiencia y la teoría psicoanalítica. A nuestro modo de ver, las reservas que suscita la teoría de una transmisión genética hereditaria (α) no deben hacernos considerar igualmente caduca la idea de que existen, en la vida de la fantasía, estructuras irreductibles a las contingencias de lo vivido individual.

(*) En *Fantasme originaire, fantasmes des origines, origine du fantasme* (5), hemos propuesto una interpretación del concepto freudiano «fantasía originaria». La universalidad de estas estructuras debe relacionarse con la que Freud reconoce en el complejo de Edipo (véase este término), complejo nuclear cuyo carácter estructurante, a priori, el subrayó con frecuencia: «El contenido de la vida sexual infantil consiste en la actividad autoerótica de los componentes sexuales predominantes, en las trazas de amor objetal y en la formación de este complejo que podríamos llamar *complejo nuclear de las neurosis* [...] El hecho de que generalmente formemos las mismas fantasías relativas a nuestra propia infancia, a pesar de la variabilidad de las aportaciones de la vida real, se explica por la uniformidad de este contenido y por la constancia de las influencias modificadoras posteriores. Pertenece absolutamente al complejo nuclear de la infancia el hecho de que el padre asuma el papel del enemigo sexual, del que perturba la actividad sexual autoerótica, y la mayoría de las veces la realidad contribuye en gran parte a que esto sea así» (6).

FASE ANAL-SADICA

= *Al.*: sadistisch-anale Stufe (o Phase). — *Fr.*: stade sadique-anal. — *Ing.*: anal-sadistic stage. — *It.*: fase sadico-anale. — *Por.*: fase anal-sádica.

Según Freud, segunda fase de la evolución libidinal, que puede situarse aproximadamente entre dos y cuatro años; se caracteriza por una organización de la libido bajo la primacía de la zona erógena anal; la relación de objeto está impregnada de significaciones ligadas a la función de defecación (expulsión-retención) y al valor simbólico de las heces. En ella se ve afirmarse el sadomasoquismo en relación con el desarrollo del dominio muscular.

Freud comenzó destacando los rasgos de un erotismo anal en el adulto y describiendo su funcionamiento en el niño en la defecación y la retención de las materias fecales (1).

A partir del erotismo anal surgirá la idea de una organización pre-genital de la libido. En el artículo *Carácter y erotismo anal* (*Charakter und Analerotik*, 1908) (2), Freud relaciona ya ciertos rasgos de carácter que persisten en el adulto (la triada: orden, avaricia, obstinación) con el erotismo anal del niño.

En *La predisposición a la neurosis obsesiva* (*Die Disposition zur Zwangsneurose*, 1913), aparece por vez primera el concepto de una organización pregenital en la que predominan las pulsiones sádica y erótico-anal; al igual que en la fase genital, existe una relación con el objeto exterior. «Consideramos necesario intercalar otra fase antes de la forma final —fase en la que las pulsiones parciales ya se han reunido para la elección de objeto y éste ya es opuesto y ajeno a la propia persona, pero en la cual todavía no se ha establecido la primacía de las zonas genitales» (3).

En las reformas posteriores de los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1915, 1924), la fase anal aparece como una de las organizaciones pregenitales, situadas entre las organizaciones oral y fálica. Es la primera fase en la que se constituye una polaridad actividad-pasividad*: Freud hace coincidir la actividad con el sadismo, y la pasividad con el erotismo anal, y atribuye a cada una de las pulsiones parciales correspondientes una fuente distinta: musculatura para la *pulsión de dominio** (*Bemächtigungstrieb*), y mucosa anal.

En 1924, K. Abraham propuso diferenciar dos fases dentro de la fase anal-sádica, distinguiendo en cada uno de los componentes dos tipos opuestos de comportamiento en relación con el objeto (4). En la primera, el erotismo anal va ligado a la evacuación, y la pulsión sádica a la destrucción del objeto; en la segunda fase, el erotismo anal va ligado a la retención, y la pulsión sádica al control posesivo. Para Abraham, el paso de una fase a la otra constituye un progreso decisivo hacia el amor de objeto, como indicaría el hecho de que la línea de escisión entre las regresiones neuróticas y las psicóticas pasa entre estas dos fases.

¿Cómo concebir la ligazón entre el sadismo y el erotismo anal? El sadismo, por su naturaleza bipolar (puesto que apunta contradictoriamente a destruir el objeto y a conservarlo dominándolo), encontraría su principal correspondencia en el funcionamiento bifásico del esfínter anal (evacuación-retención) y el control de éste.

En la fase anal, se unen a la actividad de la defecación los valores simbólicos del don y del rechazo; dentro de esta perspectiva, Freud puso en evidencia la equivalencia simbólica: heces = regalo = dinero (5).

FASE DEL ESPEJO

= AL.: Spiegelstufe. — Fr.: stade du miroir. — Ing.: mirror's stage. — It.: stadio dello specchio. — Por.: fase do espelho.

Según J. Lacan, fase de la constitución del ser humano, situada entre los 6 y 18 primeros meses (6); el niño, todavía en un estado de impotencia e incoordinación motriz, anticipa imaginariamente la aprehensión y dominio de su unidad corporal. Esta unificación imaginaria se efectúa por identificación con la imagen del

semejante como forma total; se ilustra y se actualiza por la experiencia concreta en que el niño percibe su propia imagen en un espejo.

La fase del espejo constituiría la matriz y el esbozo de lo que será el yo.

La concepción de la fase del espejo constituye una de las aportaciones más antiguas de J. Lacan, quien la presentó en 1936 al Congreso Internacional de Psicoanálisis celebrado en Marienbad (1 a).

Esta concepción reúne y se basa en cierto número de datos experimentales:

1) Datos proporcionados por la psicología infantil y la psicología comparada, referentes al comportamiento del niño ante su imagen reflejada en el espejo (2). Lacan insiste en «[...] la asunción triunfal de la imagen, con la mímica gozosa que la acompaña y la complacencia lúdica en el control de la identificación especular» (3 a).

2) Datos proporcionados por la etología animal y que muestran algunos efectos de maduración y de estructuración biológica producidos exclusivamente por la percepción visual del semejante (3 b).

La importancia de la fase del espejo en el ser humano debe relacionarse, según Lacan, con la prematuridad del nacimiento (β), demostrada objetivamente por el estado anatómicamente incompleto del sistema piramidal, y por la falta de coordinación motriz de los primeros meses (γ).

1.º Desde el punto de vista de la estructura del sujeto, la fase del espejo señalaría un momento genético fundamental: la constitución del primer esbozo del yo. En efecto, el niño percibe, en la imagen del semejante o en su propia imagen especular, una forma (*Gestalt*) en la cual anticipa (de ahí su «gozo») una unidad corporal que objetivamente le falta: se identifica con esta imagen. Esta experiencia primordial se encuentra en la base del carácter imaginario del yo, constituido en principio como «yo ideal» y «matriz de las identificaciones secundarias» (1 b). Como puede apreciarse, desde este punto de vista, el sujeto no puede reducirse al yo, instancia imaginaria en la cual tiende a alienarse.

2.º Según Lacan, la relación intersubjetiva, en cuanto viene marcada por los efectos de la fase del espejo, constituye una relación imaginaria, dual, consagrada a la tensión agresiva, donde el yo está constituido como un otro, y el otro como un *alter ego* (véase: Imaginario).

3.º Tal concepción podría relacionarse con los puntos de vista freudianos acerca del paso del autoerotismo* (anterior a la constitución de un yo) al narcisismo* propiamente dicho, correspondiendo lo que Lacan denomina *fantasías* de «cuerpo fragmentado» a la primera etapa, y la fase del espejo a la aparición del narcisismo primario. Pero con un matiz importante: para Lacan, sería la fase del espejo la que haría surgir retroactivamente la fantasía del cuerpo fragmentado. Tal relación dialéctica se observa en la cura psicoanalítica: en ocasiones se ve aparecer la angustia de la fragmentación por pérdida de la identificación narcisista, y a la inversa.

(α) El término «fase» (período que vuelve) es, sin duda, más adecuado que el de estadio (etapa de una maduración psicobiológica); así lo ha indicado el propio J. Lacan (1957).

(β) Ya Freud insistió sobre esta idea fundamental del estado incompleto del ser humano en el momento de su nacimiento. Véase nuestro comentario a Desamparo y especialmente el pasaje que allí citamos de *Inhibición, síntoma y angustia* (*Hemmung, Symptom und Angst*, 1926).

(γ) Podríamos remitirnos a lo que los embriólogos, singularmente Louis Bolk (1866-1930), han escrito sobre la fetalización (4).

FASE FALICA

= Al.: phallische Stufe (o Phase). — Fr.: stade phallique. — Ing.: phallic stage (o phase). — It.: fase fallica. — Por.: fase fálica.

Fase de organización infantil de la libido que sigue a las fases oral y anal y se caracteriza por una unificación de las pulsiones parciales bajo la primacía de los órganos genitales; pero, a diferencia de la organización genital puberal, el niño o la niña no reconocen en esta fase más que un solo órgano genital, el masculino, y la oposición de los sexos equivale a la oposición fálico-castrado. La fase fálica corresponde al momento culminante y a la declinación del complejo de Edipo; en ella predomina el complejo de castración.

El concepto de fase fálica (α) surge tardíamente en Freud, puesto que no aparece de modo explícito hasta 1923 (*La organización genital infantil* [*Die infantile Genitalorganisation*]). Viene preparado por la evolución de las ideas de Freud referentes a los modos sucesivos de organización de la libido y por sus puntos de vista acerca de la primacía del falo*: dos líneas de pensamiento que distinguiremos para mayor claridad de nuestra exposición.

1.º Acerca del primer punto, recordemos que Freud, en un principio (1905), consideró la falta de organización de la sexualidad infantil como el rasgo que la diferenciaba de la sexualidad postpuberal: el niño no sale de la anarquía de las pulsiones parciales hasta que, con la llegada de la pubertad, queda asegurada la primacía de la zona genital. La introducción de las organizaciones pregenitales anal y oral (1913, 1915) pone implícitamente en tela de juicio el privilegio, hasta entonces concedido a la zona genital, de organizar la libido; pero no se trata todavía más que de «rudimentos y fases precursoras» (1 a) de una organización* en el pleno sentido de esta palabra. «La combinación de las pulsiones parciales y su subordinación bajo la primacía de los órganos genitales no se realiza o sólo tiene lugar de forma muy incompleta» (1 b). Cuando Freud introduce el concepto de fase fálica, reconoce la existencia, desde la infancia, de una verdadera organización de la sexualidad, muy parecida a la del adulto, «[...] la cual merece ya el nombre de genital, en la que encontramos un objeto sexual y una cierta convergencia de las tendencias sexuales sobre este objeto, pero que se diferencia en un aspecto esencial de la organización definitiva que se produce con la maduración sexual: en efecto, no conoce más que una sola clase de órgano genital, el órgano masculino» (1 c).

2.º Esta idea de una primacía del falo se insinúa ya en textos muy anteriores a 1923. A partir de los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905) encontramos dos tesis:

a) La libido es «de naturaleza masculina, tanto en la mujer como en el hombre» (1 d);

b) «La zona erógena directriz en la niña se localiza en el clitoris, que es el órgano homólogo de la zona genital masculina (glande)» (1 e, 2).

El análisis del *Pequeño Hans*, en el cual se establece el concepto de complejo de castración, sitúa en primer plano para el niño la alternativa: poseer un falo o estar castrado. Finalmente, el artículo sobre las *Teorías sexuales infantiles* (*Über infantile Sexualtheorien*), si bien considera, al igual que los *Tres ensayos*, la sexualidad desde el punto de vista del niño varón, subraya el interés particular que la niña concede al pene, su envidia de éste y su sentimiento de haber sido perjudicada en comparación con el niño.

Lo más importante acerca de la concepción freudiana de la fase fálica se encuentra en tres artículos: *La organización genital infantil* (*Die infantile Genitalorganisation*, 1923); *La declinación del complejo de Edipo* (*Der Untergang des Ödipuskomplexes*, 1924); *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos* (*Einige psychische Folgen des anatomischen Geschlechtsunterschieds*, 1925). Esquemáticamente, la fase fálica, según Freud, puede definirse del siguiente modo:

1.º Desde el punto de vista genético, el «par antitético» actividad-pasividad*, que predomina en la fase anal, se transforma en el par fálico-castrado; sólo en la pubertad se establece la oposición masculinidad-feminidad*.

2.º En relación con el complejo de Edipo, la existencia de una fase fálica desempeña un papel esencial: en efecto, la declinación del Edipo (en el caso del niño) viene condicionada por la amenaza de castración, cuya eficacia depende, por una parte, del interés narcisista que el niño siente por su propio pene, y, por otra, del descubrimiento de la falta de pene en la niña (véase: Complejo de castración).

3.º Existe una organización fálica en la niña. La constatación de la diferencia de los sexos suscita una *envidia del pene**; ésta implica, desde el punto de vista de la relación con los padres, un resentimiento hacia la madre, que no ha dado pene a la niña, y la elección del padre como objeto de amor, en la medida en que él puede dar el pene o su equivalente simbólico, el niño. Así, pues, la evolución de la niña no es simétrica de la del niño (según Freud, la niña ignora la existencia de la vagina); la evolución de ambos se centra igualmente en el órgano fálico.

La significación de la fase fálica, especialmente en la niña, ha dado lugar a importantes discusiones en la historia del psicoanálisis. Los autores que admiten la existencia, en la niña, de sensaciones sexuales específicas desde un principio (como K. Horney, M. Klein, E. Jones), en especial un conocimiento intuitivo primario de la cavidad vaginal, se ven

inducidos a considerar la fase fálica sólo como una formación secundaria de tipo defensivo.

(*) También puede emplearse el término «posición fálica», el cual subraya el hecho de que se trata de un momento intersubjetivo integrado en la dialéctica del Edipo, más que de un estadio propiamente dicho de la evolución libidinal.

FASE LIBIDINOSA

= *Al.*: Libidostufe (*o* -phase). — *Fr.*: stade libidinal. — *Ing.*: libidinal stage (*o* phase). — *It.*: fase libidica. — *Por.*: fase libidinal.

Etapas del desarrollo del niño caracterizada por una organización, más o menos marcada, de la libido bajo la primacía de una zona erógena y por el predominio de un modo de relación de objeto. En psicoanálisis se ha dado una mayor extensión a la noción de fase, al intentar definir las fases de la evolución del yo.

Cuando se habla de fase en psicoanálisis, se alude generalmente a las fases de la evolución libidinal. Pero se observará que, ya antes de que comenzara a destacarse el concepto de organización de la libido, se manifestó la preocupación de Freud por diferenciar «edades de la vida», «épocas», «períodos del desarrollo»; ello corre parejas con el descubrimiento de que las distintas afecciones psiconeuróticas tienen su origen en la infancia. Así, alrededor de los años 1896-1897, Freud, en su correspondencia con W. Fliess, de quien es sabido que elaboró una teoría de los períodos (1), intenta establecer una sucesión de épocas, en la infancia y la pubertad, cuyas fechas pueden fijarse con mayor o menor precisión; este intento se halla en íntima relación con el concepto de posterioridad* y con la teoría de la seducción*, que fue entonces elaborada por Freud. En efecto, algunas de las épocas consideradas («época del acontecimiento», *Ereigniszeiten*) son aquellas en las que se producen las «escenas sexuales», mientras que otras son «épocas de represión» (*Verdrängungszeiten*). Freud relaciona la «elección de la neurosis» con esta sucesión: «Las diferentes neurosis hallan sus condiciones temporales en las escenas sexuales [...]. Las épocas de represión son indiferentes para la elección de la neurosis, las épocas del acontecimiento son decisivas» (2 a). Por último, el paso de una época a otra es puesto en relación con la diferenciación del aparato psíquico* en sistemas de «inscripciones», y el paso de una época a otra y de un sistema a otro se compara a una «traducción» que puede efectuarse con mayor o menor éxito (2 b).

Pronto surge la idea de relacionar la sucesión de estos diversos períodos con el predominio y el abandono de «zonas sexuales» o «zonas erógenas» determinadas (región anal, región bucofaringea y, en la niña, región clitorídea); Freud lleva bastante lejos esta tentativa teórica, como lo demuestra la carta del 14-XI-1897: el proceso de la represión llamado normal se pone en estrecha relación con el abandono de una zona por otra, la «declinación» de una determinada zona sexual.

Tales concepciones anticipan en muchos puntos lo que habría de ser, en su forma más completa, la teoría de las fases libidinales. Pero resulta sorprendente comprobar que, después de la primera exposición

efectuado por Freud de la evolución de la sexualidad, desaparecen para ser redescubiertas y precisadas ulteriormente. En la edición de 1905 de los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*), la principal oposición se sitúa entre la sexualidad puberal y adulta, por una parte, organizada bajo la primacía genital, y la sexualidad infantil, por otra, cuyas metas sexuales son múltiples, al igual que las zonas erógenas que les sirven de soporte, sin que se instaure en modo alguno la primacía de una de ellas o una elección de objeto. Sin duda, Freud acentúa especialmente esta oposición, debido al carácter didáctico que ofrece la obra en cuestión y también por la originalidad de la tesis que defiende: el carácter originalmente perverso y polimorfo de la sexualidad (véase: Sexualidad; Autoerotismo).

Progresivamente, entre 1913 y 1923, esta tesis es modificada por la introducción del concepto de fases pregenitales que preceden a la instauración de la fase genital: fase oral*, anal*, fálica*.

Lo que caracteriza estas fases es un determinado modo de organización* de la vida sexual. El concepto de la primacía de una zona erógena no es suficiente para explicar lo que hay de estructurante y de normativo en el concepto de fase: ésta tiene su fundamento en un tipo de actividad, ligada ciertamente a una zona erógena, pero que puede reconocerse a diferentes niveles de la relación de objeto*. Así, la incorporación, característica de la fase oral, sería un esquema que se encontraría también en muchos fantasmas subyacentes a actividades distintas de la nutrición (por ejemplo, «comer con los ojos»).

Si el concepto de fase ha encontrado, en psicoanálisis, su modelo en el registro de la evolución de la actividad libidinal, se observará que se han bosquejado también otras varias líneas evolutivas:

1.^a Freud indicó una sucesión temporal en cuanto al acceso al objeto libidinal, pasando el sujeto sucesivamente por el autoerotismo*, el narcisismo*, la elección homosexual y la elección heterosexual (3);

2.^a otra dirección conduce a reconocer distintas etapas en la evolución que desemboca en un predominio del principio de realidad sobre el principio de placer. Un ensayo sistemático en este sentido lo efectuó Ferenczi (4);

3.^a algunos autores estiman que sólo la formación del yo* puede explicar el paso del principio de placer al principio de realidad. El yo «[...] entra en el proceso como una variable independiente» (5). El desarrollo del yo es el que permite la diferenciación entre sí mismo y el mundo exterior, el aplazamiento de la satisfacción, el control relativo sobre los estímulos pulsionales, etc.

Freud, aunque indicó el interés que tendría determinar con precisión la evolución y las fases del yo, no trabajó en esta dirección. Por lo demás, señalemos que, cuando evoca el problema, por ejemplo, en *La predisposición a la neurosis obsesiva* (*Die Disposition zur Zwangsneurose*, 1913), el concepto de yo todavía no ha sido delimitado en el sentido tópico preciso que adquirirá en *El yo y el ello* (*Das Ich und das Es*, 1923).

Freud supone que es preciso introducir «[...] en la predisposición a la neurosis obsesiva un matiz temporal en el desarrollo del yo con respecto al desarrollo de la libido»; pero indica que «[...] hasta ahora es muy poco lo que sabemos acerca de las fases del desarrollo de las pulsiones del yo» (6).

Asimismo se observará que Anna Freud, en *El Yo y los mecanismos de defensa* (*Das Ich und die Abwehrmechanismen*, 1936) (7), renuncia a establecer una sucesión temporal en la aparición de los mecanismos de defensa del yo.

¿Qué visión de conjunto se puede lograr acerca de estas distintas líneas de pensamiento? La tentativa más comprensiva de establecer una correspondencia entre estos diversos tipos de fases fue la de Abraham (*Ensayo de historia del desarrollo de la libido basada en el psicoanálisis de los trastornos psíquicos* [*Versuch einer Entwicklungsgeschichte der Libido auf Grund der Psychoanalyse seelischer Störungen*, 1924]) (8); Robert Fliess completó el cuadro propuesto por Abraham (9).

Conviene subrayar que Freud no se ocupó de elaborar una teoría holística de las fases que agrupara, no sólo la evolución de la libido, sino también la de las defensas, del yo, etc.; una teoría de este tipo, presidida por el concepto de relación de objeto, termina por englobar, dentro de una sola línea genética, la evolución del conjunto de la personalidad. A nuestro modo de ver, no se trata aquí simplemente de que el pensamiento de Freud quedara incompleto, sino que para él, de hecho, el desfase y la posibilidad de una dialéctica entre estas distintas líneas evolutivas son fundamentales en el determinismo de la neurosis.

En este sentido, incluso aunque la teoría freudiana sea una de las que, en la historia de la psicología, más ha contribuido a promover el concepto de fase, al parecer no utiliza, en su inspiración fundamental, esta palabra en el sentido que le atribuye la psicología genética, al postular, en cada nivel de evolución, una estructura de conjunto de carácter integrativo (10).

FASE ORAL

= *Al.*: orale Stufe (o Phase). — *Fr.*: stade oral. — *Ing.*: oral Stage. — *It.*: fase orale. — *Por.*: fase oral.

Primera fase de la evolución libidinosa: el placer sexual está ligado entonces predominantemente a la excitación de la cavidad bucal y de los labios, que acompaña a la alimentación. La actividad de nutrición proporciona las significaciones electivas mediante las cuales se expresa y se organiza la relación de objeto; así, por ejemplo, la relación de amor con la madre se hallará marcada por las significaciones: comer, ser comido.

Abraham propuso subdividir esta fase atendiendo a dos actividades distintas: succión (fase oral precoz) y mordedura (fase oral sádica).

En la primera edición de los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905), describe Freud una sexualidad oral que pone en evidencia en el adulto (actividades perversas o preliminares) y que encuentra también en el niño basándose en las observa-

ciones del pediatra Lindner (significación masturbatoria de la succión del pulgar) (1 a). No obstante, no habla de *fase*, de organización oral, como tampoco habla de organización anal.

Con todo, la actividad del chupeteo adquiere, desde esta época, el valor de ejemplo, permitiendo a Freud mostrar cómo la pulsión sexual, que al principio se satisface en apoyo* sobre una función vital, adquiere una autonomía y se satisface en forma autoerótica. Por otra parte, la experiencia de satisfacción*, que proporciona el prototipo de la fijación del deseo a un determinado objeto, es una experiencia oral; por consiguiente, se puede establecer la hipótesis de que el deseo y la satisfacción quedan marcados para siempre por esta primera experiencia.

En 1915, después de haber reconocido la existencia de la organización anal, Freud describe como primera fase de la sexualidad la fase oral o canibalística. La fuente es la zona oral; el objeto se encuentra en estrecha relación con el de la alimentación, el fin es la incorporación* (1 b). Así, pues, el acento no se hace recaer solamente en una zona erógena (una excitación y un placer específicos), sino también en un modo de relación, la incorporación; el psicoanálisis muestra que ésta, en los fantasmas infantiles, no solamente es relacionada con la actividad bucal, sino que se transpone también a otras funciones (por ejemplo, respiración, visión).

Según Freud, la oposición entre actividad* y pasividad, que caracteriza la fase anal, no existe en la fase oral. Karl Abraham intentó diferenciar los tipos de relación que intervienen en el período oral, lo que le condujo a distinguir una fase precoz de succión preambivalente (que parece la más próxima a lo que Freud describió en un principio como fase oral) y una fase oral-sádica* que corresponde a la aparición de los dientes, en la cual la actividad de mordedura y devoramiento implica una destrucción del objeto; en ella se encuentra conjuntamente el fantasma de ser comido, destruido por la madre (2).

El interés concedido a las relaciones de objeto condujo a algunos psicoanalistas (especialmente Melanie Klein, Bertram Lewin) a describir en forma más compleja las significaciones connotadas en el concepto de fase oral.

FASE ORAL-SÁDICA

= *Al.*: oral-sadistische Stufe (o Phase). — *Fr.*: stade sadique-oral. — *Ing.*: oral-sadistic stage. — *It.*: fase sadico-orale. — *Por.*: fase oral-sádica.

Segundo tiempo de la fase oral, según una subdivisión introducida por K. Abraham; coincide con la aparición de los dientes y de la actividad de mordedura. Aquí la incorporación adquiere el sentido de una destrucción del objeto, lo que implica que la ambivalencia entra en juego en la relación de objeto.

En *Ensayo de una historia de desarrollo de la libido basada en el psicoanálisis de los trastornos psíquicos* (*Versuch einer Entwicklungs-geschichte der Libido auf Grund der Psychoanalyse seelischer Störungen*, 1924), K. Abraham distingue, dentro de la fase oral, una fase precoz de

succión, «preambivalente», y una fase oral-sádica que corresponde a la aparición de los dientes; la actividad de mordedura y devoramiento implica una destrucción del objeto y aparece la ambivalencia* pulsional (libido y agresividad dirigidas sobre un mismo objeto).

Con Melanie Klein se atribuye una importancia creciente al sadismo oral. En efecto, para esta autora la fase oral constituye el momento culminante del sadismo infantil. Pero, a diferencia de Abraham, hace intervenir desde un principio las tendencias sádicas: «[...] la agresividad forma parte de la relación precoz del niño con el pecho, aunque en esta fase no se exprese habitualmente por la mordedura» (1). «El deseo libidinoso de mamar se acompaña de la meta destructiva de aspirar, de vaciar, de agotar succionando» (2). Aunque M. Klein discute la distinción de Abraham entre una fase oral de succión y una fase oral de mordedura, el conjunto de la fase oral es para la autora una fase oral-sádica.

FASE U ORGANIZACIÓN GENITAL

= *Al.*: genitale Stufe (o Genitalorganisation). — *Fr.*: stade (u organisation) génital(e). — *Ing.*: genital stage (u organization). — *It.*: fase (u organizzazione) genitale. — *Por.*: fase (u organização) genital.

Fase del desarrollo psicosexual caracterizada por la organización de las pulsiones parciales bajo la primacía de las zonas genitales; comporta dos tiempos, separados por el periodo de latencia: la fase fálica (u organización genital infantil) y la organización genital propiamente dicha, que se instaura en la pubertad.

Algunos autores reservan el término «organización genital» para designar este último tiempo, incluyendo la fase fálica en las organizaciones pregenitales.

Según atestigua la primera edición de los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905), para Freud no existía al principio más que una sola organización de la sexualidad, la organización genital, que se instauraba en la pubertad y se oponía a la «perversidad polimorfa» y al autoerotismo* de la sexualidad infantil. Luego, Freud modifica progresivamente esta primera concepción:

1) describe organizaciones pregenitales (1913, 1915: véase: Organización);

2) en un capítulo añadido a los *Tres ensayos*, *Fase de desarrollo de la organización sexual*, establece la idea de que, desde la infancia, tiene lugar una elección de objeto sexual: «[...] todas las tendencias sexuales convergen hacia una sola persona y buscan en ésta su satisfacción. Se realiza así, durante los años infantiles, la forma de sexualidad que más se aproxima a la forma definitiva de la vida sexual. La diferencia [...] se reduce a que, en el niño, todavía no se ha realizado la síntesis de las pulsiones parciales, ni su sumisión completa a la primacía de la zona genital. Sólo la última fase del desarrollo sexual traerá consigo la afirmación de esta primacía» (1).

3) Vuelve a poner en tela de juicio la teoría enunciada en esta última frase al reconocer la existencia de una «organización genital» llamada fálica, antes del periodo de latencia, que sólo se diferenciaría de

la organización genital postpuberal en que un solo órgano genital es el que cuenta para ambos sexos: el falo* (1923) (véase: Fase fálica).

Como puede verse, la evolución de las ideas de Freud acerca del desarrollo psicosexual le condujo a aproximar cada vez más la sexualidad infantil a la sexualidad adulta. No desaparece, sin embargo, la primera idea, según la cual con la organización genital puberal las pulsiones parciales se unifican y jerarquizan definitivamente, y el placer inherente a las zonas erógenas no genitales se vuelve «preliminar» al orgasmo, etc.

Freud también señaló insistentemente que la organización genital infantil se caracteriza por una discrepancia entre las exigencias edípicas y el grado de desarrollo biológico (2).

FENÓMENO FUNCIONAL

= *Al.*: funktionales Phänomen. — *Fr.*: phénomène fonctionnel. — *Ing.*: functional phenomenon. — *It.*: fenomeno funzionale. — *Por.*: fenómeno funcional.

Fenómeno descubierto por Herbert Silberer (1909) en los estados hipnagógicos y en el sueño: se trata de la transposición en imágenes, no del contenido del pensamiento del sujeto, sino del modo de funcionamiento actual de dicho pensamiento.

Las ideas de Silberer sobre el tema del fenómeno funcional experimentaron una evolución. Este autor partió de la observación de los estados hipnagógicos, en los que ve una experiencia privilegiada que permite observar el nacimiento de los símbolos (o fenómeno «auto-simbólico»). Distingue tres tipos de fenómenos: *material*, se simboliza el objeto del pensamiento, aquello a lo que apunta; *funcional*, lo que se representa es el funcionamiento actual del pensamiento, su rapidez o su lentitud, su éxito o su fracaso, etc.; *somático*, simbolización de las impresiones corporales (1).

Silberer piensa que esta distinción es válida para toda manifestación en la que se encuentren símbolos, especialmente para el sueño. Al atribuir al «fenómeno material» únicamente la simbolización de los objetos del pensamiento y de la representación, clasifica en definitiva en el fenómeno funcional todo lo que simboliza «el estado, la actividad, la estructura de la Psiquis» (2 a). Los afectos, tendencias, intenciones, complejos, «partes del alma» (especialmente la censura) se traducen por símbolos, a menudo personificados. La «dramatización» del sueño resume este aspecto funcional. Como puede verse, Silberer generaliza al extremo la idea de una representación simbólica del estado *hic et nunc* de la conciencia imaginadora.

Por último, Silberer estima que, en el simbolismo, especialmente en el sueño, existe una tendencia a pasar de lo material a lo funcional, una tendencia a la generalización, en virtud de la cual se pasa «[...] de un tema particular cualquiera al conjunto de todos los temas similares por su afecto o, como también podría decirse, al tipo psíquico del acontecimiento vivido en cuestión» (2 b). Así, un objeto alargado que, en un primer tiempo, simboliza un falo podrá terminar (tras una serie de eta-

pas intermedias cada vez más abstractas) por significar el sentimiento de potencia en general. El fenómeno simbólico se hallaría, pues, espontáneamente orientado en una dirección que la *interpretación anagógica** vendrá a reforzar.

Freud reconoció en el fenómeno funcional «[...] una de las raras adiciones a la doctrina de los sueños cuyo valor es incontestable. El [Silberer] ha demostrado la intervención de la autoobservación (en el sentido del delirio paranoico) en la formación del sueño» (3). Freud quedó convencido por el carácter experimental del descubrimiento de Silberer, pero limitó el alcance del fenómeno funcional a los estados intermedios entre la vigilia y el sueño o, en éste, a «la autopercepción del sueño o del despertar» que en ocasiones puede producirse y que atribuye al *censor del sueño*, al superyó.

Crítica la extensión adquirida por este concepto: «[...] se ha llegado a hablar de fenómeno funcional cada vez que aparecen en el contenido de los pensamientos latentes del sueño actividades intelectuales o procesos afectivos, aun cuando este material tiene el mismo derecho que cualquier otro resto diurno a penetrar en el sueño» (4). Así, pues, aparte de casos excepcionales, lo funcional, a igual título que los estímulos corporales, se adscribe de nuevo a lo material; el camino seguido por Freud es inverso al de Silberer.

Para una crítica de la concepción ampliada de Silberer, resulta útil consultar el estudio de Jones *La teoría del simbolismo* (*The Theory of Symbolism*, 1916) (5).

FIJACIÓN

= *Alc.*: Fixierung. — *Fr.*: fixation. — *Ing.*: fixation. — *It.*: fissazione. — *Por.*: fixação.

La fijación hace que la libido se una fuertemente a personas o a imágenes, reproduzca un determinado modo de satisfacción, permanezca organizada según la estructura característica de una de sus fases evolutivas. La fijación puede ser manifiesta y actual o constituir una virtualidad prevalente que abre al sujeto el camino hacia una regresión.

El concepto de fijación forma parte, en general, de una concepción genética que implica una progresión ordenada de la libido (fijación a una fase). Pero, aparte de toda referencia genética, también se habla de fijación dentro de la teoría freudiana del Inconsciente, para designar el modo de inscripción de ciertos contenidos representativos (experiencias, imágenes, fantasías) que persisten en el Inconsciente en forma inalterada, y a los cuales permanece ligada la pulsión.

El concepto de fijación se encuentra constantemente en la doctrina psicoanalítica, para explicar el siguiente dato manifiesto de la experiencia: el neurótico, o de un modo más general todo sujeto humano, se halla marcado por experiencias infantiles, permanece ligado en forma más o menos disfrazada a modos de satisfacción, tipos de objeto o de relación arcaicos; la cura psicoanalítica atestigua tanto la influencia y la repetición de las experiencias pasadas como la resistencia del sujeto a desprenderse de ellas.

El concepto de fijación no contiene en sí mismo un principio explicativo; en cambio, su valor descriptivo es incontestable. Por ello, Freud

lo pudo utilizar en los diversos momentos de la evolución de su pensamiento refiriéndose a lo que, en la historia del sujeto, ha constituido el origen de la neurosis. Así, Freud definió sus primeras concepciones etiológicas haciendo intervenir fundamentalmente la idea de una «fijación al trauma» (1 a, 2); con los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905), se relaciona la fijación con la teoría de la libido y se define por la persistencia, singularmente manifiesta en las perversiones, de caracteres anacrónicos de la sexualidad: el sujeto continúa practicando ciertos tipos de actividad, o bien permanece ligado a ciertas características del «objeto», de los que se puede encontrar el origen en un momento especial de la vida sexual infantil. Aunque no se niega el papel del trauma, éste interviene aquí sobre la base de una sucesión de experiencias sexuales, viniendo a favorecer la fijación en un determinado punto.

Con el desarrollo de la teoría de las fases* de la libido, particularmente de las fases pregenitales*, el concepto de fijación adquiere nueva extensión: puede referirse no solamente a un fin o a un objeto* libidinal parcial, sino a toda una estructura de la actividad característica de una determinada fase (véase: Relación de objeto). Así, la fijación a la fase anal se hallaría en el origen de la neurosis obsesiva y de un determinado tipo de carácter.

En *Más allá del principio del placer* (*Jenseits des Lustprinzips*, 1920) (3), Freud se referirá de nuevo al concepto de fijación al trauma como a uno de los hechos que no se explican completamente por la persistencia de un modo de satisfacción libidinal y que obligan a postular la existencia de una compulsión a la repetición*.

La fijación libidinal desempeña un papel preponderante en la etiología de los diversos trastornos psíquicos, por lo cual se ha visto la necesidad de precisar su función en los mecanismos neuróticos:

La fijación se encuentra en el origen de la *represión** y puede considerarse incluso como el primer tiempo de la represión en sentido amplio: «[...] la corriente libidinal (que ha experimentado una fijación) se comporta con respecto a las formaciones psíquicas ulteriores como una corriente perteneciente al sistema del inconsciente, como una corriente reprimida» (4 a). Esta «represión originaria»* condiciona la represión en sentido estricto, que sólo es posible por la acción conjunta, sobre los elementos a reprimir, de una repulsión por parte de una instancia superior y de una atracción por parte de lo que ya había sido anteriormente fijado (5 a).

Por otra parte, la fijación prepara las posiciones sobre las cuales se producirá la regresión* que se encuentra, bajo diversos aspectos, en las neurosis, las perversiones y las psicosis.

Las condiciones de la fijación son, según Freud, de dos tipos: por una parte viene provocada por diferentes factores históricos (influencia de la constelación familiar, trauma, etc.); por otra, es favorecida por factores constitucionales: un determinado componente pulsional parcial puede poseer mayor fuerza que otro; pero además puede existir en ciertos individuos una «viscosidad*» general de la libido (1 b) que los predispone a defender «[...] cada posición libidinal, una vez alcanzada, por

miedo a salir perdiendo al abandonarla, y no encontrar en la posición siguiente un substitutivo plenamente satisfactorio» (6).

La fijación se invoca a menudo en psicoanálisis, pero su naturaleza y significación no están bien determinadas. Freud utiliza en ocasiones este concepto, como lo hace con el de regresión, de forma descriptiva. En los textos más explícitos, la fijación se relaciona generalmente con ciertos fenómenos biológicos en los que subsisten, en el organismo adulto, vestigios de la evolución ontofilogénica. Por consiguiente, desde este punto de vista genético, se trataría de una «inhibición del desarrollo», de una irregularidad genética, de un «retardo pasivo» (4 b).

Esta concepción tiene su origen y su campo de elección en el estudio de las perversiones. En efecto, una primera aproximación parece confirmar el hecho de que persisten sin variación ciertos esquemas de comportamiento que el sujeto puede volver a utilizar. Algunas perversiones que se desarrollan en forma continua desde la infancia proporcionarían incluso el ejemplo de una fijación que conduce al síntoma sin que sea necesario aducir la regresión.

Con todo, a medida que se desarrolla la teoría de las perversiones, parece dudoso que pueda reconocerse en éstas el modelo de una fijación equiparable a la simple persistencia de un vestigio genético. El hecho de que se encuentren en el origen de las perversiones conflictos y mecanismos similares a los de la neurosis pone en tela de juicio la aparente simplicidad del concepto de fijación (véase: Perversión).

La originalidad del empleo psicoanalítico del concepto de fijación, en relación con ideas como la de una persistencia de esquemas de comportamiento que se han vuelto anacrónicos, se pone de manifiesto al examinar las modalidades del uso de esta palabra por Freud. Esquemáticamente puede decirse que Freud habla unas veces de fijación *de* (por ejemplo, fijación de un recuerdo, de un síntoma), otras veces de fijación (de la libido) *a* (fijación a una fase, a un tipo de objeto, etc.). La primera acepción evoca el empleo que hace de este término la teoría psicológica de la memoria, que distingue varios tiempos: fijación, conservación, evocación, reconocimiento del recuerdo. Pero se observará que Freud entiende esta fijación en forma muy realista: se trata de una verdadera inscripción (*Niederschrift*) de huellas en series de sistemas mnémicos, huellas que pueden «traducirse» de un sistema al otro; en la carta a Fliess del 6-XII-1896 se encuentra ya elaborada toda una teoría de la fijación: «Cuando falta la transcripción siguiente, la excitación es liquidada según las leyes psicológicas válidas para el período psíquico anterior y según las vías que a la sazón se hallaban disponibles. Persiste así un anacronismo, en una cierta provincia se hallan todavía en vigor los fueros [antiguas leyes que siguen vigentes en ciertas ciudades o regiones de España]; de este modo encontramos "supervivencias"». Por otra parte, este concepto de una fijación de las representaciones* es correlativo con el de una fijación de la excitación *a* éstas. Tal idea, que se halla en la base de la concepción freudiana, encuentra su mejor expresión en la teoría más completa que Freud dio de la represión: «Te-

nemos razones para admitir una *represión originaria*, una primera fase de la represión consistente en que el representante psíquico (representante-representativo) de la pulsión ve negado el acceso a la conciencia. Con ello se produce una *fijación*: el representante correspondiente persiste, a partir de entonces, en forma inalterable, y la pulsión permanece ligada a él» (5 b).

Ciertamente, el sentido genético de la fijación no ha sido abandonado en esta formulación, pero halla su fundamento en la búsqueda de momentos originarios en los que se inciben de modo indisoluble en el inconsciente, ciertas representaciones electivas y en los que la pulsión misma se fija a sus representantes psíquicos, constituyéndose quizá, en virtud de este mismo proceso, como pulsión.

FIN O META PULSIONAL

= *Al.*: Ziel (Triebziel). — *Fr.*: but (-pulsionnel). — *Ing.*: aim (instinctual aim). — *It.*: meta (istintuale o pulsionale). — *Por.*: alvo o meta impulsor(a) o pulsional.

Actividad hacia la que empuja la pulsión y que conduce a una resolución de la tensión interna; esta actividad está sostenida y orientada por fantasías.

El concepto «fin o meta pulsional» se halla ligado al análisis freudiano del concepto «pulsión» en sus distintos elementos: presión*, fuente*, fin y objeto* (1 a, 2 a).

En sentido amplio, puede decirse que el fin pulsional es unívoco: en todos los casos se trata de la satisfacción, es decir, según la concepción económica de Freud, una descarga no cualitativa de energía, regida por el «principio de constancia»*. No obstante, incluso cuando habla de «meta final» (*Endziel*) de la pulsión, Freud entiende por tal una meta específica, ligada a una pulsión determinada (2 b). Esta meta final puede alcanzarse por medios, o «fines intermedios», más o menos inter-sustituibles; pero desde los *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905) se afirma el concepto de una especificidad del fin de cada pulsión parcial: «El fin sexual de la pulsión infantil consiste en provocar la satisfacción mediante la excitación apropiada de alguna zona erógena» (1 b). Este concepto parece tener su origen en el *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*, 1895) bajo la forma de «la acción específica», única capaz de suprimir la tensión interna. Se reafirma más explícitamente en la edición de 1915 de los *Tres ensayos*: «Lo que distingue unas pulsiones de otras y las dota de propiedades específicas es su relación con sus fuentes sexuales y con sus metas» (1 c).

Estos trabajos afirman al mismo tiempo la existencia de una estrecha ligazón entre la meta y la fuente, que la mayoría de las veces está representada por una zona erógena* «[...] [en la sexualidad infantil] el fin sexual se halla bajo el dominio de una zona erógena» (1 d). Y también: «[...] la meta a la que tiende cada una de [las pulsiones sexuales] es la consecución del placer de órgano* (*Organlust*)» (2 c). Así, la meta correspondiente a la pulsión oral será la satisfacción ligada a la

actividad de succión. Y a la inversa, el fin pulsional permite conocer la fuente de la pulsión*, en el sentido del proceso orgánico que tiene lugar en el órgano erógeno: «[...] aun cuando su origen a partir de la fuente somática sea el factor absolutamente determinante de la pulsión, ésta sólo podemos conocerla, en el psiquismo, por sus fines [...]. Con frecuencia, es posible deducir con certeza las fuentes de la pulsión a partir de sus fines» (2 d).

La fuente sería, pues, la *ratio essendi* del fin, y éste la *ratio cognoscendi* de la fuente. ¿Cómo conciliar esta rigurosa determinación recíproca con la existencia de aquellas «desviaciones del fin sexual» a las que Freud dedica un capítulo entero de los *Tres ensayos*? La intención de Freud en este texto consiste en mostrar que (contrariamente a la opinión usual) la sexualidad abarca un territorio mucho más extenso que el acto sexual adulto considerado normal, es decir, limitado a una sola fuente (el aparato genital) y a un solo fin: «la unión sexual o, al menos, los actos que conducen a ésta» (1 e). Las «desviaciones» que señala Freud no constituyen modificaciones del fin de una misma pulsión parcial, sino las distintas variedades posibles de fines sexuales. Éstas son, ya fines ligados a las fuentes, a las zonas erógenas, distintas de la zona genital (por ejemplo el beso, ligado a la zona oral), ya modificaciones del acto sexual que implican un desplazamiento del objeto. (Así, Freud describe el fetichismo entre las «desviaciones del fin», aunque reconoce que, de hecho, se trata en esencia de una «desviación» relativa al objeto.) (1 f).

El punto de vista expuesto en *Las pulsiones y sus destinos* (*Triebe und Triebschicksale*, 1915) es muy distinto. No se trata de efectuar un inventario de las variantes del fin sexual en general, sino de mostrar cómo puede transformarse el fin de una pulsión parcial determinada. Dentro de esta perspectiva, Freud se ve inducido a establecer una distinción entre las pulsiones autoeróticas y las pulsiones dirigidas desde un principio hacia el objeto (sadismo y «pulsión scopofílica»). En los primeros, «[...] el papel de la fuente orgánica es determinante, hasta el punto de que, según una hipótesis seductora de P. Federn y L. Jekel, la forma y la función del órgano deciden la actividad o la pasividad del fin pulsional» (2 e). Solamente en los segundos existe esa modificación del fin que consiste en la «transformación en lo contrario» (transformación del sadismo en masoquismo y del voyeurismo en exhibicionismo); pero conviene señalar que este cambio de fin se halla de nuevo estrechamente ligado a un cambio de objeto: la «vuelta hacia la propia persona» (2 f).

En la sublimación*, la modificación pulsional consiste esencialmente en un cambio de fin. Pero también aquí este cambio viene condicionado por una modificación de los restantes elementos de la pulsión: cambio de objeto, sustitución de una pulsión por otra (reemplazamiento por una pulsión de autoconservación, con la cual la pulsión sexual funcionaba en apoyo*) (1 g, 2 g).

Como puede verse, si nos atenemos a las categorías que hace intervenir explícitamente la concepción freudiana, el concepto de fin se encuentra como dividido entre los dos conceptos de fuente y de objeto de la pulsión. Si lo definimos por su estrecha ligazón con la fuente orgánica, el fin pulsional queda entonces especificado de forma muy pre-

cisa, aunque bastante pobre: es la succión para la boca, la visión para el ojo, el «dominio» para la musculatura, etc. Si se considera, como invita a hacerlo la evolución de la teoría psicoanalítica, cada tipo de actividad sexual en su relación con el tipo de objeto al que se dirige, entonces el concepto de fin pulsional desaparece en beneficio del de «relación de objeto»*.

Sin duda, las dificultades inherentes al problema del fin pulsional podrían explicarse por lo que hay de equivoco en su concepto mismo de pulsión; en efecto, Freud sitúa en esta misma categoría la pulsión sexual y la pulsión de autoconservación, mientras que toda su teoría de la sexualidad muestra sus básicas diferencias en cuanto a su funcionamiento y, en especial, en su fin, es decir, en lo que conduce a la satisfacción de uno y de otro.

Si el fin de una pulsión de autoconservación sólo puede comprenderse como una acción específica* que da fin a un estado de tensión provocado por la necesidad, localizable en un determinado aparato somático y que exige, por supuesto, una realización efectiva (por ejemplo, aporte de alimento), el fin de la pulsión sexual es mucho más difícil de determinar. En efecto, éste (en la medida en que primeramente se confunde, en el apoyo*, con la función de autoconservación, y emerge al desprenderse de ésta) halla su satisfacción en una actividad a la vez marcada por la función vital que le ha servido de soporte y desfasada, profundamente pervertida, con relación a ésta. En este desplazamiento se inserta una actividad fantaseadora que puede incluir elementos representativos a menudo muy alejados del prototipo corporal (véase: Autoerotismo; Apoyo; Pulsión; Sexualidad).

FORMACIÓN DE COMPROMISO O TRANSACCIONAL

= *Al.*: Kompromissbildung. — *Fr.*: formation de compromis. — *Ing.*: compromise-formation. — *It.*: formazione di compromesso. — *Por.*: transação o formação de compromisso.

Forma que adopta lo reprimido para ser admitido en lo consciente, retornando en el síntoma, en el sueño y, de un modo más general, en toda producción del inconsciente: las representaciones reprimidas se hallan deformadas por la defensa hasta resultar irreconocibles. De este modo, en la misma formación, pueden satisfacerse (en un mismo compromiso) a la vez el deseo inconsciente y las exigencias defensivas.

Basándose en el estudio del mecanismo de la neurosis obsesiva, Freud dedujo la idea de que los síntomas llevan en sí mismos la huella del conflicto defensivo* del cual resultan. En las *Nuevas observaciones sobre las psiconeurosis de defensa* (*Weitere Bemerkungen über die Abwehr-Neuropsychosen*, 1896), Freud indica que el retorno del recuerdo reprimido tiene lugar de un modo deformado en las representaciones obsesivas; éstas constituyen «[...] formaciones transaccionales entre las representaciones reprimidas y represoras» (1).

Esta idea de trasacción o compromiso se amplió rápidamente a todo síntoma, al sueño, al conjunto de las producciones del inconsciente. Se

encuentra desarrollada en el capítulo XXIII de las *Lecciones de introducción al psicoanálisis* (*Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse*, 1916-1917). Freud subraya que los síntomas neuróticos «son el resultado de un conflicto [...]. Las dos fuerzas separadas se encuentran de nuevo en el síntoma y se reconcilian, por así decirlo, mediante el compromiso que representa la formación de síntomas. Esto explica la resistencia del síntoma: éste es mantenido desde ambos lados» (2a).

Toda manifestación sintomática, ¿es un compromiso? El valor de esta idea es indiscutible. Pero clínicamente se encuentran casos en los que se manifiestan de forma predominante, unas veces la defensa, otras el deseo, hasta el punto de que, por lo menos en un primer análisis, parece tratarse de defensas no contaminadas absolutamente por aquello contra lo que actúan y, a la inversa, otras veces parece tratarse de un retorno de lo reprimido en el que el deseo se expresaría sin compromiso. Tales casos constituirían los extremos de una gradación en el compromiso que debe entenderse como una serie complementaria*: «[...] los síntomas tienen por fin, ya sea una satisfacción sexual, ya sea una defensa contra ésta y, de un modo general, el carácter positivo de la realización de deseo predomina en la histeria, y el carácter negativo, ascético, en la neurosis obsesiva» (2b).

FORMACIÓN REACTIVA

= *Al.*: Reaktionsbildung. — *Fr.*: formation réactionnelle. — *Ing.*: reaction-formation. — *It.*: formazione reattiva. — *Por.*: formação reativa o de reação.

Actitud o hábito psicológico de sentido opuesto a un deseo reprimido y que se ha constituido como reacción contra éste (por ejemplo, pudor que se opone a tendencias exhibicionistas).

En términos económicos, la formación reactiva es una contracatexis de un elemento consciente, de fuerza igual y dirección opuesta a la catexis inconsciente.

Las formaciones reactivas pueden ser muy localizadas y manifestarse por un comportamiento particular, o generalizadas hasta constituir rasgos de carácter más o menos integrados en el conjunto de la personalidad.

Desde el punto de vista clínico, las formaciones reactivas pueden adquirir valor de síntoma por lo que representan de rígido, de forzado, de compulsivo, por sus fracasos accidentales, y por el hecho de que a veces conducen directamente a un resultado opuesto al que conscientemente se busca (*summum jus, summa injuria*).

Desde que efectuó las primeras descripciones de la neurosis obsesiva, Freud puso en evidencia un mecanismo psíquico particular que consiste en luchar directamente contra la representación penosa, substituyéndola por un «síntoma primario de defensa» o «contrasíntoma» consistente en rasgos de personalidad (escripulosidad, pudor, desconfianza de sí mismo) que se hallan en contradicción con la actividad sexual infantil a la que en un principio se había entregado el sujeto durante un primer periodo llamado «de inmoralidad infantil». Se trata de una «defensa exitosa», en la medida en que los elementos que intervienen en el conflicto, tanto la representación sexual como el «reproche» que ésta suscita, han sido globalmente excluidos de la conciencia en favor de virtudes morales llevadas al extremo (1).

A partir de entonces, el psicoanálisis seguirá confirmando la importancia, dentro del cuadro clínico de la neurosis obsesiva, de las citadas defensas, cuyo calificativo de «reactivas» subraya el hecho de que se hallan directamente en oposición con la realización del deseo, tanto por su significación como desde el punto de vista económico-dinámico.

En la neurosis obsesiva las formaciones reactivas adquieren la forma de rasgos de carácter, de alteraciones* del yo, que constituyen dispositivos de defensa en los que desaparece la singularidad de las representaciones y de las fantasías implicadas en el conflicto: así, un determinado individuo mostrará, *en general*, compasión por los seres vivos, mientras que su agresividad inconsciente se dirige a algunas personas determinadas. La formación reactiva constituye una contracatexis permanente. «El sujeto que ha elaborado formaciones reactivas no desarrolla ciertos mecanismos de defensa para utilizarlos cuando amenaza un peligro pulsional; ha cambiado la estructura de su personalidad, como si este peligro se hallara siempre presente, para estar preparado en cualquier momento en que el peligro aparezca» (2). Las formaciones reactivas son especialmente manifiestas en el «carácter anal» (*véase: Neurosis de carácter*).

El mecanismo de la formación reactiva no es específico de la estructura obsesiva. Se encuentra también de un modo especial en la histeria, pero «[...] debe subrayarse que, a diferencia de lo que sucede en la neurosis obsesiva, estas formaciones reactivas no presentan [entonces] el aspecto general de rasgos del carácter, sino que se limitan a relaciones totalmente electivas. Así, por ejemplo, la mujer histérica que trata a sus hijos, que en el fondo odia, con excesiva ternura, no por ello se vuelve, en conjunto, más amante que otras mujeres, ni tampoco más cariñosa hacia los demás niños» (3 a).

La palabra misma, *formación reactiva*, invita a relacionarla con otros modos de formación de síntoma*: formación substitutiva* y formación de compromiso*. En teoría, la distinción es fácil de establecer: así como en la formación de compromiso se encuentra siempre la satisfacción del deseo reprimido conjugada con la acción de la defensa (por ejemplo, en una obsesión), en la formación reactiva sólo aparece, y de un modo singularmente manifiesto, la oposición a la pulsión (por ejemplo, actitud de extrema limpieza que oculta por completo la tendencia del erotismo anal). Pero aquí se trata más bien de *modelos* de mecanismo. De hecho, en una determinada formación reactiva, puede apreciarse la acción de la pulsión contra la cual se defiende el sujeto: por una parte, dicha pulsión irrumpe con brusquedad en determinados momentos o en ciertos sectores de la actividad del sujeto, y precisamente estos flagrantes fracasos, que contrastan con la rigidez de la actitud mostrada por el sujeto, permiten atribuir al correspondiente rasgo de personalidad un valor sintomático; por otra parte, en el ejercicio de la virtud que ostenta, el sujeto, impulsando sus actos hasta sus últimas consecuencias, satisface también la pulsión antagonista, que termina infiltrando todo el sistema defensivo. El ama de casa apasionada por la limpieza ¿no centra su existencia en torno al polvo y a la suciedad? El jurista que lleva al